
HOJA DE LATA
BERTA PIÑÁN
Como la piel al sol de una lagartija


HOJA DE LATA
BERTA PIÑÁN
Como la piel al sol de una lagartija


HOJA DE LATA
BERTA PIÑÁN
Como la piel al sol de una lagartija



COMO LA PIEL AL SOL DE UNA LAGARTIJA


colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

BERTA PIÑÁN

COMO LA PIEL AL SOL DE UNA LAGARTIJA



SENSIBLES A LAS LETRAS, 106

Título original: Como la muda al sol d'una llagartesa

Primera edición en la colección Albentestate: mayo del 2018

Primera edición en la colección Sensibles a las Letras: marzo del 2025

© Berta Piñán, 2018

© de la traducción: Berta Piñán, 2025

© *de la imagen de la cubierta: Naturaleza, mfbtasarim/Shutterstock*

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2025

Hoja de Lata Editorial S. L.

Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores Culturales Glayíu/Iván Cuervo Berango

ISBN: 979-13-87554-20-0

Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi madre, Josefina Suárez, y a mi padre, Santiago Piñán. Ambos poblaron de personajes, reales y ficticios, nuestra infancia

ÍNDICE

I. Viernes

II. Sábado

III. Viernes

IV. Sábado

V. Sábado

VI. Sábado

VII. Viernes. Sábado

VIII. Sábado. Domingo

IX. Domingo. Lunes

X. Lunes

XI. Viernes



I

VIERNES

«L a muñequita rusa, esa que está en el interior de todas las demás», le había dicho al arquitecto.

Y él lo entendió. Le había construido una casa dentro de la casa, su refugio, su nido, la última muñeca rusa, la pequeña, sólida, inquebrantable matrioska, la que habita en el corazón de todas las demás. Allí, en aquella habitación sin apenas muebles ni adornos, se sentía seguro, allí podía contemplarse a sí mismo tal como era, desprenderse una a una de las capas que lo cubrían y quedarse a solas con el hombre que lo miraba desde dentro, con el hombre que, aún a veces, asomaba por debajo de su piel. Más allá, solo el vacío, el silencio, la nada.

En el gran reloj que ocupaba buena parte de la pared lateral habían dado las diez y media, y desde algún punto de la casa le llegaba en sordina el runrún de un televisor. O quizá solo era la Wii de los gemelos. Su madre los dejaba jugar hasta tarde los fines de semana y él no se oponía. En realidad, todo aquello le resultaba bastante indiferente. La mayor parte del tiempo veía a sus hijos como seres extraños, los oía reír, hablar o jugar como si habitaran en medio de una neblina, a una distancia imprecisa y difusa a la que él no podía o no deseaba llegar. Los quería, es cierto, con un amor opaco y denso. Pero no los alcanzaba. Entre ellos y él se interponía una cortina que no había sido capaz de rasgar. Y quizá nunca sería capaz de hacerlo. Era consciente de que haría por ellos los sacrificios que fuesen necesarios, de que los defendería de cualquier peligro y a cualquier precio, pero lo haría porque aquel era su papel de padre y aquel el contrato que había firmado con la vida. Siempre había asumido que su obligación era cuidar de la familia y él lo hacía sin preguntarse por qué o cómo. Simplemente lo hacía. Sin embargo, ahora, en aquel lugar, en su refugio, en el punto más alto y más profundo de la casa, podía arriesgarse a tener aquellos pensamientos sin fingir ante nadie ni ante nada, podía permitirse dejar una puerta abierta, una pequeña grieta en la pared por donde se escurrían las preguntas nunca pronunciadas, las dudas y los temores soterrados, los ríos subterráneos que se precipitaban desde las profundidades.

La voz de su mujer interrumpió el hilo quebradizo de sus pensamientos. Seguro que lo estaba llamando desde el último rellano de la escalera. Ella pensaba que allí arriba urdía sus negocios, hablaba con sus clientes y dirigía su red de colaboradores, que allí arriba, contemplando a lo lejos las luces de la ciudad, se sentía poderoso y fuerte. Celia nunca había comprendido que, por el contrario, aquel lugar de la casa estaba reservado a su intimidad menos confesable, a sus miedos y temores, a todo aquello que no podía ni debía mostrar afuera. Allí también podía reencontrase con su pasado, convivir de cerca con el niño que espiaba tras las puertas de sus vecinos, con el adolescente que recorría las calles con un billete en el bolsillo sintiéndose el rey del universo, con el joven que aprendía a pedir el plato más caro de la carta con fingida indiferencia. Ahora era un hombre adulto, un hombre que había llegado más lejos de lo que él mismo podría haber imaginado nunca. Sin embargo, allí arriba, solamente allí arriba, oculto a los ojos del mundo, podía sentir, sin temor a ser descubierto, que aquel traje le quedaba grande, que era un traje prestado y que, al menor descuido, todo el mundo se daría cuenta de ello. Eso lo

mantenía alerta.

Desde la habitación donde se encontraba, no podía oír sus pasos, pero podía adivinarlos. Sabía que Celia se quedaría unos minutos junto a la puerta sin hacer nada, inmóvil, como si se hubiera detenido delante de una alambrada infranqueable. Porque en eso se había convertido su vida con Celia, los dos solos, cada uno atrincherado en su soledad, en su lado de la alambrada por muy frío o desolador que este resultara. Sabía que finalmente su mujer se decidiría a llamar con los nudillos en la puerta suavemente, pero no entraría. No era propio de ella interrumpirlo sin una necesidad urgente. Y mucho menos cuando se encerraba en su refugio. Desde que habían nacido los gemelos, aquella paternidad tardía, Celia se había vuelto cada vez más indiferente a su presencia en la casa. Antes se preocupaba de sus idas y venidas, de que cumpliera con las comidas familiares, con las reuniones y las visitas de compromiso, pero desde hacía mucho tiempo los gemelos lo habían ocupado todo, su existencia misma era una gran mancha de aceite que se extendía implacable por todos los rincones de la casa dejando a su paso los restos de un excéntrico naufragio: envoltorios de plástico que habían contenido chicles y caramelos, pequeñas bolas de colores que él nunca sabría interpretar como chucherías, la pierna articulada de un muñeco y otros muchos objetos poco identificables que se iban quedando cada día desperdigados por cada metro cuadrado de aquella casa que él había concebido como un lugar limpio y silencioso. Ahora Celia ocupaba todo su tiempo en aquel intrincado nudo de emociones que eran sus hijos y daba la impresión de que había aceptado por fin concederle a él un papel secundario en aquel pequeño drama doméstico que se representaba cada día. Él se había sumergido progresivamente en todos aquellos trajes que colgaban de su interior como un fondo de armario: él era el hombre ocupado, el trabajador incansable, el marido distante. ¿Era también un buen padre? No podía saberlo, quizás era solo un padre complaciente que no estaba dispuesto a entrar en las disputas familiares. Además, el dinero no dejaba de fluir y hacía mucho tiempo que la familia y los amigos habían dejado de preguntarse sobre sus actividades empresariales. Sabían que acudía a cenas y reuniones importantes, que se codeaba con unos pocos políticos locales e incluso que en más de una ocasión había aparecido relacionada con algunos personajes de la farándula; sabían que tenía el dinero invertido en negocios más que rentables y que viajaba al extranjero de vez en cuando, pero poco más.

Por otra parte, su vida personal aparentaba diáfana y transparente, como copiada de una de esas películas de serie B que echan un domingo por la tarde, todo demasiado tópico, demasiado estudiado para ser por completo real: una gran casa en la urbanización más cara de la ciudad, dos internas ecuatorianas de confianza que se ocupaban de las tareas domésticas, dos hombres de seguridad en turnos de doce horas y tres o cuatro amigos de toda la vida con los que se reunía una vez a la semana a jugar al mus. Hasta eso parecía sacado de un guion predecible y vulgar. Ni madre, ni hermanos. Solo una tía y dos primas que vivían —para su tranquilidad— en Francia y a las que ni tan siquiera enviaba una postal navideña.

Y Diego Novo, claro, su administrador, su abogado y su hombre para todo. Después, solo Celia y los gemelos, algún pariente lejano de ella al que habían dejado de frecuentar hacía muchos años y su padre, un hombre aislado en su demencia senil que a duras penas había sobrevivido con cordura a la muerte de su mujer, y que Celia visitaba con frecuencia en su residencia de lujo. Eso era todo. Ninguna amante que se supiera, ningún vicio conocido, ningún juicio o pleito

pendiente, ningún secreto del que pudiera sospecharse, ninguna punta de iceberg que asomase tímidamente en las aguas apacibles de sus negocios. Nada. Allí arriba, mientras al fondo las luces de la ciudad formaban un paisaje irreal, recordó de pronto que aquello no era realmente cierto. Porque una vez sí había pasado algo, solo había sido una vez, una única y aislada vez, pero había sido suficiente para alimentar sus temores. Tan solo hacía unos meses, en una de esas mañanas limpias de primavera que invitan a la vida, la parte exterior del gran muro de piedra que rodeaba la finca había aparecido decorado con una enigmática pintada: «Portugués, te vamos a juzgar». Aquello había generado un pequeño revuelo entre sus dos hombres de seguridad, que se echaban la culpa mutuamente de no haber estado lo suficientemente atentos y Celia se había asustado, pero su marido zanjó el asunto rápidamente.

—Una gamberrada. Unos chavales de botellón o cualquier cosa parecida. Les diré a esos dos que estén más atentos o me busco a otros, le dijo.

Pero él sabía que había sido un aviso: aquella liebre acababa de asomar su hocico por la boca de la madriguera y él lo sabía.

Después de resistirse media hora más a la llamada de su mujer, bajó y cenó solo. Pensaba saludar a Celia y a los niños, pero se dio cuenta de lo tarde que se le había hecho y aquella noche quería arreglar un montón de líos y papeles antes de acostarse. Sobre la encimera de granito había un plato cubierto con plástico transparente. Debajo, una buena ración de merluza en salsa aún guardaba un aspecto apetecible. Quizá estuviese templada, pensó. Retiró el plástico y comió allí mismo, sentado sobre uno de los taburetes que Celia había incluido en la última renovación de la cocina. A él le habían parecido absurdos e incómodos, pero no había dicho nada. En realidad, nunca decía nada. Se sirvió un zumo de naranja como postre y subió de nuevo a la azotea sin que nadie lo interrumpiese en su camino.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando sonó el teléfono. Solo cinco personas tenían acceso a su móvil personal, así que no se sorprendió al ver el nombre de Novo en la pequeña pantalla. Algo había pasado y tendría que ser algo importante para que Diego le molestase a esas horas un viernes por la noche. Por lo general, su abogado no lo necesitaba para resolver pequeños asuntos. Para eso le pagaba, se dijo a sí mismo. Esperó que sonara dos veces más y a la siguiente sintonía, contestó. Siempre hacía así: tres era suficiente, más de cuatro, demasiado. Aunque la voz al otro lado de la línea aparentaba tranquilidad, supo distinguir un mínimo temblor de fondo.

—Perdona que te moleste a estas horas, pero estoy en el Afrodita y parece que hay un problema —susurró apenas la voz.

Los músculos del cuello se tensaron y un rapidísimo espasmo de rigidez ascendió desde su coxis hasta la última vértebra cervical. De todos los imprevistos que pudieran surgir, los relacionados con el Afrodita eran los que más le inquietaban. Esa especie de tierra de nadie entre la legalidad y la ilegalidad era un billete premiado para los negocios, pero también una rendija abierta, una grieta en el búnker de respetabilidad que había levantado a su alrededor. Tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—Hazme un resumen rápido, Diego, que no son horas. Supongo que será algo lo bastante grave

para que no lo puedas solucionar sin mi ayuda.

Estaba dejando traslucir su mal humor y su abogado lo percibió de inmediato.

—Es un problema con una de las nuevas —se apresuró a contestar la voz de Novo—: Marlén o Marleny, creo que la llaman. Me han avisado hace media hora.

—¿Y qué pasa?

Al otro lado del teléfono, la respiración de su jefe se iba haciendo más densa. Hubo un segundo de suspensión, ese momento en el que la pelota arrojada al aire parece detenerse antes de la caída.

—Está muerta.

El abogado continuó como un acto reflejo, sin permitir interrupciones.

—Por lo que he podido averiguar, se había puesto de mierda hasta arriba y estaba con un cliente cuando se quedó… pajarito.

El Portugués tenía ganas de gritar, pero se contuvo. ¿Pajarito? ¿Pero qué estaba diciendo este tío? ¿Una de las chicas del club estaba muerta y él decía «pajarito»? Sabía que Novo no era responsable de aquella catástrofe y en su interior ya había decidido dejar las culpas para más adelante y centrarse en la parte práctica. Guardó cierta compostura.

—¿Quién es el cliente, algún conocido de la casa?

Novo percibió la furia contenida. Visualizó a su jefe forzando el cuello en un giro repetido hacia ambos lados, una especie de tic que le había observado muchas veces en momentos de tensión.

—Eso es lo peor —respondió haciendo una pequeña pausa—: es un concejal o algo parecido. Un gilipollas al que le gusta correrse mientras ahoga un poco a las chicas con un pañuelo, según me han contado. Un jueguecito que no había tenido consecuencias hasta ahora. Algunas chicas se habían quejado, pero parece que nadie les había hecho mucho caso y, por lo que se ve, la tal Marlén o Marleny no tenía el cuerpo esta noche para aguantar ese tipo de juegos —insistió— … se había puesto de mierda hasta arriba…

Cuando el Portugués volvió a hablar, su voz había subido considerablemente de tono y ahora las palabras estallaban en los oídos de Novo como un volcán en erupción. Supo que ya era incontenible.

—¡Joder! ¿Es que nadie ahí sabe controlar lo que se meten las chicas? ¿Qué hacen en todo el puto día ese montón de mamones a los que pago un sueldo?

Aunque hacía tres meses y seis días que lo había dejado, el Portugués sintió unas ganas irresistibles de fumarse un Marlboro y abrió con nerviosismo el cajón inferior de la mesa en busca de algún resto. Nunca dejaría de ser un fumador. Incluso aunque no fumara ni un solo cigarrillo más el resto de su vida.

—No te preocupes que caerá alguna cabeza. —Fue lo único que se le ocurrió decir a Novo para intentar calmar a su jefe—. Además, al cabrón que se la estaba follando lo tenemos bien cogido por los huevos.

Dudó un instante antes de hablar:

—Parece ser que la chica era menor.

—¿Cómo que menor? ¿Qué dices de menor? ¿Qué cojones me estás contando?

Si no fuese porque estaba en su refugio blindado, los gritos del Portugués habrían podido oírse desde todos los rincones de la casa. La tormenta había estallado y se expandía como una gran bola de fuego en todas direcciones. Al otro lado del teléfono, su abogado y administrador intentaba no perder la calma. Unos minutos antes había pensado la estrategia para darle aquella noticia al jefe y había decidido que lo mejor era reconvertirla a su favor, hacerse él mismo la víctima. Era cierto que él no era directamente el responsable y podría dirigir la furia del Portugués hacia alguno de aquellos inútiles del Afrodita, pero por experiencia sabía que en algún momento los salpicaría a todos y caería indiscriminadamente sobre sus cabezas. Su voz sonó serena cuando aventuró una explicación.

—Yo soy el primero sorprendido, créeme. El gerente dice que le faltaba un mes para cumplir los dieciocho y que solo hacía algún servicio de confianza de vez en cuando. Ahora nos viene bien. Por lo del concejal, digo.

Hubo otro silencio. Al otro lado del teléfono, Novo casi podía sentir cómo el ambiente eléctrico de aquella habitación blindada se deslizaba a través del espacio y de las ondas de los satélites artificiales para resurgir al otro lado de la ciudad, en el corazón mismo del Afrodita. Solo había estado allí una docena de veces, pero lo recordaba muy bien: un lugar inquietante, aislado del ruido exterior donde, por contraste, podías oír el más leve murmullo de tus intestinos. En ese breve intervalo de silencio, el Portugués parecía haber recobrado cierta calma.

—Está bien, Diego, ya me lo contarás todo más tarde. Ahora lo más urgente es que saquéis de allí el cuerpo de la chica y lo llevéis a un lugar seguro sin montar un espectáculo. Al concejal me lo tranquilizáis aunque sea a base de hostias y, cuando sea el momento, lo mandáis a casa con la boquita bien cerrada. Después, tú te vienes aquí y me lo explicas todo con detalle.

En realidad, Novo se serenó al oír la voz segura y autoritaria de su jefe. Aunque en otras ocasiones gozaba de autonomía para actuar, en casos como aquel prefería ser un simple mandado. También al Portugués lo tranquilizó oír su propia voz dando órdenes precisas. Sabía que Novo, en la otra punta de la ciudad, pondría en marcha la maquinaria activada por sus órdenes y, cuando lo más urgente estuviera solucionado, entonces sería el momento de pedir cuentas. ¡Y como hay dios que las pediría!

Con la yema del dedo índice, tocó el cuadrilátero rojo de su pantalla táctil y todo volvió de nuevo al silencio. Afuera empezaba a levantarse un ligero viento del sur. Por la gran cristalera blindada podía adivinar las ramas de los dos inmensos robles que presidían la finca desprendiéndose de las primeras hojas: l' aire les castañes, recordó. Se acercó al ventanal y ahora sí pudo distinguirlos en la oscuridad, parcialmente iluminados por las luces de la verja

principal: dos gigantes que sucumbían ante el empuje de una leve brisa. Volvió hacia la mesa de despacho, uno de los pocos muebles que ocupaban aquel espacio casi diáfano. Seguro que su mujer y los gemelos hacía horas que dormían. Imaginó sus respiraciones acompasadas en algún lugar de la casa y sintió una especie de ternura repentina. El mundo a su alrededor permanecía en silencio. Guardó en un cajón los pocos papeles que se veían sobre la mesa y aquel simple gesto de orden pareció tranquilizarle. Todo estaba en los ordenadores, pero a él le seguía gustando la letra impresa. Aquella noche le iba a resultar difícil dormirse, de eso estaba seguro, pero tal como iban las cosas, al día siguiente necesitaría todas sus energías, así que lo más sensato era irse a la cama con una pastilla. Seguro que aquella pandilla de ineptos no tardaría en despertarle. Antes de salir de la habitación, dio al interruptor de la luz y el cuarto volvió a las mismas tinieblas de donde había surgido.

En el Afrodita las cosas se habían complicado y estaba claro que había que actuar con la mayor rapidez posible, pero con prudencia. El cliente permanecía encerrado y vigilado en el despacho del gerente con un ataque de ansiedad y, de momento, no parecía muy oportuno enviarlo a casa. También el cadáver de la chica seguía en la habitación número 12, según parece, tal como se había quedado muerta encima de la cama, su cuerpo levemente recostado sobre el lado derecho. ¿Se había resistido en el último momento o realmente estaba tan colocada que ni tan siquiera había sido consciente de lo que le estaba pasando? Ahora que la palidez era extrema, una finísima marca morada le rodeaba el cuello. Nadie se había ocupado de cerrarle los ojos o de cubrir su desnudez, y cuando Novo entró en la habitación, su aspecto desvalido le recordó a su hija pequeña cuando era más joven y se destapaba por las noches. Luchó por apartar aquella imagen, el gusano de remordimiento que pugnaba por arraigar en sus tripas. Posando dos dedos en la parte precisa del cuello, el abogado comprobó que de su yugular no salía ningún latido. Aunque no habría sido necesario: sabía reconocer perfectamente el color de la muerte. Detrás de él entraron dos hombres jóvenes y, siguiendo sus instrucciones, envolvieron a la mujer en la misma sábana sobre la que estaba echada. A los pies de la cama había una alfombra con arabescos de colores alegres que contrastaba con el aspecto más bien sórdido de la habitación, un kílim o algo parecido. A un gesto de Novo, uno de los jóvenes envolvió con la alfombra el fardo blanco y lo cargó al hombro. Un siniestro vendedor ambulante de alfombras, eso podría parecer cuando salió al pasillo precedido de su compañero.

La pequeña comitiva que cerraba Novo deshizo el camino andado de puertas y pasillos hasta llegar de nuevo al despacho del gerente. Sobre el sofá de dos plazas que estaba arrimado en la pared del fondo, colocaron a la chica, un fardo pequeño, casi lo que ocuparía una niña. Se suponía que en la habitación de al lado, una antigua alcoba sin ventanas donde por lo general se reunían para tratar todo tipo de asuntos, el concejal, informado de los planes, intentaba tranquilizarse. Desde su llegada, Diego Novo había tomado el mando y el gerente del Afrodita permanecía huraño y callado tras su mesa de despacho. Era un hombre mayor, con la piel de la cara cubierta por inmensas manchas marrones, pero una vez que se ponía en movimiento, su cuerpo recuperaba cierta agilidad juvenil. Novo se dirigió a él:

—Las cosas están así: en primer lugar, hay que sacar a la chica de aquí y llevarla a un lugar seguro sin que las demás se enteren de que ha muerto. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Y sobre todo, hay que evitar el pánico entre las otras. Diremos que la hemos trasladado a otro sitio

porque se estaba metiendo demasiada mierda o lo que sea. Después, esperamos órdenes del jefe. En cuanto al gilipollas ese —señaló hacia la habitación contigua—, esperamos a que se tranquilice. Que no salga a ninguna parte sin que lo hayamos convencido de que le conviene mantener la boca bien cerrada. Si le entran remordimientos y no teme a la justicia, que nos tema a nosotros ¿Está claro?

El hombre sentado en el despacho se levantó incómodo por aquel traspaso de mando. Él era el gerente del Afrodita y hasta ese día no había necesitado a nadie para solucionar cualquier problema, por grave que hubiese sido. Aquella intromisión en sus asuntos era una excepción que solo estaba dispuesto a permitir porque sabía que las órdenes venían directamente del Portugués.

—Más que claro —respondió el gerente sin apenas levantar la vista.

—Pues encárgate tú. Yo espero aquí hasta que todo se haya despejado y después me voy donde el jefe.

El gerente sacó una coca-cola light de una pequeña nevera situada en un hueco de la mesa escritorio. No ofreció a nadie: es por el régimen, dijo dirigiéndose a Novo. Después señaló a los dos jóvenes que habían entrado con la chica y que permanecían callados cerca de la puerta.

—Vosotros dos me vais abajo, a la sala, y comprobáis que todo esté en orden. A esta hora, y de viernes, todavía hay mucho lío, así que será mejor esperar un buen rato a que el ambiente se tranquilice. ¡Ah! Y os dais una vueltecilla por el recinto, no vaya a ser que precisamente hoy tengamos por ahí algún mirón de la policía.

—Está bien. ¿Algo más, jefe? —contestó el joven que había cargado con el cuerpo de la chica.

Novo hizo un gesto con la mano indicando que se fueran y se dio la vuelta hacia el gerente.

—¿A qué huele? —Su mirada se había dirigido instintivamente al cuerpo envuelto sobre el sofá.

—No te preocupes, es ese Vania, que no sé qué coño de perfume le ha dado por usar ahora. Ya le he dicho que no quiero mariconadas en mi local, pero estos palurdos se creen que están en Hollywood en cuanto manejan mil euros. En fin, los tiempos han cambiado mucho desde que nosotros andábamos por esas calles buscándonos la vida.

Novo sacó su cajetilla y le ofreció al gerente. Él rechazó su oferta con un gesto de resignación. Se había creado un momento de intimidad entre ellos.

—¿Y tu hijo? ¿Cómo va? —le preguntó Novo sin aviso previo mientras encendía un cigarrillo.

Un destello de ternura transformó fugazmente la mirada del hombre y, bajo la luz un poco difusa del despacho, Novo vio brillar sus pequeños ojos acuosos.

—Ahí va. Ya sabes cómo son estas cosas. Se está haciendo mayor y su madre y yo nos preocupamos por su futuro. Para mi mujer, el mayor temor es que nos pase algo a nosotros y se quede solo… pero… ¿sabes cuál es el mío?

Novo negó con la cabeza.

—Mi mayor temor es que se muera antes que nosotros, que nos quedemos sin él, los dos solos en mitad de toda esta mierda.

—Ya.

Novo no quería profundizar en el tema, pero el gerente ya se había lanzado.

—Mi mujer no podría soportarlo, ¿sabes?, el chaval es toda su vida. Desde que nació con la enfermedad, ella lo tuvo claro. Al fin y al cabo, yo soy un cabrón, siempre metido en estos negocios de mierda y he tenido mis cosas, ya sabes, pero ella…, ella le ha dedicado su vida. Mira, el otro domingo los estaba viendo arreglarse para salir y parecían una auténtica pareja: «Qué guapa estás, pareces una reina», le dijo el chico. ¿Sabes cuánto hace que no le digo algo así a mi mujer?

—La vida no es fácil —respondió Novo intentando encontrar una fórmula de compromiso.

—No, no es fácil —murmuró el gerente casi para sus adentros. Y como si hubiera envejecido de pronto diez años, se dio la vuelta y abrió un pequeño armario a su espalda. Sacó una botella de whisky y la levantó en dirección a Novo.

—¿Y tu régimen?

—¡A tomar por culo con mi régimen!

Mientras bebían, Novo pensó que después de tantos años tratando al gerente del Afrodita, aquella era la primera vez que tenían una conversación personal. Se acordó vagamente de haber visto al chico una vez cuando era aún un niño y le pareció gracioso con sus ojillos achinados ¿Cuándo había sido aquello? ¿Hacía quince, veinte años? ¿Y la mujer del gerente? A pesar de su prodigiosa memoria como fisonomista, apenas podía recordar sus rasgos. De todas formas, seguro que el tiempo también habría pasado por ella.

Los dos hombres bebieron sentados, en silencio, cada uno recorriendo su propia geografía en el mapa implacable de la memoria. El cenicero se iba llenando con colillas arrugadas, amarillentas. Novo perdía de vez en cuando la consciencia y se dormía durante segundos en los que le daba tiempo a soñar largas historias que parecían haber transcurrido durante horas. En una de ellas soñó que un perro le perseguía, él mismo era un niño que corría campo a través con una bolsa de manzanas en las manos. Sabía que, si soltaba la bolsa, el perro dejaría de perseguirlo; sentía el aliento del animal a su espalda, pero ni siquiera se planteaba la posibilidad de soltar las manzanas. Sintió frío y se despertó con un sobresalto. Unas gotas de whisky saltaron desde el vaso de su mano derecha al pantalón del traje. No sabía si su compañero de bebida había percibido aquel pequeño incidente, ni siquiera sabía si él mismo se había dormido por completo, pero le molestó perder el control delante del gerente. Se levantó, encendió otro cigarrillo y miró al reloj de la pared. Era una especie de plato de fondo azul con dorados que dibujaban la figura de una virgen: «La virgen de El Pilar», creyó distinguir debajo, también en letras doradas. Y en ese intervalo entre el sueño y la vigilia, antes de darse la vuelta para enfrentarse con la cara interrogante del gerente, ya había decidido cuál sería su próximo

movimiento. Miró su reloj de pulsera y se dirigió a su compañero con la serenidad de quien ha trazado una línea de fuga en mitad de la oscuridad. Hacía un tiempo que el Portugués había comprado en un polígono de las afueras un flamante restaurante chino prematuramente fracasado en manos de sus antiguos dueños al que aún no habían dado un uso definido. Aquel sería el lugar idóneo para esconder el cuerpo hasta calcular el próximo movimiento.

—Son más de las tres. Llama a los chicos, que ya va siendo hora de acabar con esto.

El gerente sacó su móvil y marcó un número.

—Vamos a sacar el paquete —dijo.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Vania y el otro chico llamaron a la puerta.

—Todo está despejado —dijo Vania. Hace una hora creímos ver el todoterreno de esas tías que andan todo el puto día tocándonos los cojones, pero era una falsa alarma.

El gerente esbozó una sonrisa.

—A esas me las follaba yo bien folladas y ya verás cómo se les pasaba el rollo —dijo entre furioso y burlón.

Los dos chicos sonrieron con complicidad.

—¿Quiénes son? —preguntó Novo, de pronto interesado—. ¿Policías?

—¡Qué va! Son esas tías que están en contra de las putas. Bueno, en realidad a las putas las adoran, quieren salvarlas y todo eso. ¡Lo que quieren es quitarnos el negocio a nosotros! Y digo yo: ¿qué les molesta a ellas que otras hagan aquí lo que no hacen ellas en sus casas? ¡Si deberían estarnos agradecidas!

Ahora los tres se reían abiertamente. Novo cortó tajante:

—Vale. Después me lo explicas con más detalle, que al jefe le va a interesar. Ahora vamos con el trabajo.

El gerente volvió a su estado taciturno y autoritario dirigiéndose a los chicos.

—Tú, Vania, coges las llaves de la furgoneta blanca, sales con cuidado por la puerta de atrás y te la llevas al restaurante.

—Está bien, jefe, ¿Al chino, no? —preguntó Vania, que a pesar del nombre y de su aspecto teutón, no dejó traslucir el más mínimo acento extranjero.

—Sí, claro, al chino. La dejas en el frigorífico y vuelves aquí inmediatamente. Que Juancho te dé las llaves.

—Pero la furgoneta blanca no está en el aparcamiento de atrás. Esta tarde hemos traído bebidas y la han dejado delante, junto al almacén —intervino el otro empleado que había permanecido en

silencio hasta ese momento.

—¡Hostias!, ¡pues te la llevas atrás! No creo que sea tan complicado —interrumpió Novo, adelantándose de nuevo a las órdenes del gerente.

—¿Voy con él? —preguntó el otro.

—No, tú te quedas aquí, por lo que pueda surgir. Tengo a Juancho abajo y a Félix ahí dentro con el concejal, así que te necesito por aquí. Espera a que salga este y después te das otra vuelta por el recinto. No quiero sustos.

Su compañero parecía algo desconcertado, pero Vania salió inmediatamente y recogió en el tablero del bar la llave de la furgoneta y el llavero del chino. Juancho no aparecía por ningún lado. Si notaba que faltaban las llaves, alguien se encargaría de explicárselo, así que no perdió más el tiempo en esperarle. Al salir al aparcamiento principal comprobó que habían dejado estacionada la furgoneta justo al lado de la puerta del almacén, cinco o seis metros más allá, donde empezaban las líneas verticales para aparcar en batería. Estaba tan cerca que no merecía la pena moverla hasta la parte trasera, así que subió de nuevo al despacho del gerente y no dijo nada. Los demás esperaban allí inmóviles, como imágenes de una moviola, detenidos por sorpresa. Vania volvió a echarse por segunda vez en aquella noche a la chica al hombro. Apartó la alfombra. Ahora solo estaba envuelta en la sábana y sintió que apenas pesaría cincuenta quilos. Nadie dijo nada. Su compañero le dio la salida al pasillo y Vania desapareció escaleras abajo dejando solo un rastro intenso de perfume.

El Afrodita era un laberinto de pasillos y escaleras que Vania conocía a la perfección. En su origen había sido una nave construida para guardar ganado cuando los límites de la ciudad aún quedaban muy distantes y aquella zona todavía se dedicaba a la explotación de vacuno. Sin embargo, las sucesivas reformas y usos habían convertido el interior de la nave original en una estructura absurda y caótica. El gerente decía que aquella distribución les favorecía en esta situación porque las chicas nunca acababan de aclararse del todo antes de que las movieran a otro local.

—Se pasan el día medio atontadas y después no saben ni dónde tienen su mano derecha —le había dicho a Novo esa misma noche.

Vania salió al aparcamiento principal directamente desde el almacén. Miró a su alrededor antes de exponerse a las luces del parking. Todo estaba tranquilo a aquella hora y solo tendría que recorrer con la chica unos pocos metros hasta la furgoneta blanca. Mientras se acercaba a buen paso, apretó el mando a distancia. Pero las luces que deberían haber respondido a la orden de apertura permanecieron apagadas. Ya estaba al lado, así que probó a forzar hacia abajo la manilla del portón trasero y este se abrió sin ninguna resistencia. Por suerte, alguien la había dejado abierta. Acomodó su fardo con rapidez dentro del maletero y lo cubrió con una lona que encontró allí mismo, después cerró la puerta con cuidado procurando no hacer ruido. Se subió al asiento del conductor y justo antes de meter las llaves de contacto en la ranura, una especie de instinto de alerta le hizo buscar su móvil. No estaba en ningún bolsillo: seguro que con las prisas se le había caído en alguna parte del trayecto, seguramente en el bar cuando cogió las llaves. ¡Eso era, joder!

Recordó haberlo posado sobre la barra mientras se estiraba por encima para alcanzar las llaves. Volver atrás era una auténtica complicación, pero no podía marcharse sin su móvil. Eso estaba claro.

Salió de la furgoneta apresurado y furioso. La puerta del almacén se había cerrado; solo podía abrirse con un resorte desde dentro, así que tendría que volver por la entrada principal si quería recuperar su teléfono. Aquello era un lío de mierda, pero no era el momento de perder más tiempo. Se dirigió a grandes pasos hacia la entrada principal y casi se choca con un hombre que salía en ese momento del local. A pesar de las prisas, Vania no pudo dejar de fijarse en su aspecto: no era el tipo de personal que recalaba en el Afrodita. El hombre había mascullado un «lo siento» y había seguido caminando en dirección al aparcamiento con ese andar un poco tambaleante de quien no se siente cómodo en un lugar como aquel. Después, todo fue tan extraño y tan rápido que Vania tendría el resto de la noche para preguntarse qué había pasado en realidad y por qué no había reaccionado desde el principio de otra manera.

Ante la mirada atónita de Vania, aquel individuo se dirigió hacia la furgoneta blanca que él mismo acababa de abandonar y, con total naturalidad, abrió la puerta de la izquierda, se sentó en el asiento del conductor y encendió el motor. Inmediatamente, la furgoneta maniobró marcha atrás hasta colocarse en línea recta con la verja abierta, y un instante después había salido del recinto hacia la carretera general. Desde el lugar donde se encontraba, tan solo a unos metros, Vania no podía creer lo que estaba sucediendo delante de sus narices. Estaba paralizado y lo único que se le ocurrió fue apretar el mando a que aún llevaba en la mano. Un poco más allá del hueco que había dejado la furgoneta blanca, detrás de un pequeño seto que ocultaba en parte la visión completa de la explanada, se encendieron al unísono las luces de un vehículo y Vania distinguió perfectamente la silueta de otra furgoneta blanca, idéntica a la que acababa de esfumarse delante de sus narices. ¿Qué estaba pasando? ¿De qué cojones iba todo aquello? A pesar del desconcierto inicial, no tardó más de un minuto en comprender su terrible confusión: un desconocido viajaba probablemente hacia su casa con el cadáver de la chica en el maletero. Sin perder un instante, corrió hacia la otra furgoneta, saltó por encima de un arbusto de boj y en pocos minutos ya estaba dentro. Arrancó y pisó el acelerador de forma compulsiva.

A aquellas horas del viernes apenas había tráfico y no tardó mucho en localizar más adelante, a media distancia, las luces traseras de la otra furgoneta. No se podía decir que aquel cabrón fuese muy rápido, así que Vania se colocó sin dificultad varios metros por detrás. No era el momento de perder la calma. Estaba solo, la había jodido bien jodida y ahora tenía que arreglarlo él solo. Se pegó a la otra furgoneta dejando solo una distancia prudencial. No podía dejar de revolverse en su asiento mientras murmuraba amenazas incomprensibles. ¡Joder, qué calor hacía en aquella puta furgoneta de mierda! Bajó la ventanilla hasta la mitad y una brisa cálida lo acompañó el resto del trayecto. Hacía un buen rato que habían dejado atrás los límites la ciudad y ahora, a ambos lados de la carretera, los almacenes y las naves industriales habían sido sustituidos por extensiones indeterminadas de campos. De vez en cuando tenía que reducir la velocidad para atravesar alguno de aquellos pueblos acosados por la carretera. Tampoco era plan de que lo detuvieran ahora por cualquier chorrada de mierda.

A unos sesenta kilómetros, el coche se desvió hacia una carretera comarcal. Las dos furgonetas, idénticas en la línea sinuosa del asfalto, podrían simular la visión doble de un borracho. El vehículo del desconocido tomó de nuevo una desviación y pocos metros más adelante dobló

bruscamente a la izquierda. En aquella especie de camino mal asfaltado por el que ambos circulaban apenas podían cruzarse dos coches, y Vania disminuyó la marcha. No quería arriesgarse a tener otro error. Tendría que actuar con toda la calma de la que fuese capaz.

A medida que iban avanzando por aquel túnel de oscuridad, los faros del coche soltaban fogonazos de luz sobre el paisaje y Vania podía adivinar la espesura de árboles que se agolpaban a ambos lados de la carretera y también, de mucho en mucho, alguna vivienda que iluminaba con destellos fugitivos la extraña comitiva. Dos hermanos siameses: una sombra persiguiendo a su sombra. Al cabo de un tiempo entraron en una aldea de casas diseminadas. La furgoneta delantera se adentró por un laberinto de caminos de tierra hasta llegar a una pequeña explanada donde se detuvo. Vania sabía seguir a alguien sin ser descubierto, pero aquello se estaba convirtiendo en algo complicado, así que extremó las precauciones. En cuanto dejó de oír el motor que iba delante, él mismo giró la llave de encendido y su motor también quedó en silencio. Su furgoneta había quedado al lado derecho del camino, un poco inclinada sobre la cuneta, entre los arbustos. Al salir, aquel aire cálido le acarició la cara como el presagio de algo incierto. Recorrió a pie unos cien metros hacia donde le guiaba su instinto antes de ver la furgoneta del desconocido estacionada, allí donde acababa el camino. No estaba realmente aparcada, solo parada en mitad de la nada, como si el conductor se hubiese cansado de pronto o como si el terreno fuese de su propiedad.

Y lo que era más importante: el hombre que había visto en el Afrodita estaba saliendo en ese momento de una construcción de piedra que se levantaba al lado derecho de la explanada, algo que Vania creyó identificar como un establo. No era un hombre de campo, pero se había pasado algunos veranos con sus tíos en un pequeño pueblo del Sur y sabía reconocer el olor del ganado. Inmóvil y con todos sus sentidos alerta, esperó escondido tras el gran tronco de un castaño cuya poderosa copa se extendía por encima de buena parte de la explanada. Pensó que aquel sería un lugar fresco y agradable en los días de calor. Con la luz de una farola a medio gas, empezaba a distinguir entre las sombras: al fondo, un gran portón de madera daba paso al patio delantero de una casa pintada de algún color llamativo que Vania no pudo definir con la sola luz de una farola. El hombre de la furgoneta se estaba dirigiendo en ese momento a la casa. Se detuvo un instante antes de entrar y Vania sospechó que iba a fumarse un cigarrillo, pero en el último momento pareció arrepentirse y guardar la cajetilla. Seguro que aquella era su casa porque en ese momento el hombre sacó unas llaves de alguna parte y abrió el portón. Después desapareció dentro del edificio. En diferentes puntos de la casa se encendieron luces que pronto se volvieron a apagar. Vania decidió esperar. Esperar y reflexionar. Obviamente aquel cabrón no tenía ni idea del «paquete» que había transportado hasta las puertas de su casa. «La cosa, tenía su gracia», pensó.

Había pasado una media hora desde que la última luz de la casa se había apagado y Vania calculó que el hombre ya estaría dormido. Su plan era rápido y sencillo. Sacaría a la chica de la furgoneta y la cargaría a la espalda los cien metros que lo separaban de la suya. Después ya podría retomar los planes iniciales. A esas alturas, en el Afrodita ya se habrían dado cuenta de que se había olvidado el puto móvil y los ánimos estarían calientes. Pero eso era algo en lo que no quería pensar de momento. Decidió esperar otros diez minutos, asegurarse bien. El viento sur hacía más cálida la espera a pesar de la estación avanzada. No se estaba mal en aquella

tranquilidad. Aquellos puñeteros campesinos descansaban ignorantes en sus camas como niños en la noche de Reyes. Pero Vania sabía lo suficiente de la vida para pensar que no todos serían trigo limpio. Encendió un cigarrillo. A pesar de los nervios iniciales, la situación estaba controlada y, si no fuera porque aún le quedaba mucha tarea por delante, podría pensar que no se estaba del todo mal en aquel pueblucho perdido en el culo del mundo. Comprobó la hora. Pasaban de las cinco y media y pronto empezaría a amanecer. Se había acabado el entretenimiento. Dio dos pasos decididos fuera de su escondite cuando vio que una luz del piso superior volvía a encenderse y, al minuto siguiente, también una en el piso de abajo. Casi de inmediato, el hombre de la furgoneta abrió el portón y salió a la explanada. Vania retrocedió lo suficiente para quedar de nuevo invisible bajo el amparo del castaño. Estaba desconcertado y sentía que todos los pensamientos anteriores se estaban disolviendo. Como azúcar en un vaso de leche caliente. Ahora era de nuevo Vania, el matón del Afrodita, y empezaba a pensar que después de todo iba a tener que terminar cargándose a aquel gilipollas.

El hombre entró de nuevo en lo que Vania había identificado al principio como un establo, a los pocos minutos salió en dirección a la furgoneta aparcada algunos metros más allá y abrió despreocupadamente la puerta trasera del vehículo. Por lo que se ve, nunca cerraba con llave las puertas del vehículo ¡Ni siquiera cuando se iba de putas, el cabrón! Desde su escondite, como en un juego infantil, Vania iba repitiendo en su interior: «caliente, caliente, caliente, te quemas…». La furgoneta era casi exacta a la de Vania, pero el portón tenía un mecanismo de apertura un tanto diferente, probablemente se trataba de un modelo más antiguo y nunca llegaría a comprender por completo cómo no se había dado cuenta antes, cuando él mismo abrió aquella puerta en el aparcamiento del Afrodita. Toda aquella historia se hubiese evitado y a aquellas horas estaría de vuelta con el trabajo hecho y bebiéndose tranquilamente un gin-tonic. Desde donde se encontraba no tenía ángulo suficiente para ver el interior del maletero, además, la espalda del hombre tapaba casi por completo el espacio abierto, pero sí pudo imaginar la expresión de sorpresa y de pánico que el otro tendría en la cara cuando, bajo el toldo con el que él mismo lo había cubierto unas horas antes, descubriera el cadáver de la chica. Probablemente aún estaba tibio. El problema era que ahora aquel cabrón querría llamar a la policía y Vania tendría que actuar con decisión si no quería liar otra más gorda. Ya había matado en otra ocasión. Ese no iba a ser el problema.

El hombre cerró la puerta trasera de su furgoneta y, en contra de todo lo esperado, no sacó su móvil. En su lugar, sacó un cigarrillo que se le partió entre los dedos. Vania no podía ver con nitidez su cara, pero no le resultaba difícil adivinar de nuevo el espanto que reflejarían sus ojos. Si le disparaba allí mismo, tendría a medio pueblo en pie antes de que le diera tiempo a llegar a su propia furgoneta con el cuerpo de la chica. No tenía ni idea de lo que aquel palurdo podría hacer en los próximos minutos o quizá horas. Tendría que pegarse literalmente a aquel imbécil para actuar con rapidez al más mínimo peligro: se convertiría en la sombra de su aliento, eso es.

Ante la mirada esquiva de Vania, el hombre subió a la furgoneta y arrancó, dio la vuelta en la explanada y retomó el camino que un par de horas antes le había conducido hasta allí. Vania aguantó la respiración. Acababa de pasar a tan solo dos metros de su escondite. Por segunda vez en esa noche, aquel hombre tomaba la iniciativa sin que él fuese capaz de reaccionar a tiempo. ¿Adónde iba, joder? La furgoneta llevaba el motor en ralentí para no hacer ruido e iba tan despacio que Vania tuvo que esperar a que se distanciase para no adelantarla caminando hacia su propia furgoneta. Fueran cuales fueran los planes de aquel gilipollas, en cuanto se alejara del

núcleo de casas tendría que actuar con rapidez. Sentado de nuevo al volante a la espera de arrancar, sentía que un cable de alta tensión le atravesaba la espina dorsal. ¿Y si lo que estaba haciendo era dirigirse al cuartel más próximo con el cadáver a cuestas? Demasiado despacio para eso, se dijo. Todo aquello se estaba complicando demasiado. Nunca había echado tanto de menos su móvil. Frotó las palmas de las manos contra las perneras del pantalón vaquero para secarse el sudor. Si fallaba, su propia vida podía estar en peligro. Pero daba la impresión de que aquel hijo de puta no tenía intención de actuar como una persona normal, llamar a la policía y dar la voz de alarma por un cadáver encontrado en su maletero.

A mitad de camino, antes de dar la segunda curva, se detuvo de pronto. Vania observó cómo el hombre se bajaba del coche con el mayor de los sigilos y sacaba a la chica del maletero aún medio envuelta por la sábana. Orientándose como una lechuza en la oscuridad, el hombre se adentró en los campos que había a su derecha y reapareció a los pocos minutos sin nada en los brazos. Vania no podía creer lo que estaba viendo ¿Qué hacía aquel tipo? ¿Por qué no llamaba de una puta vez a la puta policía? ¿Había escondido el cadáver? ¿Pero dónde? Aunque después de varias horas su vista se había acostumbrado a la oscuridad, aún no podía hacerse una idea de qué había al otro lado del muro. Desde luego, era algo opaco, algo que hacía más profunda la oscuridad. ¿Un pequeño bosque? El levísimo resplandor de la farola más cercana apenas llegaba hasta allí. Entonces, el otro hombre encendió con delicadeza el motor, maniobró sin demasiada dificultad en el camino y dio la vuelta. Vania comprendió que se volvía a casa. Camuflado en una oscuridad que empezaba a ser su mejor amiga, él mismo recorrió, por segunda vez a pie, el trayecto hasta la explanada. Aquel hombre, que empezaba a convertirse para Vania en un auténtico enigma, aparcó, abrió el portón de madera y despareció dentro de la casa. Vania había recuperado su escondite junto al castaño. Aquel cabrón se había vuelto a la cama ¡Como si hubiese ido a tirar la basura a un contenedor! En cinco minutos, todo había vuelto a la normalidad, como si nada hubiese sucedido realmente, como si fuese la primera vez que Vania, un turista accidental, se apostaba detrás del árbol a observar y esperar. Pero ahora podía ver mejor, un tímido amanecer empujaba hacia alguna parte la oscuridad y Vania se dio cuenta de que incluso distinguía algunos contornos más allá de la casa. A medida que habían ido pasando las horas, todo lo que le rodeaba había adquirido nuevas proporciones y matices.

Una luz esquiva había empezado a iluminar el mundo a su alrededor y Vania comprendió que todo aquello se le estaba yendo de las manos. Regresó sigiloso a su furgoneta. Suponía que aquella gente madrugaría bastante y sabía que un hombre extraño en un vehículo a aquellas horas llamaría la atención, así que decidió volver al lugar donde el hombre se había escabullido con la chica al hombro. Después de todo, su furgoneta estaba tan solo unos metros más atrás, justo antes de las primeras casas, así que esperaría dentro y, en cuanto pudiera ver lo suficiente, recogería a la chica, se largaría y todo habría terminado.

Al menos no había tenido que cargarse al tipo. Aunque a aquellas alturas tampoco le habría temblado la mano.

Por fin, el leve fulgor de la mañana había acabado casi por imponerse sobre la oscuridad. Vania se había quedado helado y tuvo la tentación de poner un rato la calefacción del coche para recuperarse, pero habría que encender el motor y, a medida que el tiempo transcurría, su presencia en la aldea se hacía cada vez más peligrosa. Desde donde estaba empezó a interpretar las sombras que le rodeaban y por fin comprendió que aquel cabrón había tenido toda la

intención de esconder el cuerpo de la chica. A Vania no le parecía un gran plan ir a esconder algo así a pocos metros de la propia casa, pero él tendría sus razones. De eso ya no cabía duda. Después de haber estado observando sus movimientos gran parte de la noche, estaba seguro de que era un aficionado, pero tenía algún plan en la cabeza, y en ese momento hasta le jodía echarle una mano llevándose de allí a la chica.

A cada minuto, la luz del amanecer descubría un paisaje más definido a su alrededor y Vania pudo ver por fin dónde había escondido el hombre el cuerpo de la chica. Detrás de un pequeño muro se extendía un campo de maíz. Las ramas frondosas se levantaban por encima de la estatura de un hombre y, aunque no era demasiado extenso, sí lo suficiente para ocultar algo. Vania presintió ciertas dificultades. Nunca le habían gustado los laberintos y aquello era lo más parecido. Además, la niebla a ras de tierra era aún densa y su sentido de la orientación podría fallarle. Pero no había otra salida. Saltó por encima del pequeño muro de piedra que daba directamente al maizal y comenzó la búsqueda. Eran más de las siete de la mañana y, aunque había estado pasando frío, pronto empezó de nuevo a sudar. Ya no eran solo las manos, sino que cada poro de su cuerpo parecía haber retenido inmensas cantidades de agua que ahora expulsaba libremente. Aquel lugar le producía claustrofobia. Sintió un ligero mareo y repentinas ganas de vomitar. La consciencia de estar allí sin su teléfono móvil añadía un elemento más de angustia y se detuvo para recuperar la orientación. ¡Aquello era un puto laberinto de mierda! Decidió salir de nuevo al camino para comenzar una búsqueda más sistemática pero tampoco había señales del muro de piedra. Pulgarcito habría dejado un rastro de guijarros, pero él, Vania, tan solo podía reconocer algunas cañas que acababa de aplastar en su carrera caótica. Pensó que, por lógica, si seguía una línea recta tendría que acabar saliendo a terreno despejado. Miró su reloj: estaba perdiendo demasiado tiempo, pero acababa de salir a un campo sembrado y desde allí consiguió tener una perspectiva más clara de la situación. Decidió empezar a buscar hilera por hilera desde el lugar donde se encontraba en ese momento y salir a un lado y otro del maizal. Aunque le llevara más tiempo, no veía otra forma de hacerlo.

La quinta vez que recorrió una de aquellas hileras interminables, la luz del día se había alzado poderosamente sobre todo el valle y el vocerío de pájaros le anunciaba que el tiempo se le estaba acabando. Un ratón de campo pasó a su lado sin que él se diera cuenta y corrió a esconderse en algún agujero del subsuelo. Desde alguna parte del pueblo empezaban a llegar diferentes sonidos que la noche había mantenido acallados. Bajo sus pies, ajenos a cualquier preocupación, sumergidos en la vida subterránea, cientos de minúsculos insectos, roedores, lombrices y escarabajos surcaban las capas intestinas de la tierra y resurgían intermitentemente a la superficie. El hombre del maizal sintió que la pistola se le clavaba en el abdomen como un peso insoportable. Había estado todo el tiempo allí, atrapada entre el cinturón de sus pantalones vaqueros y su propia piel, pero solo ahora percibía su auténtica presencia como algo que le impedía respirar con facilidad. Además: ¿alguien estaba hablando en voz alta al otro lado de la espesura o eran solo voces dentro de su cabeza? No, alguien decía un nombre, alguien que no estaba muy lejos, alguien que se acercaba. Sacó la pistola con la mano derecha, tomó aire con tal intensidad que cada célula de su organismo recibió una minúscula dosis de oxígeno y casi al mismo tiempo, a menos de dos metros de sus pies, apareció la mancha pálida de un brazo. Parecía que la tenue claridad de la mañana se hubiese adensado en ese punto exacto del suelo. Con la pistola aún en la mano, extendió los brazos hacia adelante para apartar de su camino las últimas hojas de maíz.

II

SÁBADO

Enseguida pensó que aquel olor no podía venir de ninguna planta que ella conociese. Sabía exactamente cómo olían los pimientos, las tomateras, los calabacines…, pero aquel olor no venía de allí, sin duda era un perfume, un perfume fuerte y concentrado que le llegaba desde el maizal. «Tienes el mismo olfato de sabueso que tu abuelo», le había repetido mil veces su madre desde pequeña, aunque ella más bien tendía a pensar que lo suyo era olfato de perro callejero, de animal superviviente. Por eso no tardó en saber con seguridad que aquel aroma era una de esas imitaciones vulgares que se venden en los mercadillos y que, últimamente, para su asombro, también había encontrado en los estantes de algunas farmacias. Aquella magnífica mañana de comienzos de otoño, aún no había tenido tiempo de agacharse sobre las tomateras, aún no se había ensuciado las manos entre la tierra húmeda del huerto, cuando aquel olor la paralizó por completo y la puso en alerta, cada músculo acomodado para soportar la tensión corporal. Porque había otra cosa: un leve susurro de ramas acompañaba al olor.

Cualquiera que la hubiera observado desde el exterior apenas habría notado nada pero, vista de cerca, su cara se había paralizado en mitad de una sonrisa, la sonrisa que de forma espontánea le transformaba el rostro cuando trabajaba en la tierra. Entre las plantas y las hortalizas era feliz. Tras tantos años envuelta en el ambiente caótico de voces adolescentes, entre los timbres y el ajetreo de las clases, aquel espacio de intimidad se había convertido en algo muy valioso para ella, un recinto casi sagrado; un lugar donde sus pensamientos y sus emociones rodaban libremente entre los frutos de la tierra: tomates, lechugas, acelgas, guisantes, pimientos, cebollas… toda aquella riqueza amontonada en un pequeño rectángulo de tierra, surgiendo mágicamente de las diminutas semillas, le producía un extraño placer, entre el orgullo y la admiración. Xuana no era una mujer aficionada a caer en falsos misticismos, pero muchas veces había sentido que allí, en la placidez cotidiana del huerto, podía sentir la voz cálida de la tierra que le hablaba al oído con un susurro casi imperceptible.

Pero nada más percibir aquel olor, su intuición, ejercitada en otros tiempos y en otras labores menos placenteras, adivinó que algo de aquella felicidad estaba empezando a quebrarse. Como esas grietas que de pronto aparecen en las paredes de una casa hasta ese momento sólida, Xuana presintió que aquel olor presagiaba algún tipo de desalojo, una expulsión de su pequeño paraíso terrestre. Era demasiado temprano y a nadie del pueblo se le hubiese ocurrido pasar por allí sin saludarla. Incluso en el supuesto de que ese alguien tuviera algo que trajinar escondido en el maizal a esas horas del sábado. Y ese era un supuesto que Xuana, a pesar de sus precarios conocimientos de horticultura, reconocía bastante improbable. Alzó la voz varias veces:

—¿Quién anda ahí? —se oyó gritar repetidamente a sí misma. De momento, su voz tenía toda la apariencia de no estar alterada por el miedo o la ansiedad pero, después de la tercera o cuarta vez, ya no estaba tan segura.

—¿Eres Paulino? —se aventuró a preguntar en un tono menos impetuoso.

Pero nadie iba a responder porque, a estas alturas, Xuana sabía que algo extraño y amenazador estaba sucediendo a su alrededor. En el futuro, nunca sabría explicarse a sí misma cómo lo presintió y por qué hizo entonces lo que hizo, por qué no se alejó del maizal a pedir ayuda o cualquier otra cosa mucho más lógica que adentrarse sola en aquel laberinto de ramas gigantes a sabiendas de que algún peligro la acechaba.

Es cierto que no era una mujer cobarde. Nunca lo había sido. Quizá por eso o por pura inconsciencia, tras los primeros instantes de desconcierto, se dirigió hacia la línea del maizal, justo la franja de unos trescientos metros que lindaba en parte con su huerto. Una primitiva empalizada construida con cuatro postes y dos alambres separaba desde hacía años los límites de cada tierra en aquella extensión de La Vegona. Cada vecino sabía perfectamente cuál era allí su trozo de terreno y las discusiones por un metro de más aquí o allá habían quedado sepultadas bajo la indiferencia de una nueva generación que prefería buscar nuevas raíces bajo el asfalto de la ciudad.

La mujer levantó con una mano el alambre superior que se estiró hacia arriba con facilidad y se inclinó para pasar por el hueco que había quedado entre los dos. Aunque no era joven, su cuerpo respondía todavía con flexibilidad. «Las horas de yoga», pensó mientras forzaba a su columna a dibujar un ángulo recto con sus piernas para pasar al otro lado.

El maíz estaba en su punto más alto y pronto alguien tendría que cortar y recoger las grandes cañas que hasta hacía unos días habían sostenido con orgullo las mazorcas. Ahora, aquella selva en miniatura le pasaba varios centímetros por encima de la cabeza y Xuana tuvo que apartar con ambos brazos las enormes hojas para adentrarse en la espesura. El propio gesto de avanzar entre las hojas del maizal, con las dos manos a un tiempo abriéndose camino, era como descorrer una y otra vez la misma cortina, repetida, obsesivamente, y Xuana recordó uno de esos cuadros en los que un detalle contiene al cuadro entero de modo que la imagen se repite hasta el infinito. Así se sentía ahora: atrapada en una imagen repetida, infinita. Era una imagen que reproducía los interminables juegos infantiles, las persecuciones a través de los campos sembrados de maizales como junglas familiares donde jugar a perderse, «donde pasar miedo», decían de pequeñas su hermana y ella. Aunque había sido en otro lugar y en otro país, la escena volvía idéntica a su cabeza. Mientras avanzaba al otro lado de la empalizada, quiso creer que este miedo de ahora también era como aquel, producto de su fantasía y bastante desproporcionado con la realidad. Simplemente había oído un ruido entre los maizales a aquella hora tan temprana y nadie había respondido a sus preguntas. Eso era todo. Podría ser sin más el gato de cualquier vecino o una inofensiva alimaña que huiría al primer signo de ser descubierta. Pero, claro, ni unos ni otros olían precisamente a perfume barato.

Apenas tuvo tiempo de pensar porque su olfato —tal como le había ocurrido tantas veces en su vida— la guiaba con precisión y, fuera lo que fuera lo que se iba a encontrar, sabía que cada paso que daba la acercaba inexorablemente a su destino. «De cualquier forma, siempre puedo gritar y malo será que no me oiga algún vecino», pensó para darse ánimos al tiempo que con la mano derecha palpó dentro del bolsillo del pantalón su pequeño teléfono móvil. Al final tendría que reconocer que su hija Lía tenía razón al insistir con lo del teléfono.

«Me quedo más tranquila si lo llevas encima, mamá».

«Pero si aquí me conoce todo el mundo, solo tengo que salir al patio y dar una voz. Ya sabes que Taresa no tarda ni dos minutos en llegar desde su casa».

«Hazme caso por una vez, anda, no seas tan tozuda».

«Vale. Pero no te obsesiones si llamas y no contesto a la primera. Esa es la condición».

Ella siempre había acogido con la mejor de las disposiciones las nuevas tecnologías, pero eso de llevar constantemente un teléfono encima le producía una especie de claustrofobia, como si llevara un localizador interior que ponía cercos y trampas a su tiempo de soledad. Sin embargo, en ese momento su mano se aferraba al teléfono como quien se aferra a un cuchillo de mesa a sabiendas de que un intruso ha entrado por la noche en su casa con una pistola en la mano, y de que el cuchillo no será más que una defensa ridícula e inofensiva en la oscuridad. De forma inconsciente, Xuana apretaba el pequeño rectángulo de plástico y metal, de modo que toda su adrenalina se concentraba en ese punto concreto. Ya no podía retroceder, lo sabía y, aunque solo habían pasado unos minutos desde que oliera por primera vez aquel perfume singular mezclado con el fresco de la mañana y con el sutil aroma de musgos que llegaba desde el río, Xuana tuvo la sensación de que el tiempo se había extendido como un manto negro a su alrededor, y de que cada uno de aquellos minutos se convertía en un único y preciso movimiento que se agolpaba en sus músculos y anegaba sus articulaciones. Era un ejército a la ofensiva. Recordó —de esa manera peculiar en la que se recuerdan las cosas en momentos de máxima tensión— que había dejado la olla exprés puesta con garbanzos con el fuego al mínimo. El mecanismo de vapor de la olla dando vueltas de manera desenfrenada fue la última imagen que ocupó su cabeza un instante antes de que su pie derecho percibiera que pisaba algo más que un trozo de tierra húmeda y blanda. Las botas de goma que usaba siempre en el huerto, grandes y toscas, no eran precisamente sensibles al tacto, pero su estado de alerta y la concentración del olor que en ese momento desbordó por completo su pituitaria, la ayudó a comprender que aquello estaba allí. Lo que fuera que tenía que estar, estaba allí y acababa de pisarlo.

Tiempo después aún se preguntaría si descubrió primero la mano bajo su pie o se encontró antes con los ojos de la mujer mirándola al descorrer la última cortina de hojas. Seguramente habían sido dos movimientos simultáneos o quizá varios que se sucedieron en intervalos infinitesimales, un paquete de información que entró en su cerebro a través de todos los sentidos y en décimas de segundo —quién sabe si en centésimas— dibujó en su mente el escenario completo: allí, tendida en el suelo entre los maizales, había una chica morena que la miraba con sus ojos rasgados y vacíos y una bota de goma —su bota derecha— acababa de pisar un dedo pulgar, solo un dedo pulgar asomando mínimamente de la tierra como la cabeza escurridiza de una culebra de campo. Y otra cosa más: el olor no venía de aquel cuerpo, sino que se había trasladado hacia la derecha, hacia algún punto próximo a su espalda. Inmediatamente después, sintió que el fuego de una antorcha le quemaba la nuca y oyó un ruido sordo, algo que se desmoronaba, que se caía sin resistencia contra el suelo. Eso fue lo último que oyó antes de quedar por completo inconsciente: el ruido de su propio cuerpo contra el suelo. Después ya no sintió nada. La tierra la acogió como acoge al paracaidista que desciende después de la incertidumbre del vuelo.

Seguramente el satélite que en ese momento preciso pasaba a cientos de kilómetros de altura hubiese podido registrar dos manchas diminutas en medio de aquella mínima parcela terrestre.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo había pasado. ¿Un minuto, una hora? Acababa de abrir los ojos y aún no se atrevía a mover ninguna parte de aquel cuerpo —su cuerpo—, que en la caída se había retorcido en una postura extraña. La cabeza le palpitaba como si todas las campanas de la comarca se hubieran puesto a repicar en su interior, pero enseguida comprendió que no tenía nada realmente grave porque todas sus articulaciones respondían a las señales del cerebro. «Por lo menos no me he roto la cadera como mi madre», pensó mientras se palpaba el cuerpo y devolvía cada prenda de ropa a su lugar originario. En ese momento se le ocurrió que cualquiera que hubiese pasado por allí le habría visto las bragas. Se imaginó a sí misma como uno de aquellos cuerpos que quedan expuestos a la mirada impúdica tras una matanza o un accidente. Nunca lograba comprender cómo los periódicos y las televisiones se permitían sacar semejantes imágenes. Ella creía que una pierna cubierta de sangre, incluso una pierna aislada, seccionada brutalmente de su tronco, tenía derecho a la intimidad, a la dignidad. Pero todo aquel tumulto de pensamientos no tenía en aquel momento ningún sentido. Debía centrarse: estaba en su huerto, era bastante temprano y tal como solía hacer casi todas las mañanas de sábado desde su jubilación, aquella mañana también llevaba puestos los vaqueros viejos y ninguna parte de su cuerpo había quedado expuesta a las miradas ajenas. Respecto a eso podía estar tranquila.

Se incorporó poco a poco hundiendo las manos en aquella tierra aún húmeda que cedía ante la presión de su peso como un bizcocho recién horneado. Durante los siguientes dos minutos se quedó sentada en la misma postura, aún confundida ante el mundo de verdor que la rodeaba, ante la belleza del sol filtrándose entre las hojas. Pero tenía que reaccionar con rapidez y ella lo sabía: eso era lo primero. Buscó en el bolsillo de la chaqueta. No en el pantalón donde tenía el teléfono, sino en la chaqueta, donde siempre se aseguraba de guardar unos cuantos caramelos. Con manos temblorosas rasgó el plástico y metió dos pequeñas bolas amarillas en la boca. Succionaba con rapidez, con ansiedad, y muy pronto comenzó a sentir que la corriente sanguínea de sus venas transportaba aquella medicina primaria hacia las partes más remotas de sus células. Tantos años de experiencia le habían enseñado a reconocer los síntomas. El azúcar era su enemigo y también su aliado. En ese momento, ella y el azúcar eran una misma cosa, un mismo latido en el recorrido violento de la sangre. Por eso su hija insistía tanto con el teléfono móvil. Desde que vivía fuera de casa la llamaba dos o tres veces por semana. Xuana sabía que lo hacía con la mejor de las intenciones y le gustaba hablar con Lía, oír su voz alegre y jovial a través de la distancia, pero no dejaba de ser un poco exagerado. Además, no quería pasar a ser una de aquellas mujeres mayores que intercambiaban los papeles de cuidados con sus hijas al primer síntoma de debilidad. Ella la había educado para ser una mujer autónoma e independiente, no para que se creyera en la obligación de ocuparse de su madre. Sin embargo, allí estaba siempre, llamándola desde cualquier lugar del mundo y a cualquier hora para ver «cómo iban las cosas». Como si realmente pudiera coger un avión y presentarse en cinco minutos en casa.

«No seas pesada, Lía, llevo siendo diabética muchísimos años y sé de sobra lo que tengo que hacer. En realidad, soy diabética desde antes de que tú nacieras. Era diabética mientras estaba embarazada de ti y también en tiempos bastantes peores que estos. Y aquí estoy».

«Sí, sí, lo que quieras, pero tú llévate el teléfono que no te cuesta nada y yo estoy más tranquila».

Y allí estaba. Con el teléfono en el bolsillo del pantalón y pensando que a la última persona a la que debería llamar en ese momento era a su hija.

Miró a su alrededor más con curiosidad que con temor, como una de esas turistas extranjeras acostumbradas a recorrer países exóticos sin que ningún paisaje le fuera ya por completo desconocido. Lo que estaba claro es que allí no había nadie. Recordó con claridad los minutos previos a su caída y comprendió que estaba sola. Eso la tranquilizó. Quizá un leve recuerdo al olor de aquel perfume permanecía en el aire, pero ni tan siquiera podría asegurarlo. No traía reloj, pero el sol había despejado casi por completo la bruma que en aquella época del año subía desde el río y se instalaba a primera hora de la mañana en el valle. Se levantó con extremo cuidado y permaneció un instante de pie sin moverse, alerta, asegurando el equilibrio sobre sus piernas, dispuesta de nuevo a enfrentarse a lo desconocido. Pero no pasó nada. Delante de ella, unas cañas de maíz levemente aplastadas podían indicar que allí hubo un cuerpo, pero también podría ser el rastro de una alimaña, un jabalí o cualquier otro animal que ronda los gallineros por las noches. A lo lejos pudo oír el rugir de un motor. Era el tractor de Paulino, Xuana lo reconocía perfectamente. En realidad, era el único tractor que quedaba en activo en el pueblo, así que no resultaba difícil.

Su instinto de diabética la llevó a sentarse de nuevo. La humedad de la tierra la atravesó como un calambre. Apenas consiguió sentarse, oyó cómo el rugido del tractor se iba alejando. Ahora estaría cruzando la portilla de la fuente para entrar en las huertas que descendían hasta la ribera del río. Sabía que los de casa Chista le habían pedido a Paulino el tractor el día anterior para arreglar el patatal, que llevaba sin tocarse desde el verano. Taresa se había encontrado con Chista en la tienda de la plaza y Chista le contó que Paulino se había ofrecido enseguida a hacerlo él mismo. A su vez, Taresa se lo había contado a Xuana mientras tomaban café. Muy propio de Paulino, habían comentado.

«Este pueblo sobrevive gracias a gente como Paulino», había insistido Taresa. «Y tú, Xuana, lo sabes bien, que algo te traes con él».

Taresa se burlaba de Xuana en un tono cariñoso. Aquella era una de sus bromas privadas.

«¡Ay, Taresa! ¡Mira que te gusta enredar, eh! Llevo diez años en este pueblo y desde el primer día me habéis liado con unos y con otros, pero anda que con Paulino… ¡Solo a ti se te ocurre! Y aunque sea de broma absurda, no quiero ni pensar que pudiese llegar a oídos de Rosa, ¡Se me cae la cara de vergüenza!».

Lo cierto es que hacía ya mucho tiempo que el vecindario no se ocupaba de ella y, sorprendentemente, casi lo echaba en falta. Al principio había sido un incordio, pero cuando empezó a comprender que las novedades eran parte de la savia que mantenía viva la comunidad, se adaptó de alguna manera. Un día se sorprendió a sí misma escudriñando por detrás de las cortinas de su galería y comprendió que ya había caído inexorablemente en sus redes. Pero aquello era otra larga historia y ahora era el peor de los momentos para dejarse llevar por pensamientos inconexos.

De momento, lo único que tenía que hacer era resolver su siguiente paso, así que se incorporó de

nuevo menos aturdida que hacía unos minutos. Su mente empezaba a funcionar con agilidad. Podría llamar desde allí mismo a emergencias, marcar el 112 y esperar en el mismo maizal a que llegaran… ¿los bomberos, la Guardia Civil? O podía regresar tranquilamente a su casa, dar de comer a su perra, quitar los garbanzos del fuego y comprobar los niveles de azúcar antes de llamar a nadie. Al fin y al cabo, sería largo de contar y no parecía que nadie en las proximidades, ni vivo ni muerto, fuera a necesitar algún tipo de ayuda urgente. Por lo que sus sentidos podían percibir, la vida cotidiana de aquella apacible mañana de otoño proseguía su rumbo sin detenerse a saludar a los extraños; el aire volvía a transportar los olores habituales, los helechos sacudían sus primeras esporas y una especie de alegría soterrada ascendía a la superficie del mundo desde las cavernas de la tierra, una alegría inmune a los cuerpos muertos aparecidos y desaparecidos entre los maizales, inmune al dolor en la nuca y a las piernas entumecidas. Inmune a los pulgares bajo tierra. Aunque ella, Xuana, y todas las Xuanas durante generaciones desaparecieran en ese mismo instante de la faz de la tierra, la naturaleza seguiría su ciclo sin alterarse. Los pequeños escarabajos intentarían comerse las tomateras y las larvas se harían dueñas de los pimientos. Eso sería todo. Nada esencial, nada que pudiera registrarse en el libro de la naturaleza con letras mayúsculas.

Aún sentada, se movió mínimamente para adoptar una postura más cómoda, como si estuviera haciendo sus ejercicios de yoga sobre la alfombra de casa. Segura entonces de no marearse, se incorporó con cierta agilidad y el mundo a su alrededor retomó sus dimensiones habituales. De nuevo era una figura erguida, una figura humana de un metro sesenta y ocho centímetros camuflada en una espesura de maizales que se mecían levemente por encima de su cabeza. Deshizo el camino andado y en menos de veinte pasos salió hasta el terreno despejado. Quien hubiera tenido que esconderse allí tendría que haber estado realmente en apuros, pensó. Aquello no era más que una hectárea de maíz que la tozuda de Maria se empeñaba en plantar todos los años. Pepe, el marido de Maria, insistía en que ya no tenían ganado, que para qué querían aquella tierra inútil, que bastante trabajo les daban ya las patatas y los kiwis. Pero Maria no quería ni oír hablar del asunto. Aquella tierra siempre había sido para el maíz y así seguiría. Punto. Además, les fabes trepaban por las cañas con auténtica voracidad.

«¡Pues no tenemos pocos palos para fabes en la plantación de kiwis!», protestaba siempre su marido.

«¡Quita, quita! ¡Cuándo se ha visto que los kiwis y les fabes se llevaran bien! ¡Si ni siquiera se conocían hasta hace cuatro días!».

Y Pepe tenía que reconocer que la cosecha de fabes de Maria no tenía comparación con ninguna otra y en fin, que si Maria se empeñaba en que la calidad del producto era gracias a la protección y al amparo del maíz, pues no había nada que hacer al respecto. Además, era un gusto ver cómo crecían las mazorcas. Y, en todo caso, podían permitirse perfectamente aquel pequeño capricho de Maria. Eso sí, después siempre era el bueno de Paulino el que tenía que encargarse de cortar y preparar de nuevo la tierra con la maquinaria del tractor, que la verdad, él, ya no estaba para esos trotes.

Mientras se dirigía a su casa con paso inseguro, Xuana pensaba que los campos de maíz eran un clásico de las historias de terror. Claro que había que reconocer que la pequeña parcela de Maria no tenía mucho que ver con las inmensas extensiones de las películas americanas en las que seres

más o menos peligrosos se perseguían durante minutos interminables mientras la música y los susurros amenazantes los acompañaban. Aquello no era más que el pequeño capricho de Maria para sus fabes, unos cientos de metros cuadrados de espesura en medio de los huertos. Sin embargo, a una mujer como ella, acostumbrada a pasearse con gesto firme entre la selva de la literatura más escogida, aquel tópico no podía dejar de producirle un cierto malestar. Me estoy convirtiendo en una frívola, se dijo a sí misma con reproche: acabo de ver un cadáver y estoy pensando en que la escena no deja de ser un tópico.

Pero en el fondo Xuana sabía que no era así, sabía que, en los momentos más duros o extremos, una persona podía fijarse en las cosas más absurdas o intrascendentes, sabía que el pánico podía hacer que una melodía repetitiva te bloqueara la cabeza durante el entierro de tu mejor amiga o que un detalle sin importancia adquiriera dimensiones desconocidas. Una vez, el avión en el que viajaba había descendido de pronto como un gran pájaro herido y parecía dispuesto a desplomarse sobre el Atlántico. Nunca había podido recordar si los demás pasajeros gritaban o lloraban, pero sí recordaba perfectamente haber estado todo el tiempo obsesionada con los zapatos viejos que se había puesto al salir de casa hacia el aeropuerto en el último momento, en vez de aquellos nuevos que llevaba en la maleta y que le gustaban tanto. Su padre le había contado que, en la guerra, cuando oyó que le condenaban al pelotón de fusilamiento, lo primero que recordó fue el bocadillo de chorizo que su madre le había metido tres días antes en el zurrón y que después de él muerto se comerían sus asesinos.

«En aquel momento», le había contado muchos años después a Xuana, «podía aceptar que me fusilaran en cualquier cuneta, pero no podía soportar la idea de que aquellos cabrones se comieran mi bocadillo».

Ahora a Xuana la habían golpeado a pocos metros de su casa, había perdido el conocimiento y por lo que podía calcular, había estado en peligro de sufrir un síncope por bajada de azúcar. Había visto —si bien que por un brevísimo espacio de tiempo— un cuerpo con toda la apariencia de un cadáver y su bota derecha había pisado un único pulgar, probablemente un pulgar muerto, violentado, maltratado. Sin embargo, cualquiera que la hubiese observado en ese momento, habría visto a una mujer de mediana edad, con una figura aún ágil y atractiva, que probablemente regresaba a su casa después de hacer cualquier pequeña faena en el campo en aquella espaciosa mañana de un sábado otoñal.

Nada más abrir el portón del corral de casa Zoe, la perrita, acudió a saludarla con su inquebrantable alegría. Tener aquella perra era una de las mejores decisiones que había tomado en su retirada al campo y, a pesar de las prisas por medirse el azúcar, no pudo dejar de responder brevemente a sus mimos. Aquel intercambio de caricias era uno de los placeres mutuos cotidianos que ama y perra se prodigaban con generosidad. Zoe sí que cumplía todos los tópicos perrunos de amor y fidelidad y ella, como toda dueña prendada de sus animales domésticos, pensaba que su perra era especial. No se habría sorprendido si un día se lanzase a hablar.

Entró directamente a la cocina con Zoe siguiéndole los pasos algo desconcertada y abrió las puertas del viejo armario donde se alineaban los tarros de mermelada de la temporada pasada. Allí estaba también, aislado del revoltijo de cacharros, el pequeño artilugio digital. Un mínimo

pinchazo en el índice izquierdo le señaló de manera casi inmediata los indicadores de azúcar y la mujer, acostumbrada como estaba, se levantó la chaqueta y con un ademán firme tiró de la camiseta que le cubría el vientre por debajo de sus pantalones vaqueros. También sin dudar un instante, cogió del mismo estante de los tarros de dulce el dispositivo en el que tenía preparada su dosis. Haber superado la larguísima etapa de jeringuillas desechables había supuesto un auténtico alivio para ella. Ahora todo era más rápido y más seguro. Soñaba con el día en el que desaparecieran también las agujas. Pero no se entretuvo. En apenas unos segundos, pinchó el trozo de carne que sostenía con su otra mano entre dos dedos y empujó el émbolo suavemente hasta que el líquido hubo penetrado del todo; después dejó el artilugio en su sitio, limpio y preparado para su siguiente dosis, impregnó un trozo de algodón en alcohol, se frotó con él el lugar de la piel donde se había pinchado y cerró el armario. Pudo oír la voz de su hija retumbando en su cabeza: «Siempre lo haces mal, mamá. Tienes que ponerte alcohol antes y después. Un día vas a coger una infección».

Cuando acabó se sintió muy cansada, más cansada de lo que se había sentido en mucho tiempo. Sacó del bolsillo del pantalón el móvil y marcó el número de emergencias. Había dos llamadas perdidas de la noche anterior en las que no se había fijado antes. Serán de Lía, pensó. Una voz pregrabada al otro lado de la línea le fue indicando qué número debía marcar según la emergencia de la que se tratara. Con una mezcla de incredulidad y furia marcó el 3 de la policía. Aquel sistema de voces enlatadas era una de las cosas que más odiaba en sus relaciones con el mundo exterior, ¡pero que estuvieran en el número de emergencias le parecía demasiado! Por fin, alguien de verdad contestó al otro lado. Era una voz joven y cálida, y la mujer no perdió tiempo en preámbulos.

—Soy Xuana Salaber, tengo 67 años, soy profesora de instituto jubilada, alguien me ha golpeado en la cabeza y he visto a una mujer muerta a pocos metros de mi casa. Me desmayé y cuando me he recuperado, la mujer ya había desaparecido.

Lo dijo todo de un tirón, como si hubiese estado ensayando muchas veces ese momento con aquella especie de deformación profesional un poco arrogante que la perseguía más allá de la jubilación. Pensó si habría sobrado lo de «jubilada».

—¿Está usted bien? ¿Está usted sola? —preguntó la voz femenina con una mezcla de urgencia y tranquila profesionalidad.

—Sí, estoy bien y estoy sola. Llamo desde mi casa y este es mi teléfono móvil.

—Bien: ¿ha dicho que cree usted haber visto a una mujer muerta? —le preguntó de nuevo aquella voz que no parecía alterarse lo más mínimo con semejante revelación.

—Sí, en realidad, no es que «crea haberla visto», sino más bien «que estoy segura de haberla visto». De hecho, he pisado sin querer una de sus manos.

—Comprendo. Y ¿dónde se encuentra ahora el cuerpo de esa mujer?

—No lo sé. Ha desaparecido. Me han golpeado, me he desmayado y cuando he vuelto a estar consciente, el cuerpo había desaparecido. Soy diabética, ¿sabe?

—Muy bien —aquella voz seguía sin inmutarse—. Deme su dirección completa y su número de teléfono fijo. El móvil ya me queda registrado. No se mueva de donde está. Espere en su casa y llame a la persona de su confianza que esté más cerca de usted. Dígale que se acerque, pero no abra la puerta a nadie más ni responda al teléfono hasta que lleguemos.

—Está bien.

—Y no se preocupe, enseguida estamos ahí.

Cuando colgó, marcó el número de Taresa. Habría sido más fácil salir a la ventana de atrás y llamarla de viva voz. A esas horas Taresa estaría trajinando con las gallinas por el corral. Pero Xuana decidió obedecer a la joven del teléfono. Ya había tomado demasiadas decisiones irresponsables aquella mañana y quizá había llegado el momento de recobrar la cordura. Además, se encontraba dolorida y cansada.

Como siempre, Taresa respondió al segundo pitido. «Esta mujer parece que lleva el teléfono incorporado bajo la piel», no pudo evitar pensar Xuana.

—Hola, Taresa, soy Xuana.

—Sí, ya sé que eres Xuana ¿dónde estás?

—En casa.

—¿En casa? ¿Y por qué no sales a la ventana de atrás? Estoy en el corral. ¡Hija, qué rara suenas!

—Ahora no puedo explicártelo, Taresa, pero hazme el favor de venir hasta mi casa.

—¿Pasa algo? Estás muy rara. Precisamente te iba yo a llamar para…

—Ya me lo cuentas ahora. Ven, por favor. Estoy en la cocina y la puerta está abierta…

Soltó el teléfono sobre la mesa y sintió de golpe como si los hilos de una marioneta gigante tiraran de sus hombros desde arriba. ¿Había dejado la puerta abierta? Se levantó de la silla casi de un salto, pero incluso antes de llegar a atravesar por completo los ocho metros que separaban la cocina de la puerta de entrada, oyó las voces de su vecina que se acercaba llamándola a gritos y entraba por la puerta principal como un vendaval.

Xuana nunca llegaría a comprender del todo cómo Taresa se había convertido en una de sus mejores amigas. Cierto que era su vecina más próxima, que sus dos casas estaban pegadas por la parte de los corrales traseros pero, en realidad, eso podría haber sido precisamente un inconveniente para su amistad y no una ventaja. En cierta medida, Taresa representaba buena parte de las cosas que ella detestaba en una persona. Con frecuencia era víctima de una de sus verborreas impredecibles, emitía demasiados juicios y sentencias sobre el mundo a su alrededor con una sabiduría campesina de pacotilla que, sin embargo, ella se tomaba muy en serio. Y, sobre todo, basaba gran parte de sus opiniones en los programas de televisión. Además, el

respeto por la intimidad de sus congéneres era para ella una ecuación de álgebra cuya solución le resultaba por completo desconocida.

Cuando Xuana visitó por primera vez la casa que después sería su hogar, todo le gustó de inmediato: la cocina inmensa, la galería orientada al sur que abría sus ventanales sobre el pequeño jardín delantero, el camino que bordeaba el muro de la parte norte hasta el río, el corral de atrás con sus descuidados frutales diseminados sin orden aparente, el verdor incomparable de los helechos que ensombrecían algunos rincones, la piedra de molino que alguien había abandonado en la puerta del jardín y allí se había quedado como un guardián inconmovible, todo le había parecido a Xuana un mundo en armonía, un mundo desgastado por el tiempo al que ella solo debería incorporarse sin molestar demasiado. En algún momento ella desaparecería y ese mundo se quedaría allí: la piedra, el camino del río, los helechos. Aquel era, sin duda, el lugar que estaba buscando. Solo tuvo un secreto recelo que la hizo dudar: su vecina. Los patios traseros de ambas que coincidían con un muro en común. Aquella mujer a todas luces entrometida y fisgona que no había dejado pasar ni media hora antes de presentarse, de ofrecerse «para lo que sea» e intentar un exhaustivo interrogatorio sobre la vida y milagros de la posible inquilina.

Y no es que Xuana no supiera defenderse de sobra contra aquella tipología humana, lo que ocurría es que no tenía las menores ganas de gastar su tiempo y sus energías en ello. Se había pasado media vida intentando que la gente respetara sus opciones de vida y había llegado a ese punto en el que le daba exactamente lo mismo. Sabía vivir sola. Es más: sabía ser feliz sola. O, mejor dicho, sola con Lía en la distancia.

Sin embargo, en los nueve años, casi diez, que llevaba en La Llosa, Taresa se había convertido en su amiga, en su confidente, en su cómplice. Porque además de todo aquello que Xuana había rechazado al principio, poco a poco fue descubriendo que, paradójicamente, aquella mujer también era capaz de exhibir muchas de las virtudes que ella más apreciaba en una persona. Taresa era generosa, era leal, era buena y, contra toda apariencia, sabía guardar un secreto y podía llegar a ser la persona menos prejuiciosa del mundo. Todo en ella era una pura contradicción. Pero, además, tenía algo que Xuana cada vez agradecía más en una amiga: la hacía reír. Con sus historias a veces descabelladas y absurdas, con su sentido desproporcionado de la realidad y con su intacto instinto de superviviente, Taresa sabía sacar un dulce néctar donde otros solo encontrarían zumo amargo. Además, era extremadamente agradecida y —aunque podía tener sobradas razones para ello—, su manera de estar en el mundo no se sustentaba en el victimismo ni en el resentimiento. Taresa se consideraba afortunada porque había podido asistir a la escuela hasta los doce años y había aprendido bastante más que «las cuatro reglas», porque había tenido una familia que se había ocupado de «su cultura», decía ella. Pero, en realidad, todos sus conocimientos se reducían casi en exclusiva a unos pocos libros leídos en algún momento de su juventud, a aquella impagable experiencia de la vida que le proporcionaba un sentido práctico y generoso de la existencia, y a otra fuente de conocimiento para ella fundamental desde hacía muchos años: la televisión.

Por todo ello, Xuana era consciente de que no podía compartir con Taresa ninguna de sus inquietudes habituales, ni literarias, ni culturales, ni políticas. Y a pesar de ello, era capaz de pasar con su vecina las largas tardes de invierno atizando la cocina de carbón y escuchando sus interminables historias en las que, con una habilidad de auténtica fabuladora, conseguía

entremezclar las anécdotas personales con las truculentas historias de los personajes de moda de programas televisivos infumables. Precisamente aquello que siempre había odiado Xuana en sus años de militancia, las infinitas digresiones asamblearias, la incapacidad de la gente para centrarse en los temas y resolver los conflictos, el gusto por escucharse a sí mismos de tantos compañeros y compañeras, se convertía en el caso de Taresa en un divertimento que no solo le producía una sonrisa sino que, en muchas ocasiones, era capaz de provocarle una auténtica carcajada.

Por eso, cuando aquella mañana, al minuto y medio de soltar el teléfono, su amiga irrumpió en la cocina de su casa con Zoe enredada entre sus piernas, supo que estaba en buenas manos. Y media hora escasa después de que unos ojos rasgados y vacíos se grabaran en su retina y su nervio óptico reenviara aquella imagen terrible a su cerebro, Xuana se derrumbó de nuevo sobre la silla que acababa de dejar y empezó a llorar. Algo en su interior se había roto por fin, algo que hasta ese momento la había sostenido en un segundo plano, que la había sentado cómodamente en el patio de butacas para contemplar desde fuera el escenario de su propia vida. Y así, igual que antes había descorrido con sus dos brazos la cortina de verdor para descubrir el cuerpo de una mujer a todas luces muerta, del mismo modo la entrada en escena de Taresa había descorrido la cortina de las emociones que la había protegido hasta ese momento para descubrir de pronto, en carne viva, el dolor, la angustia y el miedo. En aquel momento, mientras las lágrimas parecían querer anegar todos los orificios de su cara y dejarla casi sin respiración, Xuana se sintió frágil, se sintió vulnerable y, sobre todo, se sintió vieja; y solo los brazos de Taresa que la mecían como a un bebé enfermo habían conseguido tranquilizarla lo suficiente para seguir llorando sin importarle nada.

Podría haber dicho que todo había pasado demasiado rápido pero no, en realidad sentía que todo había pasado con una lentitud exasperante, cada minuto se había ralentizado en su interior y tenía la impresión de que, salvando el corto periodo que había durado su desvanecimiento, podría dar detalles de todo lo que había sucedido a su alrededor en aquellos cuarenta minutos desde que había cerrado la verja del jardín camino del huerto hasta que Taresa había entrado en su cocina y un huracán de emociones le había arrebatado cualquier capacidad de contención al llanto. Estaba convencida de que si la policía quería saber de verdad qué había ocurrido en ese breve periodo de tiempo, su relato le llevaría varias horas. Siempre había pensado que, si un día se encontraba como sospechosa en el improbable escenario de un crimen, sería con seguridad juzgada y condenada culpable. Que, con su pésima memoria para registrar el orden lógico del tiempo, sería incapaz de responder a la famosa pregunta de qué hacía usted tal día a tal hora. Quién le iba a decir que, llegada la hora de la verdad, podría hacer un relato tan pormenorizado de los sucesos que sería capaz de añadir detalles que ni tan siquiera era consciente de haber registrado en su momento. Y todo ello a pesar de que con la llegada de la policía y de la ambulancia, el jardín y el zaguán de su casa empezaban a convertirse en una especie de festejo a donde acudía sin pudor buena parte del vecindario. Solo faltaban la gaita y la sidra para que aquello fuese una auténtica romería. Pero, de momento, de todo eso se ocupaba Taresa, la misma Taresa que la había arrullado en sus brazos ahora adoptaba con absoluta naturalidad el papel de guardiana del templo mientras Zoe movía el rabo algo desconcertada por los llantos de su dueña pero, a todas luces, excitada por aquella pequeña fiesta improvisada.

Los de emergencias no tardaron en irse y parte del «divertimento» general —al fin y al cabo, la ambulancia era la parte más aparatosa del despliegue— resultó bastante mermado con su ausencia. Xuana solo tenía un chichón considerable en la coronilla y un par de arañazos en la mano derecha que se podría haber hecho en cualquier salida al campo. La doctora de la unidad móvil le tomó la tensión y le midió los indicadores de azúcar en sangre. Todo estaba en orden.

—Póngase un poco de hielo y tómese uno de estos antiinflamatorios cada ocho horas —le recomendó mientras le entregaba a Taresa un plástico con media docena de ibuprofenos.

—Puedo hacerlo yo misma, gracias —se adelantó Xuana, extendiendo la mano para recibir la medicina—. Solo tengo un chichón y un susto de muerte en el cuerpo pero, como puede ver, no estoy incapacitada para ocuparme de mí misma.

Taresa guardó silencio.

—Está bien —respondió la doctora con una media sonrisa—. Pero no descuide el azúcar y el lunes mismo vaya a su médico de cabecera. Si sintiera algo anormal, llame de nuevo a urgencias.

Xuana comprendió que aquella mujer amable y eficiente había sido la víctima inocente de su enfado contra el mundo y se sintió un poco culpable.

—Lo siento, no ha sido una mañana demasiado buena. Es usted muy amable, le haré caso.

—Está bien. No pasa nada. Piense que podría haber sido mucho peor.

Aunque con sus treinta o treinta y pocos años, aquella joven habría podido ser su hija, es verdad que eso ya había dejado de impresionarla. Desde hacía algún tiempo, todas las mujeres más o menos jóvenes con las que se encontraba tenían edad de ser sus hijas y, si se apuraba un poco, de convertirse en sus hipotéticas nietas.

Taresa se acercó a su amiga y le cogió la mano con cariño:

—No tengas miedo, Xuana, que yo me ocupo de todo. Ahora te quedas tranquila y si te apetece, te acuestas un poco.

Xuana sabía que era verdad, que Taresa era capaz de ocuparse de todo. La había visto en otras ocasiones y confiaba en ella.

—¿Sabes lo peor? —Taresa levantó las cejas a modo de interrogación sin soltar las manos de su amiga—. Lo peor es aceptar que es así, que alguien puede dejar a una joven muerta tirada en medio del campo como si fuese una alimaña. Si yo no la hubiera encontrado, ¿qué hubiera pasado? Quizá se hubiera quedado allí pudriéndose o secándose, no sé…

—Secándose como la piel al sol de una lagartija —dijo Taresa como si necesitara aclarar aquella imagen difusa—. Y durante los siguientes minutos las dos mujeres se hundieron en un silencio denso y pantanoso.

Pero ninguna de las dos había contado con que, tras la salida de los servicios sanitarios de emergencias, no tardarían en entrar en acción las fuerzas del orden.

Como si se tratara de una carrera de relevos, no había acabado de arrancar la unidad móvil cuando se presentaron en su cocina, como salidos de la nada, dos hombres de uniforme. Lo primero que hicieron fue disculparse por molestarla en esos momentos y no permitir que se fuera directamente a descansar, pero era su obligación, dijeron, y procurarían no entretenerla mucho tiempo. Xuana pensó si esas frases las copiaban de las novelas y las películas policiacas o si por el contrario eran frases reales que las novelas se veían obligadas a repetir para dar verosimilitud al relato. Prometieron ser breves y así lo habían sido al principio: un par de preguntas que Xuana respondió con precisión y una lista de detalles «a comprobar» que ella interpretó como parte de un protocolo preestablecido para casos similares. Eran dos guardias civiles de la capital del municipio. Uno de ellos, el más joven, tenía la cabeza rapada y por su complexión fibrosa y atlética a Xuana le recordaba a uno de esos futbolistas que ofrecen sus melenas a los triunfos obtenidos por su equipo en los partidos. Quizá también aquel guardia tenía su propia ofrenda secreta y, como un joven guerrero griego, se entregaba a los dioses antes de la batalla. Sin embargo, tuvo que reconocer que todo apuntaba a ser una forma sencilla de disimular un problema de temprana alopecia. El sol entraba por el gran ventanal de la cocina y rebotaba en aquella cabeza semiesférica resaltando dos pequeñas zonas de sombra a ambos lados de cráneo. «Seguro que el pobre lleva años sufriendo con la calvicie», pensó Xuana. «Es demasiado joven».

El otro guardia, de cincuenta y muchos, se presentó como el sargento Ginés.

—A usted le conozco —le dijo Xuana de pronto.

Aunque nunca había sido una gran fisonomista, aquel hombre corpulento con la cara alargada y la nariz partida que parecía esconder un garbanzo bajo el tabique nasal, no era fácil de olvidar: ¿Un boxeador retirado a las tareas cotidianas de un pequeño cuartel de provincias?

El sargento le estrechó cordialmente la mano mientras su acompañante se mantenía en segundo plano.

—Sí, claro, nos conocimos por mi hija, fue su alumna en Bachillerato hace algunos años. Clara. Clara Ginés.

—¡Ya decía yo! ¡Clara Ginés Mayo! Fui su tutora en segundo de bachillerato justo antes de jubilarme. De aquella promoción me acuerdo muy bien. Una buena alumna, trabajadora e inteligente, puede usted estar orgulloso.

—Lo estoy, la verdad —dijo el hombre con modestia.

—¡Vaya casualidad! ¿No estaba estudiando Derecho? Hace tiempo que no la veo. Antes me la encontraba a veces cuando bajaba por Villa.

—En realidad, ya ha acabado Derecho y ahora está en el tercer curso de Criminología. Intentó ejercer de abogada, pero ya sabe cómo están las cosas… así que después de renegar toda la vida

de la profesión de su padre, creo que acabará siendo mi jefa o algo parecido.

Había dicho esto último con una sonrisa en la que se adivinaba cierta melancolía, y Xuana captó el mensaje.

—Bueno, la vida a veces es extraña —dijo, intentando ella misma esbozar una sonrisa.

—Sí. A veces es demasiado extraña —añadió el sargento con un tono que a Xuana le pareció un tanto enigmático—. De todas formas, esas coincidencias son normales en una comarca pequeña como la nuestra.

—Claro, y más con este oficio mío de domar criaturas… —bromeó un poco Xuana. Por lo general tenía un humor más ácido pero, la verdad, aquella mañana no estaba para grandes alardes de ingenio.

Se veía que el sargento quería mantener un clima cordial antes de empezar.

—Pero permítame que volvamos sobre los sucesos —dijo, como despertando de un lánguido sueño—. Cuéntenos, por favor, lo que ha pasado esta mañana e intentaremos no entretenerla demasiado. Si no le importa, mi compañero tomará algunas notas.

El guardia de la cabeza rapada sacó un pequeño cuaderno que se le escurrió al suelo dos veces seguidas mientras buscaba el bolígrafo por un recorrido interminable entre los bolsillos de su uniforme. Parecía un escolar nervioso en su primer día de colegio. Ginés le ofreció su propio bolígrafo con delicadeza y no evidenció ningún gesto de reproche. Parecía un buen hombre, de esos que no se dedican a humillar a los demás, y a Xuana le dio confianza. ¿Tendría que empezar a pensar que en este país la Guardia Civil ya no tenía nada que ver con aquella que ella había conocido y sufrido en su juventud? A lo largo de los últimos treinta años había hecho grandes esfuerzos por reconciliarse con las fuerzas del orden, pero más de cinco décadas no habían sido suficientes para borrar por completo de su memoria la etapa de golpes, detenciones y abusos.

Durante la siguiente media hora Xuana hizo un relato pormenorizado de todo lo sucedido desde que había salido esa mañana de casa hasta que se había abandonado a llorar en los brazos de Taresa. Aunque había procurado no adornar la narración con detalles demasiado literarios, estaba segura de que aquel aprendiz de guardia no habría podido anotar la mayor parte de su historia. Cuando acabó, Ginés se dirigió a su compañero por el nombre de pila:

—¿Necesitas preguntar alguna cosa para tus notas, Pablo?

—No, señor, creo que lo tengo todo.

Xuana no pudo contener un gesto de asombro: «¿Dice que lo tiene todo? ¿Quién se cree que es? ¿¿Shakespeare?? ¡Pero si ni ella misma con todos sus largos años de experiencia habría sido capaz de «tenerlo todo»!».

—Pues entonces, llama al cuartel y diles que manden otro coche. Esperamos a que lleguen y nos vamos con ellos hasta ese maizal. Ya sabes el protocolo.

—Mi amiga no está en este momento muy católica para ir a ninguna parte —interrumpió Taresa, que todo ese tiempo había estado escuchando la conversación desde la puerta de la cocina.

El hombre al mando se hizo cargo de la situación.

—Está bien… supongo que alguno de los que están ahí afuera los podrá acompañar —dijo dirigiéndose a Xuana, que en ese momento permanecía un poco ausente de la conversación.

—Seguro que Alfredo puede ir —volvió a intervenir Taresa—. Xuana puede explicarle perfectamente bien dónde encontró a la moza. Alfredo conoce esos huertos mejor que nadie y hace un momento lo he visto delante de la casa, así que no andará muy lejos.

Ginés dudó unos instantes.

—… Está bien. Que pase ese Alfredo.

Y dirigiéndose a Xuana:

—Ya sé que puede resultar un poco violento, pero no estaría mal que la gente que no fuera estrictamente necesaria se retirara a sus casas. Supongo que usted necesita descansar y no es bueno que esto se convierta en una feria. Además, cuanto más tarden en llegar los periodistas, mejor.

Xuana no había pensado en los periodistas. Ni se le había pasado por la cabeza esa posibilidad, pero sí sabía que sus vecinos la acosarían hasta conocer cada detalle. Ese sería el alimento del pueblo durante mucho tiempo, las vísceras calientes sobre las que se abalanzarían las alimañas. A pesar de todo, Xuana sintió el impulso de defenderlos frente a las autoridades. Un viejo resabio del pasado frente al poder.

—Son mis vecinos y esto es una aldea pequeña, es normal que se interesen por lo que está pasando. Pero haga usted lo que considere necesario.

—Yo me encargo —intervino de nuevo Taresa.

La salida del joven cabo acompañado por Taresa dejó un silencio repentino en la cocina. Solo Zoe, que entraba y salía moviendo la cola con auténtica alegría, podía permanecer ajena a los sucesos de aquella mañana. A los pocos minutos, Alfredo ya estaba al tanto del lugar exacto donde su vecina había encontrado esa misma mañana el cuerpo de la chica y el pequeño grupo se puso en marcha dejando a Xuana y a Ginés frente a frente.

A pesar del inmenso cansancio que le tiraba desde las lumbares hacia un punto situado en algún lugar del subsuelo, Xuana se levantó de la silla de donde prácticamente no se había movido durante todo el interrogatorio.

—Voy a hacer un café, inspector, ¿le apetece?

—Por mí no se preocupe, Xuana, estoy bien así. Además, no soy inspector, soy un simple sargento. Es más, yo diría que un sargento de pueblo al que esto de los cadáveres desaparecidos

le queda un poco grande.

—¡Esto me pasa por ver tantas películas!

—¿Lo de «inspector» o lo del cadáver inexistente?

Xuana, que en ese momento estaba de espaldas aclarando los restos la cafetera italiana, se giró bruscamente para tropezar con la gran sonrisa de Ginés. Comprendió de inmediato la broma y supo que podía entenderse bien con aquel hombre. De hecho, ya se estaba entendiendo.

—¡No sabía que la Guardia Civil tuviera sentido del humor! —dijo, ahora sí con una auténtica sonrisa.

Los dos tomaron asiento en la enorme mesa de la cocina. Finalmente, Ginés aceptó una taza de café. Cuando las burbujas empezaron a sonar dentro del recipiente de aluminio indicando el final de la transmutación del agua en café, su olor ya se había extendido por toda la cocina como una invitación a la intimidad. También a Xuana le había cambiado el humor y, si en ese momento alguien se hubiese asomado a la ventana, habría creído ver a dos viejos amigos que charlaban tranquilamente de sus vidas en aquella espléndida mañana otoñal. Y en cierta medida, algo parecido estaba ocurriendo. La tensión inicial había ido desapareciendo y, mientras se servían el café, la conversación fue derivando hacia cosas comunes. Hablaron de lo que había cambiado el pueblo en los últimos años, de la gente que conocían en común, de sus hijas, de cómo habían empezado a volar solas sin que ellos se dieran cuenta apenas. Una tregua.

Eso era. Una tregua. En las próximas horas Xuana se repetiría muchas veces en su cabeza lo mismo: una tregua para escapar de aquel caos en el que se había convertido repentinamente su vida. Y aunque muchas veces en los días siguientes tendría la misma sensación, la primera vez que sintió esa absoluta necesidad fue allí, en su cocina, a tan solo dos horas de haber encontrado un cadáver entre las mazorcas de Maria, a tan solo un centenar de minutos de haber puesto probablemente su vida en peligro y, sobre todo, al comienzo de algo cuyas consecuencias aún no era capaz de calcular. Una tregua.

Pero la aparente paz de la cocina quedó de pronto interrumpida. Nadie había entrado allí ni probablemente en la casa en todo aquel tiempo, y Xuana dio por hecho que Taresa estaría haciendo guardia como un dóberman fiel en la puerta de entrada y que muy probablemente otro de los guardias recién llegados la acompañaba. Pero ni Taresa ni nadie iba a poder contener aquella espiral que se levantaba a su alrededor como una repentina tormenta tropical, y la prueba de ello era aquel revuelo que llegaba en sordina desde la calle y que en un minuto entró en tropel e invadió la cocina de Xuana. El sargento Ginés se levantó bruscamente en una reacción instintiva y Xuana pudo comprobar por el rabillo del ojo cómo su mano derecha se había dirigido, en un rapidísimo ademán, hacia la cartuchera de la pistola. Ese gesto protector dejó a Xuana desconcertada. No sabía si sentirse aliviada u ofendida. Por un lado, comprobar la eficacia y la profesionalidad de aquel hombre la daba confianza y seguridad ante los demonios que acechaban a su alrededor; por otro, su inteligencia le decía que no era más que una reacción típica de esos hombres que consideran a todas las mujeres débiles e indefensas por definición. En realidad, todo transcurrió en unos instantes, pero la mente de Xuana y su capacidad de observación se habían agudizado tanto en las últimas horas que hubiera podido atrapar, con un

solo movimiento de sus dedos, el lomo resbaladizo de una anguila.

Allí, encabezando la pequeña avanzadilla que invadió bruscamente la cocina, venía Pablo, el chico de «lo tengo anotado todo» y tras él, dos jóvenes también de uniforme con cara de no haber acabado el instituto. Pero lo más sorprendente es que entre aquellos dos traían… ¡Sí, se puede decir que literalmente traían, a Paulino! ¿Qué pintaba Paulino allí? O, más bien: ¿Qué pintaba Paulino entre dos guardias uniformados en la cocina de su casa? Su amigo parecía haber perdido diez kilos de golpe desde que ella lo había visto por última vez dos días antes.

—¿Qué pasa aquí, Pablo? ¿Hay alguien detenido? —se adelantó el sargento Ginés a cualquier otra iniciativa. Había sonado brusco y autoritario.

—No lo sé exactamente, señor. Es un vecino del pueblo y ha invadido la zona de pruebas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su jefe.

Sin embargo, fue el propio Paulino quien respondió:

—¡He venido por mi propia voluntad!

Miró con cierta inseguridad a sus acompañantes de uniforme para dirigirse luego directamente a Xuana:

—No vengo detenido, Xuana, pero parece que he metido la pata.

Paulino se había dirigido a la dueña de la casa obviando la presencia de los demás, como si allí solo se encontraran ellos dos. Xuana no entendía nada y, antes de que pudiera decir algo, fue el propio sargento Ginés el que tomó las riendas. Su tono de tranquilidad contrastaba con lo absurdo de la situación:

—Vamos a calmarnos y vamos a intentar aclarar lo que ha pasado y qué tiene que ver este hombre que, como puedo comprobar, es conocido de usted.

Xuana asintió.

—Así es. Es más que eso: es mi amigo —dijo, y arrimó una silla a Paulino, que le devolvió una mirada triste y desolada.

—Ha invadido con su vehículo el lugar de los hechos —repitió el guardia joven con cierto nerviosismo.

La voz de Taresa y la propia Taresa habían reaparecido como por arte de magia en la cocina.

—Metió el tractor en el maizal de Maria, Xuana.

—¿Qué has hecho qué? —En la voz de Xuana había ahora más curiosidad que auténtico asombro. Paulino parecía haberse repuesto un poco.

—Si es que no es nada, Xuana: como no pude arar el campo de patatas en La Escrita y ya había

sacado el tractor, aproveché para ir a lo de Maria. Pasé un momento por casa a enganchar la segadora y… Lo hablamos el otro día, ¿no te acuerdas?

Paulino se había acercado a Xuana y su mirada imploraba su complicidad. Entonces ella lo comprendió y se tapó los ojos con las manos. Fue en ese momento cuando el sargento Ginés se dio cuenta de que aquella conversación se estaba desarrollando al margen de su control.

—¡Vamos a mantener el orden, si les parece! —Su voz resonó en el pequeño espacio de la cocina como un trueno de verano—. Usted, si me hace el favor, Paulino se llama, ¿no?

—Sí.

—Pues siéntese ahí y empiece a contar desde el principio.

Paulino empezó su relato con cierta confusión, pero enseguida tomó nuevas fuerzas. Todos los corazones sonaban al unísono en sus bóvedas como una campana en la noche de difuntos cuando aquel hombre consiguió poner coherencia a su relato:

—Esta mañana me levantado temprano, había pasado una mala noche y no quería estar más tiempo en la cama dando vueltas, así que me vestí y se me ocurrió que aquella era una buena ocasión para arar el patatal de Chista, así que desayuné, pasé por la cuadra a ver a Frida…

—¿Quién es Frida? —interrumpió Ginés.

—Es la vaca de Paulino que está a punto de parir —intervino Taresa.

—Ah, muy bien. Siga.

—Pues llegué al patatal de Chista y encontré la tierra demasiado húmeda para hacer nada ese día. Es verdad que el jueves había llovido, pero yo supuse que el aire del sur de estos días la habría secado lo suficiente, ya sabe, si la tierra está mojada se quedan pegotes en las palas y la maquinaria acaba por atascarse.

—No, no lo sé, pero eso no importa. Continúe. ¿Qué hora era? —Ahora el tono del sargento resultaba conciliador.

—Temprano, supongo que algo antes de las ocho. La niebla había subido del río y desde lo de Chista casi no se podía ver el pueblo pero, ya les dije antes, se me ocurrió que ya que había sacado el tractor, podía aprovechar para cortar el maizal de Maria. Lo había hablado con ella unos días antes. Maria dijo que ya había recogido les fabes y que cuando tuviera un rato, podía pasar a cortar el maizal. Todos los años lo hago. Desde que no tienen gallinas, ni siquiera usan el maíz. Es un capricho de Maria…

—¿Lo hace usted como asalariado?

—¿Cómo que como asalariado? —respondió ofendido el hombre—. ¿Cómo le voy a cobrar yo a Maria por una cosa así?

—Entonces deduzco que María es su amiga.

—No es «María» —intervino de nuevo Taresa, que parecía estar al acecho del más mínimo error, haciendo fuerza sobre el acento—: Es Maria; como Mario, que era como se llamaba su padre, pero para mujer.

—Bien, bien, gracias, señora.

—Maria es mi vecina y entre vecinos nos ayudamos — continuó Paulino con un tono un tanto insolente. Definitivamente, estaba reponiéndose del susto inicial, «volviendo a su ser», que diría Taresa.

—Si he comprendido bien, usted se dirigió con el tractor al lugar donde su vecina encontró esta mañana el cuerpo de una joven.

Ginés no quería desviar el curso del interrogatorio, por lo menos no hasta que se hubiese hecho una idea más clara de los hechos.

—Sí, según me han dicho estos —dijo señalando a los guardias—, parecer ser que así es. Como le explicaba a Xuana hace un momento, después de alguna intentona con el patatal, me tomé un café del termo y me fumé un par de cigarrillos antes de dar la vuelta, a la espera que se levantara un poco la niebla. En esta época del año, si hace buen tiempo, es raro que hacia las nueve o nueve y media no se haya quitado la humedad de La Vegona. Es como si el río se tragara de pronto la niebla. Ocurre siempre. Por eso decidí «perder» un poco el tiempo. No me gusta trabajar medio a ciegas entre la niebla.

A Xuana le pareció una explicación demasiado detallada, demasiado coherente para ser del todo cierta, pero enseguida desechó aquella idea. Paulino era su amigo y en los amigos se confía. Por principios.

—Serían poco más de las ocho cuando sentí el golpe —intervino Xuana.

La expresión en la cara de su amigo fue de auténtico asombro.

—¿Te han golpeado? ¿¿A ti?? ¿Quién lo ha hecho? ¿Estás bien? ¡Nadie me ha dicho nada de eso! —soltó Paulino en un único chorro de voz.

Xuana sintió de nuevo que la indignación de su amigo estaba un poco desproporcionada pero otra vez hizo el esfuerzo de entenderlo como una muestra más de cariño.

—Estoy bien, ya me ves. —Hubo un brevísimo silencio. Xuana respiró hondo, igual que tantas veces había hecho con sus alumnos ante un conflicto—. ¿Qué pasó entonces? —La mujer había tomado de pronto la batuta del interrogatorio.

—No pasó nada, Xuana. Nada en absoluto. Llegué y empecé por la margen derecha, como siempre. Cuando estaba acabando la tercera tira, vi a Alfredo que se acercaba gesticulando y corriendo hacia mí con dos desconocidos de uniforme. Apagué el motor y los oí gritar así que entré en estado de pánico. Pensé que les había pasado algo a las niñas o a Rosa.

—No les ha pasado nada, Paulino, pero esto también es grave.

—Ya, ya me voy dando cuenta, Xuana.

—¡Ay, hijo, qué metepatas eres!

Era la primera vez que Taresa intervenía para decir algo que no fuese estrictamente necesario, así que ella misma se cortó de inmediato.

—¿Y no se le ocurrió mirar dentro del maizal antes de empezar? —El guardia joven había tomado la palabra, pero el inmediato gesto de desaprobación de su superior lo hizo callar y todos pudieron ver un ligero rubor en aquella piel tan blanca.

—No, la verdad. Nunca se me hubiese ocurrido mirar ¿Quién va a estar a estas horas metido en un maizal? ¿Para qué? Cualquier animal sale corriendo a la primera con el ruido del tractor y otra posibilidad ni se me hubiese pasado por la cabeza. ¿Usted habría mirado?

—Nosotros seguramente habríamos mirado: por deformación profesional —atajó Ginés sin darle al guardia la menor posibilidad de contestar.

A pesar de que Paulino probablemente pasaba de los cincuenta, era aún un hombre joven y lleno de energía, un hombre atractivo y sonriente al que Xuana había llegado a apreciar de verdad en los años que llevaba en La Llosa, pero esa mañana, sentado en su cocina, con un cigarrillo sin encender en los dedos y dos manchitas blancas asomándole en las comisuras de los labios, le pareció más un enfermo, un paciente de malaria o de cualquier otra enfermedad tropical y terrible que busca con ansiedad aliviar su fiebre. Xuana sabía que Paulino había tenido otra vida antes de asentarse en La Llosa, antes de casarse con Rosa y montar la casa y tener a las niñas, él mismo se lo había medio contado un día en el que los dos habían bebido más vino de la cuenta. Pero ella nunca había querido saber los detalles, aunque por alguna pista soltada al azar, suponía que había algunas cosas poco confesables. Pero ¿quién no tenía un pasado? Hasta el infeliz de Tino, la persona más inofensiva de aquel pueblo, tendría un pasado. Aunque, claro, no era lo mismo.

Xuana sintió que en ese momento estaba viendo al otro Paulino por primera vez, que aquella cara venía de aquel pasado que ella desconocía y que, en realidad, no deseaba conocer: demasiados descubrimientos para una sola mañana, se dijo a sí misma antes de levantarse.

—Y ahora, si no les importa, tendrán que disculparme, pero tengo que cuidar mis niveles de azúcar.

Xuana empezaba a disfrutar diciendo aquellas frases tan manidas: «si no les importa», «tendrán que disculparme…». Se sentía como una vieja dama de las novelas de Agatha Christie saliendo airosa entre un círculo de malvados y sospechosos: «No te lances, Xuana», su conciencia volvía a darle una señal de aviso. Taresa dio un paso adelante y todos los presentes reaccionaron con diferentes movimientos. «Como si estuviera escrito en alguna parte», pensó ella.

Llegados a ese punto, parecía que Ginés era el único autorizado para resolver aquella situación.

—Por supuesto, claro. No tenía previsto interrogar a los testigos en su cocina. Resulta muy desagradable. Lo siento mucho.

Xuana no estaba dispuesta a oír más. Estaba demasiado cansada y sentía que la solución de azúcar en su sangre revoloteaba inquieta por los conductos de su organismo como una avispa asesina.

—Voy contigo —dijo Taresa—. Y aunque ella siempre había considerado el acto de pincharse un ritual privado que pertenecía a su intimidad, similar al de lavarse los dientes o al de defecar, esta vez agradeció a su vecina el ofrecimiento. En realidad, solo se tomaría de nuevo los niveles de azúcar. Por si acaso, pensó. Y por salir de allí, por romper aquella tela de araña que los estaba asfixiando a todos. Aunque eso no lo dijo.

—Está bien, Taresa, te lo agradezco.

Y dirigiéndose al resto de los presentes:

—Si necesitan algo más bajaré en un rato.

—No se apure —respondió Ginés—. Esperaremos si es necesario.

Cuando, a los veinte minutos, las dos mujeres regresaron a la cocina, la estancia estaba de nuevo despejada. Solo la espalda del sargento Ginés ocupaba el espacio delante de la ventana. Su cuerpo robusto se volvió al oír los pasos.

—Parece que sus vecinos han decidido volver a sus tareas.

—¿Y Paulino? —preguntó Xuana.

—Me imagino que en su casa. De momento no tenemos nada contra él, aparte de la faena que nos ha hecho. Además, se pasará esta tarde por el cuartel para hacer una declaración completa.

—Paulino es incapaz de hacer nada malo. Nada a propósito, me refiero.

—Es un buen hombre, nos ayuda a todos —intervino también Taresa—. En estos pueblos solo quedamos los viejos y es la gente como Paulino y su familia los que nos devuelven un poco de vida.

Ginés prefirió cambiar de conversación. Bajó un poco aquella cabeza puntiaguda para situarse a la altura de Xuana:

—¿Tiene usted algún pariente a quien quiera avisar?

—Mi hija y mi hermana, pero ninguna de las dos está cerca y, sinceramente, preferiría no asustarlas. Al fin y al cabo, yo estoy bien… Quien seguro que no está bien es esa pobre chica que me encontré en el maizal. A sus familiares sí que habría que llamarlos.

—Primero hay que encontrarla a ella.

—¿Usted duda de mí?

—Yo no dudo de usted, pero sin cuerpo y una vez que su amigo se ha ocupado de dejar «limpio» el lugar, no tenemos casi nada. —El sargento hacía un gesto con los dedos de las dos manos cuando pronunciaba palabras como aquella: «limpio». Un ademán que a Xuana le traía malos recuerdos.

El ambiente de complicidad que habían disfrutado solo un rato antes tomando el café en aquella misma cocina, había desaparecido ahora casi por completo. A Xuana no le gustó el tonillo de ironía que aquel guardia se gastaba al hablar de su encuentro en el maizal y tuvo uno de esos ataques de soberbia de los que siempre se arrepentía después.

—Entonces, sinceramente, no sé qué hace usted aquí perdiendo el tiempo.

III

VIERNES

Aparcó la furgoneta delante del portón, bajó y cerró la puerta con cuidado para no despertar a Rosa. Las niñas se habrían dormido hace horas, pero seguro que Rosa lo había estado esperando delante del televisor hasta quedarse también dormida y después habría subido a acostarse. Esa vida predecible y rutinaria era la que había estado buscando mucho tiempo y, siempre que llegaba a casa de noche y contemplaba la quietud de todas las cosas, sentía una corriente de placer en la columna vertebral. Pero también de temor.

«Tener algo valioso se paga con el temor de perderlo», pensaba algunas veces.

Al salir, el aire limpio de la noche lo cubrió como una sábana fresca y sintió el deseo de detener el instante, un instante que irremediablemente se escurría como arena entre sus manos. Durante unos minutos permaneció allí, inmóvil en mitad del camino, contemplando aquella oscuridad solo herida por las luces de su propia casa. Se sentía un hombre afortunado: tenía a Rosa, tenía a las niñas y en gran medida, vivía como había decidido vivir. Ese era el motivo por el que en esos momentos no estaba precisamente muy orgulloso de sí mismo. Sacó las llaves del portón y, antes de entrar en casa, decidió pasarse por el establo a ver cómo andaba la pobre Frida. Llevaba dos días sin quitarle ojo y, aunque esa misma mañana Salva, la veterinaria, había dicho que no se preocupara, que aún faltaba algún tiempo para el parto, Paulino no se sentía del todo tranquilo. Había visto unas cuantas vacas parturientas en los últimos quince años y creía adivinar una mirada especial en esos animales cuando les llegaba el momento.

Sin apenas hacer ruido, abrió la puerta y una ráfaga de aire caliente le golpeó en la cara. Allí dentro se encontraba bien. Por raro que pudiera parecer, siempre le había gustado ese olor mezcla de orines, paja y humedad que se instalaba de forma permanente en los establos. A aquellas horas, el lugar tenía algo de primitivo, de esencial, algo que Paulino no sabía definir del todo pero que lo envolvía plácidamente, como los pliegues de un útero materno. Dio al interruptor de la luz y Frida apareció entre las sombras del fondo, tumbada y tranquila, quizá ajena o simplemente confiada en el poder de la naturaleza.

—¿Cómo está mi amiga, eh? —le susurró Paulino mientras acariciaba aquel lomo inmenso.

La vaca torció la cabeza hacia Paulino y sus ojos enfrentaron su mirada. Ojos de vaca. Ojos vacíos de vaca. No había nada en ella que indicara la proximidad al parto, ninguna queja, ningún gemido, ninguna postura reveladora, pero Paulino había visto en sus ojos esa mirada especial. Acarició con dulzura el inmenso lomo de la vaca.

—Anda, Frida, vaca guapa, ya falta poco, no te preocupes, todo irá bien.

Hablaba con los animales como hacía todo el mundo en el pueblo. Les gritaba cuando no

obedecían y era capaz de ponerse duro con ellos cuando era imprescindible, pero también sabía tratarlos con delicadeza y cariño. Con la misma cautela con la que había entrado en el establo salió de nuevo al camino. Algo en él se resistía a entrar en casa, quizá el sentimiento de culpa por Rosa y por él mismo. Y también por las niñas. Sobre todo, por las niñas. Pero ya era muy tarde, y si Rosa se despertaba en ese momento y comprobaba que no estaba allí, se pondría realmente nerviosa, así que volvió a meter en la cajetilla de Fortuna el cigarrillo que acababa de sacar y recorrió los pocos metros que lo separaban de la puerta. Todo permanecía en silencio. Rosa había dejado encendida una pequeña lámpara en la mesilla de la entrada y Paulino pensó, con una mezcla de amargura y humor, que era casi idéntica a las lámparas del Afrodita. «Ahora resulta que hemos decorado nuestra casa con lámparas de puticlub», se dijo a sí mismo con una media sonrisa. Pero no tenía ganas de darle más vueltas al asunto. No ahora. Mañana pensaría en ello. Mañana sería otro día. Un día nuevo. Un día limpio.

A las cinco y veinte, abrió los ojos de repente como si alguien le hubiese estado llamando desde los pies de la cama. Tenía los músculos del cuello rígidos y doloridos, sin embargo, en unas décimas de segundo, todos sus sentidos se despertaron agitados por algún sistema de alerta. Aún inmóvil, en la misma postura en la que se había despertado, creyó percibir un leve gemido que venía de afuera. Rosa siempre le decía que tenía oído de tísico y, aunque no poseía ningún sentido musical, era cierto que su agudeza auditiva estaba comprobada. «Oído de preso», pensó para sus adentros. Volvió a concentrarse en los sonidos que viajaban libres en aquella noche de otoño. De fondo, envolviéndolo todo, llegaba el rumor lejano del río. Más cerca, sobre el camino de entrada y la explanada de la plazoleta, las primeras hojas de los castaños que el viento había arrastrado hasta su casa provocaban un mínimo roce al chocar unas contra otras. Y allí mismo —casi podía tocarlo con los dedos—, el leve gemido de un animal herido, un jabalí quizá, o una alimaña. Y de pronto, se sobresaltó: ¡Cómo podía haberse olvidado! ¡Tenía que ser Frida! Saltó de la cama como empujado por un resorte oculto. Rosa también se despertó.

—Duérmete, es Frida.

—¿Pero adónde vas? ¿Qué dices de Frida? murmuró ella, solo a medias consciente, mientras se daba la vuelta con toda la intención de quedarse de nuevo dormida.

—Está inquieta, mujer. Duérmete que ya aviso yo a Tino si hiciera falta.

Pero Rosa no dio ninguna muestra de interesarse por Frida ni por nada que estuviera fuera del edredón de su cama, así que Paulino se puso los pantalones de la noche anterior encima del pijama y un forro polar que encontró sobre la silla y por segunda vez aquella noche, recorrió el camino que separaba la casa del establo, aunque en esta ocasión no lo hizo con tanto sigilo como antes pero sí con mayor rapidez y determinación. Al llegar, encendió todas las luces. Si finalmente Frida se ponía de parto, iba a necesitar toda la luz que fuera posible.

La vaca se había puesto de pie con el lomo derecho pegado contra la pared y mugió —quién sabe si de alegría— al entrar Paulino. Él se acercó con precaución hasta quedar a su lado y de nuevo puso su mano con cuidado sobre el lomo áspero de Frida. La parte de la piel que rodeaba el cuello estaba empapada de sudor y su tonalidad había cambiado hacia un marrón oscuro. Paulino

comprendió que el animal estaba sufriendo.

—A ver, Frida guapa, ya veo que estás dispuesta a darme la noche. Shusss, anda, tranquila, shuss...

La voz del hombre sonaba como el tarareo de una nana infantil.

—Shusss, shusss…

Paulino levantó el rabo de la vaca e intentó escudriñar dentro de su vagina. Se acercó a la estantería de la entrada donde guardaba de forma desordenada herramientas de lo más variopintas. A pesar del aparente desorden, rápidamente encontró lo que buscaba. Aquel caos era «su caos» y entre sus escondrijos se movía con seguridad. De una caja de farmacia sacó un guante de silicona y se lo puso. Le llegaba hasta el codo. Otra vez, con mucho cuidado, se acercó al animal susurrándole palabras cariñosas y también con cuidado levantó de nuevo su gran cola e introdujo poco a poco, primero la mano y después parte del antebrazo, por su vagina. Frida protestó levemente, pero se dejó hacer. Paulino apenas pudo avanzar y con la misma delicadeza con la que había entrado, sacó su brazo de las entrañas del animal. Dedujo que sería un mal parto. Las quejas de Frida no se correspondían con una dilatación que aún parecía bastante pequeña. «Esto va para largo», pensó. Por las recomendaciones de Salva sabía que lo mejor sería ponerle una inyección que la ayudara a dilatar y después irse a descansar. Pasarían muchas horas antes de que Frida lo necesitara de verdad.

Se quitó el guante, lo tiró al cubo de metal que había en la esquina y salió otra vez al fresco de la oscuridad. El viento sur impedía cualquier perspectiva de una helada temprana. Paulino no compartía el entusiasmo de sus hijas por aquel viento cálido que tiraba el fruto de los árboles, l' aire les castañes. Ya va siendo hora de que venga el otoño de verdad, se dijo así mismo. Había recordado que tenía las inyecciones en el maletero del coche y decidió actuar con rapidez. Aunque en pocos minutos se había despejado del todo, la falta de sueño le empezaba a pasar factura y se sintió de pronto torpe y pesado, como si le hubieran echado encima de los hombros una carga de leña mojada. «L' aire les castañes», pensó de nuevo: el aire de los locos. Como nunca cerraba el coche con llave, no necesitó entrar en casa, así que fue directamente hasta el portón de atrás de la furgoneta Seat blanca y lo abrió con ligereza, casi con distracción. Allí tenían que estar las inyecciones que le había dejado Salva el día antes.

La luz interior del maletero se encendió exactamente al mismo tiempo que Paulino vio los ojos de una mujer que lo miraban desde la ceguera de la muerte. En medio de la noche, con el sueño golpeándole la cabeza, la cara de la mujer en su maletero parecía una alucinación, algo que se situaba más allá de lo real. Una loneta gris cubría aquello que, con seguridad, sería su cuerpo, mientras parte de la cabeza se dejaba ver entre trapos blancos. Sobre todo, los ojos: aquellos ojos rasgados de los que había desaparecido cualquier brillo de vida. Con la mano derecha aún sujetando la puerta trasera de la furgoneta, mientras sus pupilas se dilataban por la adrenalina, Paulino comprendió, con la lucidez de los locos, que en ese mismo momento algo se estaba quebrando en su vida y que a partir de allí ya nada volvería a ser igual. Tenía a una mujer muerta en el maletero de su coche y, lo que era aún peor: conocía a aquella mujer. La había visto dos veces en el Afrodita. La semana pasada, en la barra del bar. Cuando él entró, la chica estaba al fondo hablando con una compañera; durante unos instantes sus ojos se cruzaron y él creyó

percibir en ella una mirada suplicante. Y aunque entonces no pareció registrarlo, aquel gesto de animal acorralado se le había quedado enganchado en la memoria y ahora volvía a su cabeza con la intensidad de una herida. Era ella. Estaba seguro. Un mes antes, la primera vez que el hombre había entrado en el Afrodita, se había acostado con aquella mujer. Había sido un polvo fugaz y alcohólico. Un polvo intrascendente, absurdo, triste. Paulino ni tan siquiera recordaba haber cruzado con ella más de dos palabras. Pero era ella, de eso estaba seguro, era ella y ahora estaba debajo de una lona en el maletero de su furgoneta.

Y estaba muerta.

Cerró de nuevo el maletero en un ademán brusco. No solo necesitaba dejar de ver aquel cuerpo inerte para pensar con algo de tranquilidad, sino que su instinto de superviviente le ayudaba a reaccionar ante la posibilidad de que alguien más pudiera ver la escena. Las manos le temblaban tanto que al sacar el cigarrillo se le partió en las manos. Era el mismo que había vuelto a meter en la cajetilla hacía tan solo unas horas, pero de pronto le pareció que aquel gesto despreocupado había sucedido en el tiempo y el espacio de otra galaxia. Todo había envejecido de pronto. El aire se había vuelto más denso. Sintió sus manos más torpes y desde su propio cuerpo le pareció que emanaba un olor desconocido. Sacó otro cigarrillo y esta vez consiguió encenderlo. La llama del mechero alumbró por un momento sus dedos y le pareció que estaban sucios. Tenía las palmas de las manos mojadas por el sudor. Tiró el cigarrillo al suelo y se secó las manos en el pantalón. Encendió otro cigarrillo. No tenía ni idea de cómo había llegado allí aquella mujer y sobre todo, no tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Llamar a la policía parecía lo más obvio, y si iba a hacerlo tendría que ser inmediatamente. Pero ¿qué diría Rosa? y ¿qué dirían sus hijas? ¿Qué pensarían de su padre Ainhoa y Alba si se enteraban de que había encontrado muerta en su coche a la mujer con la que se había acostado un mes antes en el Afrodita? Y se enterarían ¡claro que se enterarían! En aquel pueblo nadie podía quedar a salvo del escrutinio público. Podría haber engañado a Rosa con cualquier otra mujer y quizá ella hubiera podido entenderlo e incluso perdonarlo, pero hacerlo con una prostituta era más de lo que sería capaz de comprender. Pero aquel era solo el menor de sus problemas. Y Paulino lo sabía, lo sabía desde que había visto la muerte incrustada en aquellos ojos. También supo que el cuerpo de la mujer muerta estaba en esos momentos empujando con la fuerza de un iceberg contra las puertas cerradas de su pasado. Una fuerza descomunal y salvaje Y aunque él las había creído cerradas para siempre, ahora amenazaban con abrirse de par en par a la menor ráfaga de aire.

Entonces se convirtió en el hombre que mucho tiempo atrás había sido y en su cabeza se encadenaron dos decisiones importantes: en primer lugar, no podía dejar que lo relacionaran con aquello o, por lo menos, no de momento, por lo tanto, tendría que deshacerse del cuerpo y hacerlo con la mayor rapidez posible. La segunda cosa era quizá la más difícil: buscar una coartada para las horas que transcurrían entre su salida del Afrodita y la mañana siguiente. En algún momento, los hilos de aquella tela de araña se anudarían a su alrededor y tendría que estar preparado. Miró el reloj: las siete menos cinco. Solo habían transcurrido veintitrés minutos desde que había saltado de la cama preocupado por el estado de Frida, veintitrés minutos que ya pertenecían a un pasado remoto y extraño.

La mañana aún no había hecho su aparición y pensó que los primeros rayos de sol no tardarían en iluminar la ladera boscosa del monte Pienzu. Después se extenderían por el valle, arrancarían reflejos de las pozas del río y despertarían de su sueño a los durmientes. Se metió en la furgoneta

y arrancó con suavidad. El motor respondió a la primera y el coche trazó una circunferencia alrededor de la higuera de la explanada antes de tomar el camino de vuelta a la carretera. Ninguna casa parecía haber despertado aún, pero él podía citar al menos los nombres de tres vecinos que con muchas probabilidades estarían despiertos: Tino, Roberto y Elvira. Y precisamente por delante de la casa de Elvira tendría que pasar en unos instantes. Pisó el freno y la furgoneta, que apenas avanzaba en ralentí, se detuvo en seco. Definitivamente, no podría pasar por delante de la casa de Elvira sin que ella lo registrase. No a esas horas. A su izquierda, la ladera de la montaña dibujaba una mancha poderosa en la propia oscuridad. Por allí la montaña caliza se levantaba como una frontera natural en los límites del pueblo, y los caminos solo eran sendas estrechas y peligrosas. Además, a aquellas alturas del año, la oscuridad y el barro los hacía casi impracticables. Intentar subir por allí con una carga a la espalda en plena noche era lo más parecido a un suicidio. A su derecha, tras el muro de piedra que no levantaría más de un metro, se extendía el maizal de Maria. Aquel era su límite. En la última noche había atravesado muchas fronteras y ahora el destino le devolvía la moneda. Hubiera preferido alejarse de allí, poner distancia, huir, pero allí estaba trazado su límite. No tenía elección. Con la decisión propia de quien ha vivido situaciones de riesgo, Paulino se bajó de la furgoneta, abrió el capó y arrastró el cuerpo de la mujer muerta hasta colocarla con comodidad en sus brazos. Después, como un felino que se aproxima con sigilo a su presa, adivinó el lugar exacto donde su memoria había archivado la portilla siempre abierta en aquella parte de La Vegona, la tierra de cultivo que se extendía varias hectáreas a su derecha, y con la aparente naturalidad de quien hubiera repetido aquel ritual cada día de su vida, se adentró en el maizal de Maria; cuando supuso que había atravesado tres cuartas partes del maizal, depositó sobre la tierra, entre las hojas crecidas, aquel cuerpo que seguramente empezaba a enfriarse. En la oscuridad de la noche apenas pudo echar un último vistazo a la silueta menuda que se adivinaba en el suelo: negro sobre negro. Le dolían los brazos y comprendió con desolación que no le valdría de mucho dejarla allí, que en dos o tres días, incluso antes, alguien la encontraría. Pero él no era un delincuente, él no tenía planes ni ideas brillantes para una situación así. No se le ocurrió otra cosa y, en todo caso, ya era demasiado tarde para cambiar de idea. Volvió hacia el muro, pero se había desorientado en la oscuridad y salió por el lado contrario, así que tuvo que atravesar un patatal hasta alcanzar la portilla. De vuelta al camino, vio su sombra dibujada de manera difusa en el suelo y se dio cuenta de que había empezado a amanecer. ¿Cuánto tiempo había pasado? Estaba demasiado cansado, demasiado involucrado ya para dar marcha atrás. O esto o llamar a la policía. Aún dudó unos segundos: «Al menos, de esta manera, tendré una oportunidad», pensó sin demasiado convencimiento.

Cuando entró en su casa por segunda vez aquella noche, no era el mismo hombre que horas antes había abierto la puerta con sigilo para no despertar a su mujer, no era el mismo hombre que había acariciado el lomo terso de Frida, que la había tranquilizado y le había hablado en tono cariñoso, seguro de sí mismo. Ahora era un hombre sacudido por el miedo y la desesperanza, un hombre hundido en temores confusos, mordido por la culpa. Ya en su cuarto, se quitó de nuevo los pantalones y sintió que el pijama que llevaba debajo le quedaba muy ancho, como si hubiese adelgazado aquella noche varios kilos. Había dejado abajo los zapatos para no hacer ruido en la escalera y para no disgustar a Rosa, que tanto insistía en mantener las habitaciones a salvo del barro y la porquería del exterior. Era increíble que hasta en los momentos más desesperados, alguien como él pudiera tener en cuenta cosas como esa. O quizá era precisamente lo único que

tenía lógica: mantener las pequeñas cosas en su sitio cuando los cimientos que sostienen nuestra cordura empiezan a sumergirse en la ciénaga.

Acabó de quitarse la ropa y se metió en la cama en calzoncillos. Celia se dio la vuelta, abrió apenas los ojos y emitió un leve suspiro de gusto.

—¿Qué hora es, dónde estabas? —susurró.

—En el corral, con la Frida. Es temprano, duérmete, cariño, que es sábado.

Medio echada boca abajo, su mujer le pasó el brazo izquierdo por encima del pecho en un gesto familiar, y por su respiración acompasada Paulino supo enseguida que estaba disfrutando de un dulce sueño. «El dulce sueño de los inocentes», pensó él mientras cerraba los ojos en un inútil intento por relajarse y descansar. Sin embargo, contra toda lógica, en algún momento debió de quedarse dormido porque se despertó con uno de esos sobresaltos que nos sitúan unas décimas de segundo a medio camino entre la vigilia y el sueño. Y fue en ese instante mínimo, no cuantificable en términos cronológicos, cuando a su mente agotada acudieron dos imágenes inquietantes. La primera era la figura de aquella joven muerta abandonada sola entre los maizales. Él la había dejado allí y, por absurdo que pareciera, lo que le había despertado era la imagen de su desnudez un mes atrás, cuando se quitó la ropa en aquel cuartucho pretencioso y hortera del Afrodita. Su piel joven y su mirada esquiva, como de vergüenza o de recelo, lo recordaba bien. Tendría que haber salido de allí en ese momento, tendría que haber escapado de aquel cuarto justo cuando detectó su mirada infantil. O mejor aún: no debió entrar nunca y, por supuesto, no debió volver. ¿Cómo había podido traicionar todo lo que era, todo aquello en lo que creía y amaba? Ahora todo su pasado y su futuro se cruzaban en aquel polvo fugaz y absurdo y sentía cómo cientos de hilos finísimos trenzaban una red invisible a su alrededor.

Se había incorporado en la cama y se obligó a sí mismo a controlar la respiración. Sus pulmones se dilataban y contraían con esfuerzo, como si en cada respiración tuviese que levantar un gran saco de cemento sobre el pecho. Se levantó, salió al pasillo y encendió la luz del baño, entró y se cerró por dentro con el pestillo. Fue entonces cuando regresó a su cabeza la segunda imagen: su vecina Xuana inclinada sobre las matas de verduras y hortalizas en su parcela de La Vegona. Al día siguiente, como todos los días desde que se jubilara y salvo excepciones muy contadas, Xuana estaría con sus botas de goma y su pequeña azada cavando en el huerto, a pocos metros de donde Paulino había dejado el cadáver. Esa era su terapia particular, como repetía ella tantas veces. Y era raro el sábado en el que Paulino no se acercara por allí a lo largo de la mañana a compartir con su vecina un rato de charla y un cigarrillo. Había sido un imbécil si pensaba que aquel acto absurdo y ridículo le daría un poco de tiempo antes de que todo estallara. No imaginaba cómo, pero estaba seguro de que Xuana se daría cuenta de algo. Ella era así. Algo llamaría su atención y encontraría el cuerpo ¡precisamente ella! ¡la peor de las opciones! Tendría que estar vigilante para protegerla. Lo último que quería era hacerle daño a Xuana. Si fuera necesario lo contaría todo. Al fin y al cabo, su culpa se limitaba a confesar que sintió miedo y actuó de forma irresponsable. Tendría que asumir las consecuencias, pero hasta ahí había llegado y no pensaba permitir que ni Xuana ni nadie se viera perjudicado por algo que él había hecho. Pero ¿qué había hecho, en realidad? Ni siquiera sabía de qué ni cómo había muerto aquella mujer. Todo era un gran disparate. Nada de lo que había sucedido aquella noche tenía el más mínimo sentido y él sabía que sería muy difícil de explicar. Quizá estaba a tiempo de arreglarlo,

quizá podía volver atrás sobre sus pasos, desandar el camino, deshacer el ovillo, tirar con suavidad de los hilos o romperlos simplemente de un tajo, coger el teléfono y marcar el 112. Todo se acabaría allí y también todo empezaría. Él lo sabía. Lo sabía perfectamente.

Se vio a sí mismo como un hombre que caminaba descalzo en la oscuridad sobre cristales rotos.

IV

SÁBADO

No había ninguna razón aparente para sospechar de aquel hombre. Esa misma tarde, a primera hora, se había presentado en el cuartel para hacer una declaración formal de los hechos que, por cierto, coincidían perfectamente con lo que había contado en casa de la profesora. Y el testimonio de sus vecinos lo corroboraba. Su actuación con el tractor en el maizal había sido una desafortunada casualidad. Dos vecinos que deciden madrugar un sábado y ambos coinciden, por distintos caminos, en el escenario donde posiblemente se haya cometido un crimen. Lo dicho, pura casualidad. El problema era que Ginés no creía demasiado en ese tipo de coincidencias. Aunque su carrera profesional no había sido todo lo brillante que él había soñado, llevaba suficientes años de servicio para saber olfatear dónde se escondía alguno de aquellos recovecos del camino sobre los que merecía la pena interrogarse, y su intuición le decía que Paulino ocultaba algo. Quizá más adelante sería necesario entrevistar a su mujer pero, de momento, prefería no levantar demasiadas liebres. «Por si se espantan», pensó.

Tal como había declarado esa misma mañana en la cocina de Xuana en un arrebato de sinceridad, Ginés sentía que todo aquello le quedaba un poco grande. Pero no siempre había sido así. No siempre había sido un simple sargento de la Guardia Civil en un pueblo perdido en las montañas del Norte. No siempre había tenido a su cargo aquella especie de pandilla de boy scouts recién salidos de la academia por los que, sin embargo, no podía dejar de sentir una especial ternura, algo entre paternal y protector. Aunque Pablo era otra cosa. Pablo solo llevaba seis meses en el cuartel y ya se había convertido en imprescindible para él. «Ojalá que no saliera volando detrás de cualquier otro destino más prometedor», murmuró Ginés para sus adentros.

Los días cada vez eran más cortos y Ginés sintió esa nostalgia casi dolorosa del otoño. Mientras miraba por la ventana, el paisaje que se abría a lo lejos iba apagándose poco a poco. Después de dos días de viento sur, los olmos que protegían la ribera del río empezaban a dejar atrás la piel del verano. Desde el ventanal sur de su despacho, en el tercer piso del cuartel, podía contemplar la silueta sinuosa del río Salia antes de que en una de sus contorsiones inesperadas fuera a desaparecer tras la ladera del monte Suences. Más allá de Villa, algunas luces aisladas en el paisaje podrían hablar de aquellas gentes acostumbradas a vidas solitarias.

Porque Ginés estaba convencido de que ni las antenas parabólicas primero, ni los ordenadores y los teléfonos móviles después, podían mitigar del todo aquella soledad heredada durante generaciones, aquella propensión al silencio mórbido que acechaba bajo los tejados de apariencia inocente. O quizá no. Quizá solo era su mirada contaminada por la experiencia de «tener que saber» la que interpretaba de manera errónea los signos. Porque él estaba obligado a saber de las

miserias del corazón humano, estaba obligado a sopesar cuánta violencia o cuánto odio se puede esconder bajo un gesto, quién tenía los desvanes vacíos y quién los tenía atiborrados de culpas, de rencor y remordimientos. Al fin y al cabo, su trabajo se reducía casi siempre a eso: a saber lo que otros ignoraban, a destapar los pozos negros donde iba a parar todo lo sobrante, todo lo que el cuerpo y el alma habían desechado, ultrajado, humillado, todo aquello que había acabado sucio y corrompido y amenazaba con rebosar, con salir a la superficie. Agua sucia atascada en el sifón de las cisternas, bolsas de basura que atiborraban los contenedores, deshechos de pensamientos turbios, inconfesables. Y entonces era el momento de abrir la vasija para que el fango acumulado pudiera desbordarse y dejar espacio al agua limpia, para que el olor fétido del rencor pudiera evaporarse y el Salia siguiera su curso indescriptible a través de las montañas y los bosques, y los niños jugaran en la plaza del pueblo del mismo modo que generaciones anteriores lo habían hecho.

Pero Ginés había aprendido que en todo ese proceso siempre había dolor y algo aún peor: que casi nunca el dolor estaba justamente repartido.

Dos golpes suaves en la puerta anunciaron la entrada de Pablo y sacaron a Ginés de su ensimismamiento:

—¿Puedo pasar? Traigo algunos de los informes que me encargó.

—Claro, claro, pasa, cabo. A ver qué hemos conseguido.

—No gran cosa, la verdad, señor, pero por lo menos podremos descartar algunos lugares donde «no mirar» en busca de un cadáver.

Posiblemente aquel joven era el único en todo el cuartel que le trataba con aquel grado de formalidad, y a Ginés le producía un efecto de extrañeza.

—Cuéntamelo todo y enciende la luz, por favor, que ya casi no se ve aquí dentro.

Pablo dio al interruptor que quedaba a su derecha y tres puntos de luz se encendieron al unísono en el despacho creando un ambiente sorprendentemente acogedor. Había sido el propio Ginés quien se había ocupado de ese efecto. No soportaba trabajar en un cuarto mal iluminado. Podía tener la mesa coja o una silla vieja para sentarse, pero una iluminación fría o escasa no le permitía concentrase y enseguida le producía un estado de desasosiego.

—Aquí está todo lo que he podido conseguir —continuó el joven—. En primer lugar, hoy no ha entrado en ningún depósito del país un cadáver que coincida con la descripción de la denunciante. Había una chica latinoamericana en Alicante que podría parecerse, pero se murió en la habitación del hospital rodeada de sus familiares horas antes de «nuestro incidente». También entró una joven china en Madrid…

—¿China?

—Sí, según mis notas y la descripción de la testigo, nada impide la posibilidad de que haya sido

una mujer de esa procedencia.

—No sé, no me la había imaginado en ningún momento como china.

Pablo sacó su pequeño cuaderno y recorrió varias páginas hasta encontrar lo que estaba buscando.

—Aquí está: una joven de ojos rasgados, pelo liso y complexión delgada.

—Si no recuerdo mal, también decía que era morena.

—Sí, tiene usted razón, pero hay muchas partes de la China donde la población es de piel cobriza.

Estaba visto que los conocimientos de aquel chico eran imprevisibles.

—Bueno, continúa.

—En realidad, también queda descartada. Murió atropellada por un coche a las tres de la madrugada en una zona de bares de Madrid. Por lo que me han dicho, el cuerpo quedó hecho un desastre y en el momento del accidente había más de veinte testigos por allí. Están buscando al conductor de un Ford Focus verde y creen que no tardarán mucho en localizarlo.

—¿No ha ido nadie a reclamarla al depósito?

—Al revés. A las cuatro de la madrugada ya se la habían llevado. Parece ser que vendía rosas por las noches y algunos vecinos la conocían de vista, pero nadie sabía con certeza cómo se llamaba. Como los familiares no han esperado a los permisos ni a la autopsia, los de seguridad del hospital están que se suben por las paredes. Parece que los dejaron a solas con el cadáver en el pasillo de la unidad forense y a los diez minutos habían desaparecido. ¡Se les va a caer el pelo!

—Vaya historia ¿Era morena?

—No demasiado blanca, según lo poco que puede distinguirse en la foto que me han enviado por e-mail.

—Entonces, ¿la descartamos o no?

—De momento, no. Alguien podría haberla traído después hasta aquí, pero no parece muy probable. Sería muy forzado hacer coincidir las horas. De cualquier manera, he dejado el encargo de que me avisen en cuanto encuentren a los familiares que se la han llevado.

—No creo que lo tengan tan fácil. La comunidad china no es precisamente transparente para la policía.

—No, pero al parecer la chica estaba relacionada con gente con negocios de comestibles en el barrio. No parece que vayan a tener muchos problemas en encontrar a los parientes.

—Y supongo que al cadáver.

—Sí, claro, ese es el objetivo, pero alguna multa les caerá a los familiares. No se puede andar por ahí con un cadáver a medio identificar y sin el certificado de defunción.

Desde la llegada de Pablo al cuartel, Ginés no dejaba de sorprenderse con las habilidades del cabo. Le dedicó una sonrisa complaciente.

—No sé cómo consigues que te cuenten todo eso. A mí no es la primera vez que me dejan colgado al teléfono esos que se hacen llamar compañeros. Todo el mundo está muy ocupado y «te llamará después».

El cabo había inclinado la cabeza como un escolar cogido en falta.

—Es que tengo muchos amigos por ahí…

Su jefe seguía divertido.

—Ya veo, cabo. Está bien, muy bien: ¿Qué más tenemos?

—He estado trabajando sobre las denuncias de personas desaparecidas en los últimos días pero, de momento, no tengo gran cosa. Coincide que hay varias, pero tres de ellas son varones, una niña de diez años en Ourense y dos ancianas desaparecidas de una residencia. También estoy pendiente de los hospitales. Cabe la posibilidad de que la chica no esté realmente muerta; supongamos que la testigo, la señora de ese pueblo, La Llosa…

—Xuana Salaber.

—Sí. Supongamos que la mujer se haya confundido, que el cadáver no sea realmente un cadáver…

—Todo es posible, Pablo… Pero, aun así, tendríamos que investigarlo. Además, dudo mucho que la testigo se haya confundido. He hablado un rato largo con ella y no parece el tipo de persona que se confunda en una cosa así.

Ginés se había levantado mientras hablaba y le dedicó una especie de sonrisa.

—De momento, vamos a dejarlo ahí, que empieza a ser un poco tarde y, como suele decirse, mañana será otro día. Si una cosa tienen todos los cadáveres en común, es que ya no hay que salir corriendo a salvarlos de ningún peligro.

Nada más decir aquello se sintió incómodo. Había sonado demasiado frívolo. Sin embargo, Pablo no pareció darse cuenta porque siguió con el mismo gesto.

—¿Le dejo aquí los informes?

—Sí, ahí mismo, gracias, Pablo. Una cosa más: ¿qué ha pasado con el lugar de los hechos? ¿Hemos encontrado algo?

—Yo mismo he estado un buen rato por allí con los de huellas de la capital y no hemos encontrado nada. Aquello es un auténtico lío. Las ruedas del tractor lo han tapado todo. Esta

noche o mañana nos enviarán los resultados del informe.

—Está bien, ya veremos… Mañana me acercaré yo mismo con Helena.

—¿Ya ha vuelto Helena? —Pablo no pudo ocultar su cara de asombro y Ginés dedujo que también de alegría.

—Esta misma tarde. Y me han dicho que ya está apuntada para hacer la guardia de noche en la entrada. ¡Es tremenda! Pero bueno, mañana hablamos. Gracias por todo, Pablo.

—De nada, señor. En realidad, es mi primera investigación importante.

—Pues disfrútala, ¡hombre!

El cabo salió de la habitación sin decir nada y Ginés se arrepintió inmediatamente de haber empleado con él aquel tono displicente. Lo último que quería era parecer uno de esos profesionales endurecidos por el trabajo que se muestran insensibles ante la desgracia ajena. ¿Qué le estaba pasando?

—¡Joder! —dijo en voz alta nada más salir el joven—. Y por segunda vez en ese día pensó que se estaba comportando como un auténtico imbécil.

Sin abrir los informes ni recoger nada, dio al interruptor de la luz y salió de su despacho. Era una hora tranquila en el cuartel. Solo estarían de servicio los guardias que empezaban el turno de noche, así que bajó por las escaleras los tres pisos que lo separaban de la calle y llegó a la entrada principal, que se abría en un amplio recibidor. Se quedó un momento en la puerta, pensando en quién más estaría esa noche de guardia y si merecería la pena hacerle algún encargo para que se entretuviera con el ordenador durante la noche. Sabía que la mayor parte de los turnos de noche se los pasaban escuchando música o jugando en el ordenador. Los servicios para las mujeres víctimas de violencia de género estaban centralizados en otro cuartel a cuarenta kilómetros de allí, así que, en realidad, salvo algún accidente de coche o alguna pelea, era rara la ocasión en que tuvieran que ocuparse de algo serio. Por eso Ginés comprendía que quisieran entretenerse para pasar el rato. Es cierto que, en sus tiempos, muchos aprovechaban para estudiar o escribir cartas pero, afortunadamente, las cosas habían cambiado. Ahora, algunos de sus subordinados tenían estudios superiores y casi todos habían reunido en su joven currículum una buena cantidad de cursos, seminarios y títulos de las actividades más variopintas. Y, por supuesto, dominaban las redes sociales y se movían por Facebook, por Twitter o por la última aplicación de rigor mucho mejor que por los pasillos del cuartel.

Cuando llegó a la planta principal, el recibidor estaba en silencio. En la pared derecha se alineaban ocho sillas verdes de diseño funcional atornilladas al suelo mediante una estructura de aluminio. A su izquierda, una amplia cabina con cristal de seguridad, donde se suponía que debería haber alguien de turno, estaba en ese momento vacía. Faltaban dos minutos para las ocho y Ginés se acercó al tablón de la pared donde estaban apuntadas las guardias. Efectivamente, en el medio de otros dos nombres que pasó por alto, estaba el de Helena Hoyos. Sonrió para sus adentros: estaba de suerte. Es más, conociendo a Helena, seguro que se alegraría de que le dieran trabajo. Si no había pensado antes en ella era porque quería respetar sus días de vacaciones pero, por lo visto, había adelantado su vuelta. Sintió un gran alivio al descubrir que podría contar con

Helena: Helena y Pablo ¡menos mal! Abrió la puerta lateral de la cabina y justo en ese momento entraba Helena desde la oficina interior. Ginés la saludó con auténtica alegría:

—¡Ya estás de vuelta! ¡Qué bien! ¿Cómo te ha ido todo? Creía que tenías unos días más.

—¡Hombre, con este recibimiento da gusto volver al trabajo! Aunque ya ves qué poca consideración, he vuelto esta tarde y ya me han puesto en el turno de noche porque no sé quién anda por ahí con una gastroenteritis de caballo.

Se saludaron con dos besos y algo parecido a un abrazo. Helena continuó con el mismo tono alegre.

—Por lo que me han dicho, estáis bastante entretenidos… ¡Me voy cuatro días y ya se ha liado una!

Ginés no podía dejar de sonreír. Después de un día como aquél, la sonrisa franca de Helena, sus palabras desenfadadas y su complicidad de muchos años, era lo que estaba necesitando. Pablo era profesional, inteligente, eficaz, pero más allá de todo eso, Helena era su compañera, su aliada, su amiga.

—No sabes lo que me alegro de que hayas vuelto, Helena. Esto es un lío que quizá nos quede grande.

—¡Anda, no exageres! Ya me han comentado por aquí algo… ¡Y no empieces a poner esa cara de amargura, que te conozco! ¿Vas a contarme lo que tienes?

En realidad, a Ginés le había cambiado el humor desde que había leído el nombre de Helena en la lista de turnos. Ahora sí que podría irse a dormir esa noche aun a sabiendas de que el cuerpo de una joven, posiblemente muerta, había aparecido esa mañana en un campo de maíz en La Llosa, y también que probablemente alguien peligroso, alguien que podría en esos momentos estar amenazando, torturando o matando a cualquier vecino del municipio, no estaba muy lejos. ¿O sí? ¿O todo aquello era una simple casualidad y aquel campo de maíz era intercambiable con cualquier otro campo del país o incluso del continente? ¿Es que nadie iba a reclamar aquel cuerpo sin vida? ¿Cómo sería la vida de alguien así, de alguien que no tenía a nadie?

Ginés se estremeció. Había empezado a contarle a su compañera los detalles del caso y los dos se habían apartado hacia un rincón del despacho interior donde había dos excéntricos sillones de falso cuero aparcados allí desde hacía años que nadie se había molestado en retirar. Helena había cogido color y estaba verdaderamente guapa:

—Estás morena. Y muy guapa —le dijo de pronto, en mitad de la conversación.

—¡Gracias, hombre! Pero no sé… Será por un día que salí con mi hermana a pasear por la playa, porque por lo demás…

Ginés conocía aquella cara de preocupación.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó con verdadero interés.

—Sí y no. Pero ya te lo cuento mañana. Ahora dime qué hago. Tengo por delante una larga y espero que fructífera noche de guardia.

—Sinceramente, no sé muy bien de qué hilo tirar. Me he pasado la tarde entera repasándolo todo y no he sacado nada que pueda aprovechar. Encima de mi mesa están los informes de Pablo. Échales un vistazo y mira a ver qué se te ocurre. Yo estoy demasiado cansado para pensar, sobre todo sabiendo que tú te vas a encargar de hacerlo.

—¿Has metido a Pablo?

—¿A quién si no? Tú no estabas y la verdad que en este caso prefiero lo nuevo por conocer que lo viejo conocido.

Esta vez Helena se rio abiertamente echando un poco la cabeza hacia atrás, como Ginés siempre se imaginó que se reían las personas que no tienen nada que ocultar.

—Veo que vas recuperando tu sentido del humor —le dijo a su jefe—. Anda, vete a «tu casita» que mañana hablamos.

—Está bien. Hasta mañana, Helena.

Los dos se levantaron.

—Hasta mañana, jefe.

Ginés se sentía ahora más ligero, como si la conversación con Helena le hubiese quitado de encima una mochila llena de piedras. Así era como se veía a sí mismo tantas veces: cargando y descargando piedras en una mochila que llevaba permanentemente a la espalda. Salió de nuevo al recibidor y de allí al pasillo por donde había entrado. Recorrió unos veinte metros y dobló la esquina a la derecha. Después empujó con fuerza la doble puerta de cristal que comunicaba el cuartel con el patio, lo atravesó en línea recta y, empujando una puerta gemela a la anterior, entró en la zona de viviendas. Quienes habían diseñado la casa cuartel habían intentado dar un aire distinto a las dos partes del edificio, pero lo habían conseguido solo a medias. Las paredes de las escaleras tenían aquí un tono salmón frente al blanco del otro lado y en las viviendas exteriores, las que daban a lo que podría considerarse la fachada lateral del edificio, habían diseñado grandes balcones que con el tiempo se habían llenado de plantas y de algunos añadidos particulares. Aunque para usar como terraza resultaba pequeña, Ginés, su mujer y su hija comían allí algunos días de verano, e incluso con dos o tres invitados más se arreglaban perfectamente en su mesa de Ikea. Era un edificio de los ochenta y ya no tenía aquel aspecto lúgubre de otros cuarteles más antiguos. Es más, visto de pasada y desde aquella fachada de los balcones, podría parecer un alegre edificio de viviendas. A no ser por la bandera, claro.

Ginés subió por la escalera hasta el tercer piso. Por una de aquellas casualidades de la vida, como en un siniestro juego de espejos, su casa coincidía exactamente con el espacio de su despacho al otro lado del patio. Cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue el llavero de Clara sobre la mesa de la entrada. Desde que, siendo una adolescente, le dieron las llaves de casa por primera vez, había usado aquel llavero redondo de piel que representaba en rojo y negro el ying y el yang. Con el tiempo, los colores se habían atenuado hasta formar un solo tono marrón oscuro,

pero el cuero había resistido y ahora tenía ese aspecto brillante y pulido por el uso. Era la segunda alegría de la noche. Su hija estaba en casa y no tardó en aparecer en el pasillo.

—¡Papá! ¡No te hemos oído llegar! —Clara abrazó a su padre con verdadero cariño. Ya habían pasado aquellos días en los que cualquier cosa era motivo de discusión entre ellos.

—¡Clara, hija! ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

—¡Qué va a pasar, papá! He venido para el fin de semana. El lunes hay huelga y después casi no tengo clases de las importantes, así que me he cogido el coche y me he venido. ¡Ya sabes que me encanta el otoño aquí!

—¡Si acabáis de empezar el curso! ¿Cómo que hay huelga?

A pesar del reproche, no podía evitar que la alegría le saliera por los poros.

—Ay, no seas rollo, papá, ¿no te alegra que haya venido?

—¡Pues claro que sí! Pero…

—Pero nada. —La voz de Alicia llegó desde la cocina. Yo también he vuelto hoy tarde y hemos pedido unas pizzas. Las estábamos cortando y pensábamos comer en la terraza.

—¿No estará un poco fresco?

—¡Pues nos abrigamos! No seas muermo y abre un vino, papá, que vamos a celebrarlo.

—¿Celebrar el qué?

Pero Clara y su madre ya habían regresado de nuevo a la cocina entre risas y cuchicheos y Ginés entró directamente al salón donde tenía su modesta bodega. Las puertas que daban a la terraza estaban abiertas de par en par y un aire cálido inundaba la sala. Ginés salió a la terraza con una botella de Rioja en las manos y, como casi siempre, no pudo dejar de sentirse atraído por el espectáculo de la noche. Aquel balcón daba exactamente al lado contrario que la ventana de su despacho, así que, entre los dos, casi podía contemplar una visión panorámica de los alrededores. Desde allí podía ver una buena parte de los tejados del pueblo. Quince mil habitantes apiñados en la confluencia del Salia y del Goña. Quince mil corazones latiendo con fuerza en el silencio de la noche, miles de deseos, de esperanzas, de temores, arropados en la oscuridad, protegidos en sus madrigueras de hormigón, piedra y arena. Y allí, al otro lado, diez kilómetros río arriba, Ginés pudo imaginar la oscuridad mucho más profunda de La Llosa y, entre las luces que adivinó en las ventanas, estaría la de Xuana, su rostro amable de esa misma mañana cuando habían compartido café y conversación como dos viejos amigos. Podía imaginarla acompañada de su vecina, las dos sentadas en la gran mesa con la cena delante. Seguro que Taresa no iba a dejar a su amiga sola aquella noche. Seguro que habían discutido por aquello y, al final, Taresa se habría salido con la suya. Ginés las veía hablando de los sucesos del día, registrando en sus memorias nuevos detalles, diseccionando cada minuto, atendiendo a un teléfono que, aún a aquellas horas, seguiría sonando para interesarse por Xuana. ¿Habrían llamado los medios? La Llosa no era precisamente un barrio de ciudad donde antes de que acabe un delito ya han

aparecido cuarenta cámaras, pero resultaba un poco desconcertante que ningún periodista hubiese llamado al cuartel durante toda la tarde. Quizá Pablo había atendido a las llamadas y no le había comentado nada. No tenía ganas de encender la televisión y romper la magia del momento. Decidió que mañana se ocuparía de ello, que mañana sería otro día.

—¿Papá?

—¿Sí? —Ginés se dio la vuelta y encontró a su hija sonriente con una pizza margarita en la mano—. ¿Vas a querer margarita o cuatro quesos?

—De las dos. ¿Hay postre?

—¡Si ni siquiera has abierto el vino!

Clara se acercó a su padre y acompañó su mirada por el paisaje que se desplegaba a lo lejos. Le pasó un brazo por la cintura y Ginés sintió un arrebato de emoción.

—¿Cuántas veces te habré encontrado en esta terraza mirando el paisaje de día y de noche? ¿Qué encuentras ahí, papá? Que yo recuerde, en lo esencial, el panorama no ha cambiado mucho desde que vivimos aquí.

—Ha cambiado mucho, hija, pero es lo que no ha cambiado lo que más me atrae. Me ayuda a pensar.

De nuevo la voz de Alicia irrumpió en la conversación entre padre e hija.

—¿Qué tanto charláis vosotros dos? ¡Venga a cenar, que estoy agotada y mañana madrugo! Tengo turno en el hospital. Si hubiera sabido que venías, Clara…

—No importa, mamá. Me quedo unos días.

Los tres se sentaron obedientemente alrededor de la mesa. Hacía fresco, pero aún se estaba bien afuera. Por lo menos mientras durara aquel viento sur. Allí reunidos parecían lo que realmente eran: una familia contenta de compartir una cena a base de pizzas en una de esas noches aún mágicas del otoño. En aquel momento, ninguno de los tres deseaba otra cosa que estar allí. Y eso se parecía mucho a la felicidad.

V

SÁBADO

Taresa subió las bolsas a la encimera de la cocina mientras Xuana encendía el gas para el café. Las dos eran muy cafeteras, a las dos les gustaba la conversación y las dos tenían una hija. Ahí se acababan sus semejanzas. En muchos kilómetros a la redonda sería difícil encontrar a dos personas tan diferentes como ellas. Pero se entendían. De eso no cabía la menor duda. Es más: se entendían muy bien. Xuana siempre le decía a su amiga que su punto en común era la literatura y Taresa se reía incrédula:

—¡Pero si yo no he leído más que cuatro noveluchas de joven!

—Eso no tiene que ver, Taresa, tú «vives» la literatura, eres una narradora fantástica.

Aunque Xuana era consciente del tópico absurdo que significaban sus palabras, se lo decía porque en parte lo pensaba y también porque había descubierto que a Taresa le encantaba que de algún modo la tuviera en cuenta en aquel mundo suyo de libros del que ella había permanecido toda su vida excluida. Ahora estaban las dos en la cocina de Xuana, como casi todos los fines de semana a esas horas. No acostumbraban a comer juntas pero, si no había otro plan, tomaban el aperitivo los sábados en casa de Xuana y los domingos en casa de Taresa y, cada una por separado o las dos juntas, solían bajar al mercado de Villa los domingos, Taresa en su vespino y Xuana en su reluciente Ford Fiesta rojo.

«No te pega nada, mamá», le había dicho su hija Lía cuando había visto el color del coche que su madre se acababa de comprar.

«Querrás decir que no le pega a una mujer de mi edad…»

«¡No seas suspicaz, mamá!»

«Entonces, según tú, ¿qué color “me pega”?»

«No sé… qué más da…vamos a dejarlo ahí».

Y ahí se había quedado. Desde que su hija Lía no vivía con ella y su estancia en casa era esporádica, las dos habían sellado un pacto tácito de «mutua no agresión». Xuana la adoraba, pero se parecían demasiado para no entrar en conflicto.

En ese momento de tranquilidad, sentada en su cocina con Taresa como si fuera un sábado cualquiera, echaba a su hija de menos con una intensidad que habitualmente no se permitía a sí misma. Habían comido los garbanzos que esa misma mañana había dejado haciéndose en la olla mientras iba al huerto y todo el lío de después. Las dos estaban convencidas de que iban a ser

incapaces de tragar una sola cucharada, pero finalmente, «tarde, mal y nunca», como bien se encargó de recalcar Taresa, comieron e incluso repitieron con un hambre feroz.

—¿Dónde tienes la cabeza, Xuana?

Taresa la estaba llamando desde «el otro lado» para que regresara.

—Estaba pensando en Lía…

Taresa asintió en silencio y le cogió la mano derecha entre sus dos manos ásperas, pequeñas, cálidas.

Nada más acabar de comer las dos mujeres decidieron hacer planes para el día siguiente. Era una sobremesa realmente tardía.

—Hay que organizarse —había sentenciado Taresa.

—Sí, pero no exageremos que no estamos en una guerra.

Xuana conocía bien el carácter fantasioso de su amiga y no quería darle demasiadas alas. Sin embargo, acordó con ella la estrategia del día siguiente. Definitivamente, solo Taresa se daría una vuelta por el mercado de Villa. Los domingos los comercios abrían hasta las tres de la tarde y a las dos les gustaba darse una vuelta por los puestos variopintos del mercado y comprar comida fresca para la semana. De vez en cuando, Taresa llevaba alguna cosa para vender de su huerto, unos kilos de fabes o alguna fruta de temporada.

—Es solo por el gusto de estar allí un rato —comentaba—. Cuando era pequeña bajaba con mi madre y entonces sí que vendíamos. Ahora llevo cuatro fabes y unos pocos tomates y me paso allí la mañana divinamente, hablo con la gente y me entero de lo que pasa. Además, si vendo algo, me compro un capricho. ¡Ay, dios mío, cómo han cambiado las cosas! ¡Si me oyera mi madre que en paz descanse…!

Como todo el mundo, Taresa usaba decenas de expresiones a las que ponía a Dios por testigo. Xuana sabía que su vecina no era de una religiosidad profunda, en realidad a aquellas alturas tampoco tenía muy claro si ni tan siquiera era creyente. Sin embargo, lo que sí sabía Xuana, era de su anticlericalismo radical. No dejaba pasar una oportunidad sin atacar a toda la jerarquía eclesiástica. «Que se pusieran a trabajar de verdad y ya verás como no les quedaba tiempo para andar metiéndose todo el día en la vida de la gente», soltaba en cuanto oía hablar de curas. Pero dentro de ese mundo espiritual tan particular, también tenía especial devoción por algunos santos milagreros y por una virgen entre todas: la Virgen de la Salud.

—Es que la salud es lo más importante que hay, Xuana.

Y en eso tenía que darle la razón. Ya hacía algunos años en los que a las dos les había llegado ese momento en la vida en el que la salud, en realidad, «la mala salud», y las enfermedades propias o ajenas, ocupaban buena parte de las conversaciones cotidianas.

Sin embargo, aquel fin de semana todas sus costumbres habían quedado trastocadas con el incidente en el maizal. Aquella mañana se habían saltado el aperitivo y al día siguiente, solo Taresa bajaría a Villa en autobús, que sería más seguro. Eso habían acordado. De momento, Taresa había hecho las compras para las dos en la única tienda del pueblo que vendía un poco de todo y que de paso ejercía como bar y restaurante los fines de semana. Allí conocía a todo el mundo y todo el mundo la conocía a ella. Para Xuana, su vecina era la suministradora oficial de la intrahistoria de La Llosa.

Ahora, haciendo un esfuerzo por normalizar sus vidas, las dos estaban en la cocina de Xuana compartiendo un tardío café y toda una extraña tarde por delante. Taresa retorcía entre las manos una servilleta de cuadros rojos y blancos mientras parloteaba menudencias sin orden ni concierto. Estaba claramente inquieta y era lógico, pero a estas alturas su amiga la conocía lo suficiente para adivinar que había algo más tras toda aquella cháchara incontrolable.

—Suéltalo ya, que se te nota demasiado, Taresita. ¿Qué se dice por el pueblo de «mi incidente»? ¿Me ponen de loca?

—¡Qué va, mujer! la gente más bien está asustada, y ya sabes que el miedo es muy mal consejero.

Xuana empezaba a impacientarse, sobre todo porque le daba mala espina que Taresa se demorase en empezar. Algo malo estaba ocultando.

—Mira, Taresa —le dijo con cariño, poniéndole una mano sobre el brazo—, yo no sé si estamos en peligro o no, aunque tiendo a pensar que todo ha sido una fatal casualidad. Sin embargo, cuantas más cosas podamos saber sobre todo esto, mejor será, así que no te preocupes tanto y empieza a soltar lo que te estás guardando, que podré soportarlo.

Esto último lo había dicho con ironía, pero Taresa no parecía haberse dado cuenta.

—Está bien, Xuana, como quieras, pero después no me digas que ando metida en habladurías.

—No me seas pesada y empieza. ¿Qué pasa? Acabo de meter la carne en el horno y tenemos por lo menos una hora hasta que esté hecha.

—¿Qué has puesto?

—Esta mañana había dejado descongelando unas costillas, así que las pondré con patatas y pimientos. Necesitaba estar ocupada después de la mañanita que llevamos. Te quedarás a cenar, ¿no?

Taresa hizo un gesto afirmativo.

—Quizá se acerque Paul el lunes o el martes. No sé… — soltó Xuana de pronto.

—¡Qué callado te lo tenías! ¿Te ha llamado?

—Sí, ha llamado y se ha quedado preocupado.

—Normal.

—Quizá no tenía que haberle contado nada… ¡Vive tan lejos!

—¡Qué dices! ¿Y que después se enterara por otro lado? ¡Anda que no es bueno Paul…!

—Tienes razón… no sé… tenemos la relación tan en el aire… —Se estaba poniendo melancólica y no quería caer ahora en eso. Apartó de un golpe aquellos sentimientos con un movimiento de la mano derecha por delante de la cara, como quien aparta una tela de araña, y volvió al presente para enfrentar los ojos ávidos de Taresa.

—Vamos a dejar a Paul, venga, y empieza con lo que estábamos, ¿De qué se trata?

Taresa puso una de esas caras que anunciaban una buena historia y Xuana apartó las tazas del café, cogió dos vasos del aparador y les echó una pequeña porción de licor de orujo, les añadió unas piedras de hielo que sacó del congelador y, por último, abrió una cajita de dulces de monja que solía traerle su hija y puso cuatro en un pequeño plato de porcelana antigua entre las dos. Ambas cosas las tenía prohibidísimas para su azúcar, pero aquel día era demasiado raro para privarse. Además, solo las probaría. Era tardísimo, pero ¿qué más les daba? ¿A quién tenían que dar cuentas ellas dos?

Su amiga había observado todo aquel pequeño ritual con agradecimiento. Una vez que las dos estuvieron sentadas de nuevo frente a frente, Taresa empezó a hablar:

—Aunque te parezca raro, se trata de Tino.

—¿De Tino, Tino? ¿De nuestro Tino?

—Del mismísimo.

Tomó un pequeño trago de su licor como para impregnarse de energías y continuó:

—Déjame empezar por el principio porque creo que nunca hemos hablado de esto…

Los días empezaban a ser más cortos y aquella mañana había amanecido con el cielo nublado, pero el viento del sur seguía caldeando el ambiente de forma poco natural para ese momento del año. El horno ya despedía un leve aroma a comida y, después de un día tan extraño y ajetreado, las dos mujeres volvían a sentirse por primera vez relajadas en aquel espacio doméstico. Xuana encendió un Winston. Taresa continuó:

—Ahí donde lo ves, Tino no vivió siempre aquí, en La Llosa, antes vivía en Avalle, una aldea de la montaña bastante remota, a dos horas de coche, subiendo el puerto de Pindio…

—¿Pero ese no es el pueblo donde tú naciste? —interrumpió Xuana con auténtico asombro.

—Sí, claro, pero ya te he dicho que voy a empezar por el principio.

—¡Eres tremenda, Tere! Si cuando yo digo que tienes madera de narradora…

—No sé qué madera tendré yo, pero lo que sí sé es que en aquel pueblo todos teníamos madera de desgraciados. También el pobre Tino, que se quedó solo y soltero por culpa de su hermano, que era un delincuente y un sinvergüenza. Yo soy algo más joven que ellos, pero mi hermano Manuel era de su tiempo y, de pequeño, cada vez que los veía venir por el camino de la fuente, echaba a correr y no paraba hasta que conseguía meterse en algún escondite seguro. Fíjate que era tal el pánico que les tenía que una vez, huyendo de ellos, se escondió en la pocilga de los cerdos y estuvo allí una hora entre la mierda, el infeliz. Cuando por fin salió era como una aparición y hasta los perros dejaron de acercarse a él durante días. El caso es que, en realidad, Tino no hacía nada, solo iba pegado a su hermano como una sombra y hacía lo que él le ordenaba, aunque su principal ocupación era cargar con buena parte de las culpas del hermano. Creo que a nadie se le hubiera ocurrido desobedecer a Ricardo en aquel tiempo.

Xuana había atendido al relato de su amiga tal como acostumbraba a hacerlo siempre: sin interrumpirla de manera innecesaria y aceptándolo todo con absoluta naturalidad.

—¿Ricardo era el hermano de Tino?

—No solo eso. Eran mellizos y se parecían una barbaridad. No como esos mellizos que salen cada uno de su padre y de su madre, no. Estos eran clavaditos. Por lo menos, de jóvenes. Lo único, porque Ricardo se había roto un pequeño trozo de un diente, de un paleto en una mala caída y por aquello, si te fijabas bien, los distinguías si iban solos. Si iban juntos era muy fácil, porque Tino siempre caminaba como mirando al suelo mientras que Ricardo parecía ir retando a todo aquel con el que se cruzaba, fuese humano o bestia. Eso duró años, supongo que lo que duró la infancia. Pero a medida que el tiempo pasaba y se iban haciendo mayores, Ricardo empezó a dejar a Tino de lado, lo insultaba y lo humillaba si Tino quería seguirlo como antes. Eso fue lo que salvó al hermano, fue el único favor que le hizo al pobre Tino en su vida, porque lo demás fueron todo amarguras y desgracias. Así es que cuando Tino dejó de acompañar a su hermano, empezó a tener su propia vida y fue haciendo todo lo posible para distinguirse de Ricardo.

—¿Y lo consiguió?

—En parte, sí. Ricardo se burlaba de su nuevo aspecto, lo ridiculizaba y todo el tiempo le llamaba eso…

Taresa bajó mínimamente los ojos.

—¿El qué? —preguntó Xuana con absoluta ingenuidad.

—¡Pues qué va a ser, mujer! Eso…homosexual…

—¡Ah, ya! Le llamaba maricón.

—Sí. Es que me da no sé qué pensar en Tino ahora y en todo aquello. Yo creo que hasta ensayaba nuevos gestos delante del espejo para distanciarse de su hermano. Se dejó el pelo largo con una coleta, que no le favorecía nada, la verdad… pero en aquellos tiempos tampoco se podía hacer mucho más, teníamos una muda de trabajo y una muda de fiesta. Y eso quien podía permitírselo…

—No me imagino a Tino ensayando nada delante de un espejo —volvió a interrumpir Xuana divertida.

—Es un decir, mujer, lo que quiero que comprendas es que en poco tiempo los dos hermanos se distanciaron tanto que probablemente Tino estudiaba con detalle los movimientos y los planes diarios de su hermano para intentar estar siempre en el punto más alejado de él. Y eso que no era fácil en un pueblo tan pequeño y viviendo como vivían en la misma casa. Ya no eran unos niños.

—Tendrían que coincidir por lo menos en las faenas del campo…

—Sí, claro, coincidían cuando no les quedaba otro remedio, pero si ibas a una romería o a un baile y por un casual encontrabas a Ricardo, ya sabías con certeza que Tino no iba a aparecer por allí. Así fue que mucha gente también empezó a hacer lo mismo que Tino, porque Ricardo era sinónimo de problemas y todo el mundo prefería no cruzarse con él. Se peleaba con tal violencia que más de una vez tuvieron que intervenir los guardias y alguna vez durmió en el cuartelillo. Pero no sé qué líos o qué apaños tendría su padre allí que siempre conseguía librarlo de males mayores. Y la cosa empeoró al cumplir los diecisiete años, que no sé yo qué ocurrencia fue aquella de regalarles una escopeta a los mellizos.

—Que yo sepa, en todas las casas había armas, sobre todo en el campo. En mi casa había por lo menos una pistola de la guerra, un fusil medio oxidado que alguien había abandonado allí y una escopeta de caza. Y eso que nadie cazaba. Estaban bien guardadas, pero ahora pienso que no lo estarían tanto cuando mi hermana y yo lo sabíamos.

—¡Y en mi casa! ¡Bueno era mi padre! Ese sí que cazaba…

Se veía que Taresa estaba disfrutando.

—El asunto es que Tino no debió llegar a tocar la escopeta porque nunca se lo vio con ella, sin embargo, a partir de ese momento, Ricardo no salía de casa sin su escopeta al hombro. Mi madre contaba que la madre de ellos, Delfina se llamaba la mujer, le gritaba desde la puerta del corral a su hijo que adónde iba con la escopeta a esas horas si había que llevar el ganado al monte. Pero parece ser que él siempre tenía una respuesta preparada: «Por eso mismo, madre, porque nunca se sabe lo que se puede encontrar uno en el monte» o cosas parecidas contestaba, ¡qué sé yo! Era un mal bicho. Yo creo que tenía la esperanza de encontrar a alguno del maquis y meterle un tiro entre los ojos…

—¡Qué bruta eres, mujer! —dijo Xuana sin poder evitar cierta risa—. ¡Si era un chaval! Y de los maquis, a esas alturas, no creo yo que quedara ni uno…

—Lo siento, Xuana, pero si quieres que te cuente la historia, es así, te digo yo que ese hombre tenía la sangre envenenada. Y eso que ya me estoy callando algunos detalles…

—Tú no te calles nada y sigue contando.

—Está bien —Taresa respiró hondo antes de retomar su relato—. Como te decía, resulta que todo el mundo procuraba esquivar a Ricardo. Los guardias estaban al tanto, pero decían que mientras no hiciera nada… ¡claro! ¡Como aquel cabrón era de su cuerda!

—¿Y entonces?

Lo que pasó es que la gente, por precaución o por lo que sea, también esquivaba a Tino y él, que no tenía precisamente el don de la palabra, acabó por no hablar.

—¿Cómo que por no hablar?

—Sí, enmudeció o algo así, como si le hubiera dado un aire. Supongo que se desacostumbró a fuerza de meterse en su mundo o que, total, para el caso que le hacían, no le compensaba demasiado. El asunto es que, a partir de un momento, nadie oyó una palabra más salir de la boca de Tino.

—¿Y Ricardo?

Taresa apuró el líquido grisáceo del vaso que Xuana le había rellenado hasta que los hielos blanquearon de nuevo.

—Ricardo seguía haciendo de las suyas. En aquel tiempo se parecía mucho a uno que salía hace unos años en un programa de la tele que tiene pinta de loco, ese que…

—Ya sabes que no veo la tele, Tere —la interrumpió su amiga con paciencia.

—Pues deberías verla un poco, que a veces parece que estés fuera del mundo, hija mía.

—¡Esos programas que ves tú sí que están fuera del mundo!

—Bueno, dejémoslo aquí, que no es el momento de discutir. Sigo. Yo tendría entonces quince o dieciséis años, así que ellos tendrían como veinte cuando pasó lo de Herminia.

—¿Qué Herminia?

—Herminia, murió hace muchos años, la pobre, primero le dio una aplopejía…

—Se dice apoplejía.

—Bueno, no seas pejiguera, le dio una parálisis y así estuvo hasta que se murió no sé cuántos años después, así que tuvo una vida la mujer que no se la deseo yo ni a mi peor enemigo…

—¿Y qué tiene que ver esa tal Herminia en todo esto?

—No seas impaciente, Xuana. Herminia era vecina del pueblo y vivía en una casa con corredor precioso junto a la capilla. En casa eran tres: ella, el marido que se llamaba Rafael y un hermano soltero del marido muy bruto y muy feo que no me acuerdo ahora cómo se llamaba, pero al que todo el mundo conocía por «el Enterrador», vete tú a saber por qué.

—¡Trabajaría en el cementerio!

—No, ¡qué iba a trabajar en el cementerio! Era por otra cosa, por la cara de muerto que tenía o por algo así, ya sabes que la gente, cuando se pone, puede ser muy mala.

—Ya.

Xuana casi no podía aguantar una carcajada que amenazaba con romper el clima de suspense creado por Taresa.

—Pues Herminia, que era una bella persona la pobre, estaba una mañana de junio sola en su casa porque los dos hombres habían salido muy temprano a segar la hierba, cuando oye que la llaman desde afuera y, claro, hizo lo normal, y sin pensarlo un minuto ni mirar quién podía ser, va y abre la puerta… y ¿adivina a quién se encuentra allí delante plantado?

—¿A Ricardo?

—¡Si ya digo yo que pareces bruja! Allí estaba plantado Ricardo con su carota de loco y la escopeta al hombro; y sin que nadie le invitase a entrar en la casa, va y le suelta a Herminia: «Venía a matarte, pero estoy pensando que lo voy a dejar para otro día».

—¡No puede ser…!

—¡Claro que fue así! ¡Todo el mundo creyó a Herminia! ¡Faltaría más! Es que tú no acabas de comprender que, a aquellas alturas, de Ricardo esperábamos cualquier salida…

Xuana daba pequeños saltitos en su silla, más divertida que escandalizada.

—¿Pero por qué quería matarla?

—¡Quién sabe! Se obsesionaba con alguien y ya podías salir corriendo si te pillaba por medio…

—Sigue, sigue… —la apremió Xuana.

—Pues todo fue como te lo cuento. Entonces, Herminia, que podía ser ignorante pero que de tonta no tenía ni un pelo, va y le dice: «Entonces, si no me vas a matar, ¿quieres un café? Está recién hecho». Y Ricardo va y deja la escopeta arrimada en la pared de la entrada y entra en la cocina a tomarse tranquilamente un café con Herminia.

—¡Surrealista!

Xuana se debatía entre el asombro y la risa. Aquella era, sin duda, una de las mejores historias de Taresa.

—¿Y qué pasó después?

—De lo que hablaron aquel rato en la cocina nadie lo supo nunca. Supongo que de las cosas normales, ya sabes, de los animales y las tierras, de alguna boda reciente, en fin, de todo eso. Lo bueno es que después del café, Ricardo recogió su escopeta y se marchó tranquilamente.

—¿Y?

—Ya está.

—¿Cómo que ya está? No me vengas con esas, que te conozco, Teresita. Tú nunca acabas una historia así. Tiene que haber algo más.

—¡Pero después no digas que soy una fantasiosa!

—Mujer, si a mí me encanta que lo seas.

Xuana se levantó a apagar el horno y volvió rápidamente a su sitio. Taresa esperó a que se sentara de nuevo.

—¿Ya está la carne?

—Creo que sí. Aunque quede poco hecha, mejor, así se hace un poco más al recalentarla esta noche…

—Esas teorías tuyas sobre la cocina, yo nunca las he visto.

Xuana se rio divertida por la incredulidad de su amiga y por aquella cara que ponía de desconfianza tan transparente.

—Vamos a dejar la cocina y sigue, que me tienes intrigadísima.

—Está bien. Tú me lo has pedido. —La mujer se revolvió en su silla como si tuviera que sujetar el estribo de un caballo desbocado—: Resulta que esa misma noche, en la romería de Rozas, Ricardo apareció con su escopeta de siempre, brabucón y borracho, amenazando a diestro y siniestro y contando barbaridades de todo el mundo. Tanto debió de provocar que algunos del pueblo que le tenían ganas de otras veces acabaron por envalentonarse y, como eran varios y también debían de estar bebidos, parece ser que no se dejaron intimidar por la escopeta ni por la mala fama de Ricardo y entre todos se montó una buena trifulca. Dicen que Ricardo acabó por amenazar con pegarles un tiro a cada uno y no se sabe ni cómo, en un momento dado, la escopeta se disparó y ¿dónde crees tú que fue a parar el cartucho?

—Esta vez estoy perdida.

—¡Pues a la pierna del Enterrador, que estaba tranquilamente tomándose una sidra en el chigre de la fiesta!

—¿Del Enterrador?

Xuana se llevó las manos a la cara en un gesto suyo característico, como si se estuviese lavando la cara con agua y jabón.

—Sí, Herminia no había contado nada de lo suyo hasta ese momento por precaución o por lo que sea y el cuñado, el Enterrador, no tenía ningún motivo aparente para andar metiéndose en líos con Ricardo, pero parece ser que ese día estaba de dios que alguien de su familia acabara con un tiro de la escopeta de Ricardo en el cuerpo.

—¡Vaya!

—Al Enterrador le salvó la pierna el médico de Villa, que era muy buena persona y de lo mejorcito que pasó por aquí y…

—¿Y Ricardo?

—Ricardo desapareció esa noche.

—¿Cómo que desapareció?

—Sí, como si se lo hubieran tragado los lobos. Los guardias lo buscaron varios días, se dio parte al cuartel central y a la capital, pero nada. Después ya sabes, con el tiempo y esto y lo otro se fue olvidando la historia.

—¿Y Tino?

—¡Mira que eres! ¡Parece que lo hueles!

—Es de leer tantas novelas.

—Pues Tino desapareció también esa noche. A él nadie lo buscaba, así que, si quería desaparecer, podía hacerlo. Yo creo que se asustó al saber la historia de su hermano. Quién sabe, había llevado tantas culpas del otro que no le correspondían que quizá le entró el pánico y no se le ocurrió mejor cosa que huir. Los dos desaparecieron la misma noche. Los buscaron en la montaña, en las pozas del río, en las cuevas de La Majada, en cada rincón y cada agujero donde podía caber un hombre, pero nada. La familia removió Roma con Santiago: nada.

—¿Y…?

—¿Cómo que «y»…?

—Pues que cuándo apareció Tino…

—Ay, claro, mujer, se me olvidaba que tú aún no estabas aquí: el mes que viene hará veinte años. Lo sé porque acababa yo de enviudar y de instalarme en La Llosa. Apareció un día como si nada. Compró la casa de una prima suya que vivía aquí, las tierras y el establo, lo arregló todo y ahí está. ¡Ese es nuestro mismísimo Tino!

—¿Pero qué contó de su vida?

—No mucho. Que había estado en Suiza trabajando y poco más. Se ve que en todos aquellos años fuera del pueblo no había recuperado la afición por hablar.

—¿Nadie le preguntó por Ricardo?

—Supongo que sí, pero…

—¿Pero qué?

—Bueno… es una tontería… pero hubo gente que decía que quizá Tino no era Tino, que quizá

era Ricardo, que quién podía saberlo después de tanto tiempo y con lo que se habían parecido siempre… Otros dijeron que Tino era Tino, eso seguro…

—¿Y?

Taresa bajó la voz como si alguien escondido entre los fogones pudiese oírlas. Xuana podía notar su incomodidad, pero se vio incapaz de decirle que se detuviera.

—Todo habladurías sin sentido, Xuana…, que se había aprovechado del incidente para vengarse y no sé qué más, la verdad no merece la pena ni acordarse.

—¿Quieres decir que había matado a su hermano?

—Algo así. ¡Qué iba a querer Tino vengarse si era un infeliz! ¡Todo habladurías, Xuana, que la gente puede ser muy mala!

—¡Vaya culebrón! —Xuana estaba ahora hipnotizada por la historia de su amiga—. ¡Pero eso es una majadería! Tendría que estar comprobado, tendrían sus huellas digitales o cualquier otra cosa que lo pudiera identificar. Nadie puede andar veinte años por el mundo sin documentación.

—No creo, los dos habían librado de la mili por sorteo y ¿para qué iban a tener en aquellos tiempos una huella digital registrada? ¿Para votar?

El tonillo irónico de Taresa deshizo por un momento la sensación de hipnosis.

—¡Vaya con «la Tere»! ¡Cómo va aprendiendo!

Xuana llevaba todos aquellos años en el pueblo de «evangelización» con Taresa, como a ella le gustaba decir. Su intención era reconvertir la furia y el rencor de Taresa por las injusticias del pasado en conciencia política.

Su amiga retomó la palabra.

—Hay otra cosa…

—¿Más? ¡No puede ser!

—Bueno, esta mañana, ya podrás imaginar que todo el mundo habla en el pueblo de lo mismo, ¿no?

—Sí, no me lo recuerdes…

—Pues como aquí la gente parece que olvida, pero nunca lo hace del todo, pues estaba yo en tienda de la plaza…

—¿Te refieres a la de Nori? —preguntó Xuana.

—Sí, claro, no hay otra.

—Perdona, Taresa pero es que esto es…

—Pues iba yo a comprar un poco de ese jamón tan bueno que te he traído…

—Gracias, Taresa, sí que parece buenísimo.

—Pues estaba allí cuando llega Alfredo a recoger un encargo.

—¿Alfredo de Treslorru? —dijo Xuana más como una afirmación que como una duda.

—Sí, ese Alfredo —subrayó Taresa con retintín—. Pues Nori, que ya sabes que no se calla nada, va y le dice: «¿Qué, Alfredo, tenemos el pueblo animado, eh? ¿Se sabe algo?» Y él, ni corto ni perezoso, le contesta: «Teniendo el zorro durmiendo en el corral, nunca se sabe cuándo te va a comer la gallina».

—¿Que quiere decir exactamente…? —Xuana levantó exageradamente las cejas y toda su cara se transformó en una gran interrogación.

—¡Está claro! ¡Se refería a Tino! Siempre han desconfiado de él, te lo digo yo que los conozco muy bien.

—¡Pero eso es completamente absurdo!

—No, Xuana, tú vienes aquí y llevas tu vida y nadie te molesta, pero eso no quiere decir que no hablen, te lo he dicho mil veces.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora?

—Tiene todo que ver, mujer. Aunque ya hace mucho tiempo que dejaron de especular en voz alta sobre Tino, y en todos estos años él no nos ha dado ni un pequeño motivo de queja sino todo lo contrario, el asunto sigue ahí, como un topo excavando debajo de la tierra.

—¿Qué asunto?

—¡El rencor, Xuana, el rencor!, que eres tan lista para algunas cosas y tan torpe para otras.

—Es que no puedo creer que alguien pueda sospechar de Tino a estas alturas. Incluso poniéndonos en el peor de los casos, incluso pensando que Tino no es Tino sino Ricardo, habrían pasado por lo menos cuarenta años desde lo de la escopeta y no tendría ningún sentido que saliera ahora con una muerte.

—También habían pasado cuarenta años desde la guerra y cuando murió el Gochu el rencor podía olerse por estos pueblos como una peste.

—En eso tienes razón, aunque es diferente. ¿Tú qué crees, Taresa?

—Yo creo que Tino es Tino. Siempre lo he creído. Por la mirada. Se parecían muchísimo, pero la mirada no se puede doblegar, te delata. No hay huellas dactilares ni carné de identidad ni pasaporte que la puedan ocultar. La mirada está ahí.

—Qué sabia eres, Taresina.

VI

SÁBADO

Frida llevaba dilatando más de seis horas. Tras discutir un buen rato, Rosa y las niñas se habían ido a pasar la noche a casa de una amiga gracias a la insistencia de Paulino, así que después de dormir gran parte de la tarde y de pasarse a primera hora por el cuartel a confirmar su declaración, Paulino había estado vigilando al animal con constancia durante todo aquel caótico sábado. Sentía que mientras se mantuviera pendiente del estado de Frida, él mismo se mantendría a salvo del abismo. Era una tontería, pero era lo único que tenía en ese momento, así que se aferró a esa idea con todas sus fuerzas. Era uno de esos padres tardíos con edad casi de abuelo y nunca había comprendido del todo cómo Rosa, dieciocho años más joven que él, había accedido a formar una familia y a asumir de manera tácita tantos agujeros negros en su biografía.

Cuando dieron las once y media de la noche, comprobó por primera vez algunos cambios significativos en el estado de la vaca. El flanco derecho de su vientre había adquirido una sospechosa forma de pera y las ubres parecían a punto de reventar por la presión interna. El animal se había puesto en pie y mostraba síntomas de inquietud.

Paulino salía y entraba a intervalos regulares, limpiaba, recogía, se volvía un rato a casa y dormitaba en el sofá frente al televisor.

En otras circunstancias, habría despertado a Rosa y a las niñas para que toda la familia participara del acontecimiento, pero después del día que llevaba, estaba agradecido de poder encontrarse a solas. Se había pasado parte de la mañana escuchando la perorata de Rosa sobre esos hombres que van a los «burdeles» y se aprovechan de la situación de unas pobres chicas medio esclavizadas, de lo inmoral y espantoso que era todo aquello y de cómo se le ocurría a él, a Paulino, andar a esas horas de la mañana por ahí con el tractor ni qué se le había perdido a él en el maizal de Maria cuando todo el pueblo estaba donde lo de Xuana y hasta ella, que nunca se entera de nada, se había enterado.

Paulino no tenía ni idea de por qué su mujer se había lanzado a especular sobre la procedencia de la chica del maizal en aquella dirección precisa, pero estaba claro que después de hablar durante horas con los vecinos había llegado a dos conclusiones sorprendentemente veraces. A última hora de la mañana había concluido que la chica estaba relacionada con las drogas y la prostitución o algo peor, «que ni siquiera podemos imaginar», le había dicho a Paulino. La segunda conclusión, para su propia tranquilidad, era que a todas luces aquella chica no era del pueblo ni de los alrededores, y quizá ni tan siquiera del país. Paulino había escuchado todos sus comentarios como un topo ciego y sordo agazapado en una madriguera de cristal, y en la misma postura había aguantado el chorreo que salía por la boca de su mujer con la sensación de que, si hacía el menor movimiento, su piel se volvería transparente y todo lo que era, todo lo que había hecho días atrás y esa misma mañana, aparecería grabado en algún lugar de su cuerpo. Aguantó y se calló.

«Con el parto de Frida, la noche va a ser muy larga», le dijo a su mujer cuando las dejó a ella y a las niñas en el autobús de Villa.

«No lo entiendo, deberíamos quedarnos».

«Es por las niñas, Rosa, me quedo más tranquilo si estáis fuera».

«Está bien. Pero llamas inmediatamente si surge cualquier cosa», le había dicho por último la mujer con cierta angustia desde los mismos escalones del autobús.

Una culebra perezosa se había arrastrado a lo largo de las horas para acabar escondiéndose en su guarida nocturna. Así sentía Paulino aquel día aciago tumbado, casi inmóvil, en el sofá del salón. Comprobó obsesivamente su reloj: eran las cuatro y media de la madrugada. A las once había llamado por última vez a Rosa y comprobado que todo iba bien con las niñas. Las tres estaban pasándoselo estupendamente en casa de su amiga y «no pensaban volver hasta el lunes», comentó Rosa divertida. Cuando colgó el teléfono se dio cuenta de que no había comido casi nada en todo el día y se preparó un bocadillo de jamón. Ahora habían pasado las horas y, según sus cálculos, no tardaría mucho en comenzar el parto, así que había llegado el momento de molestar a Tino. Aunque el vecino ya estaba avisado desde la tarde anterior, no había querido despertarlo antes de tiempo. Marcó en su móvil el número de Tino y este ni siquiera esperó al tercer pitido para contestar.

—Ya estaba levantado —le dijo Tino—. ¿Cuánto lleva?

—Calculo que algo más de seis horas, pero no estoy muy seguro, no sé si todo va normal.

—Está bien, tomo un café y voy. No tardo ni veinte minutos.

—Vale, aquí te espero.

Tino había asistido a todos los partos de las pocas vacas que aún quedaban en el pueblo y, salvando a la veterinaria, Paulino no podía estar mejor acompañado si las cosas no iban del todo bien. Mientras esperaba, cogió el rastrillo y comenzó a despejar el habitáculo reservado para Frida. Con suavidad, apartó al animal a un lado para hacerse sitio.

—Venga, Frida guapa, que vas a quedar más a gusto cuando te limpie todo esto.

Cuando acabó, sacó de la pared del fondo la pala carretera, cargó con ella aquella mezcla de hierba seca, orines y excrementos y lo echó con un solo movimiento en la carretilla; volvió a hacer lo mismo varias veces hasta que los cinco metros cuadrados que ocupaba Frida quedaron por completo despejados. Sin detenerse un momento, la vació, llevó la carretilla hacia la puerta de entrada y la dejó allí, volcada en vertical contra la pared para que no estorbara. Al minuto siguiente arrimó la escalera de madera al boqueru, un agujero abierto en la madera del techo para tirar la paja desde arriba directamente a los comederos, y subió por ella con agilidad. Allí arriba, en el pajar, estaba acumulada la hierba que había segado y recolectado el junio pasado. Le gustaba hacer la siega, a pesar de que una sola vaca y tres cabras no requerían ni una cuarta

parte de lo que Paulino acumulaba. Pero de todas las faenas del campo, la siega y la recogida colectiva de la hierba era la que más disfrutaba y no estaba dispuesto a prescindir de esa especie de fiesta compartida.

Aquellas últimas 24 horas habían sido tan confusas que Paulino decidió centrarse por completo en el parto de Frida y despejar su cabeza de cualquier otra preocupación. Con la horca echó varios montones de hierba por el agujero, después bajó de nuevo por la escalera y, a grandes brazadas, llevó la hierba hasta el lugar asignado a Frida, y la esparció por el suelo con cuidado.

—Ahora estarás más cómoda y tendrás un lugar limpio donde recibir a tu cría —siguió hablándole a la vaca con ternura.

En ese momento entró Tino y, sin tan siquiera saludar, se dirigió directamente a la vaca y le paso la mano lentamente por el lomo en una especie de caricia exploratoria. Después, al igual que había hecho Paulino, levantó la cola del animal y la retorció con cuidado para comprobar el ángulo que formaba.

—¿Cómo la ves, Tino? Yo creo que está de parto.

—No sé… parece que sí, pero habrá que palpar por dentro a ver si viene bien, no me fío. Necesitamos agua templada, jabón y los guantes. También algo para limpiar, una esponja o cualquier cosa que empape.

—Lo tengo todo preparado ¿quieres que lo haga yo?

—No importa, ya lo hago yo —le respondió Tino con la misma parquedad de siempre.

Paulino sabía que con Tino no valían discusiones, así que respiró con alivio y lo dejó hacer. Siguiendo las instrucciones de su vecino, empezó a limpiar con agua y jabón la zona alrededor de la vulva y aquellos grandes labios de los que había empezado a colgar un líquido sanguinolento y mucoso. Su vecino se enfundó un guante de silicona hasta el codo e introdujo, con delicadeza, primero la mano y luego el antebrazo hacia el interior de la vagina. Su cara estaba tensa y un ligero sudor hacía que le brillara el cuello y la zona superior de los labios.

—Viene de culo. Hay que colocarlo —dijo como si hablara para sí mismo—. Llama a Salva.

Paulino parecía paralizado. No podía ser que aquello también saliera mal. Frida era una vaca, sí, pero era «su vaca», él la había criado y había creado con ella un vínculo de afecto y de responsabilidad. Sacó el teléfono y esperó un buen rato hasta que al otro lado contestó Salva. Después colgó y se dirigió a su compañero.

—Ya viene hacia aquí, pero dice que si lo ves mal, empieces tú.

Tino había sacado el brazo lentamente del interior del animal, se quitó el guante, se lavó las manos con agua y jabón y volvió a ponerse un guante nuevo.

—Está bien, vamos allá —dijo sin levantar la mirada.

En aquella luz blanquecina de los fluorescentes, los dos hombres se entendían en silencio, con gestos breves y concisos. Solo los gemidos intermitentes de Frida rompían el cristal de la noche. Tino introdujo de nuevo su mano derecha por la vagina y en su cabeza tuvo que visualizar cada parte que palpaba con los dedos. Constató que los colchones de las pezuñas estaban hacia arriba. Sí, ahora estaba seguro: las patas que estaba tocando eran las anteriores. Convencido ya de la posición del ternero en el útero de su madre, le hizo una seña a su vecino, afirmó los dos pies sobre el suelo para no perder el equilibrio, se apoyó ligeramente en el hombro de Paulino y empujó a la cría hacia atrás, hacia las profundidades de la vagina. La idea era que la naturaleza hiciera el resto y el ternero pudiera darse la vuelta en el interior de la bolsa para después salir con las patas delanteras por delante.

—Ya está —murmuró al sacar el brazo, casi enmudecido por el esfuerzo—. Ahora será mejor esperar a Salva.

Se lavó de nuevo a fondo, restregándose con jabón hasta los codos en la pileta del agua. Aquel grifo enganchado directamente a la tubería parecía suspendido en el aire como por arte de magia. Cuando acabó, el brazo derecho aún le temblaba por la tensión. Paulino acercó una banqueta y le ofreció asiento. Sacó un cigarrillo, que Tino aceptó. Los dos sabían que fumar en el establo, con toda aquella hierba seca sobre sus cabezas, no era lo más recomendable, pero aquella era una situación excepcional. De nuevo se hizo el silencio. Tino era una de esas personas que no hablaba si no tenía algo que decir.

—¿Qué opinas de todo el lío? —se arriesgó a preguntar Paulino cuando ya llevaban unos minutos fumando en silencio.

—¿De qué lío me hablas?

—Ya sabes, de la muerta que encontró Xuana.

—Que yo sepa, no hay ninguna muerta.

—Ya, pero Xuana la ha visto, de eso no se puede dudar.

—¿Y por qué no se puede dudar?

—¡Joder!, porque es Xuana. ¿No creerás que se haya inventado algo así?

—No sé. Tú eres el que la conoce bien.

Tino tiró el pitillo al suelo y lo pisó repetidamente con sus botas de goma hasta asegurarse de que se quedaba apagado, se levantó como si algo urgente hubiese reclamado su atención y desde su metro ochenta fijó la vista en Paulino, que en ese momento sintió como si su cuerpo hubiera disminuido varios centímetros bajo la mirada escrutadora de aquel hombre por lo común tan reservado.

—¿Por qué te metiste con la segadora en el maizal esta mañana? —le espetó Tino de pronto.

—¿Qué quieres decir? Yo había quedado con Maria en que pasaría con el tractor.

—¿Precisamente esta mañana?

—¿Y qué podía saber yo de lo que estaba pasando? Además, no sé por qué me tengo que justificar contigo —añadió ofendido—. ¿A qué viene esto?

—Yo no digo nada. Tú sabrás lo que te traes con Xuana.

—¡No me jodas, Tino! ¡Mira con qué me sales ahora!

Paulino había ido subiendo el tono de voz y ahora casi gritaba. Sacó el último Fortuna y arrugó la cajetilla entre los dedos de su mano derecha, pero dudó qué hacer con ella, así que finalmente la volvió a meter en el bolsillo. Esta vez no le ofreció a Tino, que seguía sentado en el mismo lugar, inmóvil.

—Te he visto —dijo Tino sin mediar ninguna explicación.

—¿Cómo que me has visto? ¿Qué has visto? ¿Qué coño dices?

—Te he visto esta mañana junto al maizal. Te he visto bajarte del tractor y mirar dentro antes de entrar con la segadora. Has entrado justo hasta el lugar donde Xuana dice que encontró a la mujer.

Para un hombre acostumbrado a comunicarse casi con monosílabos, aquel era un parlamento extraordinario y Paulino comprendió que su amigo estaba enfadado, que su sentido de la lealtad había sido herido. Justo en ese momento, la voz burlona de Salva les interrumpió desde el cuarterón abierto de la puerta:

—¡Así que vengo con la lengua afuera, a medio vestir en mitad de la noche, jugándome el tipo por esos caminos de dios y os encuentro aquí a los dos charlando tranquilamente de vuestras cosas!

—Pasa, Salva. Ya hemos hecho todo lo que podíamos. Tino ha intentado darle la vuelta.

La veterinaria les echó una mirada de reproche mientras se acercaba a Frida con resolución. Posó el maletín sobre la paja del suelo y le levantó la cola a la vaca.

—¡Vaya par! Anda, dame uno de esos guantes que tienes ahí.

Todos sus movimientos eran tan seguros y rápidos que los dos hombres se echaron hacia atrás para no molestar. La mujer dio unos golpes tranquilizadores en el lomo de Frida y empezó su reconocimiento.

—A ver cómo vas, Frida.

Sin sacar el brazo del todo, torció la cabeza para dirigirse a los dos hombres:

—Ya está aquí —les dijo—. Buscad una cuerda y quitad esas caras de susto o de lo que sea que

se os ha puesto a los dos.

—¿Entonces viene bien? —preguntó Tino.

—Sí, viene bien —le sonrió Salva—. Has hecho un buen trabajo, Tino. Como siempre.

Tino esbozó un amago de sonrisa y ya estaba arremangado cuando Paulino entró con la cuerda. Después de tantas horas esperando, todo estaba sucediendo finalmente muy deprisa. Cualquiera habría pensado que Frida había decidido parir solo en presencia de Salva. En dos minutos, las dos patas delanteras del ternero empezaron a asomar entre los pliegues, ahora inmensos, de la vulva. Detrás apareció el pequeño morro rompiendo la bolsa.

—Vamos a atar las patas —ordenó Salva—. Tenemos que procurar que respire cuanto antes.

Tino cogió la cuerda de manos de Paulino e hizo un nudo marinero alrededor de las dos pezuñas.

—No seáis brutos y no tiréis muy fuerte. Hay que darle su tiempo, pero tampoco podemos dejar que se atasque ¿entendido? ¡Tirad un poco ahora!

Ninguno de los dos contestó. Todo su esfuerzo estaba concentrado en la cuerda y en aquella nueva vida que emergía de las profundidades de la vagina para adentrarse en un mundo aún desconocido y hostil. Al cabo de cinco minutos, el ternero, con parte de la bolsa adherida a la piel, había salido por completo y esperaba en el suelo a que su madre lo limpiara con su gran lengua de vaca. Detrás, tres figuras sucias y sudorientas, contemplaban el espectáculo de la vida con la misma fascinación que si fuera la primera vez. Había empezado a amanecer y una luz ligeramente amarillenta se filtraba por la puerta entreabierta del corral. Tino fue el primero en hablar.

—Yo me voy. Aquí ya no hago nada.

Paulino lo miró con una sonrisa implorante, como si le estuviera pidiendo a su amigo una tregua, pero Tino simplemente se dio la vuelta y murmuró una especie de «adiós».

—No es muy comunicativo, ¿eh? —dijo Salva sin apartar aún la mirada de la escena que se desarrollaba delante de sus ojos.

—Es buena gente. De lo mejor —contestó Paulino con los ojos cansados.

—Ya lo sé, pero dejémonos de charla y vamos a acabar la faena. Tú limpia un poco todo este lío que yo voy a poner a la criatura en su teta. Ya habrás visto que es macho, ¿no?

—Hubiera preferido una hembra, pero qué le vamos a hacer…

Salva esbozó un gesto de resignación levantando ligeramente los hombros.

—En fin… después tendrás que estar pendiente de que eche la placenta. ¿Cómo le vais a poner?

—No lo sé, las niñas se encargarán de eso. Cuando sepan que no las he dejado quedarse para ver el parto me van a matar, pero tenía miedo de que las cosas se complicaran y se toparan con un

panorama desolador. Mañana volverán y se encontrarán con la sorpresa. Tal como están las cosas por el pueblo, les vendrá bien tener algo en qué entretenerse.

—¿Están fuera?

—Sí. Con su madre. Me pareció más seguro que se pasaran el resto del fin de semana en casa de una amiga de Rosa, en Villa.

Durante unos segundos, Salva tuvo la impresión de que su amigo quería a contarle algo, pero enseguida retomó el hilo de los acontecimientos.

—Ya son casi las siete ¿quieres un café?

—Está bien. Acabamos esto y te acepto ese café.

Los dos trabajaron durante un rato. Paulino no había vuelto a pensar en las palabras de Tino, pero en ese momento todo volvió a su cabeza. ¿Dónde, cómo que lo había visto? ¿Qué hacía Tino en esa parte del pueblo el sábado por la mañana? Además, podría haberle preguntado directamente en vez de insinuar oscuras sospechas. Y, sobre todo: ¿Por qué se había puesto él a defenderse como un gilipollas?

Pero estaba demasiado cansado para pensar en nada con un mínimo de claridad. Si cerraba los ojos un instante estaba seguro de que podría quedarse dormido de pie allí mismo.

—Me adelanto a casa y voy preparando el desayuno — dijo, dirigiéndose a Salva.

—Espera, voy contigo, que esto ya está.

Ambos contemplaron la imagen pastoril del pequeño ternero chupando con dificultad la teta de su madre mientras Frida volvía la cabeza hacia ellos como en un gesto antiguo de agradecimiento.

—Después dicen que las vacas no son expresivas. Si parece que quisiera darnos las gracias, ¿no crees?

—No te fíes. El noventa y nueve por ciento de los gestos que ese animal va a hacer durante el resto de su vida están predeterminados en sus genes. No parece que el libre albedrío tenga mucho que hacer con los vacunos.

—¡Ya me salió la científica! ¿No les coges cariño a los animales o qué?

—Más bien les tengo respeto. Si les cogiera cariño, no podría soportarlo. La mayor parte de las bestias a las que asisto van a ser sacrificadas más tarde o más temprano. Y eso en el mejor de los casos.

—Pero no Frida.

—No estamos hablando de eso.

—Tienes razón. Siéntate, anda, que estarás rendida.

Los dos habían entrado en la cocina de Paulino. Era la parte de la casa más frecuentada por toda la familia, y en otras circunstancias no hubiera tardado en llenarse de movimiento. Pero aquella mañana estaba vacía y en silencio. La gran mesa de roble que ocupaba todo el centro era herencia de los padres de Rosa, pero una buena parte de los muebles restantes los había hecho Paulino con sus propias herramientas cuando rehabilitaron la casa. Cuando él aún tenía todas las energías intactas. Había puesto en aquellos muebles lo mejor de sí mismo y aún con el paso de los años conservaban buena parte de su esplendor inicial, incluso habían ganado con el uso.

—Me encanta esta cocina —dijo Salva. Su figura menuda y sola sentada en aquella gran mesa parecía ahora perdida.

—A mí también. Voy a hacer tostadas ¿te parece bien? Saca la mantequilla y la mermelada de la nevera, por favor. Aquí tienes miel, si quieres.

—Odio la miel, gracias.

—¡Vaya! ¡Alguien más en el mundo que odia la miel! Cuando llegué a este pueblo me miraban fatal si decía algo parecido.

—¿Cuántos años llevas aquí, Paulino?

—Viviendo en esta casa, quince, pero en el pueblo, algunos más.

—¡Toda una vida! —dijo Salva mientras empezaba a untar con mantequilla una de las tostadas que Paulino iba dejando en un plato encima de la mesa.

Parecía haberse recuperado con la presencia de la comida.

—La verdad es que tengo hambre.

—Pues el café ya está. ¿Leche? Tienes azúcar en ese armario. Yo no uso.

Llenaron dos tazones de café con leche y Paulino se sentó enfrente de Salva. Ella soplaba la superficie visible del café en los breves momentos en los que dejaba de masticar. Del mismo modo que había ocurrido una hora antes en la cuadra, todos sus movimientos tenían una coordinación perfecta. Untaba tostadas, comía y soplaba el café con una eficacia a prueba de distracciones. Cuando se hubo comido cuatro tostadas y repetido de café, levantó la vista hacia Paulino:

—¿Tú qué piensas que ha ocurrido?

Era la segunda vez durante aquella madrugada que iba a tener esa conversación, pero ahora el interrogado era él.

—¿Te refieres a la mujer muerta?

—¡Pues claro! ¡Si nadie habla de otra cosa! Tú conoces bien a Xuana ¿Crees que se le ha ido la

olla, como dice mi hijo mayor?

—No creo, la verdad. Por lo que yo sé, Xuana está mejor que tú y que yo juntos.

—Chico, no sé… primero encuentra a una mujer muerta, luego se desmaya y resulta que cuando se recupera no hay mujer ni hay nada. Y por lo que yo tengo entendido, gracias a tu «desinteresada colaboración», tampoco hay maizal.

—¡Joder! ¡En qué momento se me ocurrió a mí limpiar el puñetero maizal! ¡Yo qué sabía! ¡Estoy hasta arriba de esta historia, por no decir otra cosa!

Paulino se puso a recoger los restos del desayuno con una energía tan desproporcionada que más bien parecía una tapadera para su furia.

Salva se acercó a él y le puso una mano sobre el brazo derecho en el momento en que él abría con una fuerza innecesaria la nevera.

—Lo siento, ya sé que Xuana es muy amiga tuya y que tú no has hecho nada intencionadamente, pero procura tomártelo con un poco de distancia. Y ya recogerás después, que tengo que volver a casa y antes nos vamos a fumar un canuto de hierba.

—¿Un canuto? ¡No me habías dicho que fumaras!

—Tú tampoco, pero no parece que le vayas a hacer ascos.

—Bueno, sí, me gusta fumar de vez en cuando.

—Y a mí. Sobre todo antes de acostarme de amanecida un domingo, después de asistir al parto difícil de una vaca que tiene nombre de pintora mexicana y tras haber desayunado como una loba hambrienta en un tiempo récord mientras comentamos la última aparición de un presunto cadáver en el maizal de ahí al lado.

Salva había soltado toda aquella parrafada sin apenas respirar, así que a pesar de la tensión acumulada o precisamente por ella, Paulino no pudo dejar de echar una carcajada.

—¡Eres la hostia, Salva!

—Ya lo sé.

VII

VIERNES. SÁBADO

Juancho descubrió el móvil de Vania al lado del cajetín donde se guardaban las llaves de todo el club. Era una parte de la barra no accesible a los clientes y solo a última hora, cuando fue a entregar a una de las chicas la llave de una habitación, se encontró con el móvil en el suelo. Sabía que era el de Vania por la funda de la selección española de fútbol. Se lo había visto cientos de veces pegado a la oreja como un apéndice, así que de inmediato supuso que su compañero no se había desprendido de él voluntariamente. Algo había pasado. Con el asunto de la chica, toda la noche había sido un auténtico caos, así que recogió el teléfono y subió a la oficina del gerente sin pensárselo dos veces. Cuando llamó con los nudillos a la puerta y entró, se dio cuenta de que los dos hombres del despacho estaban esperando a otra persona, así que entregó el móvil al gerente, le explicó cómo y dónde lo había encontrado y salió de allí lo más rápidamente que pudo. El aire de la oficina era tan denso que podría haberlo rebanado con una hoja de papel. Sin duda, los planes, fueran los que fueran, no estaban saliendo bien, y aquel gilipollas de Vania tenía algo que ver.

—Aquí está la explicación a tanto misterio —dijo el gerente, ofreciéndole el teléfono a Novo—. Ese imbécil ha perdido su teléfono y vete tú a saber en qué lío se habrá metido para que a estas horas aún no sepamos nada.

En un gesto mecánico, Novo apagó su cigarrillo en el suelo y el gerente no pudo reprimir un ademán de disgusto. Hacía horas que Vania se había ido con el cuerpo de la chica y a esas alturas a Novo solo le quedaban energías para pensar en el placer que le supondría ahogarlo con sus propias manos. Habían mandado a otro chico al restaurante chino en busca de Vania cuando les pareció que se hacía tarde y este había vuelto con la peor de las noticias: ni rastro. Vania y «su paquete» habían desaparecido como dos sombras en la oscuridad de la noche. Los nervios en el Afrodita se habían disparado y, justo en el momento en el que Juancho llamó a la puerta, estaban discutiendo la posibilidad de acudir al Portugués. Novo suponía con toda lógica que el Portugués estaría durmiendo a aquellas horas de la madrugada y no quería imaginar su reacción al enterarse de lo que estaba pasando. Sin embargo, el gerente prefería llamar al jefe. Ellos habían agotado las posibilidades y estaban paralizados. Habían hecho algunas llamadas a contactos, pero nadie sabía nada de Vania, y en el restaurante chino, como ya habían comprobado varias veces, no había nadie a aquellas horas de la madrugada.

El Portugués había comprado el restaurante chino hacía tan solo un año por un precio de risa. Desde entonces, lo mantenía abierto desde la una de la tarde hasta las once de la noche. El edificio estaba en la parte norte de un gran polígono de recreo que se había quedado a medio construir. En realidad, era uno de tantos macrocentros comerciales para una barriada de clase

media que la crisis económica había convertido en un territorio fantasma. El propio restaurante representaba a la perfección aquel despropósito del boom del ladrillo. Se trataba de una gran nave rectangular construida con inmensos cristales oscuros y un tejado que combinaba falsas tejas brillantes en rojo y negro, con ese típico acabado en picos que identificamos como un templo oriental. Una vulgar extravagancia arquitectónica más a la que rodeaban otros muchos edificios, en su mayor parte cerrados o ni tan siquiera acabados. A su derecha estaba la Pizzería Paolo, que había echado el cierre a los pocos meses de abrir y ya parecía un viejo barracón de feria abandonado; a su izquierda, un proyecto de ludoteca sin acabar con los pilares de hormigón del primer piso al aire.

La parte delantera de aquella mole negra que era el restaurante miraba hacia una gran explanada árida con el trazado en gravilla de algunas calles ya medio tomadas por la maleza. En la parte trasera destacaban los primeros cimientos de algo que aún no se podía adivinar. Aquella mezcla producía un aspecto desolador y siniestro. Era como contemplar la decadencia de un futuro aún por ocurrir. Solo los multicines y un burger, que ocupaban la parte central de todo el polígono, habían sobrevivido al desastre económico. Por lo que parecía, algunos otros restaurantes y negocios habían llegado a funcionar en otras zonas, pero después de un tiempo, solo La Gran Muralla Feliz seguía abriendo en aquel lado, día tras día, sus puertas al público. Los falsos farolillos rojos que alumbraban día y noche el porche exterior añadían un elemento inquietante más en aquel paisaje desolador. Con sus manteles blancos y su vajilla de imitación oriental, las cincuenta mesas del comedor, perfectamente preparadas para un batallón de clientes, permanecían vacías y expectantes, como un vestido de novia abandonado antes de la ceremonia. Cuando de mucho en mucho, alguna pareja que huía de la vulgaridad de las hamburguesas atravesaba la gran puerta de cristal oscuro que daba paso directo al comedor, la sola visión de salón vacío y silencioso resultaba suficiente para disuadirlos.

El Portugués había insistido en que todo se mantuviera dispuesto, limpio y en orden. Pero los tres camareros chinos contratados para llevar el local habían ido relajando poco a poco sus costumbres y el salón comedor, a fuerza de inútil y vacío, se había vuelto un lugar inhóspito donde los manteles amarilleaban y los platos y cubiertos habían adquirido una pátina opaca de polvo. Lo único que relucía era la parte dedicada a la cocina. El cocinero mantenía las superficies de acero perfectamente brillantes, y cada rincón había sido repasado con esmero. Hacía muchos meses que nadie preparaba en aquella cocina un rollito de primavera o un chop suey de ternera, y Novo recordó que la última vez que había estado allí había pensado con ironía que seguramente aquella era la cocina más limpia de la ciudad.

Cogió el móvil de Vania y comprobó que las quince llamadas perdidas eran suyas o del gerente. Nadie más había llamado al chico durante aquellas horas. Retrocedió en la pequeña pantalla para consultar las llamadas del día: nada llamativo, nada que pudiera darles alguna pista o indicio de traición. Todo aquello no tenía ningún sentido.

—Llamaré a su madre —dijo el gerente mientras sacaba del bolsillo su propio teléfono.

—¿A estas horas?¡No fastidies! La mujer estará durmiendo y le vas a dar un susto de muerte si llamas preguntando por su hijo.

—¡Pues que se joda! ¿O de dónde se cree esa vieja que saca su hijo el puto dinero? ¿Trabajando

en un puto Carrefour?

El gerente empezaba a ponerse agresivo y Novo comprendió que había llegado el momento de ejercer de nuevo su autoridad. No quería entrar en conflicto, pero no le quedaba más remedio.

—No vamos a llamar a nadie, ¿entendido? Esto lo arreglamos tú y yo y si no, mañana por la mañana el jefe dirá. —Un ataque de furor le hizo abandonar sus ademanes, por lo común tranquilos y respetuosos—. Tú eres el responsable de este local y este marrón te va a caer a ti, así que ya puedes ir moviendo el culo.

El gerente no estaba acostumbrado a que le hablaran así, pero se sintió acobardado ante la furia y la autoridad de Novo.

—Está bien. Vamos a tranquilizarnos. De momento, aún no ha pasado nada y ese cabrón de Vania tendrá que aparecer tarde o temprano. Vamos a cerrar y a poner a todos los chicos en marcha. Félix se queda con el concejal. Acaba de avisarme de que el hijo de puta se ha quedado dormido en el sofá.

—¿Dormido?

—En realidad, le hemos dado unos tranxiliums.

—¡Joder! ¿No os habréis pasado, eh?

—¡No digas tonterías! ¡Llevamos años utilizando las pastillas con las chicas!

El tono había vuelto a subir de nuevo y el gerente hizo un esfuerzo por volver a la paz:

—No te preocupes, Novo. Sé lo que me hago —añadió con calma.

Su interlocutor sacó otro cigarrillo. Aunque el paladar se le había puesto pastoso, fumar era lo único que se le ocurría para darse a sí mismo unos segundos de tregua.

—¿Y quién es ese Félix? ¿Es de fiar?

—¡Claro que es de fiar! Lo has visto por aquí. Es el más listo de todos estos —dijo señalando a un hipotético grupo—. Vania no está mal para la acción, pero Félix tiene cabeza. Además, es un recomendado del Portugués y tiene una labia que te deja frío. Mañana el gilipollas ese se volverá a su casa con el pánico metido en el cuerpo y no va a soltar ni una palabra, aunque tenga que encargarme yo personalmente de meterle un par de hostias…

—Vale, vale, volvamos a Vania, ¿Dónde se puede haber metido? ¿Tiene algún enemigo declarado o algún asunto pendiente?

—No, que yo sepa. Vive con su madre en la otra parte de la ciudad.

—Eso ya lo sé. Yo mismo me lo he traído aquí, ¿o ya no te acuerdas?

—Exacto: tú mismo te lo has traído —respondió el gerente enfatizando el «tú».

Novo bajó el nivel de agresividad. Estaba cansado y harto de todo aquello, pero no quería que se le fuese de las manos. Además, aquel gerente podría parecer un viejo chocho, pero conservaba suficiente veneno en el cuerpo para hacerle alguna putada si de ello dependía salvar su culo gordo. En aquel momento, más que defender a Vania, se sentía un estúpido y un sentimental por haberlo llevado hacía dos años al Afrodita. Casi sin quererlo se encontró dando explicaciones.

—Es que su madre trabajó en nuestra casa durante años. Es una buena mujer. Mis hijas la adoran. Se llama Ana y lo ha pasado muy mal con el bala perdida de su hijo. Por eso me lo traje, para hacerle un favor a su madre y de paso, que se ganara la vida.

—¿Es extranjera?

—¿Quién? ¿Ana? ¡No, qué va! Es del Sur. Al chico le llaman Vania por un futbolista o algo así. En realidad se llama Rafael.

—¿Rafael? ¡El puto maricón! —dijo el gerente con una medio sonrisa.

Novo aprovechó el momento.

—Pues entonces esperamos. Vamos a pedir que nos traigan un café y unos bollos y esperamos.

Desde la ventana que daba a la parte trasera del Afrodita empezaba a colarse una luz tenue, como pasada por un tamiz de plata. Parecía que el día quisiera entrar a empujones en la habitación, como una visita indecisa. El gerente cogió el teléfono y encargó el desayuno, después se desplomó en la silla y se pasó un clínex por la cara. Tras aquella noche inmensa y absurda, se sentía un hombre mayor, casi un anciano.

Novo también había sufrido una especie de transformación durante la noche. Unos pelillos negros y duros le asomaban bajo la superficie de la piel y rompían la epidermis por los poros de las mejillas. Percibió su propio olor corporal rancio y macilento. El dedo índice de su mano derecha amarilleaba por la nicotina y dos pequeñas bolsas amoratadas dibujaban una elipse debajo de los ojos. Ya no era aquel joven que estudiaba hasta la madrugada sumergido entre los libros de derecho o aquel otro hombre maduro que podía trabajar sin descanso durante doce horas después de una noche de copas. Ese mismo verano había pasado la línea de los cincuenta y sentía que su vida empezaba a recorrer un camino desconocido, algo indefinible y difuso que le provocaba un permanente escozor en la boca del estómago. Su mujer vivía desde hacía años en otra ciudad, en otra casa y suponía que en otros brazos, y sus dos hijas aparecían de vez en cuando, siempre con prisas, como si sus vidas transcurrieran en una dimensión paralela a la suya. Seres extraños con los que intercambiaba frases rituales.

«Estás engordando, papá. Tienes que cuidarte más».

«Sí».

«Voy a empezar un máster con el plan Bolonia».

«¿Necesitas dinero?»

«No».

«Te invito a cenar, hija».

«Me están esperando, papá. La próxima vez».

«Está bien».

«Está bien. Adiós, papá. Cuídate».

«Adiós, hija».

A aquellas horas de la madrugada, la imagen de sus hijas emergía entre la niebla de la mañana y llamaba con golpes poderosos a la puerta. Juancho entró con café y un paquete de cruasanes, lo dejó todo sobre la mesa de despacho y se fue con el mismo sigilo con el que había llegado.

—Ahora desayunamos tranquilamente y después llamamos a la madre. Ya estará levantada.

El gerente asintió.

—Después, si no averiguamos nada, llamamos al Portugués y ya veremos.

El hombre asintió de nuevo mientras engullía un cuerno de cruasán mojado en café con leche. Un pequeño chorro de líquido marrón le resbaló por la barbilla. A aquellas alturas, los nervios y los temores iniciales habían sido sustituidos por un cansancio infinito. En realidad, el cansancio se había apoderado de todo lo que les rodeaba y, de alguna manera, ambos empezaban a sentir ese alejamiento de la realidad que invade el pensamiento cuando se está a punto de sucumbir. La noche los había acercado y alejado sucesivamente uno del otro. Sentados en la misma cabina de una montaña rusa, se habían acercado en el vértigo de la caída para de nuevo llegar al final como dos extraños.

Novo acabó su café y entró en el baño. Toda la noche los dos habían entrado y salido de aquel baño minúsculo más por aburrimiento que por necesidad. Ahora Novo colocó su visa oro en difícil equilibrio sobre la superficie minúscula del lavabo y sacó de su bolsillo interior una pequeña bolsa, dibujó un gran gusano blanco sobre el plástico de la tarjeta y, con un billete de diez enrollado como un canutillo, aspiró con fuerza por el orificio derecho de la nariz. Podía haberse metido la raya afuera, en presencia del gerente, pero no era algo que acostumbrara a hacer en público.

Al minuto siguiente se sintió reconfortado y con nuevos ánimos. «Tenía que haberlo hecho hace horas», se dijo a sí mismo, y salió de nuevo a encontrase con la cara manchada del gerente. Si en algún momento sus palabras le habían producido un asomo de compasión, ahora cualquier simpatía por aquel viejo había desaparecido.

Aunque el reloj de la pared señalaba las 8:15, Novo consultó el suyo de pulsera.

—Son las siete y cuarto. Tienes el reloj adelantado una hora —dijo.

—Lo sé.

En otra ocasión a Novo le habría picado la curiosidad, pero en aquel momento simplemente aceptaba los hechos sin cuestionarlos, así que permaneció unos segundos de pie en medio del cuarto como perdido en alguna imagen lejana. Después salió del despacho y, ya en el pasillo, marcó un número desde su móvil. No quería tener aquella conversación delante del gerente. Al otro lado del teléfono respondió la voz angustiada de una mujer.

—Hola Ana, no te preocupes, soy yo, Novo. ¿Está ahí Vania?

—(…)

—No, no le ha pasado nada, quédate tranquila. ¿Sabes si ha pasado esta noche por casa en algún momento?

—(…)

—Que no, mujer, es solo que necesito hablar con él. Que me llame si llega. Sí, yo te aviso. De acuerdo.

—(…)

—¿Las niñas? Bien, bien. Por ahí, ya sabes, a sus cosas.

—(…)

—Les doy un beso de tu parte, sí, no me olvido. Vale. Cuídate. Adiós.

Novo colgó, abrió la puerta del despacho y le hizo un gesto negativo al gerente. Sabía que la madre no mentía ni intentaba proteger a su hijo. Estaba demasiado asustada cuando contestó y se había quedado demasiado preocupada cuando colgó.

—Bueno, pues ahora toca llamar al jefe —dijo el gerente.

—Prefiero ir hasta allí. Le doy un toque por el camino. Tú no te muevas y me llamas con la mínima novedad. Date una ducha o algo, despierta al tipo ese del sofá y me lo mandas con el tal Félix a su casa. A ver si ahora a su mujercita le va a dar por denunciar su desaparición, que solo nos faltaba eso.

—No lo creo. Este es de los que siempre se marcha de aquí a las tantas.

—Por si acaso. Y entérate de su vida, qué familia tiene, hijos, casa, negocios, amigos, amantes, lo que sea. Nunca se sabe qué podemos necesitar.

—Está bien. Yo me encargo.

El hombre dudó un instante antes de continuar.

—Hay otra cosa… no tiene que ver con esto, pero hace días que me está volviendo loco…

Novo intentó buscar un resto de paciencia en algún lugar de su cerebro para no mandar a aquel viejo inútil definitivamente a la mierda.

—Dime, ¿qué pasa ahora? —preguntó con tono conciliador.

—Es mi anillo… hace días que me falta… he puesto el local patas arriba, pero nada…

El hombre levantaba el dedo corazón de su mano derecha para enseñar el lugar donde había estado el anillo y Novo pudo distinguir una pequeña circunferencia más blanca que el resto de la piel. Aquello ya era demasiado: tenían un fiambre perdido y aquel tío le estaba entreteniendo con un anillo de mierda.

—¿Pero qué anillo ni qué cojones me estás contando?

—Es que nunca me lo quito, de verdad, lo llevo desde hace treinta años y me lo habré quitado cinco o seis veces en todo ese tiempo. Es oro puro con un rubí, un rubí precioso engarzado en cuatro pequeños diamantes y…

Por la cara de angustia del viejo, Novo comprendió que no podía despachar el asunto sin más.

—¿Te has acostado con alguna chica últimamente?

—Bueno… lo normal… pero nunca me lo quito, ¿por qué me lo iba a quitar?

—Sabes que ya hemos tenido casos, ¿no?, que las chicas roban a veces a los clientes y después esconden las joyas, las esconden en la boca, se las meten en pequeños supositorios o las desmontan y se tragan las piedras envueltas en algo, ¡qué sé yo!… cada día están más revueltas y algunas tienen planes… escapar de aquí, rehacer sus vidas y todo ese puto rollo…

—¡Pero no puedo llevarlas a rayos X!

—Pues que tus machotes las aprieten un poco, ¿no es lo que soléis hacer cuando quieren pasarse de listas? ¿No tienen familia, hijos, perros o lo que sea en sus países? ¡Parece mentira que te tenga que estar contando yo esto!

El gerente hacía recuento mental de las chicas con las que había tenido relaciones en las últimas semanas: le había mentido a Novo. Solía tirárselas a todas al menos una vez, al menos cuando llegaban nuevas, para que supieran con quién se la estaban jugando, pero últimamente se sentía viejo y dejaba que Vania o cualquier otro lo hiciera por él. Aunque, claro, no siempre. No si eran niñas. Aquella era su debilidad.

Antes de salir, Novo se giró en un impulso hacia el otro hombre:

—Oye…

El gerente levantó la cabeza sin apartar la mirada.

—¿Sí…?

—Siento haberte hablado así… cuando acabe todo este lío, te ayudo con lo del anillo. Seguro que aparece: ¿es alguna joya de familia?

—No, pero le había dicho a mi chico que se lo regalaría en su próximo cumpleaños. Lleva años pidiéndomelo.

—Aparecerá, no te preocupes.

Novo odiaba ese trayecto. De alguna manera, todas aquellas mansiones ostentosas que aparecían a la vuelta de cualquier curva, con sus piscinas y sus canchas de pádel, representaban un mundo que le había sido vedado. Y no es que toda su ambición estuviera en ganar dinero, pero había sacrificado una buena parte de su vida profesional al servicio del Portugués y, sin embargo, una línea invisible seguía separándolos. Es cierto que él tenía más escrúpulos que su jefe y quizá eso le había impedido meterse de lleno en los negocios sucios, aquellos que verdaderamente daban dinero, pero había estado dispuesto a hacer cosas y no le había temblado demasiado el pulso. Él conocía bien al Portugués, lo había visto ascender como un meteoro hacia el éxito y también lo había soportado en sus momentos malos. Sabía que era inteligente, que no tenía escrúpulos y que era extremadamente ambicioso, pero también sabía su punto flaco, su debilidad: era un paranoico, un hombre obsesionado con su seguridad. Siempre pensaba que lo estaban persiguiendo, acosando, vigilando. Era su parte vulnerable. Ese «refugio» particular que tenía en la parte alta de la casa era una buena muestra de ello. Todas las veces que Novo había estado allí se había sentido incómodo, con la sensación de que le faltaba el aire.

Hace años, cuando aún estaba casado y las niñas eran pequeñas, toda la familia había pasado una semana de vacaciones en un gran hotel del Caribe. Uno de los atractivos de la zona era el buceo y su mujer se había empeñado en probarlo, así que, tras un cursillo de dos horas, los cuatro se sumergieron en aquellas aguas transparentes. Todos habían disfrutado de la experiencia, pero él se había sentido próximo a la asfixia. Después, pensando en ello, había descubierto que no había sido el aire de la bombona o tener que respirar de manera artificial por un tubo lo que le había producido el ataque de pánico, había sido el silencio, el absoluto y aplastante silencio de las profundidades lo que le había hecho sentirse así. Tiempo después, en las pocas ocasiones en las que tenía que entrar en aquella habitación donde su jefe recibía a las visitas de confianza, no podía evitar recordar aquella sensación asfixiante y sobrecogedora.

Cuando estaba dando la última curva para llegar a la entrada de la finca, sonó el teléfono móvil. Descolgó desde el mando del volante y la voz oscura del gerente inundó el coche.

—¿Qué pasa ahora? —contestó malhumorado.

—¿Dónde estás?

—Estoy llegando a la casa, ¿qué ocurre?

—Que te des la vuelta. Vania ha aparecido. Tengo al hijo de puta aquí delante y será mejor que vuelvas. Este cabrón la ha armado bien gorda.

Estacionó a la derecha, un poco más adelante, con una rueda inclinada en la cuneta. A menos de cien metros podía ver el portón de entrada custodiado por dos grandes robles, pero quería escuchar con tranquilidad la historia antes de decidir nada. El gerente no dejaba de toser mientras le hacía un resumen de la nochecita de Vania y la doble furgoneta blanca.

—Está bien. Quedaos todos ahí y esperad a que os llame. Que los chicos duerman algo y tú también. De Vania ya nos ocuparemos más tarde. Vamos a necesitar a todo el mundo bien despierto. Yo sigo hacia la casa. Hace un rato que he avisado y me están esperando.

Cuando dio de nuevo a la llave del motor, notó que las manos le sudaban, que las uñas le habían crecido de una forma extraordinaria durante aquellas últimas horas y que la lengua se le había hinchado como un pez globo dentro de la boca. Había necesitado aquellos minutos para reaccionar así que arrancó de nuevo, sacó el coche de la cuneta y se dirigió directamente a la entrada de la casa. En un minuto ya le habían abierto y conducía por el camino de grava. Detuvo el coche, se miró al espejo del quitasol y vio la cara de un hombre triste, vencido, alguien que se parecía lejanamente a sí mismo. El Portugués lo esperaba arriba y Novo subió las escaleras de los tres pisos con un pellizco de temor en la boca del estómago. ¿Eran realmente amigos o todos aquellos años de colaboración no habían servido para crear entre ellos un verdadero lazo de amistad? Quizá tenían un tipo peculiar de amistad, una hecha de lealtades mínimas, de favores cumplidos. Allí estaba el emperador en su torre y aquí su soldado más fiel. Se dieron un fuerte apretón de manos y su jefe le señaló el rincón donde estaba preparado un servicio completo de café, pastas y cruasanes. Novo agradeció aquel comienzo cordial. Se sentó y empezó su relato sin preámbulos. En otras circunstancias le habría preguntado por los gemelos y por Celia, pero prefirió dejar en ese punto la ceremonia. El Portugués lo escuchó con respeto y, según su costumbre, no interrumpió ni una sola vez su narración. Dejó que Novo fuera exponiendo todos los acontecimientos con su orden lógico, sin omitir nada importante pero sin detenerse en detalles triviales. Después se inclinó hacia su interlocutor como si temiera que alguien a su alrededor pudiera escucharlos:

—Así que tenemos el cuerpo de nuevo en el club.

—Exacto. En la furgoneta. Eso es lo que me acaban de decir. Les he ordenado que no lo muevan de allí hasta que tú decidas qué hacer.

—Y ese concejal, en su casa, bien adoctrinado…

—Eso lo he dejado en sus manos. Esa clase de cosas saben hacerlas bien…

Novo casi podía oír cómo el Portugués hacía en el interior de su cabeza un análisis inmediato de la situación.

—Entonces, el único problema nuevo es ese tipo que ha cargado con la chica en su furgoneta sin saberlo y que después la ha ocultado cerca de su casa.

—Así es.

—Y que por lo visto no ha llamado a la policía…

—Sí, ya sé que es raro… se habrá acojonado, supongo.

—Y me dices que Vania recuperó el cuerpo enseguida.

—Eso parece.

—Resulta bastante extraño… no podemos saber por qué ese hombre ha actuado así, pero habrá que averiguarlo antes de que cambie de opinión y se le ocurra hablar con alguien. También pudo ser un simple ataque de pánico.

—O tiene algo que ocultar.

—¿Un paleto de aldea? No sé, resulta bastante improbable… De cualquier manera, lo sabremos pronto. Si aún no ha dicho nada, hay que asegurarse de que no lo haga. Habrá que esperar y vigilar. Si no tienen cuerpo y nadie denuncia nada, no hay problema. ¿Qué papeles tenemos de la chica?

—No te preocupes, si no hay cuerpo, no quedará rastro. La chica no tenía papeles, ni entrada en el país, ni movimientos. Nada. No existe.

—Está bien. De momento, que se lleven a la chica al chino como estaba previsto.

—¿A pleno día? Puede haber gente por allí y…

—Pues os inventáis algo. Esa chica no puede estar dando vueltas por ahí como una turista ni descomponiéndose en una furgoneta.

El Portugués no había alzado la voz, pero Novo reconocía el grado de tensión en la rigidez del cuello. Optó por ser conciliador.

—Claro. Ya se nos ocurrirá algo.

Novo se levantó pesadamente. Aquel sillón parecía haberlo absorbido como el desagüe de una alcantarilla. El dueño de la casa también se levantó.

—Vete a dormir un poco, anda, que das pena. Veremos si sale por ahí alguna noticia. Si no, cuanto menos se revuelva la mierda, mejor. Habrá que esperar. —Con un ademán afectuoso puso su mano sobre el hombro de Novo—: ¿Y las niñas?

—Bien. Estudiando. Con sus cosas, con sus novios…

—¿Las ves algo?

—Sí. Vienen por casa, comemos. Un día de estos quiero llevarlas al cine.

Novo se sorprendió a sí mismo con aquella confesión. En realidad, no tenía consciencia de haberlo pensado, pero le salió de forma natural. Como si sus hijas aún fueran pequeñas y él

todavía pudiera llevarlas de la mano a la sesión de las seis con un inmenso cubo de palomitas.

VIII

SÁBADO. DOMINGO

Su casa no se parecía a uno de esos apartamentos impersonales y descuidados que alquilan los hombres cuando se separan tras un largo matrimonio. Muy al contrario, era una casa solariega en uno de esos núcleos rurales de las afueras que la expansión inmobiliaria acabaría por tragarse del todo pero que, por el momento, aún conservaba aquel aire indefinible de pueblo. Como las ortigas de las cunetas que rebrotan con fuerza en cuanto se descuida la limpieza, el olor a pueblo parecía haber rebrotado en cuanto la vorágine urbanística había decaído. Por lo menos, la gente mantenía algunos huertos y tierras en activo, y en las casas rehabilitadas muchos jardines conservaban todavía sus árboles frutales originales. Y, sobre todo, aún había un bar o, mejor dicho, un chigre donde la gente se pasaba a lo largo del día a tomar algo y charlar con quien tocara. Con la televisión permanentemente encendida, cualquier conversación surgía de manera espontánea y cualquier noticia servía de disculpa para hablar de política, de fútbol o de los últimos cotilleos de la monarquía. A Novo le gustaba aquella especie de soledad acompañada y también le gustaba su casa espaciosa, la reforma que le había hecho y en la que había ocupado los meses más duros de la separación. En realidad, aquella era su escondida pasión. Su padre se había empeñado en que estudiara Derecho, pero él siempre había querido hacer Arquitectura. En la infancia se pasaba horas y horas dibujando todo tipo de artilugios, figuras, paisajes, animales o cualquier cosa que despertara su atención. Pero llegado el momento, su padre había sido tajante.

«Estudias Derecho o no estudias nada», había dicho en mitad de la única bronca en la que se habían enfrentado de forma violenta.

«¡Pues no estudio nada!», le había contestado aquel adolescente ya tan lejano.

Pero sí estudió. Sacó la carrera de Derecho con resultados brillantes y, con cada asignatura que aprobaba, con cada curso que superaba, se iban mitigando en su interior la cólera y el resentimiento. Después, una novia que se había echado en quinto de carrera le presentó al Portugués y a partir de ahí su vida cambió por completo. Al poco tiempo, la novia se convirtió en su mujer, el Portugués en su jefe y él mismo en un abogado brillante y recién licenciado dispuesto a comerse el mundo, aunque para ello tuviera que tragarse también una buena porción de mierda.

La tarde había quedado oscura y desapacible. Después de dos días de viento sur, parecía que el otoño quería regresar para instalarse de nuevo en sus dominios naturales. Novo había entrado y salido varias veces durante todo el día. A pesar del inmenso follón del Afrodita, tenía otras cosas que arreglar aquel sábado, así que solo había dormitado un poco a mediodía. Ya era muy tarde y nada más entrar en su casa dio al interruptor de la calefacción y consideró la posibilidad de

tomarse un café —podía tomar café a cualquier hora del día sin que le afectara el sueño— pero optó primero por la ducha. La noche anterior había sido un caos desastroso y aún tardaría en recuperarse. Menos mal que tenía buen material para aguantar aquel tirón. Después de la ducha comería algo y probablemente se metería a la cama. Antes de acostarse, llamaría al Afrodita para comprobar que todo seguía bien y después dormiría cinco horas. Ese era el plan.

Salió del baño en albornoz para fumarse tranquilamente un cigarro. De forma instintiva, cogió el mando y encendió la tele, buscó zapeando un canal de noticias y allí estaba: una locutora muy joven con un anorak de montaña color fucsia que resumía para los oyentes de la tarde el suceso de «la chica del maizal». Detrás de ella, la cámara enfocaba un campo de maíz a medio cortar y el lugar concreto donde se suponía que había aparecido la chica muerta. Novo sintió un martilleo acelerado de latidos en las sienes y, aunque estaba recién salido de la ducha y la casa aún no había cogido calor, rompió a sudar como si su cuerpo estuviera expuesto al sol sobre la arena ardiente de una playa. La periodista se extendía después sobre algunos detalles del escenario y cómo una vecina que no había querido hacer declaraciones ante las cámaras había sido violentamente golpeada justo después de encontrar el cadáver de una chica joven de rasgos asiáticos, según la información que fuentes fiables habían proporcionado a la cadena, etc., etc. Novo no daba crédito a tanta estupidez. Así que ese imbécil de Vania les había ocultado lo de la testigo. Sabía que no era muy inteligente, pero hasta ese punto… ¿O es que era tan gilipollas que no se había dado cuenta de que todo saldría a la luz? Y ahora habían perdido un tiempo precioso por su culpa. Aunque fuera el hijo de Ana, su suerte con Novo se había acabado. Cogió el teléfono y marcó el número del gerente en la lista de contactos. Tuvo que llamar dos veces antes de oír su voz pastosa.

—Lo siento, me había quedado dormido —se disculpó el hombre al otro lado del teléfono—. ¿Algo nuevo?

—¿Dónde estás?

—En el Afrodita. No me he movido de aquí…

Novo cortó cualquier explicación. No le interesaba saber los pormenores de la vida del viejo.

—¿Es que no has visto las noticias regionales? Sale la chica en ese puñetero maizal.

—¿Cómo que la chica? ¡La chica está en el chino!

Novo comprendió que el gerente no se había despertado del todo, así que volvió a repetírselo.

—¡Joder, ya sé que está en el chino! Pero sale que una mujer llegó a verla y después recibió un golpe. Cuando se recuperó, parece ser que ya no había nada.

A estas alturas, Novo ya había recuperado mínimamente el control.

—¡Pero ese hijoputa de Vania no nos contó nada de eso! —contestó enfurecido y ya completamente despierto el gerente—. ¡Nosotros preocupados por el tío de la furgoneta y resulta que ahora hay una mujer! ¡Voy a matar a ese tío, te juro que lo mato!

Novo podía sentir aquel jadeo asmático que daba a sus palabras un ritmo entrecortado. Sabía que sus gritos debían oírse en buena parte del Afrodita y también sabía que era muy capaz de hacer lo que prometía.

—Bueno, cálmate —le cortó Novo—. Localiza a Vania y mándamelo a casa… y también a ese Juancho, el que trabaja en la barra, que se pegue a él como una lapa. No quiero que el gilipollas de Vania esté ni un momento solo. A ver si aclaramos de una vez toda esta mierda.

—Te los mando ahora mismo, pero te digo que ese Vania más vale que se quite de mi vista porque lo mato.

—Ya, ya, déjalo de mi cuenta. Yo también empiezo a estar hasta los cojones del niñato. Y otra cosa —Novo dudó un instante antes de continuar—: mándame con ellos a una chica.

—¿A quién quieres? —contestó el gerente sin la menor muestra de sorpresa.

El hombre carraspeó como si necesitara aclararse la voz.

—A esa rumana que llegó el otro día.

—¿A Katia? Te advierto que es muy joven. ¡A ver si te va a pasar como al cabrón del concejal! —Novo adivinaba su sonrisa burlona en la otra punta de la ciudad.

—Déjate de gilipolleces y encárgate de que esté bien despejada. Ya hablaremos otro día sobre las mierdas que les dais a las chicas.

Colgó sin despedirse, abrió un cajón de la mesa en la que solía trabajar y sacó una pequeña caja china. Sobre un fondo de laca roja, una maraña de dibujos en finos trazos negros representaba una escena erótica de algún lejano reino. Dos hombres compartían a una mujer que enseñaba su clítoris en una forzada postura de primer plano mientras los penes masculinos habían sido agrandados de manera absolutamente desproporcionada al resto de las figuras. El artista se había ocupado de adornar esa parte de su anatomía masculina con minúsculas incrustaciones de marfil, de manera que la impresión visual era casi tridimensional. Se trataba de una de las antigüedades preferidas de Novo, y ya en su momento había pagado por ella un dineral. La abrió con cuidado y extendió sobre la mesa una larga línea blanca. Sacó del mismo cajón un pequeño canutillo de plástico transparente, lo encajó en la aleta derecha de la nariz y aspiró con fuerza. «Un poco de polvo para echarse un polvo», se le ocurrió pensar. Algún privilegio tenía que tener aquella mierda de trabajo.

Vania entró pálido y ojeroso detrás de Juancho. El algún lugar de la noche anterior había aparcado su arrogancia y ahora se parecía más a un animalillo doméstico. Con ellos venía la chica rumana. Novo los hizo pasar y encerró a la chica en su habitación en el piso de arriba. Después bajó de nuevo al salón y se encaró con los dos hombres.

—El asunto está así —les dijo, mirando de frente a Vania—: tú la has jodido bien jodida y sobre eso hablaremos cuando todo esto acabe. Ahora lo más importante es tapar los agujeros que has

ido dejando por ahí.

—Yo…

—No quiero oír ni una palabra más, ¿está claro? —cortó tajante.

Los dos hombres asintieron en silencio y Novo continuó con toda la tensión acumulada en las cuerdas vocales:

—Resulta que ahora hay una vieja que dice haber visto el cadáver de la chica y que ha recibido un golpe, imagino que tuyo, ¿no?

Vania volvió a asentir y Novo continuó:

—Ahora vais a ir los dos hasta ese pueblucho de mierda y vais averiguar qué sabe la vieja. Os hacéis pasar por periodistas o por lo que os salga de los cojones. Después le hacéis una visita al de la furgoneta blanca. Quiero saber qué es lo que esconde para que no haya llamado a la policía cuando encontró a la chica en el maletero. Y otra cosa: me llamáis inmediatamente si surge cualquier complicación. No quiero más improvisaciones. Y, tú, Vania, procura no abrir la boca y deja que hable Juancho, que parece el único que tiene aquí dos dedos de frente.

—¿Vamos ahora?

—Sí… o no, mejor no, no son horas. Esperáis a mañana a que se despeje un poco el pueblo y bien temprano os presentáis allí. Si en este medio tiempo hubiera que actuar de emergencia, yo os aviso. Pegaos al móvil. —No quiso levantar la cabeza para no cruzarse con la mirada avergonzada de Vania—. ¿Qué coche habéis traído?

—Hemos venido en el mío —dijo Juancho, que hablaba por primera vez.

—Está bien, pues usáis ese. No quiero más furgonetas blancas. Tú, Juancho, ven más tarde a recoger a la rumana y tú —añadió dirigiéndose de nuevo a Vania—: será mejor que llames a tu madre y que no te pases por el Afrodita en unos días o alguien te va a dar unas hostias bien merecidas.

—Está bien. Lo siento, jefe.

—¡Vete a la mierda, capullo!

Villa prácticamente se había despertado con la noticia, y en muchas casas los teléfonos habían sonado desde bien temprano. Aunque durante la mañana del sábado ya se habían corrido los rumores de un extraño suceso en La Llosa, la sustanciosa noticia de la televisión autonómica en el telediario de la tarde anterior había impactado al pueblo. En un lugar tan pequeño todo el mundo se conocía y una buena parte estaban relacionados por amistad o parentesco. Las jóvenes que no habían dormido esa noche en sus casas fueron localizadas, y las que estaban de viaje o ausentes se despertaron con los móviles repletos de llamadas. Una vez que nadie echaba de

menos a nadie, el latir acompasado del pueblo se tranquilizó y la amenaza que habían sentido caer sobre ellos se diluyó a la misma velocidad que la niebla mañanera para dejar paso a la especulación y a la atracción irresistible del morbo.

Era domingo y a pesar de la preocupación por el caso de la chica, Ginés se levantó de buen humor. La noche anterior se habían bebido dos botellas de vino entre los tres y, aunque aún le resultaba extraño compartir el vino con su hija, había disfrutado de la noche como hacía bastante tiempo que no recordaba. La imagen de la joven del maizal se había ido desvaneciendo en su cabeza al mismo ritmo en el que transcurría la cena y las copas se vaciaban. A fin de cuentas, ni tan siquiera había visto aquel cuerpo, y cabía la posibilidad —aunque tenía que reconocer que remota—, de que la profesora se hubiese confundido o imaginado algo en una bajada de azúcar. ¿Tendrían alucinaciones los diabéticos? ¿Pérdidas de la realidad? Le pediría a Pablo que se enterara de esas cosas. Desde luego, el chichón de su cabeza era real y tampoco parecía aquella una mujer dada a inventar historias truculentas. Por mucho que le pesase y aumentase su preocupación, Ginés tenía que admitir que creía en el relato de la profesora, es más, su olfato le decía que allí había un crimen, y él estaba atrapado en medio de aquel fango: encontrar el cadáver, buscar el arma homicida, descubrir el móvil y atrapar al culpable. Esa era la secuencia clásica y, más o menos, también la más realista. Así que unos minutos después, mientras acababa de vestirse, decidió que desayunaría con Helena. Aún no eran las ocho y podría encontrar a su compañera acabando la guardia de noche. Clara dormía en su cuarto y Alicia había madrugado y se había ido antes de que él se levantara. Los dos trabajaban a turnos y había semanas en las que parecía que su vida en común se reducía a cruzarse en la cocina o a coincidir algunas horas en la cama como dos zombis. Así y todo, Ginés se consideraba un hombre afortunado. Tenía amigos, tenía una hija a la que adoraba y, sobre todo, tenía a Alicia. Su vínculo con Alicia estaba más allá de todo lo demás. Se querían, se respetaban y pese a los muchos años transcurridos, se deseaban. Es más: para sorpresa de ambos, sus relaciones sexuales habían mejorado en los últimos tiempos. Alicia había adquirido por internet un paquete misterioso del que iban saliendo algunos artilugios sorprendentes. Ginés se había resistido en un principio, pero después tuvo que reconocer que desde entonces los dos se divertían más en la cama. Y después de tantos años, aquello no era poca cosa.

Era un día nublado y el viento sur de las noches anteriores había desaparecido como una visita que no deja rastro. Se metió de nuevo en el baño y puso la televisión del dormitorio en el canal de noticias. La crisis económica lo inundaba todo como una gran marea negra: ¿es que en el mundo habían dejado de pasar aquellas cosas que antes ocupaban los telediarios? Él, como todos en los últimos años, también se había familiarizado con la prima de riesgo, con el FMI y las fluctuaciones de los mercados, pero no acababa de comprender dónde tenía la cabeza aquella gran lagartija a la que a duras penas podía vislumbrar la cola. El mundo se había vuelto un lugar demasiado complicado para personas como él y el espejo del baño le recordaba en aquel preciso momento que ya no era aquel joven ambicioso que había ingresado en el cuerpo con el firme propósito de llegar a lo más alto. Hacía tiempo que se había convertido en un sargento de pueblo, y lo más asombroso de todo: estaba contento con ello. Quizá por primera vez en su vida sentía ese sosiego interior que tanto se parece a la felicidad. Pero el caso de la chica del maizal, como había empezado a llamarlo en su cabeza, le traía a la memoria otros casos y otros tiempos que ahora le parecían extraños. Salió del baño y subió el volumen de la televisión justo cuando

apareció la imagen de La Llosa. Una locutora narraba desde «el lugar de los hechos» el suceso del día anterior con más datos e información de la que Ginés hubiese deseado. ¿De dónde sacaba esta gente semejante información? Pensó que ahora todo el mundo sabía casi tanto como ellos, y eso era equivalente a problemas. El asunto daba para cierto morbo y Ginés era consciente de que todos los chalados y demás especímenes de la comarca llamarían a la comisaría para dar su versión de los hechos. El día se presentaba complicado, pero era su día libre e intentaría defenderlo contra viento y marea. Él no era uno de esos detectives de las series que no tienen vida privada, él quería pasar sus días libres con su mujer y su hija, y estar en pijama hasta la hora de comer, y dormir la siesta y ver los partidos. Él era un hombre corriente y quería una vida corriente.

Su móvil empezó a sonar. Vibraba y se retorcía como una pequeña cucaracha sobre la mesilla de noche. El hombre echó una mirada de reojo y dejó que se agotara el último timbre, después bajó el volumen del teléfono al cero y salió hacia la cocina. Se sirvió un café un poco recalentado de la melita que Alicia había dejado hecho antes de marcharse esa mañana y se lo tomó en la misma cocina de pie, casi de un trago. La luz de un nuevo día inundaba la casa de un frescor renovado y Ginés se sintió optimista, cerró la puerta con cuidado para no despertar a Clara y bajó caminando los dos pisos hasta el patio; después entró en el gran recibidor del cuartel, justo cuando Helena salía de la oficina.

—¡Ya no traes la misma cara de ayer! Parece que la nochecita te ha cundido… —le dijo a su compañera a modo de saludo—. Ya he visto que acabas de llamarme al móvil…

Helena se acercó sonriente y le cogió del brazo con absoluta confianza mientras caminaban en dirección a la puerta de salida.

—¡Pues tú tienes un aspecto estupendo!

—No te creas, hace media hora estaba mejor. Acabo de ver lo de la chica en las noticias. Siguen con la misma matraca.

—Sí, yo también ayer, salió en las noticias de la tarde, y lo mismo en el último de la noche.

Ginés se detuvo en medio del paseo y su compañera se separó lo justo para poder mirarle de frente. Helena percibió una brusquedad nueva en aquel movimiento.

—¿Cómo que salió ayer? ¡Le había dicho a Pablo que me avisara inmediatamente si salía algo! ¡Ahora resulta que voy a ser el último en enterarme!

—Ya lo sé, lo siento, jefe. Fui yo la que le dije que te dejara dormir, total…

Helena había recuperado todo su aplomo y sonreía francamente, y Ginés comprendió que era absurdo enfadarse con alguien que simplemente intentaba hacerle la vida más fácil. Soltó el aire retenido en sus pulmones y todo su cuerpo se relajó de nuevo.

Había pasado un ángel.

—Bueno, vamos a dejarlo ahí. ¿Cómo ha ido la noche?

—No me hables, anda, ¡que vaya fiebre del sábado noche nos han dado! Aparte de algunas llamaditas sobre «nuestro caso» que ya te puedes imaginar, hemos andado de cabeza con dos peleas entre los borrachísimos miembros de una despedida de soltero, con herido de arma blanca incluida.

Ginés sintió que una mochila cargada de piedras tiraba de sus cervicales hacia atrás.

—¿Ha sido algo grave? Ya veo que tampoco habéis considerado la posibilidad de avisarme.

—Nos hemos arreglado bastante bien sin ti —dijo Helena de un modo que a Ginés no acabó de gustarle—. Además, no ha sido nada grave, pero sí lo suficiente para llevar a un borracho sangrando al hospital y hacer un par de detenciones. ¡No sabes el frío que hace en urgencias a las cinco de la madrugada!

—¡Vaya por dios! No entiendo de qué va esta última moda de venir aquí a celebrar tanta despedida.

—Es que tenemos un pueblo muy pintoresco —respondió Helena forzando una sonrisa.

—Será eso… En fin, que te invito a desayunar.

—¡Genial! No debo tener en casa ni un miserable cartón de leche. Esta tarde me tengo que pasar por el súper.

—Es domingo, Helena, recuerda que cierran a mediodía…

Helena era una excelente cocinera, pero con los turnos y viviendo sola había ido descuidando ciertos hábitos domésticos.

—¡Es verdad! No sé qué iba a hacer sin ti…

A esas alturas de la conversación ya había recuperado parte de su habitual energía y Ginés no podía disimular la alegría que le producía su compañía. Se acomodaron en la esquina del café de siempre con un plato de churros recién salidos del aceite y dos tazas grandes de café con leche. A pesar de todo lo que se había dicho a sí mismo veinte minutos antes en la cocina sobre su inviolable día de descanso, Ginés estaba impaciente y fue directo al grano.

—¿Los «solteros» te han dejado tiempo para hacer alguna averiguación?

—¿A ti qué te parece? —le contestó Helena con ese tono suyo medio burlón.

—Pues conociéndote, supongo que sí. —El rostro de Ginés brillaba ahora con expectación.

—Pues no seré yo quien te decepcione. Me he pasado unas cuantas horas en el ordenador y no han sido muy fructíferas, la verdad, pero sí, algo tengo. O, mejor dicho, hay algo que «no tengo».

Ginés torció la cabeza con desconcierto. Sus pupilas aún se estaban adaptando a la luz de la mañana.

—Como no te expliques un poco mejor, se me van a atragantar los churros…

—A ver… —continuó Helena—. Me he centrado en la profesora y en ese tal Paulino, el que se metió en el maizal con su tractor justo a tiempo para destruir cualquier huella…

—¡No me lo recuerdes, anda! Ayer estuvo aquí haciendo una declaración completa y no parece un gran sospechoso, la verdad…

—Ya lo sé. He revisado su declaración y todo parece una de esas casualidades tan increíbles como ciertas. Sin embargo…

—¿Qué?

—Hay algo que no encaja.

Ginés empezaba a estar de verdad impaciente:

—¡Suéltalo ya, venga! No me digas que tiene antecedentes porque fue lo primero que miramos ayer y no había nada.

—No, no es eso. He rastreado por ahí y resulta que tiene varias entradas en Google como participante en proyectos de cooperativas agrarias y cosas por el estilo.

—Eso no parece un delito. ¿Qué es lo raro?

—Lo raro es, mi querido jefe, que todo lo que he encontrado sobre él aparece a partir de una fecha: 1987. De ahí hacia atrás, no hay nada: nada de nada. Como si antes de esa fecha no hubiera posado un pie sobre la tierra o hubiera estado encerrado en una cueva subterránea, uno de esos niños-lobo criados en el bosque, cualquier cosa menos un ciudadano medio que, según he leído, ya no cumple los cincuenta.

—¡Ya veo que estás en plena forma! Pero no te extrañe tanto, internet es bastante reciente.

—Ya. Pero es que resulta que he cruzado nuestros archivos con los de Hacienda, con el catastro, con registros de la propiedad y con otras fuentes menos confesables… y nada.

—¿Cómo que nada?

—Pues que no aparece en ningún sitio. Como si hubiera nacido el 16 de julio de 1987.

Ginés se limpió con una servilleta de papel la grasilla de los churros que le brillaba en aquella barbilla suya tan esquiva. Un mínimo silencio para poner las ideas en orden.

—¿Cuántos años tiene ahora? —preguntó mientras él mismo intentaba calcularlo.

—Según el informe que habéis rellenado con su declaración de ayer, el próximo 16 de julio cumplirá cincuenta y tres años.

—Así es que, si no calculo mal, no tenemos constancia de su vida hasta los veintitantos, ¿no?

—Así parece.

—Pero tendrá familia en alguna parte, una partida de nacimiento, algo… por lo que sé de ayer, lleva un montón de años en La Llosa, pero no nació en la comarca. Es de afuera. Aunque ya sabes que aquí todo el mundo es de afuera hasta que no pasan varias generaciones…

—¡Ahí está precisamente parte del problema! Su carné de identidad dice que nació en Mondéjar, un pueblo de Guadalajara de unos cinco mil habitantes, pero he llamado al cuartelillo de allí y ni a él ni a su hipotética familia los conocen de nada. Parece ser que su apellido es de la zona, pero solo eso.

—¡No exageres! Puede que haya emigrado toda la familia o simplemente haber cambiado de domicilio hace tiempo, dispersarse por ahí…, qué sé yo, mil posibilidades.

—Sí, lo sé, salvo que en los datos que Pablo ha registrado en el informe, ha dicho que su familia es de Mondéjar y que él vivió allí hasta bastante mayor. Al menos sabemos que ha mentido y, en este caso, ya es algo.

«Pablo siempre tan eficiente», pensó Ginés antes de seguir.

—Vamos a ver, Helena, ¿por qué tenemos que suponer que nos mentiría en algo tan irrelevante?

—¿Quizá porque no sea del todo irrelevante?

—¡Joder con este pueblo! ¡Aquí parece que todo el mundo tiene algo que ocultar!

—Así es, mi querido jefe. Y si no te has olvidado de los cursos de psicología, recordarás que eso forma parte de la naturaleza humana…

—Mis cursos de psicología deben de estar a estas alturas en algún cajón oscuro con una buena capa de moho.

—Bueno, mira, se me ha ocurrido llamar a un antiguo compañero que tengo en Interior a ver si nos puede orientar un poco. No es la primera vez que lo llamo y es un buen tipo. Lo que pasa es que en domingo prefiero esperar por lo menos al mediodía.

—Vale, haz lo que te parezca. Pero duerme, que te voy a necesitar lúcida y despierta. Hoy tengo el día libre, pero veo que se me va a ir al carajo. Habrá que llamar a ese hombre a declarar de nuevo y esta vez tendrá que explicar algunas cosas.

—¡A sus órdenes, señor! —dijo Helena con un retintín en la voz, llevándose la mano a la frente —. ¿Sigo estando invitada?

Ginés se levantó para pagar, pero se volvió de nuevo hacia Helena, inclinándose ligeramente sobre ella para subrayar un tono más íntimo:

—Disculpa, que ya se me olvidaba: ¿qué te ha pasado con la familia? ¿Algo grave?

—Pues según como lo mires, la verdad, pero ya te lo contaré más tarde, que ahora estoy que me

caigo de sueño. Además, es un auténtico culebrón…

—Ya sabes que soy todo oídos para tus culebrones.

—Lo sé, Ginés. Pero la verdad es que no debería dirigiros la palabra.

—¿Dirigirnos? ¿A quién?

—A los hombres, claro.

—Ah, ya veo. Bueno, cuando se te quite un poco el cabreo me lo cuentas, si te apetece.

—Está bien, te lo agradezco.

En la barra, vacía unos minutos antes, habían empezado a sentarse los madrugadores del barrio y Ginés le hizo a Helena un gesto de complicidad del tipo: «me voy que no quiero que estos me acribillen a preguntas».

—Adiós, duerme un poco. Nos vemos más tarde.

—Adiós —dijo Helena mientras el hombre se alejaba camino de la puerta—. Y gracias.

—A su servicio —contestó Ginés, de nuevo sonriente.

Helena mojó el último churro en el centímetro de café que le quedaba. Prefería centrarse en la mujer del maizal que empezar de nuevo a darle vueltas a sus problemas. Tenía la impresión de que cada vez que iba a casa de su familia, a duras penas lograba apagar un fuego antes de que otros dos estuvieran amenazando con arrasar con toda la precaria paz doméstica. ¿Por qué no le había tocado a ella una familia normal, una de esas donde las madres quieren incondicionalmente a sus hijas y la gente vive con sus pequeños rencores y sus cuentas pendientes, es cierto, pero también con sus fidelidades inquebrantables, aquellas que solo la familia es capaz de sostener? Pero no se engañaba. Ya hacía mucho tiempo que había descubierto que la familia era una fuente inagotable de neurosis y que la «anormalidad» era consustancial al propio término. Aquel era el laboratorio donde se experimentaba con los fluidos de las emociones futuras, y a ella le había tocado uno más de tantos defectuosos.

Por la cocina de Xuana no paraba de pasar gente. Taresa pasó un momento a primera hora antes de bajar a Villa a darse una vuelta por el mercado y a solucionar «dos o tres cosas urgentes», dijo. En principio habían quedado en compartir un café por la tarde, aunque quizá, finalmente, comerían juntas o improvisarían sobre la marcha. Sobre las diez apareció Paulino con cara de preocupación, pero apenas tuvieron tiempo de empezar un amago de conversación porque buena parte del vecindario empezó a desfilar por allí, y Xuana no paraba de poner cafeteras en la cocina y de atender a unos y otros. Cuando, el día anterior, en las noticias de la tarde había salido la locutora con el fondo de pantalla del pueblo, el asombro y la admiración habían recorrido cada boca abierta de cada casa del pueblo, y todo el mundo se había sentido en la obligación de pasar por la cocina de Xuana «a ver cómo están las cosas». Esa misma mañana, Xuana también había

visto en el televisor la repetición del corte y comprendió que, al no haber cadáver, arma o sospechosos, la noticia seguía igual que el sábado, y lo más probable era que languideciera en las próximas horas hasta extinguirse. La pequeña llama de una vela apenas encendida.

El día anterior, la Guardia Civil había interrogado a buena parte de aquella gente, pero solo Paulino había tenido que ir después al cuartel. Maria y su marido, los dueños del desgraciado maizal, aparecieron en la puerta de Xuana con cara de disgusto. Que «aquello tan horrible» hubiese pasado en sus tierras no les había dejado dormir. Maria opinaba que, si se hubieran ocupado antes de dejar limpio el maizal, nada de toda aquella desgracia habría pasado en su propiedad y su marido estaba empeñado en aprovechar la oportunidad para reprocharle a dónde les había llevado aquel capricho suyo de sembrar les fabes entre el maíz, «con lo bien que podrían darse entre los kiwis».

—No os preocupéis. Vosotros no tenéis nada que ver — terció Xuana—. En todo caso es Paulino el único que ha metido aquí la pata.

Todos miraron en ese momento a Paulino, que había permanecido largo rato en silencio apoyado en el aparador del fondo con cara de víctima. En ese momento solo quedaban los cuatro en la cocina.

—¡Eh, que yo no he hecho nada a propósito! ¿Qué podía saber yo? —Se dirigió a Maria—: ¿No habíamos quedado en que esta semana cortaríamos el maizal? ¡Pues es lo único que he hecho, joder!

—No te pongas así, Paulino —contestó Maria con calma—. Yo no he dicho nada y ya sabes cómo te agradecemos tu ayuda. Nadie te está acusando de nada.

—¡Pues claro que no! —intervino de nuevo Xuana—. Solo he dicho que has metido la pata y eso, de momento, no es un delito.

Justo entonces sonó el teléfono fijo desde algún punto de la cocina.

—Disculpad, tengo que cogerlo. Seguro que es mi hija. Siempre llama los domingos y se empeña en hacerlo al fijo por no sé qué de la cobertura de su casa…

—Claro, nosotros nos vamos. Solo queríamos saber cómo estabas y si podíamos hacer algo.

—Yo también me voy —dijo Paulino.

Xuana había descolgado y mantenía el teléfono inalámbrico en la mano derecha mientras con la palma de la izquierda tapaba ligeramente el auricular. Aunque débilmente, en el silencio del momento podía oírse una voz lejana: «¿Mamá?, ¿mamá?, ¿estás ahí?». Xuana se llevó el teléfono a la oreja.

—Sí, Lía, estoy aquí. Espera un segundo, por favor, que ahora te atiendo.

Y dirigiéndose a sus vecinos, se despidió:

—Gracias por venir, Maria y tú, Paulino, si te parece, te llamo más tarde.

—Está bien. Como quieras. Estaré en casa —murmuró Paulino cabizbajo mientras recogía su chaqueta de ante—. Anoche parió la Frida. También venía a contarte eso, pero no parece que a nadie le importe demasiado.

—No seas niño, Paulino. Me lo cuentas todo más tarde, ¿vale?

—Adiós, Xuana. Llámanos si necesitas algo. —Se despidieron Maria y su marido, uniéndose a Paulino en dirección a la puerta.

Una vez que la pequeña comitiva había salido al recibidor, Xuana retomó la conversación con su hija:

—Ya estoy, Lía.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Con quién estabas, mamá?

—Como dicen en las películas, «es una larga historia», hija mía.

—Pues como dicen en las películas, «tengo todo el tiempo del mundo».

—Está bien. Siéntate y no me interrumpas. Después te doy permiso para que me regañes todo lo que quieras.

—¡Ay, qué mal suena esto!

Xuana dudó unos instantes por dónde empezar su relato, si contar una versión abreviada o, por el contrario, no escatimar los detalles. Pensó que su hija no se conformaría con la abreviada, así que se lanzó:

—Ayer de madrugada no podía dormir, así que me levanté más temprano de lo habitual y…

A pesar del infinito cansancio, Paulino apenas pudo dormir. Salva se había ido después de desayunar, así que dejó las cosas tal como estaban y se echó vestido sobre la cama. Las persianas permanecían bajadas desde la noche anterior y apenas percibía ningún ruido de los habituales en la casa. Afuera todo estaba tranquilo, pero el murmullo que le impedía dormir no venía de afuera sino de su propio interior. El parto de Frida y la conversación distendida con Salva le habían aliviado las últimas horas, pero la insinuación de Tino volvía ahora una y otra vez a su cabeza. Sabía que Tino no diría nada, que su concepto de lealtad después de todos aquellos años de trato era inquebrantable, pero sus dudas acerca de lo que debería hacer y sus remordimientos por haber implicado a algunas de las personas que más apreciaba en el pueblo golpeaban su conciencia como un martillo justiciero. Aunque se había acostumbrado a vivir con la culpa, a ocultarla a los demás, a domeñarla y estrujarla como a un trapo viejo, aquello era diferente. Hacía mucho tiempo que había construido una nueva vida y la anterior, «aquella otra», le parecía ahora el sueño alucinado de alguien que ni siquiera pertenecía a su misma especie. Sin embargo,

era consciente del peligro que corría si se quedaba paralizado. Había actuado de manera precipitada y chapucera, lo sabía, y si iba a hacer un solo movimiento más, tendría que meditar todas las posibilidades. Y, además, tendría que descansar. Él mejor que nadie sabía que para la acción necesitaba todas sus reservas a punto.

Se levantó de nuevo y bajó a la cocina. En el fregadero, solo los cuatro cacharros del desayuno apilados de cualquier manera. Calentó un poco de leche en el microondas y se tomó dos lexatines de 150. No era gran cosa, pero algo ayudarían. En otro tiempo, cuando asistía a su terapia tres veces por semana y la vida no le daba para mucho más que para mantenerse cuerdo, su sueño y su vigilia estaban regulados por una batería de ansiolíticos, hipnóticos y antidepresivos. De todo aquel ejército químico, solo los ansiolíticos permanecían de guardia en su botiquín particular.

Volvió a la cama y encendió la televisión del dormitorio. La parrilla de programas matinales no ofrecía mucho más de interés que la de horarios más convencionales y, tras zapear unos minutos al azar, se decidió por el canal de noticias autonómicas. «A ver qué se cuentan estos», pensó con temor. Y sí, allí estaba otra vez aquella locutora retrasmitiendo el caso de «la chica del maizal» desde la mismísima campa de Maria. Cogió el teléfono móvil que había dejado en silencio desde esa madrugada y consultó las llamadas perdidas. Entre tres o cuatro conocidas aparecían nada menos que diez llamadas de un número desconocido, uno de esos largos que pertenecen a la administración, a los hospitales o claro, ¡a la redacción de un periódico! Todo se estaba yendo a la mierda y ni cien lexatines podrían evitarlo. Apagó la tele y un frío repentino le recorrió la espalda como un latigazo de hielo. Tiró del edredón hasta quedar completamente tapado y sintió que quería desaparecer, estar en otro lugar y en otra vida. Una vida que no le empujara a enfrentarse de nuevo con sus fantasmas, una vida en la que no hubiera pisado nunca el suelo del Afrodita. A los veinte minutos, contra toda razón, se había dormido.

Helena durmió profundamente hasta las doce y veinte. Se permitió una ducha larga y se vistió de calle. Se puso sus vaqueros preferidos y unas botas altas que acababa de estrenar, dudó entre camiseta y camisa, pero finalmente se decidió por una camiseta ajustada y una americana de panilla azul. Optó por dejarse el pelo suelto y se dio un poco de maquillaje. Cuando estaba trabajando solía pintarse algo más. Era como un segundo uniforme. Pero tenía muchas horas hasta el turno de las ocho. Se sentía descansada y contenta. Tenía un caso importante por delante y nada podía resultarle más estimulante. Bueno, quizá el sexo podía competir con ello, el buen sexo, claro; aunque últimamente de eso no andaba muy sobrada. Quizá Pablo… pero ¡joder, si era un crío! Soltó del cable el teléfono que estaba cargando y marcó el número de su amigo, el de Interior. Al segundo pitido, oyó su voz al otro lado. «Otro que vive adherido a su móvil», pensó. A los veinte minutos habían acabado la conversación y Helena tuvo que sentarse un momento para recobrar fuerzas. Desde luego, aquello se estaba complicando por momentos. Cogió las llaves de casa, un chubasquero rojo y salió sin apagar la luz de la cocina. Tenía que hablar con Ginés y tenía que hacerlo de inmediato. Unos minutos después, cuando bajaba a grandes zancadas por la escalera, le vino a la cabeza un pensamiento intempestivo: ¿se había acostado con aquel tío de Interior? Creía que sí, pero el hecho de no poder recordarlo con seguridad le produjo un malestar repentino. Es cierto que habían pasado muchos años desde la última vez que se vieron y que, en aquellos tiempos, con frecuencia se acostaba con hombres a los que no volvería a ver y de los que no recordaba apenas nada, pero aquello era demasiado. Sin embargo,

cuando llegó al portal ya había decidido dejar esa cuestión para más adelante: exploraría en su inconsciente y llegaría a alguna conclusión. «Estoy como una cabra», pensó.

En ese momento sonó su teléfono y vio en la pequeña pantalla el nombre de Ginés.

—Quedamos en tu despacho en cinco minutos —le dijo a su jefe sin preámbulos.

Cuando llegó, Ginés estaba sentado en su mesa de despacho con el expediente de la chica abierto. Había aprovechado parte de su día libre para charlar un rato con su hija pero, desde su conversación con Helena esa mañana, su cabeza no había dejado de darle vueltas al asunto. La luz natural era insuficiente y había encendido la lamparilla verde. Siempre le sorprendía ver a su compañera vestida de calle.

—Pasa y tranquilízate —le dijo—. Por la cara que traes, parece que se te ha aparecido la Güestia.

—Algo parecido, supongo, contando con que no tengo ni idea de lo que es la Güestia.

—Algo así como la Santa Compaña, pero de aquí.

—Entonces sí.

—Pues adelante. Cuéntamelo todo.

Helena sacó un bolígrafo y un pequeño cuaderno de su bolso y respiró hondo antes de comenzar:

—Se trata de ese Paulino. He hablado con mi amigo de Interior y se ha puesto a rebuscar en el ordenador mientras yo le daba los datos que teníamos…

Cogió de nuevo aire.

—¿Y? —El rostro de Ginés dibujaba en ese momento una perfecta interrogación.

—¡Pues que aparece en sus archivos como expediente reservado! —soltó la mujer casi sin aliento.

—¡Joder! ¿Y eso qué puede significar exactamente? —Ginés miró instintivamente a los lados y hacia la puerta cerrada mientras Helena consultaba su cuaderno.

—Según mi amigo, hay dos posibilidades: o forma parte de alguna investigación en curso o, de algún modo, es «de la casa».

—¿Cómo que «de la casa»? ¿Te refieres a que ese tío trabaja para ellos?

—Es muy posible. Su expediente está protegido y mi amigo dice que quizá haya trabajado para ellos en el pasado.

—¿Antes del 90?

—Exacto. —Ginés observó cómo el rostro de la mujer brillaba de emoción—. Quizá su identidad

haya cambiado porque antes trabajaba para la casa o porque ahora trabaja para ellos, o qué sé yo. Cualquiera de las dos posibilidades es factible.

Su compañero se había levantado mientras tanto a comprobar que la puerta del despacho estaba realmente cerrada. Después se volvió a Helena casi en un susurro cargado de tensión.

—¿Factible? ¿Dices que factible? ¿Te das cuenta de que esto se nos escapa de las manos?

—Me doy cuenta perfectamente. Mi amigo me ha dicho que nos andemos con cuidado. ¿Tú has hablado con la central?

—Ayer a mediodía. Llamé para ponerlos al tanto de todo, pero no me hicieron demasiado caso. Más o menos llegaron a decir que si no había cuerpo, no había crimen, pero que les mantuviéramos al tanto si hacíamos alguna averiguación.

Justo en ese momento sonó el teléfono fijo que había sobre la mesa. Los dos clavaron la mirada en el auricular.

—Es domingo y yo debería estar disfrutando de mi día libre —dijo Ginés, pero lo cogió igualmente.

Cuando tres minutos más tarde colgó el teléfono, parecía que un viento helado había atravesado la habitación. Miró unos segundos a Helena antes de hablar, y ella le sostuvo la mirada.

—¿Ese amigo tuyo es de fiar? —le preguntó sin preámbulos.

—Es un amigo de hace muchos años, apenas sé nada de él en los últimos tiempos, pero siempre me ha echado una mano cuando lo he necesitado.

—Pues parece que se ha chivado. No puede ser casualidad que me acabe de llamar el jefe de la central para interesarse de pronto por el caso.

—¿El jefe jefe? —Ahora Helena no podía disimular su asombro—. ¿Y por qué crees que su llamada tiene relación con…?

No la dejó acabar la pregunta.

—Porque me ha dicho que mejor dejemos las cosas como están, en resumen, que si no hay cuerpo y nadie ha reclamado a la chica ni coincide con ninguna denuncia por desaparición, quizá todo haya sido un malentendido. Se ha leído el informe y las declaraciones, incluida por supuesto la de Paulino, porque me ha comentado algunos detalles e incluso sabía que la profesora es diabética, mejor dicho, me ha insinuado de una manera poco sutil que todo podría haber sido una alucinación producto de la bajada de azúcar, que esas cosas ocurren todos los días…

—¡Con esto de tener todos los archivos centralizados cualquiera puede acceder a…! ¿Y tú qué has dicho?

—Casi nada, ya me has oído. Solo he añadido que la mujer no parece muy dada a las fantasías.

—Ya… —Ginés no estaba acostumbrado a ver a su compañera tan desconcertada, así que continuó.

—¿Pero sabes lo que es realmente extraño? Lo extraño es que me llame directamente para hablar de un caso así. Eso es lo que no es normal. ¿Recuerdas hace cinco años cuando aquel loco mató a los dos taxistas?

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Y recuerdas la que se montó el año pasado cuando encontramos los cinco quilos de heroína en el camión accidentado y salimos en el telediario?

—No quiero ni acordarme. ¡Vaya mogollón! ¿Pero a qué viene todo esto, Ginés?

—Viene a que en ninguna de esas dos ocasiones y, en realidad, en ninguna otra ocasión en los veinte años que llevo en este pueblo, me ha llamado el jefe para hablar de nada, ¡ni una sola vez!

—¡Joder, Ginés! ¡Nos hemos metido en medio de algo gordo y quieren que lo dejemos!

—Eso creo yo.

Helena sacó una cajetilla de Camel del bolso.

—Sabes que solo los locos o los presos pueden fumar en lugares públicos —la reprendió Ginés con un tono poco complaciente.

—Lo sé, jefe, y te aseguro que ahora mismo me siento muy cerca de las dos cosas.

IX

DOMINGO. LUNES

Llegaron a La Llosa a las dos y veinte. A última hora, las cosas se habían liado y no habían podido salir antes. Vania había conducido el coche de Juancho con seguridad hasta allí, pero al llegar al pueblo tuvo que parar el vehículo para orientarse. Reconoció el camino que llevaba a casa de Paulino y el maizal donde había encontrado a la chica. Desde lejos, como una herida abierta en el verde uniforme de las huertas, pudo distinguir la franja despejada por la segadora de Paulino. Prefirió no comentarle nada a Juancho. Dejaron el camino a la derecha y torcieron por una carretera estrecha que parecía llevar a la parte del pueblo donde se concentraban las casas. A unos 300 metros, la carretera se abría en una pequeña plaza asfaltada con tres coches aparcados de cualquier manera. En una esquina vieron dos mesas de plástico blanco con alguna silla desperdigada y, detrás, una puerta de cristal y madera. Encima, sobre la misma pared y pintado con estilo rústico, alguien había escrito con esmero: «Casa de comidas KIKO». Precisamente era la hora de comer y hasta ese momento no se habían cruzado con una sola persona. Aparcaron donde los demás coches y salieron. En el aire se mezclaban olores vagamente familiares, invisibles moléculas de cocido, de carne frita, de sardinas que vagaban libremente por el cielo de La Llosa y se depositaban en la pituitaria de los dos hombres. Vania sintió un hambre salvaje y a su compañero le sonaron las tripas como en un acto reflejo.

—Vamos a comer algo y de paso averiguamos dónde vive la vieja.

—No sé por qué todos os habéis empeñado en llamarla vieja. Yo creo que no era tan vieja.

—¡Qué más da, tío! Comemos y la buscamos. Recuerda que somos periodistas.

—¡Pero no traemos nada! Ni cámara de fotos ni nada.

—Tú déjame a mí, no me seas mosca cojonera…

En el chigre había una docena de mesas y por lo menos la mitad estaban ocupadas. Vieron platos repletos de una sopa densa y oscura y grandes fuentes con carne empanada y patatas fritas. Se sentaron y pidieron el menú. Antes de llegar al postre Juancho ya había entablado conversación con algunos parroquianos y cuando pidieron la cuenta sabían con exactitud dónde vivía Xuana y algunas otras cosas del suceso que llevaba ocupando la imaginación de todo el pueblo desde el día anterior. Juancho dejó una propina más que abundante y el dueño les dijo que cuando llamaran a la puerta de Xuana le dijeran que iban de su parte.

Dejaron el Citroën C3 azul aparcado en la plaza y se acercaron caminando a buen paso. La casa era exactamente como se la habían descrito en el bar: una pequeña tapia sobre la que asomaban las hortensias y una verja de hierro sin cerradura. Entraron y llamaron al timbre. Xuana abrió la

parte de arriba de la puerta de cuarterón y se encontró con dos jóvenes sonrientes. Finalmente, Taresa la había llamado y se quedaba a comer en Villa, así que estaba sola, había comido ligero y planeaba dormir una larga siesta, pero le pareció desconsiderado no atenderlos después de que se hubieran acercado hasta allí. Además, eran de un periódico nacional y eso halagó su vanidad. Sin embargo, no los hizo pasar. Los últimos sucesos habían abierto una grieta en su confianza hacia los desconocidos, así que los tres permanecieron en la puerta de entrada con el escudo de la parte inferior cerrada. En realidad, solo hablaba uno. El otro permanecía un poco más alejado, había sacado su teléfono móvil y Xuana supuso que lo estaba usando como grabadora. Ella les hizo un resumen del suceso y el más moreno le preguntó por algunos detalles.

—¿Se tiene alguna pista sobre quién pudo dejar allí el cuerpo o sobre la identidad de la chica?

—Creo que, hasta el momento, no —contestó Xuana un poco indecisa—; pero pueden ustedes pasarse por el cuartel de la Guardia Civil y preguntar por el sargento Ginés. Él es el que está haciendo las investigaciones. A mí me tomaron una declaración completa aquí, en mi casa, ayer por la mañana y, según tengo entendido, a Paulino, mi vecino, le hicieron ir por la tarde al cuartel…

—¿A Paulino, dice usted? ¿Es alguien del pueblo? ¿Tiene alguna relación con los hechos?

—Miren —contestó Xuana cada vez menos convencida de lo que estaba haciendo—. Paulino no tiene, en realidad, nada que ver, pero se ha dado una casualidad y…

El joven moreno la interrumpió:

—¿Sabe usted dónde podríamos encontrar a ese Paulino?

—Claro, estará por casa, supongo. Ha estado aquí esta mañana, pero se ha ido pronto. De todas formas, no creo que tenga ningún interés en esta historia, lo suyo ha sido pura casualidad.

Unos minutos más tarde, se había acabado la entrevista. Sin embargo, durante todo aquel rato, dentro de Xuana había ido creciendo la sensación de que algo no iba bien con aquellos dos, algo que no sabía definir pero que la había estado inquietando todo el tiempo como una señal de alarma encendida en alguna caverna profunda de su inconsciente. Cerró la puerta con llave y regresó a la cocina. Aquella mañana, para mantenerse ocupada después de que las visitas se habían ido, se había dedicado a pasar por la batidora un membrillo que había cocido tres días antes, y toda la cocina estaba impregnada de aquel olor dulzón. Y fue precisamente ese olor el que despertó su consciencia: ¡Ya sabía lo que era! ¡El chico alto, el periodista que no hablaba, olía a un perfume que su memoria había registrado! Ahora solo faltaba establecer la última conexión: cuándo y dónde había olido aquel perfume singular. Se sentó para acabar de tomarse su café y en ese momento lo supo. Y también en ese mismo momento comprendió, de alguna forma inexacta pero certera, la inminencia del peligro.

Cogió el móvil que tenía sobre la mesa. Pensó en Taresa, pensó en Ginés. Pero no, había algo más urgente que pedir ayuda: había que avisar a Paulino. Porque aquellos dos, estaba segura, se dirigían en esos momentos a su casa quién sabe con qué fines. Marcó el teléfono de su amigo y en unos segundos una voz cansada y somnolienta contestó a su llamada. Xuana ni siquiera saludó.

—Dos hombres acaban de estar aquí haciéndome preguntas sobre el caso de la chica y estoy segura de que uno de ellos es el que me golpeó ayer en el maizal.

—¿Qué dices, Xuana? ¿Estás segura? ¿Has llamado a la policía?

—No, te llamo a ti porque ahora mismo están camino de tu casa y no tengo ni idea de qué intenciones llevan. Ten mucho cuidado. Yo llamo ahora mismo al sargento Ginés y se lo cuento todo. Tú entretenlos.

—¡Espera un momento, Xuana! ¡No llames a nadie todavía! Hazme ese favor. Cojo el coche y en dos minutos estoy ahí.

—Pero qué dices, Paulino, ¿cómo no voy a llamar…?

—¡No llames, por favor, hazme caso!

Su voz sonaba implorante y Xuana comprendió que Paulino había colgado. Se quedó paralizada mirado fijamente al teléfono como si aquel artefacto tuviese vida propia. De pronto algo tiró de ella hacia arriba, algo la hizo levantarse, coger el bolso y buscar una chaqueta de lana que siempre tenía colgada en el perchero de la entrada. Se metió el móvil en el bolsillo de la falda, cerró con llave la puerta delantera y salió junto a la verja de su casa. Efectivamente, Paulino no se hizo esperar. Había salido corriendo de casa y solo cogió a su paso por la cocina las llaves de la furgoneta. Ya se había demorado demasiado buscando otra cosa en el armario de arriba y no podía perder un minuto más. Cuando estaba dando la vuelta en la pequeña explanada que había delante de su casa, vio a los dos hombres acercarse por el camino. Por suerte habían decidido visitarle a pie y eso le daba una ventaja. Pasó por delante de ellos a toda velocidad levantando la gravilla que todos los años por aquella época el ayuntamiento echaba sobre el camino para rellenar los baches. Por el espejo interior pudo ver que los hombres se volvían para seguirle con la mirada, pero no se detuvo lo suficiente para distinguir sus rostros con claridad. Recorrió el camino hasta casa de Xuana sin un atisbo de duda. En tan solo tres minutos y medio, atravesó la plaza, pasó por delante de la capilla de San Antonio y torció a la derecha para enfilar la cuesta de Los Perdidos. Antes de llegar arriba, se desvió los cien metros que llevaban a casa de Xuana. Y allí, delante de la verja, estaba ella. Por suerte había tenido la feliz idea de esperarlo afuera. Al cruzar sus miradas, Paulino comprendió que, a pesar de ser consciente del peligro, no había avisado a nadie. No tuvo más remedio que dar un frenazo delante de la mujer que, sin esperar un segundo, se subió a la furgoneta.

—Espero que puedas explicarme todo esto, Paulino.

—No te preocupes, Xuana, pero ahora tenemos que marchar de aquí, esos tipos son peligrosos —le dijo mientras giraba con cierta brusquedad el volante de la furgoneta.

Salieron al camino principal que los llevaría directamente a la carretera evitando las callejas del pueblo y, justamente antes del cruce, vieron el autobús de Villa que se detenía en la marquesina. Una figura menuda y enérgica se bajó con determinación del autobús y tomó el camino de La Llosa. Los dos reconocieron a Taresa y ella también debió reconocer la furgoneta blanca de Paulino porque la vieron pararse y esperar, seguramente con la esperanza de que Paulino diera la vuelta y la acercase hasta su casa antes de seguir su camino. Ese era el tipo de cosas que solía

hacer su vecino. Pero, en vez de eso, la furgoneta se paró bruscamente a su lado y Taresa no pudo evitar el susto que le produjo ver a su amiga Xuana en el asiento del copiloto.

—Sube, Taresa —le dijo su amiga con autoridad cuando el coche frenó.

Su ventanilla tenía un pequeño hueco abierto y Taresa apenas pudo oír lo que le decían, pero supo interpretar el gesto y, como un autómata, abrió la puerta corredera, subió en la parte de atrás y se puso el cinturón. Cuando acabó de encontrar el enganche, la furgoneta ya volaba por la carretera principal, aunque probablemente ninguno de sus tres pasajeros tenía la menor idea de a dónde se dirigían. Con un susto de miedo en el cuerpo, Taresa acertó a preguntar:

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto?

—Te lo explicaremos un poco más adelante, cuando nos hayamos alejado un poco del pueblo —contestó su amiga recobrando un poco la calma. De momento, vete pendiente de si nos sigue algún coche.

—¿Qué tipo de coche? —preguntó Taresa con un brillo nuevo en los ojos.

Los dos pasajeros delanteros se miraron interrogantes. No sabían qué coche podían traer aquellos individuos, y solo Xuana era capaz de reconocerlos si se los encontraba de frente.

—Tenemos que buscar un sitio seguro donde pasar unas horas, un sitio donde no puedan encontrarnos —dijo Paulino dirigiéndose a las dos mujeres.

—El mejor sitio sería el cuartel de la Guardia Civil de Villa —cortó Xuana con sequedad.

—Por favor, Xuana y tú, Taresa, os pido a las dos que confiéis un poco en mí. Siempre os he ayudado ¿no? Todos estos años hemos confiado unos en los otros y yo he estado ahí. Ahora os pido unas horas. Sé que estáis asustadas, pero es muy importante. —Las dos permanecieron en silencio. Después Taresa dijo, titubeando:

—En realidad, yo no sé de qué va todo este misterio vuestro, pero me gusta…

La tensión acumulada en la última media hora hizo que los otros dos se echaran a reír.

—Eres una inconsciente, Taresa, ¡y una peliculera! —le reprochó suavemente Xuana a su amiga mientras extendía su brazo izquierdo hacia el asiento de atrás. Taresa se echó un poco hacia adelante y apretó con fuerza la mano de su amiga.

—Seré lo que dices, pero yo estoy dispuesta a confiar en Paulino. Es nuestro amigo, Xuana.

Xuana miró al frente y después a su amigo.

—Está bien —dijo—, pero a ver a dónde nos llevas. Y quiero una explicación completa.

—La tendréis. Y no te preocupes. Ya tengo una idea.

—Pues respeta los límites de velocidad si no quieres que tengamos un problema antes de tiempo.

El ambiente dentro de la furgoneta se había relajado un poco. Paulino se concentraba en conducir apurando los límites de velocidad en cada tramo. Las mujeres permanecían en un silencio expectante.

—¿Conocéis a Salva, la veterinaria de Riosa? —les dijo de pronto mientras tomaba una desviación hacia la costa.

Xuana negó con la cabeza. No quería quitar la vista de la carretera porque sabía que estaba a punto de marearse.

—Sí, es esa chica bajita que anda por ahí en un todoterreno negro —dijo Taresa—. A última hora, el pobre Fernán, el veterinario, estaba comido por el cáncer… ¡y mira que era bueno aquel hombre con los animales, que parecía que le hablaban al oído de lo bien que los entendía! Yo, como hace años que no tengo animales…

Paulino cortó la digresión de Taresa, que podía alargarse con tranquilidad por toda la parentela de la comarca, con o sin animales.

—Sí…, bueno…, pues lo que os quería decir es que estamos yendo hacia casa de Salva.

—¿La has llamado? —intervino Xuana, que solo rompía su mutismo para cuestiones puramente prácticas.

—No, no la he llamado, ni tampoco es una amiga íntima, pero creo que la conozco lo suficiente para saber que no nos dejará colgados.

—¿Sabes el camino?

—He estado solo una vez, pero creo que sabré llegar.

Según avanzaban y tomaban nuevas desviaciones a uno y otro lado, iban dejando atrás el paisaje duro de caliza y bosque cerrado. Xuana bajó la ventanilla y un aire húmedo inundó el coche con un regusto de salitre y algas. En algún punto en el horizonte, como un presentimiento inasible, el mar anunciaba su presencia y Xuana sintió el mismo escalofrío que le recorría la espalda cada vez que sus huesos detectaban la cercanía del mar. Era algo físico, algo que le sucedía desde pequeña, cuando su padre las llevó a su hermana y a ella en el tren a Toraño un día de finales de julio: «Esto es el mar», les dijo. Se descalzaron en la orilla y Xuana sintió por primera vez aquel escalofrío en la espalda, como una pequeña sacudida eléctrica seguida de cierta languidez en los músculos. «Tus feromonas deben activarse con el agua de mar», le dijo años después su primer amante cuando Xuana se lo contó después del amor. Y quizá sí, quizá había en su cuerpo una conexión innata entre el estímulo del deseo y el efecto del mar.

La furgoneta se detuvo bruscamente y Paulino se disculpó. A ambos lados de la carretera se levantaban pequeños montículos de arena cubiertos de hierba.

—Lo siento, chicas, pero creo que me he perdido. Vamos a dar la vuelta.

—¡No seas tozudo y llama a esa mujer, hijo! Si de verdad crees que nos va a ayudar, es mejor

que la avises de que vamos a llegar y de paso, que te indique el camino.

—¿A qué nos tiene que ayudar? —preguntó tímidamente Taresa desde el asiento de atrás. Todo ese tiempo se había sentido excluida de las claves que los otros dos manejaban, pero había comprendido que nadie le iba a explicar nada mientras estuvieran en aquella especie de fuga. Sin embargo, llegados a ese punto, no había podido reprimir aquella tímida pregunta.

—Yo no sé mucho más que tú, Taresa, pero en cuanto lleguemos adonde sea que estemos yendo, pondremos las cosas en claro.

Xuana había mirado a su amiga con cariño a través del espejo, pero se notaba que estaba empezando a enfadarse con toda aquella situación. Paulino había dado la vuelta y ahora subían una cuesta empinada. La pequeña carretera se alejaba de las dunas hacia el interior y, como por encanto, después de una curva endemoniada, el paisaje se despejaba de nuevo en una cima casi sin árboles donde se apiñaban una docena de casas.

—Allí es —dijo Paulino con cara de satisfacción señalando una de las casas un poco alejada del resto.

—¿Y si no están? —preguntó Xuana—. Eres un cabezota.

—Seguro que están. Tienen tres hijos pequeños. No creo que un domingo por la tarde a estas horas vayan a estar muy lejos.

Tal como su amigo afirmaba, Salva se hizo rápidamente con la situación. Su compañero, Paulo, estaba de viaje y no llegaría hasta el día siguiente. Dos de los niños jugaban en el jardín y el tercero, solo un bebé, dormía plácidamente en su cuna. La veterinaria los hizo pasar como si fuese lo más normal que aquellos tres se presentaran de improviso en su casa con cara de susto un domingo por la tarde. Paulino se disculpó y le dio algunas explicaciones en un aparte que las dos mujeres no pudieron oír. Xuana estaba realmente avergonzada y enfadada por aquella intromisión en una casa ajena y, por supuesto, arrepentida de haberle hecho caso a su amigo. Sin embargo, Taresa parecía encantada. Aquello era una de las pocas cosas emocionantes que le habían pasado en los últimos tiempos y no tenía ninguna intención de perderse ni el más mínimo detalle.

—Podéis quedaros todo el tiempo que necesitéis —les dijo Salva mientras los tres se acomodaban en la mesa de la cocina—. Aquí tenemos sitio de sobra y los niños se irán dentro de un rato a la cama. Entonces podremos hablar tranquilamente, pero de momento voy a hacer café.

Mientras en la cafetera italiana hervía el agua, la mujer fue poniendo sobre la mesa un paquete de dónuts y dos cajas de galletas digestive, con chocolate y sin él: «manjares de casas con niños», pensó Xuana. Después sacó de la nevera auténtica mantequilla casera y dulce de manzana, partió una buena cantidad de rebanadas de pan y fue poniéndolas en la tostadora. Los tres invitados ya habían dejado de resistirse tras los primeros intentos y ahora estaban agradecidos y —había que reconocerlo— también hambrientos. Los niños entraban y salían revoloteando alrededor de la merienda junto con dos preciosos perros labradores y tres o cuatro gatos de diferentes tamaños y

pelajes.

—Son un encanto —dijo Taresa con absoluta sinceridad.

—¿Los gatos? Sí, lo reconozco. Son mi debilidad.

—No, mujer, los niños.

—Son auténticas trituradoras —respondió Salva con una amplia sonrisa que aclaraba la broma —. ¿Nos veis cómo comen? Cualquier cosa que ponga sobre la mesa, desaparece al instante. Siempre me acuerdo de aquella película antigua con Katharine Hepburn, Cuando ruge la marabunta, creo que se llamaba. Aún recuerdo las escenas en las que aquellas hormigas voladoras asesinas acababan en cuestión de minutos con inmensos campos de sembrados. Pues estos hijos míos me recuerdan a la marabunta. Y porque el bebé aún no mastica, pero viendo cómo chupa el biberón, lleva el mismo camino.

—Creo que era Eleanor Parker… La protagonista, quiero decir.

—¡No me digas! ¡Hubiese jurado sobre la mismísima Biblia que era la Hepburn!

—Lo siento, son resabios de profe… tantos años…

—Ni te preocupes, Xuana, soy un desastre para las caras. ¡Menos mal que con los animales no tengo ese problema!

La conversación siguió distendida unos minutos más. Salva se reía abiertamente mientras atendía a todo el mundo. Aquella mujer menuda y enérgica desplegaba una actividad y una fortaleza a prueba de niños, bichos y demás fauna doméstica.

—Paulo ha cogido esta misma mañana un avión a Lisboa —continuó contando—. En la universidad están poniendo en marcha un proyecto de cooperación con Cabo Verde y él está coordinando la parte que corresponde a nuestro país.

—Me hubiera gustado saludarle —respondió Paulino, que a todas luces era el único que conocía al compañero de Salva.

—Si os quedáis hasta mañana lo veréis, creo que llega a mediodía. Y aquí hay sitio para que pernocte un regimiento.

Xuana no quería ni plantearse aquella posibilidad, pero no quiso decir nada. Solo Paulino sabía qué hacían realmente allí aunque, de momento, todo el mundo intentaba distraer la tensión.

—¿Y cómo os arregláis con los tres chiquillos? —intervino por fin Taresa, que había permanecido en un mutismo bastante elocuente.

—Bueno, tenemos a Sonia, una chica maravillosa de aquí, del pueblo. Viene los lunes temprano y se va los viernes a última hora de la noche. Ella es el alma de la casa y los niños la adoran. En realidad, todos la adoramos, y lo que le pagamos nunca podrá compensar lo que ella nos da.

Como vive aquí cerca, algunos fines de semana que no tiene plan se pasa por casa a ver un rato la tele o a tomar un café. Hemos tenido muchísima suerte con ella. Incluso con el tercero, con Gabriel, se lo consultamos antes de decidirnos. Paulo decía que, si ella no podía comprometerse por lo menos un par de años más con nosotros, él no se atrevía con otro. Y ya veis, ahí está Gabriel, el resultado de una decisión tomada a trío. Eso sí, parece que solo se me dan bien los varones, ¡qué le vamos a hacer!

Los tres dirigieron una mirada tierna al bebé que seguía durmiendo en su cuna. Salva hablaba de un modo desenfadado y alegre, como si la vida solo le hubiera deparado cosas buenas.

A las nueve de la noche los dos niños mayores se habían ido a la cama después de cierto revuelo. Taresa había ayudado con el baño y Paulino había estado trajinando por la cocina con el permiso de la dueña para preparar la cena. Mientras tanto, Xuana se había acostado un rato en la habitación de invitados. Estaban siendo dos días demasiado cansados y tenía que controlar las subidas y bajadas de azúcar.

A las nueve y media, Salva había abierto una botella de tinto Rioja Viña Salceda para acompañar los espaguetis a la carbonara de Paulino. Una gran fuente con ensalada añadía un aire fresco en el centro de la mesa, y dos platos con chorizo y jamón ponían su nota de color. A Xuana siempre le resultaba reconfortante contemplar una mesa así, en ese justo momento antes de empezar a comer. Aunque había merendado abundantemente, por alguna extraña razón todos parecían tener un hambre feroz. Xuana solo podía comer ensalada y jamón y, de hacer un exceso, decidió hacerlo con el vino. Sin embargo, la conversación transcurría por temas intrascendentes, como si los invitados a aquella cena improvisada hubieran sido realmente invitados y no unos intrusos repentinos. Finalmente, cuando Salva volvió de la cocina con una gran bandeja llena de mandarinas, manzanas y nueces de postre, todos comprendieron que había llegado el momento de hablar en serio. En los platos aún quedaban algunos restos de jamón y chorizo, a todas luces excesivos, pero la ensalada y los carbonara habían desaparecido. A esas alturas ya se habían bebido la segunda botella de vino y Paulino vació su copa antes de dirigirse a sus compañeras de mesa:

—Sé que os debo a todas una explicación —comenzó diciendo—. La primera a ti, Salva, por habernos presentado aquí, en tu casa, de esta manera intempestiva. Y también a ti, Taresa, que te hemos asaltado en la carretera sin darte ninguna explicación.

Salva hizo un gesto con la mano que pretendía restar importancia a las palabras de su amigo, pero sus ojos delataban su enorme curiosidad. A continuación, Paulino hizo un relato bastante detallado de los acontecimientos de las últimas horas, cómo dos desconocidos se habían presentado en casa de Xuana haciéndose pasar por periodistas y cómo ella había reconocido el olor de uno de ellos como el del hombre que la había golpeado en el maizal la mañana del sábado. Xuana asentía sin intervenir hasta que Paulino llegó a la parte donde le había pedido que no llamara al cuartel para dar aviso.

—Ahora las explicaciones también son para mí, Paulino. He aguantado todo este tiempo y este despropósito de huida porque te conozco desde hace diez años y siempre has sido un buen amigo, pero las cosas han llegado demasiado lejos. No sé qué tienes tú que ver con la chica muerta del maizal, pero es obvio que has estado ocultando algo importante.

A su alrededor se iba cerrando un círculo invisible, algo que los aislaba de todo y que los mantenía atrapados e inmóviles en torno a aquella mesa. Los ojos de Taresa brillaban con luz propia y Salva desvió la mirada instintivamente hacia la cuna del bebé. Paulino respiró con profundidad antes de seguir hablando:

—Sé que he abusado de tu confianza, Xuana —dijo con voz forzada—. En realidad, de la confianza de las tres.

Hizo una pequeña pausa y después añadió:

—Y os agradezco de verdad todo lo que estáis haciendo por mí.

—No te preocupes, Paulino, y cuéntanos lo que puedas o como puedas. Sabes que te queremos.

La voz de Taresa había sonado dulce y conciliadora y su amiga no pudo más que admirar de nuevo la capacidad que tenía aquella mujer para ponerse con absoluta naturalidad en el lugar de los otros. A su lado, Xuana se sintió de pronto egoísta y cobarde. ¿Y aquella facilidad para decir «te queremos»? ¡Ella era incapaz de expresar así sus sentimientos!

—Está bien —comenzó otra vez el hombre—. Empezaré por deciros que no me siento nada orgulloso de las cosas que vais a oír de mí. Por el contrario, estoy bastante avergonzado y arrepentido de la mayor parte de ellas. Sé que después de escucharme no podré volver a ser para vosotras la misma persona, el Paulino al que habéis conocido y en el que habéis confiado todos estos años.

Una corriente nerviosa recorrió las manos femeninas que estaban posadas sobre la mesa en diferentes posturas. Taresa cruzó los dedos con fuerza, Xuana se aferró a su copa de vino como a un talismán y Salva sacó de alguna parte un paquete de tabaco de liar. Los demás ni siquiera habían previsto la posibilidad de fumar en aquella casa llena de niños, y menos con un bebé durmiendo en la misma sala, pero Salva tomó la iniciativa.

—Me llevo a Gabi a su cuarto y nos fumamos un pitillo, después ventilamos un poco y santas pascuas —dijo al tiempo que se levantaba y cogía en brazos al niño. Los demás esperaron sin moverse, en silencio. Xuana estaba asombrada de que Taresa no se pusiera a rellenar aquel momento de vacío con su verborrea habitual. Sabía que su amiga no soportaba esa tensión del silencio. Pero quizá estaba descubriendo a otra Taresa más serena y comedida. O aún peor: quizá estaba descubriéndose a sí misma como otra persona mucho más vulnerable y temerosa que su amiga.

Salva regresó en unos minutos con una botella de aguardiente casero y un artilugio para vigilar al bebé a distancia. Puso cuatro pequeños vasos sobre la mesa.

—Es casero. De hierbas. Se lo regalaron a Paulo, pero tened cuidado que entra muy bien y se sube a la cabeza aún mejor.

Taresa llenó los cuatro vasos. Xuana estuvo a punto de decir que no, pero la dejó hacer. Se notaba que Paulino estaba impaciente por seguir con su relato, así que las tres mujeres concentraron en él sus miradas. El hombre bajó un poco los ojos antes de continuar:

—El viernes por la noche llegué tarde a casa, había estado en la ciudad con unos amigos y en el camino de vuelta me detuve a tomar una última copa en un local que se llama Afrodita, no sé si os habéis fijado alguna vez al pasar por la T2. Si vienes hacia el pueblo por la autopista, a la derecha, antes de tomar la desviación, se ve un cartel a lo lejos, y de noche una especie de dibujo con luces verdes de neón…

—¿Afrodita? ¿Cómo que «Afrodita»? ¿Qué tipo de sitio es ese? —A Xuana, la voz le había salido chillona.

—No grites, Xuana, el Afrodita es un puticlub muy conocido —dijo Taresa con tranquilidad.

Las otras dos mujeres giraron la cabeza al mismo tiempo hacia Taresa. No daban crédito a lo que estaban oyendo. Salva estaba asombrada, pero a Xuana la delataba la furia.

—Así es —contestó Paulino avergonzado—, pero dejadme seguir, por favor. Si no os lo cuento de un tirón, no sé si seré capaz de hacerlo.

—Pues yo no sé si quiero seguir escuchándote —le cortó la voz de Xuana, que ya sentía un primer cuchillo clavado en la piel.

—Vamos a tranquilizarnos y a dejar que Paulino lo cuente todo —terció Salva posando su pequeña mano sobre la muñeca de Xuana.

—Sí, Xuana, deja que se explique, mujer —ayudó Taresa.

Xuana bajó los ojos y Paulino comprendió que, si no arrancaba en ese instante, perdería su oportunidad.

—Era la segunda vez que paraba en el local y me tomé un par de gin-tonics en el bar con las chicas.

—Ahórranos los detalles, por favor.

—En realidad, no pasó nada hasta llegar a casa. Era tarde, no sé muy bien qué hora, y antes de entrar me pasé un momento a ver a la Frida. Llevaba un día quejándose y quería comprobar que todo seguía en orden antes de acostarme.

—El viernes por la mañana cuando la reconocí te dije que aún le faltaba un tiempo —intervino Salva.

—Lo sé, Salva, pero ya sabes lo neurótico que me pongo, así que entré en el establo un minuto y la encontré un poco intranquila, pero sin señales de parto. Después me fui a la cama y me dormí enseguida. No sé cuánto tiempo había pasado cuando algo me despertó, una sensación o un ruido de esos que se te meten en los sueños. Me desperté sobresaltado y sentí con claridad los gemidos de la vaca, así que me puse algo encima del pijama y salí de nuevo hacia el establo. Frida estaba muy inquieta y me entró el pánico. Comprobé la dilatación y fue cuando decidí ponerle una de las inyecciones que tú me habías dejado por la mañana, por si las cosas se ponían mal…

Paulino dirigió una mirada implorante a Salva, como si aquel hubiese sido su segundo pecado.

—Hiciste bien, no te preocupes. Sigue.

—Las inyecciones las tenía en el maletero de la furgoneta, por eso abrí el portón de atrás y allí estaba la chica. Asomaba debajo de un toldo gris que siempre llevo, medio envuelta con una sábana… no sé…

Sin darse cuenta, Paulino había ido bajando el tono de voz hasta que sus últimas palabras se hicieron casi imperceptibles.

—Como por arte de magia.

El silencio dio paso al estupor y casi simultáneamente el bebé comenzó a lloriquear a través de la cámara, y aquel llanto repentino fue la expresión exacta del pánico que anegó la cocina como una súbita riada: el río Salia inundado las tierras bajas de La Llosa.

Las preguntas se quedaron encerradas en las bocas sin atreverse a irrumpir. Xuana se levantó de un salto y Taresa, a su lado, se aferró al brazo de su amiga. Salva saltó como movida por un resorte hacia la otra habitación donde lloraba el pequeño y Paulino sostuvo la mirada fija sobre la mesa, como si en esa disposición desordenada de vasos, cigarrillos y ceniceros sobre el mantel pudiera descifrar un dibujo escondido, un camino que lo guiara fuera del túnel. Todo duró unos segundos, pero si alguna vez les preguntaran, las tres mujeres podrían hablar durante horas de aquel instante mínimo. Fue un tiempo agonizante, moribundo. Como esa polilla que gira alrededor de la lámpara justo en el momento antes de quemarse.

Paulino sacó fuerzas para continuar antes de que estallara la tormenta:

—Yo me había acostado una vez con la chica. La única vez que había estado en el Afrodita antes de este viernes, hace quince días. Por eso la reconocí. Aquel otro día, de pronto, había salido de algún sitio del bar, me cogió de la mano y me llevó a un cuarto en el piso de arriba. Solo recuerdo que iba como un sonámbulo con su pequeña mano entre la mía. Yo estaba borracho y me acosté con ella. Eso fue todo. Después, creo que pagué en algún sitio y me fui de allí. No volví a verla hasta este viernes en la furgoneta. O, mejor dicho: creí verla unas horas antes en la barra del club entre las demás chicas, pero cuando quise fijarme, ya no estaba. Quizá era otra, no lo sé. Cuando la encontré en el maletero me entró el pánico y lo único que se me ocurrió fue deshacerme de ella. Ya sé que es del todo irracional, pero pensar en que Rosa y las niñas se vieran envueltas en una cosa así…

—Querrás decir en que se enterasen de tus correrías por los prostíbulos —le cortó Xuana sin poder reprimir toda la carga de rencor que le salía por cada poro.

Después, continuó hablando con un tono forzadamente sereno:

—Difícilmente puedo entender tu actitud, Paulino, pero lo que me resulta del todo incomprensible es por qué no paraste las cosas cuando la historia se complicó: ¿es que es más importante tu reputación que la seguridad de la gente a tu alrededor, incluso quién sabe si la de tu propia familia? De verdad que no lo entiendo. ¡Y ahora, esos dos matones que aparecen

buscándonos a ti y a mí y solo se te ocurre esta huida ridícula, en vez de irnos directamente a buscar ayuda! Esto es una locura sin sentido y tú lo sabes, Paulino, nos has puesto en peligro a todas de una manera absurda y encima, lías en esto a la pobre Salva, que ni le va ni le viene. Sin contar con Taresa, claro.

Xuana había soltado todo el discurso apenas sin respirar, mientras las otras dos mujeres permanecían absortas en el curso de los acontecimientos.

—Por mí no te preocupes, Xuana. Como puedes ver, estoy acostumbrada a lidiar con cuatro hombretones a la vez —intervino Salva intentando quitar un poco de dramatismo a la escena, y Paulino comprendió otra vez que no se había equivocado al pedir refugio en casa de su amiga.

Pero de nuevo fue Taresa, «la impredecible Taresa» —pensaría siempre Xuana—, la que supo ver más allá de sus compañeras cuando tomó la palabra.

—Vamos a ver, «metepatas». Comprendo que volvieras al maizal a la mañana siguiente porque todo el mundo sabe que siempre se vuelve al lugar del crimen. Comprendo que al no encontrar nada, vieras la oportunidad de seguir con el engaño e incluso de arrasar el campo de maíz, ignorante como eras de lo sucedido con Xuana esa misma mañana. Pero hijo, te conozco desde que llegaste al pueblo. Te he visto cómo te ganabas la confianza y el cariño de la gente poco a poco, he visto tu cara de bobo cuando nacieron tus hijas, he visto cómo Rosa y tú levantabais la casa, cómo levantabais también vuestras vidas en esa aldeúcha nuestra que, dicho sea de paso, no sé qué interés puede tener para nadie, así que ya vale de tanta pamplina. Te has ido un par de días de alterne y estás metido sin comerlo ni beberlo en un follón de mil pares, pero si de verdad quieres que sigamos contigo en esto hasta al final, ya puedes empezar a contar la verdad. Si no, al menos yo, me pido ahora mismo un taxi y me voy a mi casa. Y llamo al cuartel, claro, que una ya está un poco mayor para ciertas cosas.

Como para rubricar aquel final, la mujer cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿La verdad? ¿Es que crees que lo que nos ha contado no es la verdad, Taresa?

—Vamos, Xuana, parece mentira para ti que seas tan ingenua, ¿o es que en tus libros no se aprende nada? Seguro que nos ha contado la verdad, pero solo es una pequeñísima parte de la verdad. Tú misma acabas de decir que no entiendes esta huida sin sentido que nos pone a todas en peligro.

Xuana se sintió de nuevo como una aprendiz inexperta y torpe ante la sabiduría de Taresa. Y no le gustó. ¿O acaso estaba ocurriendo lo que siempre había temido? ¿Acaso este era el momento en el que alguien iba por fin a descubrir que ella era una impostora de sí misma, que toda aquella reputación de mujer fuerte, inteligente y bondadosa no era más que una armadura donde había escondido sus impulsos egoístas, sus miedos y debilidades, y que cada día de su vida tenía que hacer grandes esfuerzos para que no salieran a la luz, para que no la devoraran por completo, igual que una bacteria devora los intestinos donde se aloja? Ahora resulta que su más reciente amiga, su «ignorante» amiga cultivada en los reality shows más infumables de la televisión, entendía el corazón humano con más profundidad que una lectora de Flaubert, de Shakespeare, de Stendhal… Y, además, era a un tiempo generosa y práctica, valiente y precavida, cuando ella misma solo podía sentir rabia, rencor y terror. Si aquellos dos matones

se presentaran en ese momento en la cocina de Salva, probablemente ella, la valiente Xuana, habría salido corriendo a la menor oportunidad sin mirar atrás, sin saber si sus otros compañeros de viaje —incluidos los niños y el bebé— iban a tener una oportunidad. El fango la cubría, le llegaba a la boca, taponaba sus vías respiratorias, la asfixiaba; sentía que una fuerza oscura tiraba de ella hacia abajo y que precisamente allí abajo solo estaba el vacío, la oscuridad, la nada. En ese momento la voz de Taresa la rescató, la levantó con fuerza y la sacó de las tinieblas, fuera de la ciénaga.

—¿Qué te pasa, Xuana? ¿Estás bien? ¡Te has quedado completamente blanca!

No había llegado a desmayarse, pero sintió que regresaba desde algún lugar lejano. Vio la cara de Paulino muy cerca de la suya, las manos de Salva que sostenían una jeringuilla y los brazos poderosos de Taresa que rodeaban sus hombros con ternura.

Salva había abierto las ventanas y en la sala rondaban los fantasmas de millones de algas y moluscos. Aquella brisa marina hizo que regresara de algún lugar desconocido.

—Estoy bien. No os preocupéis. Estoy bien. Además, ya veo que he caído en buenas manos —dijo mirando hacia la jeringuilla de Salva.

—Yo no diría tanto, Xuana. No estoy acostumbrada a tratar con insulina para humanos. Además, no podría inyectarte sin saber tus índices de azúcar.

Xuana sonrió y se reincorporó en la silla recobrando el control de su cuerpo mientras los otros tres permanecían de pie a su alrededor. Había estado durante un instante en los infiernos, pero solo ella lo sabía. Se dirigió a Salva mirando la jeringuilla con temor.

—Creo que de momento no me hará falta, pero déjala preparada, por si acaso.

Intentó decirlo con una sonrisa que mostrara su agradecimiento y de paso, desviar la atención que se había centrado sobre ella. Sin embargo, algo había sucedido en ese breve espacio de tiempo, algo que los había transformado.

—Esto se acabó —cortó Paulino con voz tajante y pálido como un cadáver—. Nos vamos a la policía o adonde sea. No puedo seguir poniéndoos en peligro.

—No, Paulino. De aquí no se mueve nadie hasta que lo oigamos todo. Después decidimos.

Los tres miraron a Xuana con asombro. Ella había sido la más dura e intransigente desde el principio, la que le había reprochado aquella huida absurda. Y ahora, esta tregua inesperada.

—No, Xuana. Has estado a punto de un colapso o lo que sea que pueda pasarte. Lo que tenga que contar se lo cuento al sargento Ginés o a quien tenga que oírlo.

—Que no, Paulino. —Por fin Xuana se había repuesto del todo y su voz sonaba de nuevo firme y autoritaria—. Nos lo debes. Si después vamos los cuatro al cuartelillo o te vas tú solo, ya lo decidiremos. Nos hemos ganado el derecho a escuchar la verdad por muy dura o vergonzosa que tú la consideres. Y no os alarméis tanto por mí que, si todo va con normalidad, hasta mañana por

la mañana no debería tocarme mi dosis de insulina y es verdad que para entonces me gustaría estar en mi casa. Pero hasta ese momento, tenemos tiempo.

Las otras dos mujeres asintieron. A esas alturas, los cuatro habían recobrado sus puestos en la mesa como si de una partida de póker se tratara. Salva había pensado en los niños, pero mientras permanecieran en casa sentía que estaban fuera de peligro. Aquella era su fortaleza, la fortaleza que Paulo y ella iban construyendo día a día para ellos. Además, aquel pueblo era su «Securitas» particular y gratuito. Nada sucedía allí que no trascendiera inmediatamente. Aunque no lo había comentado —al fin y al cabo, aquella gente sabía de sobra cómo funcionaba un pueblo— a aquellas horas, en todas las cenas de los alrededores se había comentado de una u otra manera la presencia de las visitas en El Palomar, como llamaban a su casa todos los vecinos. Es más: Salva reconocía con orgullo que tres o cuatro de ellos serían capaces de poner en riesgo sus vidas para defender a su familia.

—Solo pongo una condición —añadió Xuana.

—¿…?

—Que por mucho que insista no me dejéis probar una gota más de ese orujo infernal.

La broma de Xuana hizo que los rostros se relajaran. Incluso Paulino fue capaz de esbozar una sonrisa. Para solemnizar el momento, el reloj de una iglesia dio las doce campanadas.

—No es de aquí —aclaró Salva—. Aquí solo tenemos una pequeña capilla. Es de abajo, a diez kilómetros, pero por algún fenómeno acústico se oye perfectamente.

Justo con las campanas empezó a sonar un móvil, y en un momento se armó un pequeño guirigay.

—Es Rosa, mi mujer —dijo Paulino—. Tengo varias llamadas perdidas y estará preocupada.

Con el último soniquete, contestó:

—No te preocupes, estoy con Xuana, en su casa —mintió delante de las otras.

Después se levantó, se dio la vuelta y el resto de la conversación transcurrió en un tono inaudible para sus vecinas. A los dos o tres minutos volvió a su silla, apagó el móvil y, mirando a sus compañeras con un ligero temblor en el labio inferior, pronunció las palabras que destaparían su particular caja de Pandora:

—Me llamo Vicente, como mi padre, y como él llevo el apellido Paular de primero y Zubizarreta, de mi madre, de segundo. Mi nombre actual y el apellido que llevan mis hijas fueron inventados hace exactamente 28 años por alguien que ni siquiera conozco. Ni ellas ni mi mujer saben mi verdadero nombre ni la historia que os voy a contar esta noche. Las niñas solo conocen a sus abuelos maternos y algunas anécdotas de mi infancia que he seleccionado para ellas.

Aunque a aquellas alturas las tres mujeres se creían curadas de espantos, aquel comienzo fue más

de lo que se esperaban. El hombre que tenían delante y que desde ese momento ya no conocían con certeza, continuó hablando:

—Cuando acabó la Guerra, como tantos otros, mi padre fue represaliado. Primero estuvo dos años en un campo de concentración, en Huesca, y después volvió al pueblo, desnutrido y enfermo con una neumonía mal curada que, supongo, fue la causa de su muerte prematura años después. Se había alistado muy joven con la República y, como tenía estudios y buena cabeza, enseguida llegó a sargento. En realidad, él decía que no había pegado un tiro en toda la guerra, que desde el principio había estado en suministros gracias a su experiencia en el negocio familiar y a su habilidad con los números.

—¿Cuál era el negocio familiar? —interrumpió Taresa.

Los tres compañeros de mesa la miraron extrañados. Se veía que las otras dos mujeres querían que la narración llegara pronto al meollo de la cuestión, pero Xuana sabía que Taresa no podía resistirse a una buena historia, que su sentido narrativo exigía cierto rigor en los detalles. Paulino o Vicente, o como quiera que fuese ahora su nombre, sonrió con la imagen de algún recuerdo entrañable.

—Resulta difícil de definir pero, para que os hagáis una idea, mi abuela decía que en aquella casa dábamos servicio desde el primer pañal hasta la mortaja. Y realmente era algo así. La abuela Rosario había montado una especie de emporio a partir de uno de esos locales mitad tienda, mitad bar, en las que lo mismo se despachaba un quilo de queso que dos pilas para la radio. Allí, en la parte trasera, un local inmenso que mi abuela había habilitado, se celebraban las bodas, los bailes y los bautizos y allí, bajo su supervisión, se organizaban cada quince días las sesiones de cine.

—¡Vaya! Todo un personaje, tu abuela…

En respuesta, Paulino le devolvió a Salva una sonrisa melancólica.

—Sí, más que un personaje. Tenía un talento natural para los negocios y un respeto casi reverencial por la cultura. Por eso mandó a mi padre a estudiar con los jesuitas a Guadalajara. De lunes a viernes, mi padre aprendía latín, griego, aritmética o historia nacional, pero el fin de semana trabajaba sin descanso en el negocio familiar. Por eso, ocuparse de suministros durante la guerra fue para él lo más natural. Con dieciocho años se había alistado, con veintitrés salió de la cárcel y regresó al pueblo. Pero allí las cosas habían cambiado. Su padre, mi abuelo, era un hombre atemorizado y envejecido y su madre había perdido el negocio e intentaba inútilmente remontar sus vidas. Mi padre contaba cómo a cualquier hora del día o de la noche la Guardia Civil los levantaba y registraba la casa sin previo aviso. Su madre —mi abuela— parece que seguía con el mismo vigor de siempre, pero les habían requisado todas sus propiedades y había tenido que montar un pequeño almacén en la parte trasera de la casa. Yo aún conocí aquella tienda cuando era pequeño.

—¿Y qué pasó entonces? —intervino Taresa, ahora impaciente.

—Bueno, aquí viene la parte que más interesa para lo que quiero contaros. Con tu permiso, Taresa, me voy a saltar los pormenores hasta el día en que mi abuela cogió en un aparte a mi

padre y le dijo que aquello no era para él, que él había estudiado y tenía que buscar un futuro lejos de aquel pueblo donde los vigilaban como a alimañas y quién sabe qué otras desgracias estaban maquinando. Así fue como mi padre apareció un buen día en Bilbao y como, un tiempo después, conoció a mi madre, que también era una recién llegada del pueblo y, en definitiva, como aparecí yo en el mundo…

—¡Ay, hijo, qué soso te estás poniendo! ¡Con lo bien que nos has contado todo lo de tu abuela y ahora te pones a correr como si te estuvieran persiguiendo!

—Taresa —intervino Xuana con cierta brusquedad—. Te recuerdo que Paulino tiene algo importante que decirnos. Comprendo que te interese la historia de su familia, pero me gustaría que llegáramos al final antes de que amaneciera.

Salva no intervino. Solo echó una mirada furtiva al reloj de la pared. Realmente iba siendo hora de que todo aquello se fuera aclarando. Aunque tuvo que reconocer que ella también estaba enganchada con la historia, estaba claro que, si había que hacer algo, sería mejor hacerlo cuanto antes.

—Xuana tiene razón —se adelantó Paulino— pero es que necesito un poco de tiempo para enhebrar una historia que a mí mismo me resulta ajena y extraña.

—No te preocupes, Paulino, lo entendemos. —Y la voz de Taresa sonó dulce y cálida como una madre que consuela a su pequeño en la noche.

Frente a aquella aparente serenidad, Xuana era incapaz de dominar sus emociones: ¿Lo entendemos, dice? ¿Qué es lo que hay que entender? ¿Me estoy perdiendo algo? Esto es una locura y yo ya tengo bastante con mis propias locuras, las pasadas y las presentes. ¿O es que este tío piensa que solo él tiene un pasado que ocultar o del que avergonzarse? Sentía de nuevo una rabia difícil de contener, pero decidió dar una oportunidad más a ese «lo entendemos» de Taresa, a ver hacia dónde iban las cosas.

—No sé si os podéis hacer una idea de lo que era Euskadi en aquel momento —continuó Paulino —. Mis padres alquilaron un piso en una barriada de Barakaldo. Era un sexto y, con el desnivel del terreno, si te asomabas a la ventana de la cocina te encontrabas de pronto a la misma altura y a unas decenas de metros de una chimenea que echaba humo día y noche. Jugábamos en descampados donde se acumulaban deshechos de una industria que formaba parte de nuestras mismas calles. Sin embargo, yo era más o menos feliz. Mis padres me querían y mi hermana me quería a su manera.

—¡Anda, tienes una hermana!

—Sí, es mi hermana mayor, «la lista de la familia», como decía mi padre. Hace años que no la veo, pero he seguido sus éxitos como abogada…

Una repentina tristeza apareció en el rostro de aquel hombre, y su voz se quebró por primera vez desde que empezara su relato. Sentía que con cada imagen arrancada al pasado iba también arrancando trozos de su propia piel. Pero se repuso para continuar:

—Bueno, aquella era la vida que conocíamos. Con una circunstancia que a mí me hacía especialmente feliz: mis abuelos, de una y otra parte, me adoraban. Yo tenía mi mundo partido entre el olor a orines del establo de mis abuelos vascos y la tienda multiusos de mi abuela de Mondéjar. A los dos lugares iba a pasar todas mis vacaciones y en los dos lugares me sentía el rey de un pequeño mundo levantado para mí. Además, aunque el caserío de Éibar estaba mucho más cerca, a mi padre le gustaba que pasásemos tiempo con los abuelos de Mondéjar. En el fondo, creo que se avergonzaba un poco de sus padres, que eran unas personas sencillas del campo.

—Simplemente había limpiado sus zapatos de la mierda de vaca y no quería volver a ensuciárselos —intervino Salva, que casi todo el tiempo había estado callada—. Me conozco bien esa historia.

—Algo así, sí. Supongo que quería a sus padres, pero también les tenía una especie de rencor que yo nunca llegué a entender. De cualquier forma, con los abuelos de Éibar también pasábamos mi hermana y yo una buena parte de las vacaciones y algunos fines de semana y allí, casi sin darme cuenta, aprendí los rudimentos del euskera. Más tarde me ocupé de estudiarlo pero, la verdad, nunca fue para mí un problema entender y hacerme entender en esa lengua tan familiar.

—¡Ahora va a resultar que también eres euskaldún!

—*Bai, nik oraindik euskera hitz egiten dor, Xuana, todavía hablo euskera…*

Aquellas palabras resonaron entre las paredes de la cocina como el eco de un pacto antiguo y desconocido. Paulino siguió hablando con determinación:

—En mi barrio de Barakaldo, sin embargo, casi nadie hablaba euskera. Todos éramos emigrantes, fugados de la miseria, del hambre, de la represión…Vivíamos en un mundo en el que encajábamos solo a medias. Pero llegamos a la adolescencia y empezamos a enterarnos de qué iba la cosa. Yo tenía mi segundo apellido vasco y muchas preguntas que hacer. En aquel momento, a cualquiera que tuviera alguna inquietud, no le resultaba difícil meterse en líos…

Paulino tomó aire y todo el oxígeno de la cocina pareció contraerse en aquella sola bocanada.

—Y yo me metí en el peor de todos: a los dieciocho años entré en la organización.

Una corriente de aire frío atravesó aquellas palabras, unas palabras que a partir de ese momento iban a interponerse como un muro de hormigón entre el pasado y el futuro, entre el antes y el después. Aquellas mujeres no parecían muy dadas al exabrupto, pero en esa ocasión les salió del alma.

—¡Joder, joder…! —exclamó Xuana en una especie de lamento mientras inclinaba la frente sobre sus dos manos.

—¡Joder, tío! —añadió Salva con un gesto de admiración que no pudo reprimir.

—¿Qué pasa, qué organización ni qué porras? ¿Alguien puede decirme de qué estáis hablando? —La voz de Taresa sonaba entre asustada e irritada.

—¡De ETA, Taresa, estamos hablando de ETA!

Aunque el tono era intenso, las palabras de su amiga llegaron casi como un susurro. Taresa miró a Paulino y el hombre asintió. Después, no pudo reprimir un escalofrío que la levantó de su sitio en aquella partida perversa que habían empezado a jugar. Las otras dos mujeres permanecieron en sus sillas, en silencio. Aquel silencio que las tres necesitaban para asimilar lo que estaban oyendo. El hilo frágil de la voz de Paulino, que las mantenía conectadas al mundo, continuó su camino.

—Un par de años antes había conocido a Joseba. Un día lo encontré pegando carteles en el instituto y a partir de aquel momento nos hicimos inseparables. Yo hablaba por su boca y veía con sus ojos. Empezamos con pequeñas cosas, prácticamente por nuestra cuenta, sin contar con nadie. Éramos unos ridículos matones de barrio, pero nos creíamos gánsteres de El Padrino. Pero Joseba tenía tanta osadía que no tardó en llamar la atención. Y adonde él iba, yo iba también: «¿Y este quién es?». «Este viene conmigo», era su respuesta. Así que yo me acostumbré a ser su sombra, y cuando lo captaron, no les quedó más remedio que captarme a mí también. Y a pesar de todo lo que puedo pensar ahora y de todo lo que pasó después, para mí aquella fue una buena época. Éramos jóvenes y teníamos el mundo a nuestros pies. El curso anterior yo había empezado a trancas y a barrancas Filosofía y Letras porque la abuela Rosario había insistido tanto que no quise decepcionarla, pero mi corazón y mis energías ya estaban puestas en otra parte. Por casa cada vez aparecía menos y, aunque realmente seguía siendo un crío, mi aspecto y mis maneras eran las de un hombre, así que después de varios intentos de toda la familia para que volviera al redil, desistieron de convencerme. Sabían que no andaba en drogas y, en aquellos tiempos, supongo que eso los consolaba.

»Joseba y yo nos pasábamos los días de un lado a otro, de reunión en reunión. Leíamos a Trotski, a Marx, a Sabino Arana…, y de pronto, en menos de un año, empezamos a manejar armas, ejercíamos de recaderos, pasábamos la frontera, aprendimos lo básico para montar explosivos y sobre todo, nos sentíamos parte de algo importante. Franco había muerto y en el resto del país la gente luchaba por construir una democracia, pero nosotros permanecíamos en nuestro pequeño mundo de consignas, fidelidades y patrias sometidas.

»Sin embargo, aquello duró poco para Joseba y para mí. Nuestra primera misión importante fue atracar una sucursal del banco Santander en un pueblo grande de Navarra. Joseba se había entregado a aquella misión en cuerpo y alma. Éramos tres y todo estaba medido al milímetro. Teníamos información «desde dentro» de cuánto y dónde se guardaba el dinero. Él y yo entraríamos justo detrás del director del banco, que llegaba todos los días a las ocho en punto. Media hora más tarde se abría al público, así que en aquella media hora teníamos tiempo de sobra para todo. Joseba y yo entraríamos a por el dinero y el tercero nos esperaría en un coche, a una manzana del banco. Pero algo salió mal, la casualidad o el destino, vete tú a saber. Entramos según lo previsto. Recuerdo cómo me sudaban las manos dentro de los guantes…

—¡Si nos dices que le disparaste a alguien, no quiero quedarme aquí ni un minuto más!

—No, Xuana, por fortuna para mí, no llegué a dispararle a nadie. No sé si lo hubiera hecho, la verdad, pero no tuve tiempo ni ocasión.

—¡Sigue!

—Bueno, pues dejamos al director atado y amordazado según lo previsto, salimos a la calle, nos quitamos los pasamontañas y, cada uno con nuestra bolsa de deporte llena de billetes, fuimos caminando con paso ligero hacia el coche. Como dos jóvenes madrugadores del barrio.

—¡Como en las películas!

—Sí, Taresa, como en las películas, pero sin música de fondo. En fin, el asunto es que al doblar la esquina, nos estaban esperando. Simplemente eso. Nunca sabríamos cómo ni por qué estaban al tanto de todo, pero el caso es que allí estaban…

—Te refieres a la policía, claro. —Taresa quería dar a entender que ya estaba plenamente situada en el contexto.

—En realidad, era la Guardia Civil.

—¿Y qué pasó?

—Pues lo esperable. Los dos intentamos escapar. Joseba reaccionó con más rapidez y sacó la pistola. Supongo que por eso le dispararon. Yo simplemente solté la bolsa y eché a correr. Sentía detrás de mí las voces y los disparos, pero no podía dejar de correr. Hasta que frente a mí apareció un coche como surgido de la nada. Era un Citroën negro, lo recuerdo perfectamente. Y allí se acabó mi carrera. Recuerdo cada minuto de aquella mañana con absoluta nitidez justo hasta ese momento. Después, todo fue muy confuso. En algún momento vi a mi amigo en la acera y vi sangre, pero no quise pensar que estaba muerto. Eso vendría después. Todo vendría después.

—¿Pero tú eres consciente de lo que nos estás contando? —la voz de Salva sonaba temblorosa.

—Ya os dije al principio que después de deciros la verdad, nunca podríais mirarme del mismo modo.

—Eran tiempos violentos, Salva. Muy distintos a los de tu juventud.

Era un comentario complaciente que nadie esperaba.

—Con todo el respeto, Xuana, pero no me fastidies, que yo no viví entre rosas, que media generación mía se murió de SIDA, ¡pero no íbamos por ahí pegando tiros…!

—Si no digo que no pasarais lo vuestro, mujer, lo que ocurre es que en la Transición todos andábamos medio desquiciados.

El tono de Xuana se había ido transformando desde la cólera inicial hasta una especie de tensión sostenida.

—En realidad, creo que a mí me hicieron un favor. No es que vaya a defender a nadie ahora, pero aquel atraco fracasado cambió el rumbo de mi vida para siempre. En el cuartel me aislaron,

me incomunicaron con el exterior, me interrogaron con tanta violencia que llegué a contarles mucho más de lo que en realidad sabía.

—¿Quién os traicionó?

—¡Quién sabe! En aquellos tiempos había infiltrados por todas partes. Pero la cosa no quedó ahí, porque cuando llegué a la cárcel no me metieron con los presos políticos como yo esperaba, sino con los comunes. Una especie de abogado que tenía de oficio alegó mi falta de antecedentes y mi ignorancia de la trascendencia de los hechos y solamente me condenaron a diez años por atraco a mano armada…

—¡Solamente!

—Sí. La diferencia con pertenencia a banda terrorista era inmensa. Pero no tardé en descubrir que todo estaba amañado desde el principio. No habían pasado ni cinco meses cuando se presenta en la cárcel uno de esos tíos que no necesitan jugar al poli bueno/poli malo porque en cuanto lo ves te echas a temblar. Habló conmigo, me dijo que había tenido una conversación con mis padres, que yo no era un mal tío, que estaba estudiando una carrera y tenía un futuro… en fin, toda esa mierda para acabar planteándome la posibilidad de volver a la organización. Pero esta vez como informador, como uno de los suyos.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Joseba había muerto, yo tenía 19 años y me enfrentaba a diez años de cárcel por delante. Además, ellos me garantizaban una reincorporación con garantías y una salida segura cuando cumpliera un tiempo.

—¿Y tú qué hiciste?

—¡Ya te he oído, Xuana! ¿Qué iba a hacer? ¿Qué hubieras hecho tú, eh? ¿Qué hubiera hecho la gran luchadora por la revolución mientras daba la espalda a los desmanes de Stalin?

Paulino había dicho las últimas palabras prácticamente sollozando, quizá por eso la voz de Xuana quiso sonar conciliadora. Sin embargo, su manera lenta y pausada de pronunciar las palabras, como si las escogiera cuidadosamente entre una sopa de letras, denotaba su esfuerzo por mantener la calma.

—Mira, Paulino o Vicente, me da lo mismo… No creo que este sea el momento de hablar de mi vida, ni creo que estés en una situación moral que te permita…

—¡Lo siento, lo siento, Xuana! ¡Soy un imbécil!

El hombre se echó ambas manos a la cara, pero el temblor de sus hombros no podía ocultar el comienzo de un llanto convulsivo.

Xuana comprendió que su amigo estaba a punto de derrumbarse e hizo un nuevo esfuerzo por salvar la situación.

—Yo no soy quién para juzgar a nadie, y cualquiera que me conozca sabe que mis simpatías por ETA son menos que cero, pero traicionar de esa manera a los tuyos…

El modo casi íntimo con el que su amiga pronunció sus últimas palabras tuvo un efecto balsámico en Paulino, que pareció reponerse momentáneamente.

—No eran los míos, Xuana. «El mío» era Joseba y estaba muerto, ¿es que no lo entiendes? Acepté, ¡claro que acepté! Y estuve muriéndome de miedo durante los siguientes tres años. Pero aquel tío de la cárcel cumplió y, cuando la cosa se puso muy fea, me sacó y me dio otra nueva identidad, la identidad que tengo ahora. Después estuve dando tumbos por ahí hasta que conocí a Rosa y nos vinimos a vivir aquí. El resto prácticamente ya lo conocéis. Nunca llegaré a comprender cómo Rosa aceptó formar una familia con un hombre mucho mayor que ella y sobre todo, cómo aceptó el pacto de las medias verdades sobre mi vida…

—¡Dios santo! ¡Por muchos años que viviera nunca me hubiera imaginado nada semejante!

—Dios no tiene nada que ver en esto, Taresa.

Salva volvía a ejercer de mediadora.

—Es una manera de hablar, mujer, no descargues con Taresa, que ella no tiene nada que ver.

—Tienes razón. Lo siento, Taresa, no sé ni lo que me digo…

El silencio volvió a transfigurar los ánimos durante un instante. La noche se extendía allí afuera como un ladrón de mil ojos. La noche tenía ojos y boca y respiraba y jadeaba a su alrededor.

Salva rompió aquel frágil cristal.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—No sé qué os parecerá a vosotras, pero yo creo que nos vamos directamente al cuartelillo y hablamos con ese Ginés. O mejor: lo llamamos por teléfono y que se venga hasta aquí con su gente. —Xuana parecía haber olvidado por un momento la presencia de Paulino, pero ahora se dirigió directamente a él.

—Tú, Paulino, le cuentas lo que quieras de tu historia, eso es cosa tuya, pero nosotras no podemos olvidar que hay una joven muerta, que esa joven era una prostituta y que lo más probable es que su muerte no se haya producido por causas naturales. En definitiva, hay un crimen y alguien tendrá que coger a los culpables.

—Estoy de acuerdo —dijo Salva— pero os agradecería que no se montara todo esto en mi casa. Es por los niños y por el pueblo, ya sabéis cómo se corren los bulos.

—Tienes toda la razón, Salva. —Taresa parecía ir reponiéndose de la impresión inicial—. Bastante show te hemos montado ya hoy. En realidad, solo tendrán que investigar el puticlub ese, el Afrodisiaco…

—El Afrodita, Taresa. Afrodita era la diosa griega del amor, pero también de la lujuria y la sexualidad…

—Tú dirás lo que quieras, Xuana, pero dime tú a mí qué relación tendrá una diosa, por muy del amor que sea, con esas pobres chicas…

—Es que no la tiene, Xuana, pero en ese mundillo se recurre a nombres así. Supongo…

—¡Pues en marcha! —Paulino se levantó y las mujeres lo imitaron. Los tres pasaron por el ritual de abrazar y agradecer a Salva, de decirle que cerrara bien las puertas, que la llamarían al día siguiente, que a la mínima avisase al 112, que ya sabía dónde tenía su casa, que gracias y gracias y no sabemos cómo vamos a agradecerte.

Salva le dijo adiós desde la puerta, cerró con llave y, quizá por primera vez en varios años, conectó la alarma mientras la furgoneta blanca de Paulino se perdía en la oscuridad y una brisa cálida arrastraba, con la levedad de una caricia furtiva, las primeras hojas del otoño.

Los dos hombres se habían quedado desconcertados primero y cabreados después. Obviamente aquel par de paletos les habían tomado el pelo. Con aquel aspecto de mosquita muerta se habían esfumado delante de sus narices. Se echaron la culpa mutuamente, pero Vania había perdido cualquier credibilidad tras los últimos acontecimientos y Juancho se veía a sí mismo con el derecho de ejercer el mando. Recogieron en la plaza del pueblo el coche que habían dejado aparcado y buscaron un puesto de vigilancia. Juancho había estado una temporada en Afganistán, así que manejaba con cierta facilidad el lenguaje y los modos militares de la guerrilla.

—Tiene que ser un lugar desde donde no llamemos la atención y desde donde podamos controlar las entradas y salidas al pueblo —le dijo a su compañero con cierta paciencia, como si estuviera adoctrinando a un grupo de novatos—. Tarde o temprano tendrán que volver.

—Eso no va a ser muy fácil. Estos puebluchos tienen entradas por varias partes.

—Ya, pero nosotros vamos a trazar una línea alrededor de las dos casas.

—¿Y si se han ido directamente a la Guardia Civil y se presentan aquí con medio cuartelillo? ¿Vamos a decir que estamos haciendo turismo rural?

—Hazme caso, joder, esos han huido, y quien huye es que tiene algo que ocultar. Además, ya han tenido tiempo de ir y volver al cuartel veinte veces, y por aquí no ha venido nadie.

—Está bien —accedió Vania cuando su compañero le señaló el que iba a ser su puesto de vigilancia en un pequeño bosquecillo de castaños por un camino sin asfaltar. Habían dado varias vueltas discretamente por los alrededores y aquel parecía un lugar apropiado, por lo menos para no llamar la atención.

—Pero tú haces el primer turno, que yo llevo sin dormir prácticamente desde hace dos días.

Vania inclinó su asiento hacia atrás todo lo que pudo y en menos de tres minutos se había saltado los pasos previos para entrar directamente en la fase REM, allí donde los dominios del inconsciente dejaban paso a una avalancha incontenible de imágenes amenazantes. El otro hombre sacó su móvil y se ajustó unos diminutos cascos inalámbricos. Aquello podía ir para largo y sería mejor tomárselo con calma. Además, si en unas horas no tenían ningún resultado, tendrían que avisar al jefe y esa era, en realidad, la única parte que temía. Tendrían que darle una versión un poco manipulada de los hechos si no querían cargársela. ¿Qué cojones pasaba con aquella historia de la chica? ¿Los tenía gafados o qué? Todo tenía que haber sido tan sencillo como hacerla desaparecer. No tenía papeles, no figuraba en ningún registro ni tenía a nadie que la reclamara. La hacían desaparecer y ya está. Otras veces habían pasado cosas similares y todo se había solucionado con la mayor facilidad. Sin embargo, ahora, aquello tenía toda la pinta de acabar con la policía metiendo las narices en el Afrodita, y quién sabe qué historias más podrían salir a la luz. Él había encontrado allí un buen trabajo, un trabajo bastante sencillo y bien pagado, pero no quería quedarse allí toda la vida, quería montar su propio negocio, un pequeño bar en alguna ciudad provincias donde instalarse a vivir con su chica y quién sabe si tendría hijos también. Aquel Vania que dormía a su lado como un tronco era un matón más, pero él no, él hacía aquello por dinero y trataba a las chicas lo mejor que podía. Algunas le hacían confidencias. Por eso, si las cosas se ponían muy mal, siempre podría hacer algún pacto a cambio de información. Lo bueno es que sabía mucho más de lo que nadie imaginaba que sabía, y aquella panda de gilipollas le importaban una mierda, empezado por el tal Novo, que se creía superior a todos ellos y no era más que otro matón con corbata y carrera.

Miró su reloj: eran las cinco y cuarto de la tarde.

Xuana dijo que prefería ir delante si a Taresa no le importaba, así que retomaron los mismos puestos en la furgoneta que habían ocupado horas antes. Los tres sentían el cansancio y la saturación de varias vidas vividas. Taresa había pasado del asombro y la emoción de la aventura al auténtico estupor. ¿Cómo iba ella a pensar que algún día acabaría teniendo algo que ver con aquella gente de ETA? Es cierto que hacía mucho tiempo que no daban que hablar, pero para ella seguían representando lo más repugnante y lo más incomprensible de los comportamientos humanos y ahora ¡viajaba en un coche con uno de ellos! En casa de Salva había permanecido serena y había intentado mantener la calma y mediar para que Paulino pudiera explicar su historia y, sobre todo, porque temía que a Xuana le diera un patatús pero, en realidad, se sentía asqueada y más aún, aterrorizada. ¿Dónde estaría ahora su Taresa? Miró por la ventanilla hacia aquel cielo sin estrellas que los iba acompañando en su destino y pensó que en cualquier punto de allí arriba se encontraba su hija. Nunca había entendido por qué había escogido aquella profesión tan extraña que consistía en hacer de camarera en un avión a cientos de quilómetros de altura pudiendo estar tranquilamente en tierra con lo mucho que ella valía. Sin embargo, en ese momento, quizá por primera vez, envidió a su hija allá arriba, intocable, diáfana, lejos de la porquería que, a ras de tierra, lo invadía todo. A salvo.

A medida que recorrían los quilómetros en dirección a La Llosa, los músculos de Paulino se tensaban y contraían de forma inconsciente. Sin embargo, a aquellas alturas se sentía más

aliviado y ligero de lo que era capaz de recordar. Todos esos años se había comportado como un animal herido, un animal con la pata atrapada en un cepo del bosque. Pero ahora aquel dolor constante podría apaciguarse. Sería como dejar atrás un miembro amputado y aprender a caminar sin él. En un documental de la televisión aparecían algunas alimañas que se arrancaban la pata con los dientes cuando se quedaban atrapados en alguna de aquellas trampas terribles. También él se sentía así. Su enorme cicatriz, aquella que había supurado durante tanto tiempo, solo ahora podría empezar a cerrarse. ¿Por qué nadie le había dicho que la verdad curaba de aquella manera? Arrastraría su cojera delante de los suyos, les mostraría sus heridas y esperaría su perdón. Eso era todo. Con la mano izquierda pulsó el interruptor automático y bajó un par de centímetros la ventanilla. Un viento cálido y reconfortante se coló en el interior del coche. Sintió que de nuevo tenía siete años, una tarde de finales de verano, en ese momento mágico antes de oscurecer, cuando el calor del sol deja paso al calor que sale de la misma tierra. Él era aquel niño que caminaba entre las viñas de la mano de su abuela.

«¿Cuándo tendremos uvas, abuela?»

«En septiembre».

«Pero yo ya no estaré en septiembre, abuela».

Su abuela se había reído y lo había mirado con aquellos ojillos suyos que te atravesaban el alma:

«Tú no estarás, pero las uvas madurarán y se convertirán en vino, estés o no estés tú».

Xuana decidió concentrarse en los problemas prácticos e inmediatos. Desde muy joven, aquel había sido su principal recurso contra la adversidad: «No te preocupes, ocúpate», había leído hacía muchísimos años en un libro sobre zen y budismo. No recordaba prácticamente ninguna otra cosa de aquella filosofía que tanto había sobrevolado sus años de hipismo y comunas, pero aquel mandato había penetrado en su sistema celular y se había convertido en parte integrante de su ADN emocional: «Ocúpate, Xuana». Y eso había hecho cuando se quedó ella sola con Lía, eso había hecho cuando ella, hija de emigrantes con una infancia parisina, decidió preparar oposiciones de francés a la enseñanza y abandonar otros sueños, eso había hecho cuando se retiró a vivir a aquel pueblo y, sobre todo, eso es lo que había hecho cuando delató a sus compañeros de célula, a sus compañeros y amigos del partido, un tres de noviembre de 1975, exactamente 17 días antes de que muriera Franco, 17 días que habría podido aguantar, 17 días borrados, sepultados bajo quilos de minutos, bajo toneladas de segundos. Después todo se había diluido y sus compañeros habían salido indemnes. Pero ella no, ella, Xuana Salaber, había saboreado la traición y su amargura aún vivía instalada en el fondo del paladar. ¿Quién eres tú para juzgar a nadie, Xuana? Miró a su amiga de reojo. Parecía dormida en el asiento de atrás, pero ella sabía que Taresa no se dormiría en una situación como aquella. También sabía que Taresa habría aguantado, que su sentido de la lealtad era inquebrantable, y aquello le dolió aún más. Eso era: una herida con costra en la que solo había que rascar un momento para que brotara de nuevo la sangre.

Se estaban acercando a La Llosa. El plan era bastante sencillo. Entrarían en el pueblo por el camino de atrás. El invierno pasado había estado intransitable pero, gracias a la insistencia de

algunos vecinos, el ayuntamiento había acabado por echar unos camiones de grava y la furgoneta de Paulino no tendría ningún problema. No podían saber qué había sido de aquellos dos seudoperiodistas de pacotilla, pero imaginaban que a aquellas horas se habrían vuelto a su guarida en la ciudad. «Sin embargo, toda precaución es poca», dijo Paulino.

El segundo movimiento sería aparcar detrás de un pajar en desuso a pocos metros de la casa de Taresa y, una vez dentro, pasar a casa de Xuana a través del corral. En el extremo norte del muro que hacía de medianera entre los patios de las dos amigas, había una pequeña puerta cerrada a cal y canto que nadie se había preocupado de tapiar o de abrir. Taresa y Xuana alguna vez habían bromeado con aquello. Xuana fabulaba con sombras que, en el pasado, atravesaban cada noche la puerta para reunirse con sus amantes, pero Taresa, por una vez más realista, reconocía allí una puerta de huida que había visto con frecuencia en algunos patios de la vecindad. «Después de la guerra, bajaban los fugaos del monte por las noches y algunas veces se quedaban durante días en el pueblo, en casa de los familiares, así que la gente abrió puertas en los muros de los patios para facilitar la huida si venía la Guardia Civil», les había contado. Quizá por eso, y aunque a veces habían pensado en reabrir aquella puerta para comunicar de nuevo los dos patios, nunca habían llegado a hacer nada. En realidad, las dos mujeres preferían salir y dar el pequeño rodeo que las llevaba de una casa a la otra en apenas dos minutos.

Ahora los tres habían decidido que no resultaría difícil hacer saltar la vieja cerradura. «Entonces, servirá otra vez para ayudar a los que huyen», dijo Xuana cuando su amiga mencionó esa posibilidad. La idea era que Xuana se tomara sus precauciones con las subidas y bajadas de azúcar y, sobre todo, que atendieran a Zoe que, aunque acostumbrada a quedarse sola mucho tiempo y a aguantar sus necesidades, a esas alturas estaría hambrienta y a punto de reventar, la pobre. Su dueña lo había mencionado con preocupación en varias ocasiones a lo largo de la noche y no quería hacerle pasar un minuto más de sufrimiento. Inmediatamente después, una vez en casa y a salvo de aquellos dos matones, llamarían al cuartel de Villa y pedirían hablar con el sargento Ginés. Después, los tres esperarían juntos y bien encerrados en casa de Xuana a la llegada de las fuerzas del orden. Xuana hubiera preferido avisar de camino desde el móvil, pero Paulino había insistido: «Un último favor —les había dicho—, solo os pido que estéis conmigo cuando lleguen a detenerme, que no estén esperándome como a un criminal; después yo me responsabilizo de todo». Ese era el motivo por el que media hora más tarde los tres se encontraban forzando la puerta medianera de los patios.

Según lo previsto, habían aparcado detrás del pajar y atravesado la casa de Taresa en silencio, sin encender ninguna luz, deteniéndose solo para coger una barra de hierro que Taresa sacó de algún rincón entre la oscuridad. Paulino no pudo evitar cierto sarcasmo cuando la descubrió en manos de su vecina.

—¿Y esto? ¿A quién piensas matar con esto?

—Tú corre y calla, que no estás para bromas —susurró la mujer mientras los guiaba a través del pasillo.

Ya afuera, las gallinas dormían y Taresa sacó su móvil para alumbrar. Todo transcurría con precisión y silencio, como si hubiesen ensayado aquellos movimientos durante semanas. Con idéntica precisión la puerta se abrió bajo la presión de Paulino que, finalmente, había hecho

palanca con la barra tan oportuna de Taresa. Apartaron lo que quedaba de la puerta y los tres la traspasaron sigilosamente para adentrarse en el patio de Xuana. Se acercaron a la parte trasera de la casa en la oscuridad. No había luna, pero seguramente el resplandor lejano de alguna luz se filtraba hasta el patio. Con eso les resultaba suficiente. Xuana sacó del bolsillo un llavero con cinco o seis llaves y escogió la que se correspondía a la puerta de atrás, la que daba directamente a su cocina. Pero en ese mínimo intervalo, algo sucedió, algo tan previsible como inesperado en aquel momento: desde el interior de la casa, exactamente desde el amplio espacio que ocupaba la entrada principal y que en otros tiempos se había dedicado a las tareas comunales del campo, la perrita Zoe comenzó a ladrar y a gemir de alegría y ansiedad. Había olido a su dueña a través del silencio de la noche y su felicidad no tenía mejor forma de expresión. Ahora todos los perros del vecindario le harían eco durante un rato. Los tres lo sabían.

Xuana reaccionó de forma inmediata y en unos segundos había abierto la puerta, atravesado la cocina y franqueado la puerta que daba a la entrada para intentar frenar aquel calurosísimo recibimiento. Los otros dos, sin saber muy bien qué hacer, la seguían algo rezagados. Nadie en el pueblo se habría alarmado por los alegres ladridos de un perro en la noche, pero quizá no pasarían desapercibidos para alguien que estuviese vigilando allí afuera, al acecho en la oscuridad.

En el instante siguiente sucedieron varias cosas casi de forma simultánea. Desde sus posiciones, los tres oyeron cómo alguien abría la cancela de la verja delantera con sigilo e inmediatamente forzaba la puerta principal, solo a unos pocos metros de donde se encontraban. Al mismo tiempo, Taresa y Xuana vieron que Paulino sacaba una pistola de algún lugar donde probablemente había estado todo ese tiempo escondida y Xuana pudo oler aquel perfume que empezaba a serle familiar justo cuando el hombre, uno de los dos que se habían presentado esa tarde en el pueblo como periodista, entraba violentamente también con una pistola en la mano. Era el mismo hombre que la había golpeado el sábado en el maizal, ahora lo sabía con certeza.

Taresa pensó que estaba en una de sus series favoritas y, como en ellas, lo único que se le ocurrió fue intentar marcar el 112 en el móvil que aún traía en las manos.

—Deja la pistola, tío. —El hombre le hablaba a Paulino con autoridad mientras los dos se apuntaban mutuamente—. Esto no va con vosotros, así que deja la pistola y vamos a hablar.

—Déjala tú, cabrón, yo no tengo nada de qué hablar contigo. Además, ya hemos avisado a la policía.

Durante un brevísimo instante las dos mujeres creyeron que Paulino cedería, porque la mano que empuñaba la pistola había bajado un poco, como si a su propietario le pesara demasiado, pero simplemente estaba reajustando el punto del disparo hacia un lugar situado más abajo, quizá hacia un muslo de la pierna. Las dos mujeres permanecían inmóviles y aterrorizadas a ambos lados de Paulino tal como las había sorprendido el intruso, como esos animales paralizados en la carretera por las luces de un coche: Xuana sosteniendo a la perra por el collar y Taresa intentando marcar sin éxito el 112 en el móvil. Zoe se revolvía inquieta, pero Xuana no estaba dispuesta a soltarla. En aquella situación, sería la primera en caer.

—Vas a dejar el arma, que no quiero tener que matar a estas tías, hijoputa.

Pero esta vez la voz no venía del hombre que Paulino tenía enfrente, sino de su espalda. Se volvió hacia atrás lo suficiente para ver que otro individuo había cogido a Taresa por el cuello desde atrás y la mantenía inmovilizada y medio asfixiada, mientras con la otra mano apuntaba su arma justo a la cabeza de Xuana. Creyó reconocer a uno de los que atendían en la barra del Afrodita. Seguramente había entrado por el mismo camino que ellos habían seguido a través de los patios, los habría visto llegar y los habría seguido en su recorrido. Su memoria seguía fichando instintivamente cientos de rostros, pero tras tantos años lejos de todo aquello había perdido facultades: ¿cómo no se le había ocurrido vigilar la retaguardia? ¡Si desde el principio sabía que eran dos, y no precisamente aficionados! El resultado era que ahora sus amigas corrían un verdadero peligro y que, de momento, no le quedaba otra alternativa que obedecer.

Con movimientos lentos y estudiados depositó la pistola en el suelo. El primer hombre se acercó y la recogió. Es verdad que olía a colonia barata. Por un momento casi imperceptible, la tensión inicial se relajó. Juancho aflojó la presión sobre la garganta de Taresa, le quitó el teléfono de las manos y bajó la pistola desde la cabeza de Xuana hasta sus lumbares. Con un gesto a su compañero, este se acercó a Paulino y, antes de que nadie pudiera prever el siguiente movimiento, lo golpeó con fuerza en el estómago. Las dos mujeres vieron cómo Paulino se retorcía de dolor al tiempo que el hombre del perfume aprovechaba para golpearle con la pistola en la cabeza y dejarlo tendido en el suelo, a todas luces inconsciente. Todo pasó en unos segundos, sin que las dos mujeres fueran capaces ni tan siquiera de gritar. Se miraron con espanto pero, como si nada de todo aquello acabara de pasar delante de sus narices y estuviesen ante una tranquila reunión nocturna de amigos, Xuana se dirigió a los dos hombres con aparente serenidad.

—Dejad que meta a la perra en la cocina. Es incapaz de morder a nadie, pero está muy desconcertada —dijo en un tono de voz que apenas pudo reconocer como propio, como si alguien hablara desde un punto indefinido de su estómago.

Y para su completo asombro, los dos hombres estuvieron de acuerdo.

—¿Qué raza es? —preguntó el hombre del perfume.

—Es Alaska Malamute, pero tiene algo de Collie.

—Es preciosa… yo tengo un Husky. En realidad, lo cuida mi madre, pero flipo con él. Al tío solo le falta hablar…

—¡Déjate de chorradas, joder, pareces subnormal! —gritó con furia el segundo hombre—. ¿Crees que es el momento de hablar de los putos perros?

—¿Y de qué es el momento, eh, de qué? Ya que eres tan listo, ¿tienes idea de lo que vamos a hacer ahora?

—¡Hijoputa, si has sido tú el que la ha liado, primero perdiendo a la chica y ahora entrando en la casa como si fueras un gánster!

—Es que oí los ladridos —contestó el hombre con el tono de un colegial a quien han regañado en el recreo.

—Pero ¿tú eres retrasado mental o qué te pasa? ¿Qué nos había dicho el jefe, eh, qué nos había dicho? ¡Que vigiláramos de cerca y no hiciéramos nada, joder! ¡Nada! ¡Y ahora mira la que has organizado!

Las dos mujeres asistían como espectadoras a aquel intercambio de insultos que se estaba convirtiendo para Xuana en una escena surrealista. ¿Qué les pasaba a aquellos dos tíos, era así como se comportaban los matones nacionales? Y lo más importante: ¿Era bueno o malo para ellas? ¿Demostraba debilidad o aumentaba el peligro?

Sin embargo, Taresa veía una lógica en todo aquello, una lógica extraída de infinitas series policiacas, que la arrastraba a una conclusión poco tranquilizadora: no había un plan y ahora no sabrían qué hacer con ellas, ni con Paulino, claro: ¿quizá hacerlos desparecer como a la chica del maizal? No, ellos no eran tres indocumentados a los que nadie fuese a reclamar. Sin embargo, había visto demasiadas veces cómo los criminales sin escrúpulos simulaban accidentes o incendiaban una casa con sus víctimas dentro. Y, sobre todo, su experiencia televisiva la había llevado a comprender una cosa aún peor: aquellos dos eran un par de chapuceros, un par de aficionados a los que se les podía ocurrir cualquier cosa descabellada y absurda. Como críos que juegan a matones.

La perra, consciente de la tensión y del miedo de su dueña, comenzó a gemir y a producir una especie de ladridos sordos. Xuana aprovechó el momento para moverse hacia la cocina, abrió la puerta y medio empujó a la perra dentro.

—Quédate ahí, Zoe, perrita bonita —dijo en voz alta y clara.

—¿Pero tú qué haces, vieja chocha? ¿Quieres que os pegue un tiro a las dos?

Xuana retrocedió hasta su posición inicial.

—Había entendido que estabais de acuerdo… además, la pobre va a reventar…

—¡Vale, vale! —gritó el hombre de la coleta—. Pero vamos a hacerlo de otra manera: a los tres os vamos a meter en la cocina y la perra se queda aquí. Tú —ordenó al otro hombre— arrastra a ese que ya se está revolviendo. Hay que atarlo de alguna manera.

—¿Le doy otra vez?

—¡No, joder, no seas bruto!

Aquella mezcla de violencia y consideración acabó por desconcertar por completo a las dos mujeres, que intercambiaron una mirada de complicidad: «Estos no son tan peligrosos como quieren aparentar», querían decirse, y también: «En todo caso, el de la coleta es el más sensato».

En los minutos siguientes los seis personajes, incluida Zoe, habían cambiado de escenario. Cuando todos quedaron reacomodados en la cocina y la perra de nuevo en el amplio espacio de la entrada después de una necesaria escapada al patio, daba la impresión de que, de alguna manera, tendría que empezar el segundo acto. Xuana pensó que lo peor de aquella tragedia era que nadie se sabía realmente su papel.

Habían amarrado a Paulino a una silla y habían sujetado la silla a la mesa para inmovilizarla. En un cajón de la cocina habían encontrado un montón de trozos de cuerdas y cintas de colores, restos de envoltorios que Xuana tenía la manía de guardar. Ninguna debía medir más de un metro, así que cuando acabaron con Paulino, su cuerpo aún desplomado con la cabeza hacia un lado parecía un árbol de Navidad mal adornado, como una broma entre niños que juegan a ladrones. A las mujeres simplemente les viciaron los bolsillos y las sentaron y les ataron las manos a la espalda. No sabían la hora exacta, pero parecía que habían transcurrido dos siglos desde que habían entrado en la casa. Xuana pensó en la cantidad de acontecimientos extraños que se habían desarrollado en aquella cocina en las últimas 48 horas y sintió que las sienes le palpitaban con fuerza.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo el del perfume con un tono casi festivo, como si aquello formara parte de un juego infantil con reglas improvisadas.

El otro hombre había recogido la pistola de Paulino y la había dejado en la encimera de granito junto a la suya. Destacaban allí como dos cucarachas gigantescas, intrusas y amenazantes. Vania había aceptado la autoridad de Juancho sin rechistar. Aunque tuviera que aguantar sus insultos y sus aires de superioridad, aquello le permitía pasar a un segundo plano de responsabilidad.

—¿Llamamos al jefe? —se le ocurrió decir.

—¡Ni pensarlo, idiota! Tú la has cagado, pero yo voy a salir bien de esto, no lo pongas en duda ni un minuto. —Después bajó el tono como si hablara solo para sí mismo—: Aunque tenga que cargarme a medio pueblo.

Helena y Ginés se habían quedado paralizados. El hombre habló casi en un susurro que fue tomando fuerza a medida que el chorro de aire se deslizaba entre sus cuerdas vocales.

—Está claro que no podemos seguir escarbando en este asunto. Nos la podemos jugar, Helena, y yo ya estoy un poco mayor para andar tonteando con tonterías de policías y ladrones. Lo vamos a dejar aquí. Si recibimos alguna información o aparece alguna pista nueva, la remitimos a la central y ya está.

—Pero…

—¡Pero nada! —cortó su jefe tajante—: No me obligues a tener que darte la orden…

—¡Joder, no te pongas así! Solo que se me había ocurrido una idea…

—No sé si quiero oírla, la verdad.

—Es muy sencilla, Antonio. —Solo su mujer le llamaba por su nombre y, que él recordara, Helena lo había hecho alguna vez en momentos especialmente difíciles, así que prestó atención.

—Yo no entro a trabajar hasta las diez de esta noche y, si no me equivoco, tú tienes el día libre hasta mañana, así que todo lo que hagamos en este periodo de tiempo es cosa nuestra, pura

curiosidad.

—Ya sé por dónde vas y no sé si me gusta.

—Lo hemos hecho otras veces —apuntó Helena bajando la voz e inclinándose levemente hacia su compañero, como si temiera que alguien pudiese oírlos.

—Lo hemos hecho una sola vez —recalcó Ginés—, y te recuerdo que era un caso completamente diferente.

—Sí, pero salió bien, ¿o no?

Helena conocía a su amigo lo suficiente para saber que empezaba a aceptar la idea, y también que no tenía que presionarlo más. Esperó unos segundos.

—¿Qué dices?

Su jefe accedió con un gesto previo a las palabras.

—Está bien. Pero, para más seguridad, cambia el turno de noche y mañana haces un doblete, eso nos dará más margen. Díselo a Pablo, ya sabes que no le cuesta nada hacerte favores.

El humor de Ginés estaba cambiando. Como siempre le sucedía, no podía resistirse mucho tiempo al embrujo de su compañera. Helena quiso poner el ceño fruncido por aquel comentario fuera de lugar, pero le salió una sonrisa.

—¡Venga ya! ¡No seas cotilla! Además, a mí me gustan un poco más maduritos. Aunque para echarse un polvo…

—¡Joder! Cada vez que os oigo a las jóvenes hablar así, pienso en mi Clara y se me ponen los pelos de punta.

—«Tu Clara» ya es una mujer, Ginés.

—Ya, pero yo no quiero saber nada de su vida sexual. No estoy preparado.

—Ay, ay, qué remedio te quedará que entrar por el aro…

Ahora Helena parecía realmente divertida.

—Vamos a dejarlo, anda. Y todo esto porque te he mencionado a Pablo…

Como si las palabras tuvieran el poder de materializarse, en ese momento sonaron dos golpes cortos y la puerta del despacho se entreabrió para dejar pasar la cara radiante de Pablo.

—¡Vaya, cabo! ¿Y tú qué haces aquí?

Aquel recibimiento le sonó extraño a Helena.

Pablo acabó de entrar, pero aún no se atrevía a acercarse al escritorio donde sus superiores permanecían sentados.

—Perdón, jefe, ya sé que hoy libra, pero vi la luz y…

—Vale, Pablo, acércate un poco que no te vamos a contagiar ningún virus y cuéntanoslo todo. Se te nota demasiado que traes noticias…

Helena se había vuelto en su silla para mirar de frente a su compañero, y cuando este se acercó, decidió levantarse. Si hubiese sido ella la intrusa, habría preferido que alguien la acompañase de pie. Era uno de esos códigos no escritos que nunca se le escapaban. Pablo se acercó lo suficiente para que ella percibiera su sudoración.

—Es por el caso de la chica del maizal, mi sargento. Ahí abajo hay un hombre chino que quiere contarnos algo sobre una chica, pero no se le entiende casi nada. Puede ser que tenga que ver con la nuestra.

—Es verdad que tú habías barajado la posibilidad de que fuera china según la descripción de la mujer.

—De la profesora Salaber, sí. Hemos llamado a la novia del conserje del centro de salud, una chica china que es enfermera y habla español mejor que yo. Estará a punto de llegar, porque tenía turno en el hospital o algo así. Ya nos ha hecho otras veces de intérprete.

Por el brillo de los ojos se veía que esperaba una reacción entusiasta de su jefe.

—Muy bien, cabo, pero ni tu compañera Helena ni yo estamos de servicio, así que tú harás todas las gestiones y más tarde puedes acercarte por el Cantizal a tomar un café y charlar con nosotros.

Pablo no entendía nada de lo que estaba sucediendo y ahora su cara era la viva expresión del asombro. ¿No iban a preguntarle por el chino? ¿No quería su jefe ocuparse él mismo de la declaración?

Ginés continuó.

—Además, Helena quiere decirte algo.

A esas alturas de la conversación, si Helena le hubiese pedido que se casase con ella no le habría parecido un despropósito. ¿Qué era todo aquello de salir a tomar un café y charlar? ¿Su jefe se había vuelto loco o qué?

Helena intervino.

—Sí, es verdad, Pablo, ahora iba a buscarte para pedirte un favor… A ver… ¿Te importaría cambiarme el turno de esta noche? Mañana yo hago doblete y tú te tomas el día entero libre. ¿Qué te parece?

El hombre no respondió.

—Si no te viene bien, pues nada, lo dejamos.

—Sí, sí, claro, no hay problema. —Su cabeza estaba en otro sitio: ¿es que estos dos estaban teniendo un rollo y él iba a ser su coartada? Él, siempre tan eficaz, estaba ahora bloqueado. Su jefe no prestaba ningún interés por los avances en un caso de asesinato y además le sugería que se pasase a tomar un café con él. ¿Desde cuándo él se tomaba cafés con Ginés?

—¿Eso es todo? —preguntó Ginés.

—Sí, creo que eso es todo… —respondió un Pablo titubeante.

—Pues entonces no te olvides de pasar por el bar entre servicio y servicio… a charlar y eso… sobre las ocho, ¿no?

—¿Por el Cantizal?

—Sí, sí, por el Cantizal. Allí estaremos.

A las ocho en punto, Pablo apareció por la puerta del Cantizal. Desde el fondo de la barra, sus compañeros le hicieron una señal para que se acercara. Aún iba vestido de uniforme y, salvando una ducha rápida, tendría que volver a ponérselo en media hora. Nada más acercarse empezó a hablar de forma apresurada sin apenas saludar. En las últimas horas había perdido parte de su aplomo, pero no de su eficiencia. Sacó una pequeña libreta que prácticamente no consultó y comenzó a informarles de la entrevista con el confidente chino. Los otros dos apenas podían disimular su ansiedad, pero Ginés lo interrumpió:

—Acuérdate, cabo, de que esto es una charla entre amigos…

El cabo Pablo había renunciado a comprender nada de lo que estaba pasando, pero su excitación era demasiada para pararse a reflexionar sobre lo que debería o no contar según se tratara de una charla de amigos o de un informe oficial. Sin embargo, entró en el juego.

—Claro, claro, todo está registrado en la oficina. Solo pasaba por aquí y entré a tomarme un café. ¡Qué casualidad, ¿no?!

Ahora eran los otros dos los que no entendía nada. Era una conversación de besugos, así que Ginés cortó repentinamente.

—¿Qué quería declarar ese hombre, Pablo? Tranquilízate y cuéntanos.

Al fin los términos de la conversación volvían a ser los normales.

—Parece ser que el hombre trabaja de cocinero en un restaurante chino, en uno de esos polígonos de ocio que se quedaron a medio construir por la crisis. Algo dijo sobre que nunca había gente a comer, no sé qué lío porque habla en un dialecto que la novia del conserje no acaba de comprender del todo. El caso es que ayer sábado llegó uno de los que trabajan para el dueño

del restaurante, un chico joven que anda muchas veces por allí, y el chico traía un gran bulto envuelto en sábanas blancas que metió en el congelador principal de la cocina.

—¿Y el hombre qué dijo que era?

—No dijo nada porque no sabía que hubiese nadie en el restaurante a esas horas. Abrió con sus propias llaves. Al parecer, como nunca hay clientela, abren bastante más tarde de lo habitual, pero nuestro hombre se queda a dormir en el restaurante para no pagarse una pensión. Los otros trabajadores se lo permiten con la condición de que tampoco él se chive sobre los horarios tan relajados que tienen.

—¿Todo eso contó?

—¡Y mucho más! Dice que él tiene los papeles en regla y que no quiere meterse en líos, que lo del restaurante vacío nunca le ha parecido normal, pero que ahora tiene miedo.

—¿Y se ha plantado desde la ciudad hasta aquí para declarar?

A Helena se le escapó una especie de risa nerviosa.

—Es que vio la noticia de la chica en la televisión y le dio por pensar que tenía algo que ver, así que cogió un autobús y se plantó aquí. Dice que allí en la ciudad no se fía de nadie, que aquí en el campo la gente es buena pero que allí no. Él viene de una región campesina, de una aldea pequeña, y tiene dos hermanas que quiere traer al país. Cree que, si ayuda a la policía, las cosas le irán mejor en el futuro. No quiere seguir trabajando para las mafias chinas.

—Está bien, Pablo —intervino Helena— todo esto resulta muy ilustrativo sobre las redes de explotación de la inmigración en nuestro país, pero ¿por qué cree que tiene que ver con la chica? ¡No tiene ningún sentido!

El joven los miró con expresión triunfante. Se había puesto un poco más pálido de lo habitual.

—Porque vio una mano, una mano o más bien un dedo pulgar que asomaba entre las sábanas. Después ya no se atrevió a abrir el congelador y, como en teoría, hoy domingo cierran el local hasta la hora de la cena, se ha decidido a venir. Estaba muerto de miedo.

—¿Y dónde está ahora?

—En una pensión de la plaza. No quiere volver al restaurante ni a la ciudad.

Llegados a este punto, Pablo sonreía abiertamente. No pudo resistirse a poner su broche de oro.

—Solo nos queda pedir una orden de registro y abrir ese congelador.

Pero el repentino silencio de los otros dos le indicó que algo iba mal. Quizá algo iba muy mal.

Fue Ginés el que tomó la palabra:

—Verás, Pablo, las cosas no son tan fáciles como parecen. Este es un caso con muchas

implicaciones…

Helena interrumpió bruscamente una explicación que prometía alargarse.

—Díselo, Ginés.

El sargento se volvió hacia su compañera con furia contenida.

—¿Y qué tengo que decirle, según tú?

—Con todo el respeto, sargento, cuéntale a Pablo la verdad. Se la merece. Yo respondo por él. Además, lo vamos a necesitar.

Ginés no daba crédito a la osadía de Helena ¿Cómo que ella respondía por él? Al instante estuvo seguro de que aquellos dos se habían acostado y por lo visto, más de una vez. Sin embargo, rápidamente fue consciente de que su cabeza lo arrastraba hacia un terreno pantanoso: ¿qué más le daba a él la vida sexual de sus subordinados? ¿O es que sí le daba? ¿O es qué únicamente «le daba» la de Helena? Inmediatamente se forzó a cambiar de ánimo. En realidad, lo único importante de todo aquello era que Helena tenía razón: lo necesitaban. Necesitaban la complicidad y la inteligencia de aquel joven ahora que parecían tener una buena pista. No tardó en reaccionar.

—Está bien, Helena, pero te tomo por la palabra. Cuéntaselo tú, que eres mejor narradora.

Durante los próximos quince minutos la mujer relató a su compañero todo tipo de detalles sobre la investigación y cómo «desde arriba» les habían dado órdenes de no seguir con el caso. También, que en el momento en el que él había entrado con la noticia del hombre chino estaban considerando diferentes posibilidades. Pablo escuchaba y asentía en un silencio respetuoso.

—Tú serás nuestro enlace «dentro» durante las próximas horas —le explicó—. Si mañana por la mañana, cuando Ginés entre de nuevo a «mandar» en el cuartel y se ponga el uniforme, no hemos solucionado nada, todo habrá terminado. Si hemos descubierto algo que se pueda comunicar, bien; si no, tendremos que abandonar.

Se veía que el cabo Pablo se sentía alagado por la confianza de sus jefes y por el tono amistoso de Helena.

—Ahora —intervino Ginés— lo único que se me ocurre es ir a echar un vistazo a ese restaurante. Entérate cómo se llama y dónde está exactamente.

Y dirigiéndose a Helena:

—Te invito a cenar comida china. Aviso en casa y nos vamos en cuanto tengamos la dirección. ¡Ah!, y tú, Pablo, empieza a investigar discretamente a quién pertenece el negocio, si es una tapadera o algo similar y si aparece algún nombre asociado de los que tenemos en nuestras listas, ya sabes… los mafiosillos de turno.

—Ahora mismo, jefe.

Justo cuando Pablo salía, sonó el móvil de Ginés.

—Es Clara —dijo antes de contestar—. ¡Mira qué a tiempo!

—Dale un beso de mi parte.

—Vale.

Las cosas en la cocina de Xuana no habían avanzado mucho. La única diferencia significativa era que Paulino se estaba recuperando y que las dos mujeres habían cambiado de opinión: decididamente el peligroso era el de la coleta.

Xuana había intentado hablar con ellos utilizando todos los trucos de psicología que tenía ensayados durante años con adolescentes. Pero aquellos dos ni siquiera parecían escucharla. No solo no eran adolescentes, sino que muy bien podrían no haberlo sido nunca. Además, llevaban un buen rato hablando en voz baja de espaldas a ellas. Lo peor podría ser que se pusieran de acuerdo, y a todas luces eso era seguramente lo que estaba pasando. Mientras discutieran sobre la estrategia a seguir, Xuana creía que tenían alguna posibilidad. Pero no se oía más que el murmullo de sus voces con alguna palabra suelta, y todo indicaba que el de la coleta tomaría el mando.

Desde su rincón, Taresa había analizado la situación de otra manera. Creía que si los dos hombres discutían entre ellos podría subir el grado de violencia y las primeras perjudicadas serían ellas. Y Paulino, claro. Sin embargo, en su interior aún estaba demasiado enfadada con Paulino para sentir por él mucha compasión. No es que él se mereciera un final trágico pero, en fin, aunque fuera egoísta pensarlo, ¡menos se lo merecían ellas!

Zoe gemía de vez en cuando al otro lado del zaguán, pero la voz de su dueña la tranquilizaba con alguna palabra cariñosa a distancia. La noche pronto se convertiría en madrugada, y seguro que aquellos dos estaban tramando sacarlos a los tres de allí antes de que el pueblo se despertara a un nuevo día. En dos horas como máximo, Xuana tendría que comer algo y administrarse su dosis mañanera de insulina. «Estos dos me van a matar si continúo con este descontrol», pensó. Sin embargo, por alguna inexplicable razón, se sentía bien. No tenía mareos ni náuseas, ningún síntoma del comienzo de una crisis. Hacía años, cuando empezó con las inyecciones, había aprendido tan bien a interpretar los síntomas que incluso se despertaba por las noches si tenía una bajada de azúcar mientras dormía. Ahora las cosas estaban mucho mejor. En circunstancias normales tenía su enfermedad totalmente bajo control y solo una pequeña pérdida gradual de visión en los últimos tiempos la tenía preocupada. A pesar de todo, había empezado a usar gafas bastante más tarde que muchas de sus amigas y, de momento, solo lo hacía para ver de cerca.

Taresa la distrajo de sus divagaciones. Le señalaba con la mirada que Paulino había abierto los ojos e intentaba decirles algo aprovechando que los dos hombres estaban medio de espaldas. Por algún extraño motivo, las dos creyeron entenderlo: Paulino seguiría aparentando estar inconsciente para que los dos hombres se confiaran. Si los trasladaban de la cocina hacia otro lugar de la casa o incluso fuera, sería el momento de intentar algo.

Los dos hombres se acercaron a las mujeres. Se les notaba en la cara que habían decidido qué hacer y una corriente de pánico les atravesó la columna vertebral. ¿Realmente las iban a matar? ¿Aquello era todo? ¿Así se acababa una vida? ¿Así, sin preámbulos, sin avisos? ¿Y Salva? ¿Estarían bien ella y sus niños en aquella casa aislada, o también habían ido a por ella? Xuana se estaba dejando llevar por los peores presagios cuando su amiga Taresa, como si hubiese adivinado sus íntimos temores, se dirigió a los dos hombres:

—¿Habéis estado aquí toda la tarde esperándonos?

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Es que esta tarde tenía que venir a mi casa el fontanero. Tengo el fregadero de la cocina atascado y, como era domingo, llamé a mi yerno para que avisara a un compañero suyo que es un manitas y sobre todo, cobra una miseria y…

—¿Pero qué cojones nos está contando esta tía? —Vania había estallado entre divertido y enfadado.

—¡Déjala, joder! Nos está contando que alguien va a extrañarse de no encontrarla en casa.

—Sobre todo si no respondo al móvil —continuó Taresa—. Todo el mundo sabe que siempre llevo mi móvil encima y, aunque mi yerno y mi hija están separados, quiero decir que mi yerno es mi exyerno, pues así y todo su amigo el fontanero le habrá llamado esta noche pasada y le habrá dicho que no me ha encontrado, y por la mañana mi exyerno llamará a mi hija para decirle: «Yo cumplí, es tu madre la que no está nunca en casa», pero…

Vania no aguantaba más. En dos zancadas se acercó a Taresa y la cogió por el cuello con rabia.

—¡Hostias! ¡Tendrías que haberla ahogado antes!

—¡Suéltala! —gritó Juancho al tiempo que se abalanzaba sobre su colega—: ¿En qué habíamos quedado, eh? Vamos a seguir el plan, así que suéltala ya, ¡joder!

Se interpuso entre Vania y la mujer.

—Tienen que estar vivos y sin signos de violencia anteriores al accidente. ¿O es que no te has enterado de que después todo se descubre? ¿No ves las series de policías o qué?

—A mí solo me gusta la ciencia-ficción, tío. ¿Has visto la última versión de Matrix?

Xuana no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡Aquellos dos pensaban asesinarlos tirándolos por algún lugar y se ponían a hablar de cine! Y, además, ¿qué especie de chapuza inmensa iba a ser todo aquello? ¿Cómo no los iban a pillar después de lo de la chica del maizal? ¿Sería mejor decírselo, contarles que los pillarían a los cinco minutos, o estaban tan desesperados que podría llevarlos a otro plan aún peor? «Quizá solo quieren ganar un poco de tiempo para huir», quiso pensar mientras sentía que la muerte también podía ser así: casual, inútil, ridícula.

La Gran Muralla Feliz tenía un aspecto bastante deprimente rodeado de solares sin construir. Aparcaron en la misma calle, un poco antes de la enorme puerta de entrada.

—Qué lugar tan siniestro —dijo Helena—. No sé cómo puede seguir abierto en medio de estos descampados.

—Los multicines no están muy lejos —contestó Ginés— y, quién sabe, quizá ponen una comida exquisita.

—¡Anda ya! ¡Eso no te lo crees ni tú! ¡Y mira que tiene un nombre original, eh!

Aunque habían ido a investigar, los dos estaban de buen humor. Una de esas parejas de edades muy diferentes donde afortunadamente el hombre aún está de buen ver. Eso podrían parecer cuando entraron en el silencio sepulcral de La Gran Muralla Feliz.

Sin embargo, nada más traspasar la puerta de entrada, los dos se quedaron medio paralizados. Era la hora punta de las cenas y domingo, pero en el local no había nadie. Ni un alma. Hileras de mesas distribuidas en un rectángulo de unos cien metros cuadrados y perfectamente equipadas, como si al minuto siguiente fueran a recibir una invasión de clientes.

Caminaron algo desconcertados entre las mesas más próximas a la puerta cuando les sorprendió una voz a sus espaldas. Los dos se volvieron a un tiempo para encontrarse con un hombre pequeño y calvo vestido a la usanza tradicional china a pesar de que sus rasgos podrían no serlo.

—Lo siento mucho, pero estamos a punto de cerrar —dijo en perfecto castellano.

—¿A estas horas? —preguntó Helena.

—Sí. Como pueden ver, los domingos no tenemos mucha clientela para la cena, así que solemos dar permiso al personal para que se vaya pronto a casa. Yo les atendería, pero el cocinero acaba de marcharse. Es una pena.

—¿Y mañana? ¿Mañana estará abierto a la hora de la comida?

Helena había hablado de forma espontánea y comprendió al instante que había cometido una imprudencia: ¿quién iba a tener tanto interés en comer en aquel sitio aislado e inhóspito? Hasta el mismo chino parecía desconcertado. Ginés intervino con un argumento poco convincente. Lo suyo nunca había sido la improvisación.

—A mi mujer le gusta mucho la comida china y ya conocemos todos los restaurantes de la ciudad. En realidad, solo nos queda este.

—Tengo que disculparme de nuevo, pero los lunes cerramos. Es nuestro día de descanso. Sin embargo, en cualquier otro momento, estaremos felices de atenderles…

Helena observó que, en contra del tópico, aquel hombre no sonreía mientras hablaba y pronunciaba muy bien las erres. Ginés tiró levemente del brazo de su compañera hacia la puerta. Ella parecía querer seguir con la conversación y aquel tipo sin duda los había calado.

Salieron al aire fresco de la noche mientras las luces del local se apagaban.

—Lo siento. Me he comportado como una novata, pero es que era un caramelo demasiado goloso.

—No te preocupes. Esperaremos por ahí a ver qué hace el tío ese.

—¿Nos volvemos al coche?

—Será lo mejor. Aunque en este sitio tan desolado, damos el cante de cualquier manera. Recuerda que no estamos de servicio. Nos metemos en el coche y llamamos a Pablo. Seguro que el chico ha averiguado algo.

Helena había venido conduciendo su propio Nissan y abrió con la llave automática.

—Por cierto, ¿A ti te ha parecido que ese hombre era chino?

—¿Y a ti?

—No me contestes como un gallego.

—Es que lo soy.

—Por eso.

Los dos hombres habían decidido utilizar la famosa furgoneta blanca de Paulino además del coche de Juancho. La furgoneta estaba aparcada detrás de la casa de Taresa en un lugar discreto y, si conseguían hacerlo antes de que amaneciese, podrían sacar por allí a aquellos tres palurdos de mierda sin llamar la atención. Al igual que ellos horas antes, habían comprendido que la salida por la otra casa era mucho más segura. En realidad, por aquel lado la casa de Taresa daba directamente a los campos que se extendían hasta el río. Habían encontrado esparadrapo en el botiquín bien surtido de Xuana y habían sellado concienzudamente la boca de sus tres prisioneros antes de empezar con el traslado. Juancho había comunicado a Vania sus planes y él los había aceptado sin rechistar. Los dos murmuraban entre sí a cada rato.

—Primero sacaremos a las mujeres. Las instalamos en el maletero de la furgoneta bien cómodas y después, entre los dos, sacamos a ese como podamos y lo metemos en el maletero del coche.

—Aún está grogui.

—Mejor. Cuando los tengamos a los tres, yo voy delante con la furgoneta y tú me sigues en el coche. Hay un acantilado no muy lejos de aquí que cae a plomo desde la carretera. Voy algunas veces allí con mi chica en la moto.

Vania parecía confuso con las instrucciones.

—Entonces, ¿qué hago?

—Pues empieza por buscar las llaves de la furgoneta. Seguro que venía conduciendo él.

—Ya las tengo, tío, las he cogido antes de los bolsillos de este… además, el muy cabrón la deja siempre abierta, será jodío…

—Ah, vale…

Antes de actuar, Vania tuvo otro momento de duda.

—¿Y qué vamos a contar al jefe?

—Le contaremos que hemos solucionado el problema. Seguro que no quiere saber más.

—Está bien, pero habrá que espabilar porque en un rato amanece y en este pueblo la gente se levanta muy temprano. Y si no, que me lo digan a mí, que estoy pringado, tío.

—Tú y yo lo que vamos a hacer es desaparecer una buena temporada. Lo hablamos con Novo, el abogado, y aire. No les quedará más remedio que soltarnos algo de pasta si quieren que no abramos el buche.

—¿Que no abramos qué?

—Que nos callemos, ¡hostias!

La media hora siguiente fue laboriosa para los dos hombres. Había que trasladar a aquellos tres sin desatarlos demasiado para evitar sustos y, con los trozos de cuerdas y cintas, el atadijo de Paulino no era demasiado seguro. Vania se había quitado su cazadora vaquera y dos grandes manchas de sudor habían aparecido en las axilas de su camiseta gris. A mitad de la operación, Juancho tuvo que rehacer su coleta: unos mechones rebeldes le caían constantemente sobre la cara. Intentaban no hacer ruido, sobre todo cuando tenían que atravesar el trayecto entre la salida del patio hasta la furgoneta, aquellas decenas de metros que los exponían a miradas imprevisibles. Instalaron a las dos mujeres en el amplio maletero, según lo previsto, y les echaron una lona encima. La misma que había cubierto horas antes el cuerpo de la chica. Juancho pensó que, una vez en el acantilado, tendrían que recolocarlos a todos, pero prefirió no comunicárselo a Vania. Ya lo harían cuando llegara el momento.

En veinticinco minutos, la mayor parte del trabajo estaba hecho. Solo faltaba trasladar al hombre y limpiarlo todo. Nadie tendría que encontrar ningún signo de violencia en la casa.

—Lo cogemos por debajo de los brazos entre los dos y lo arrastramos hasta el coche —ordenó Juancho.

Fue una orden innecesaria porque Vania ya había empezado con el trabajo de desatarlo de la silla y de levantarlo. Tenía que desatarle también las manos si quería ser rápido, pero el hombre seguía inconsciente y no se lo pensó. Los dos sabían que un cuerpo de varón adulto en aquel estado requeriría de todas sus fuerzas. La ventaja era que, por lo menos, no ejercería resistencia.

Comenzaron a arrastrarlo repitiendo el mismo camino que habían utilizado con las mujeres. Al contrario que con ellas, sus pies dejaban un leve surco sobre la tierra del patio, y Juancho se percató de ello.

—Tendremos que acordarnos de disimular también esto —le dijo a Vania señalando las marcas apenas visibles en la oscuridad.

Vania permanecía hosco y preocupado: si estaban viendo las marcas significaba que la oscuridad ya no era total, y lo último que quería era tener que salir corriendo de nuevo dejándolo todo a medias. Como no se dieran prisa, la luz del amanecer podría atraparlos como una red invisible en aquel pueblo de mierda. Ni que fueran vampiros, joder.

La puerta que separaba los dos patios era demasiado pequeña para pasar de forma simultánea tres personas, así que empezaron a cambiar de postura el cuerpo del hombre cuando sintieron de pronto, y con absoluta claridad, los ladridos de la perra en el interior de la casa.

—¡Mierda! ¡Otra vez esa puta perra! Espera aquí que me la cargo de una puta vez.

Juancho casi había gritado por el susto y por la rabia, pero Vania lo agarró con fuerza del brazo.

—¿Pero no habías dicho que todo tiene que parecer un accidente? ¿Tú te crees que una perra muerta forma parte de un accidente?

—¡Pues me la cargo y la tiramos por ahí!

—¡No seas gilipollas, tío! Todos los perros ladran en los pueblos y la gente sigue durmiendo como si nada. Yo voy un momento y la calmo. Se estará meando otra vez.

Se dio la vuelta y salió a toda velocidad sin que a Juancho le diera tiempo a opinar. De pronto se sintió solo y quiso estar en otro lugar, quiso estar con su chica en la cama, acariciarle la espalda, oír su acento sureño… Sus ojos no se acostumbraban a la oscuridad. Miró hacia el cielo, en busca del resplandor del amanecer.

El cuerpo de Paulino había quedado tendido en el suelo mientras discutían, y la violencia del golpe cogió a Juancho por sorpresa. Sintió un doble crujido a la altura de sus costillas y se retorció de dolor. En cuestión de minutos, aquel hombre acababa de desaparecer en la oscuridad del patio y Vania, que en ese momento volvía corriendo desde el interior de la casa, se quedó paralizado.

Juancho, de rodillas en el suelo, le ayudó a decidirse con una orden tajante.

—¡Cógelo!

La voz de Juancho estaba atravesada por el dolor, pero fue lo suficientemente rotunda para que Vania saliera corriendo hacia la oscuridad, sacara su pistola y entrara en casa de Taresa con ella en la mano. Ese cabrón podía estar escondido en cualquier rincón y tampoco era plan encender todas las luces de la casa. Atravesó lentamente el pasillo que llevaba a la cocina y entró con precaución en aquel espacio confortable. No era grande ni tenía demasiados rincones donde

alguien pudiera esconderse, así que dedujo que su hombre se había dirigido hacia el exterior por la puerta principal. Si llegaba a la furgoneta y liberaba a las mujeres, no lo tendrían nada fácil. En ese momento sintió un ruido a su espalda y se volvió apuntando hacia la oscuridad. Todo estaba trascurriendo en unos minutos, pero Vania sabía que se estaba jugando su futuro, así que, si tenía que disparar, dispararía.

—Soy yo, tío.

La voz de Juancho precedió por unos breves instantes a su cara. Aunque andaba algo encorvado, parecía moverse de nuevo con cierta agilidad y Vania le dejó que tomase el mando. La cabeza de Vania seguía un pensamiento en bucle. Sabía que más tarde tendría que dar explicaciones: ¿cómo había conseguido desatarse y escapar? ¿No estaba inconsciente? Pensó en la inutilidad de aquel amasijo de pequeños cordeles y cintas. El cabrón no era lo que parecía, tenían que haberlo imaginado…

—Vamos al coche antes de que ese hijo de puta nos la juegue —le ordenó mientras él mismo salía a buen paso en dirección a la puerta exterior.

Los dos salieron a la calle. A solo unos metros estaba estacionada la furgoneta. Juancho iba delante y Vania le cubría la espalda. Cuando llegaron allí comprobaron desde afuera que las dos mujeres seguían bajo la lona, se supone que atadas y amordazadas. Sin embargo, si hubieran podido ver la expresión de sus caras, habrían comprendido que algo había cambiado. Quizá habían visto al hombre, quizá habían acordado algo con él o quizá simplemente su compañero se había ido corriendo campo a través a pedir ayuda. Aquel tipo no era del montón. Podía parecer un campesino pero, por lo visto, no lo era y por eso Juancho también supo con certeza en ese mismo momento que no se iría dejando a las dos mujeres a su suerte.

Le hizo una señal a Vania. Él se acercaría a la puerta del conductor y su compañero le cubriría. Incluso era posible que el hombre estuviera allí dentro agazapado, esperando. Abrió la puerta y las luces automáticas alumbraron tenuemente la escena. Nada. A una señal suya, Vania se acercó al portón posterior del maletero y lo abrió de repente. Allí donde unas horas antes había viajado el cuerpo de la chica muerta, ahora había dos cuerpos bien vivos. Juancho se había vuelto hacia la casa sin decir nada y Vania supuso que habría ido a dejar las cosas en su sitio según el plan inicial. Aunque nada tenía ya sentido, ¿o sí?

Fue entonces cuando sintió un levísimo ruido a su derecha, algo como un mínimo chasquido y, antes de que pudiera girarse, una masa humana se abalanzó sobre su espalda. Vania reconoció inmediatamente una de aquellas llaves de lucha pensadas para inmovilizar al contrario. De adolescente se había aficionado a las artes marciales y, aunque nunca había llegado a entrenarse con rigor, sabía algunas cosas básicas. Su pierna derecha logró introducirse entre las dos de su contrincante y este perdió el equilibrio, lo justo para que Vania consiguiera dar la vuelta y pegar el cañón de su pistola en las costillas del hombre. Paulino pudo sentir el aliento cálido de su boca en la oreja derecha.

—No te muevas ni un milímetro, cabrón, o te atravieso las tripas —le susurró al oído.

Él sabía que no podía disparar en mitad de la noche sin que medio vecindario se presentara, pero no sabía si aquel hombre lo sabía. Esa era su pequeña ventaja. Muy pegados el uno al otro, como

una pareja en una pista de baile, avanzaban de nuevo hacia la furgoneta. Juancho salió del interior de la casa con algo en las manos y comprendió la situación con alivio.

—¡Vaya con el jodío campesino! —Y dirigiéndose a Vania—. Mételo en el coche contigo y seguimos con el plan, creo que ahí dentro todo ha quedado en orden. Toma estos alambres.

Le ofreció a Vania varios trozos de alambre fino y dorado.

—Esta vez no se va a soltar tan fácilmente.

Vania actuaba con destreza. Los alambres mordían las muñecas y los tobillos de Paulino como una alimaña enfurecida y, antes de que pudiera quejarse, Vania lo había dejado de nuevo inconsciente. En medio de la confusión, ni siquiera repararon en que los alambres dejarían huellas.

Las dos mujeres gimotearon atrás al oír el golpe.

—¿No te habrás pasado? Tiene que morir en su momento, no antes.

—Yo sé lo que me hago, tío. Está vivo y bien vivo.

—Está bien. Yo llevo la furgoneta y tú me sigues con el coche. Ya se ve algo más, así que no encendemos las luces hasta que lleguemos a la carretera, ¿me explico?

La pequeña comitiva se dirigió hacia la carretera, los dos vehículos atravesaron la plaza aún desierta y dejaron atrás las casas antes de tomar el último tramo, justo donde tenía la parada el autobús de línea que cuatro veces al día comunica La Llosa y otros pueblos de los alrededores con Villa, la cabeza del municipio. Había sido una vieja reivindicación de los vecinos y solo hacía un año que podían disfrutar de semejante lujo. Una pequeña construcción de madera abierta en el frente y con un banco corrido en su interior señalaba la parada y servía para la espera de los escolares, que durante el curso acudían a sus clases diarias en Villa.

Los dos coches se dirigían lentamente hacia aquella recta que enlazaba las afueras del pueblo con la carretera general. Al contrario que las otras callejas, esta estaba primorosamente asfaltada. Se veía que había sido arreglada recientemente. Sin embargo, las tres o cuatro farolas distribuidas cada ciertos metros ya estaban apagadas. Juancho miró por el retrovisor antes de enfilar la última curva. Vania le seguía disciplinadamente a unos pocos metros. Aunque su impulso era el de encender las luces, acelerar y desaparecer a toda velocidad de aquel pueblo de mierda, se contuvo y siguió avanzando en ralentí, casi en silencio. La última recta. Ahí estaba. Solo debían de ser quinientos metros, no más: un par de minutos y dejarían atrás el pueblo. Volvió a mirar por el retrovisor, pero esta vez no vio nada. No pudo evitar hablar en voz alta.

—¿Pero qué cojones está haciendo ese gilipollas?

Pisó el freno y el embrague al mismo tiempo y la furgoneta se detuvo al instante, sin brusquedad.

Y en ese momento, lo vio. De entre las sombras, quizá proveniente de detrás de la marquesina, algo se había movido, algo que muy pronto se materializó delante de la furgoneta y lo enfocó con

una luz potente. Apenas pudo distinguir ningún rasgo, pero adivinó que se trataba de un hombre corpulento y, sobre todo, tuvo la certeza de que llevaba un arma en las manos, quizá un fusil o más bien una escopeta. La figura avanzaba hacia el frente con pasos rápidos y decididos. ¡Sí, eso era: una escopeta que le apuntaba directamente a la cabeza! Como si aquel hombre pudiera ver a distancia en la oscuridad. Su lógica castrense descodificó la situación en términos militares: una emboscada. Podía ser un solo hombre o varios, aún no lo sabía, pero de lo que sí estaba casi seguro era de que sus posibilidades de escapar se iban reduciendo. Analizó la situación: sus posibles rehenes estaban atadas y amordazadas en el maletero y sería imposible utilizarlas como escudo; podría arrancar de nuevo y acelerar para llevarse aquella sombra por delante o intentar alcanzar la pistola que había dejado en el asiento de atrás, pero no era uno de esos hombres que pusiera su vida en peligro de manera impulsiva, así que hizo lo único que podía hacer: levantó las manos con resignación y esperó. Al fin y al cabo, aún no había cometido ningún crimen irreparable.

El hombre se acercó a la furgoneta sin perder el punto de mira de su escopeta en la cabeza del conductor. Abrió despacio la puerta y la cabina se iluminó con las luces interiores.

—¿Dónde están? —preguntó bruscamente sin dejar de apuntarle con el foco de una potente linterna.

Juancho apenas podía tener los ojos abiertos con aquella luz dirigida hacia su cara. Hizo un gesto y el hombre desvió ligeramente la luz hacia otro punto. Ahora podía recuperar en parte su aplomo.

—¿Qué quieres, joder?

Aquel hombre no parecía de muchas palabras, pero sabía lo que quería:

—Ten en cuenta que estoy a punto de atravesarte la cabeza con un cartucho para jabalíes —le dijo con un tono de voz que no admitía dudas.

—¡Vale, tranquilo, tío! Están atrás.

—Está bien. Sal delante de mí y no se te ocurra mover una sola pestaña.

Juancho hizo lo que le pedían. Se dirigió a la parte de atrás, abrió la portezuela del maletero y levantó una loneta gris. Allí debajo, las dos mujeres se acurrucaban en una postura forzada. Las dos abrieron los ojos también, deslumbradas. El hombre de la escopeta manejaba la situación y, sin perder el control sobre su prisionero, les quitó con cuidado el esparadrapo de la boca. Xuana respiraba con dificultad y su piel había adquirido un color azulado. Taresa reaccionó con rapidez. Aún no podía ver nada con claridad, pero sabía que su amiga estaba mal y no pensaba perder ni un minuto. En medio de aquella confusión, vio la escopeta y la figura del hombre que la empuñaba y de pronto el tiempo se contrajo en una mueca inesperada y, contra toda razón, solo atinó a decir:

—¿Ricardo?… ¿Eres tú, Ricardo?… Hay que llamar a una ambulancia… Xuana está mal…

El hombre contestó con tranquilidad.

—No te preocupes, Taresa, ya están de camino.

—¿Y Paulino? ¿Has encontrado a Paulino?

Taresa sentía que sus últimas fuerzas se le escapaban con aquellas sencillas palabras. Solo quería abandonarse, dejar que otros se ocuparan de todo, descansar. El hombre empezó a desatarle las manos mientras le hablaba con dulzura.

—Tranquila, mujer, Paulino también necesita una ambulancia, pero está bien. He localizado a ese Ginés y viene hacia aquí. Todo el mundo viene hacia aquí…

Desde la carretera general empezaban a llegar intermitentes sonidos de sirenas. A su alrededor, las primeras luces del amanecer iban descubriendo tímidamente los colores y las formas. A unos cientos de metros, desde el interior de las casas del pueblo, llegaban señales de cierto movimiento. Quizá la alarma de las sirenas o quizá la simple rutina de madrugar había levantado a algunos habitantes de La Llosa.

—Ya llegan —dijo el hombre.

«Justo lo que quería evitar Paulino», pensó Taresa antes de cerrar de nuevo los ojos arrullada por el sonido tranquilizador de las sirenas cada vez más cercanas.

—Lo siento —dijo Taresa con los ojos aún cerrados.

—¿El qué? —contestó el hombre que permanecía a su lado, casi en un susurro.

—Lo de antes: haberte llamado Ricardo.

—Déjalo estar, anda. Vamos a ver si se arregla todo esto.

Aunque quedaban muchas preguntas que responder, había llegado el momento en el que parecía que nadie tenía nada que decir. Taresa se afanaba en aliviar como podía la situación de su amiga que, a todas luces, estaba inconsciente.

—¿Tino…?

El hombre de la escopeta, aún concentrado en mantener inmovilizado al otro, se volvió hacia su vecina. Sus miradas se cruzaron ahora en la nueva claridad de la mañana y, antes de que la mujer pudiera preguntarle nada, él se adelantó a contestar:

—Vi a Paulino el primer día. Lo vi pararse en el maizal a mirar y después arrasar todo aquello con la segadora.

—Lo sabías todo este tiempo y no has dicho nada.

—Es mi amigo.

Taresa cerró los ojos al tiempo que sus labios se extendían en algo parecido a una sonrisa.

—Claro —dijo.

X

LUNES

El día había transcurrido en una quietud poblada tan solo de pequeñas alarmas. Después de la noche anterior, Ginés no sabía muy bien cómo sentirse. Aunque el crimen de la chica del maizal se había resuelto, Helena y él solo habían sido dos figuras más en el escenario. Ahora había varias personas en el hospital, dos locales cerrados, un cadáver en el depósito y una cadena de detenciones, imputaciones y cargos. Pero ni siquiera en esa parte ellos dos habían participado por completo. Las órdenes habían sido claras y concisas: desde la central se ocuparían de todo.

Helena y él habían hablado durante horas aquella misma mañana. Estaban demasiado excitados para dormir.

—No le des más vueltas, jefe. Quizá algún día nos enteramos de qué iba todo esto. Lo que está claro es que las dos mujeres han sellado un pacto de silencio con Paulino y el vecino ese, Tino, pues… no sé… imagino que también. Es un crack el tío…

Helena quería seguir comentando las hazañas de Tino en el caso, pero Ginés la interrumpió malhumorado.

—Pues no me hace ninguna gracia que todo el mundo esté enterado de los detalles y a ti y a mí nos tengan a dos velas…

—Mira: tal como yo lo veo, el caso, «nuestro caso», era el de la chica del maizal, y por ese lado podemos estar tranquilos. ¿Sabes que la chica era menor?

—Sí, ya me lo han dicho, y se me ponen los pelos de punta cuando pienso en…

—Déjalo ya, Gines, no puedes estar en esta profesión y que a cada chica maltratada o traficada estés pensando en tu hija.

Helena lo había dicho con todo el cariño y la confianza de años de amistad.

—Tienes razón —asintió él con un gesto cansado—. Debe ser que estoy pasando una crisis, ¿sabes? Siento que se me escapa de las manos… —Cruzó sus grandes manos sobre la mesa hasta que los nudillos empezaron a blanquear—, pero será mejor que acabemos de rellenar papeles y nos vayamos a dormir. De todas formas, ese Portugués o cómo le llamen, no se va a librar… Él daba las órdenes.

—Tú quédate tranquilo, que ya hay un montón de detenidos. Al Portugués, además del asunto de la chica, le van a acusar de tráfico de mujeres, de blanqueo de dinero y de no sé cuántas cosas más. Le han detenido en su casa, delante de su familia. ¡Vaya papelón!

—¿Y tú cómo te has enterado de todo eso?

—Por la tele, como todo el mundo…

En la cara de Ginés, Helena interpretó una mueca amarga, así que cambió de conversación.

—¿Y qué tal estarán las cosas por La Llosa? La profesora y la vecina…

—Xuana y Taresa.

—Sí, las dos. Tendrán un buen susto en el cuerpo, pero se han comportado como heroínas de película. ¡Habrá que ficharlas para los casos difíciles!

Helena miró a su compañero con una sonrisa abierta.

—No te deprimas, ¿eh? Todavía tengo que contarte todo mi follón familiar. ¡Eso sí que es un auténtico culebrón! Pero será mejor que lo haga mañana, ¿no te parece?

—Sí, claro.

Se hizo un momento de silencio en el que ninguno de los dos hizo ningún movimiento.

—Otra cosa, Helena…

—¿Sí?

—Gracias.

La mujer se levantó con una sonrisa fatigada y le dio un beso en la mejilla derecha a su compañero antes de dirigirse hacia la puerta. Él la seguía con la mirada cuando ella se volvió.

—Me debes una cena en un chino…

XI

VIERNES

A diez kilómetros río arriba, en el silencio de La Llosa, una pequeña raposa abandonó la protección del bosque y, por un momento, se hizo visible en mitad del camino. La luna de octubre apareció detrás del monte Pienzu y el pelaje del animal brilló fugazmente bajo aquella luz lechosa. Su olfato de cazador lo llevaba hacia algúun punto indefinido en mitad de los huertos. Pegado a la tierra, atravesó la alambrada que lo separaba del maizal y se detuvo allí olisqueando a su presa. Entre las cañas de maíz y las hojas aplastadas escarbó con frenesí hasta que sus dientes arrancaron un diminuto objeto de la tierra. Cinco minutos después, desde la galería de su casa, Tino descubrió, entre las tinieblas de la noche, una alimaña que se perdía en el monte. Por un instante, creyó ver un reflejo brillante en la boca del animal.

«Ese cabrón de bicho ya lleva algo entre los dientes», pensó.



TERMINÓSE

DE IMPRIMIR ESTA

EDICIÓN DE COMO LA PIEL AL SOL

DE UNA LAGARTIJA EN LOS TALLERES

DE IMPRENTA MUNDO EL 21 DE

FEBRERO DEL 2025, 122 ANIVERSARIO

DEL NACIMIENTO DE ANAÏS NIN, ESCRITORA

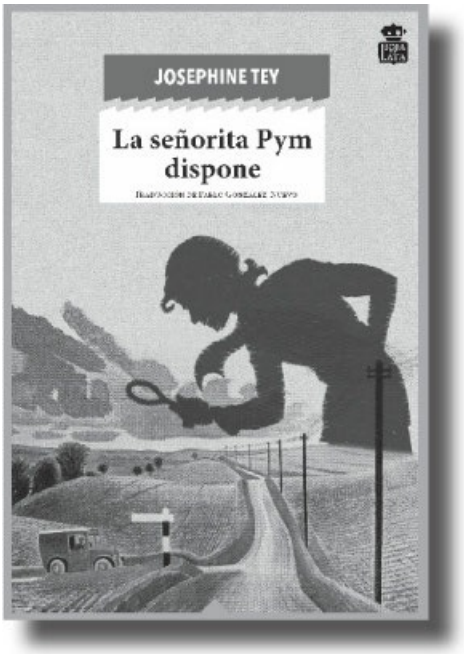
SALVAJE CON QUIEN XUANA

Y TARESA SIN DUDA TOMARÍAN

UNO DE SUS BUENOS

CAFÉS DE PATIO.

También en la colección Sensibles a las Letras:



LA SEÑORITA PYM DISPONE

Traducción de Pablo González-Nuevo

ISBN 978-84-942805-6-6

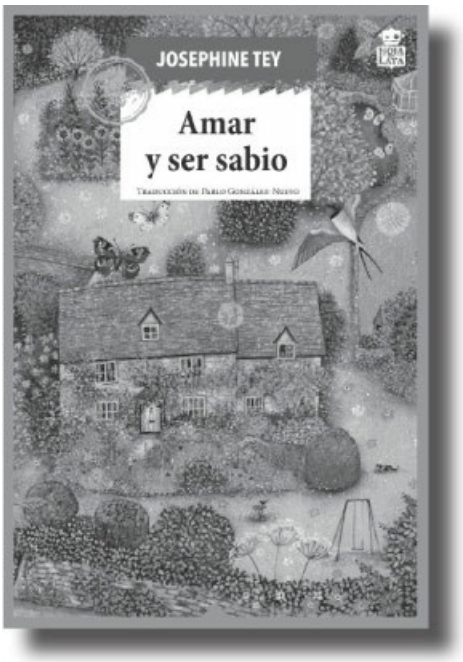
320 páginas

21,90 €

Tras convertirse de la noche a la mañana en una escritora de éxito gracias a su libro de psicología populachera, la menuda e insegura señorita Pym es invitada a dar una charla en Leys, un internado para señoritas ubicado en plena campiña inglesa. A primera vista, todo allí resulta ideal: el aire de los jardines es vivificante, las alumnas no pueden ser más amables y el variopinto profesorado resulta de lo más cabal. Pero algo no encaja en la aparentemente apacible y perfecta vida de las alumnas allí, y la perspicaz señorita Pym está dispuesta a averiguar qué es.

«Excelente novela de intriga, sí; pero de una intriga que discurre y profundiza en los océanos morales, en nuestras responsabilidades individuales. Un pastel de manzana envenenado.»

ALBERTO PIQUERO, El Comercio



AMAR Y SER SABIO

Traducción de Pablo González-Nuevo

ISBN 978-84-16537-89-1

304 páginas

22,90 €

Una exclusiva fiesta en el campo, junto a buena parte del artisteo londinense, no es precisamente el plan ideal de Alan Grant, inspector de Scotland Yard, más dado a veladas tranquilas y apacibles tazas de té. Sin embargo, una vez allí, queda impresionado con el enigmático Leslie Searle, joven fotógrafo norteamericano e invitado estrella. De allí desaparecerá, pocos días después, el apuesto Leslie sin dejar rastro. ¿Ahogamiento en el río? ¿Asesinato a manos de alguna admiradora campestre? ¿O quizá el atractivo fotógrafo ha decidido evaporarse?

«Amar y ser sabio se lee con una doble motivación: la de querer conocer el final y la de salir en procura de otros libros de la autora.»

MARTÍN BETANCOR, La Diaria, Uruguay